



P

3237

B.P. de Soria

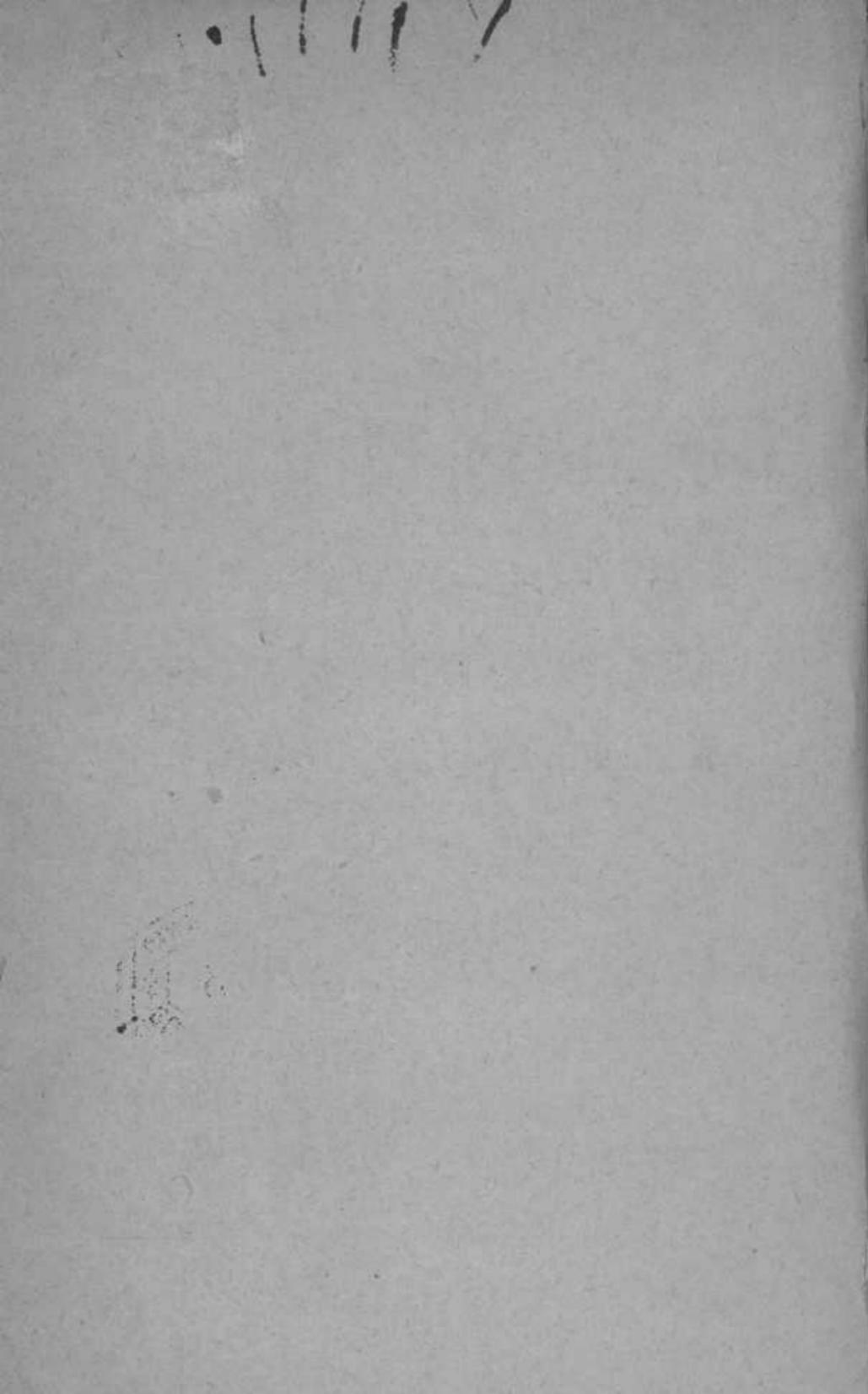


61096833

D-1 172

TITO LIVIO

DÉCADAS DE LA HISTORIA ROMANA



11
236

Nº 1301685

BIBLIOTECA CLASICA . :
TOMO CXXI

DÉCADAS
DE LA
HISTORIA ROMANA

POR
TITO LIVIO

TRADUCIDAS DEL LATÍN AL CASTELLANO

POR
D. FRANCISCO NAVARRO Y CALVO

CANÓNIGO DE LA METROPOLITANA DE GRANADA

TOMO VI



MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.^A
calle del Arenal, núm. 11

1888



—
ES PROPIEDAD
—

LIBRO XXXIV.

SUMARIO.

Abrogación de la ley Oppia.—Guerra y reducción de la España citerior.—Feliz expedición de T. Quinceio Flaminio contra los lacedemonios.—Paz y libertad de Argos.—Los censores Sex. Elio Peto y C. Cornelio Cethego señalan puesto distinguido al Senado en la celebración de los juegos.—Establecimiento de muchas colonias.—Triunfo de M. Porcio Catón.—Acontecimientos en España, y ventajas obtenidas por los boyos y los insubrios.—Triunfo de T. Quinceio, libertador de la Grecia.—Importancia de la ceremonia.—Preparativos de guerra de Antiocho, de acuerdo con Anníbal, y tentativas de éste para sublevar á los cartagineses.

En medio de tan graves guerras, apenas terminadas ó á punto de estallar, surgió un asunto que, no obstante su pequeñez, dividió las opiniones y produjo grandes debates. Los tribunos M. Fundanio y L. Valerio propusieron al pueblo la abrogación de la ley Oppia (1), dada por el tribuno C. Oppio, bajo el consulado de Q. Fabio y de T. Sempronio, en lo más recio de la guerra púnica, «prohibiendo á las mujeres tener más de media onza de

(1) Esta ley y la larga serie de discusiones que produjo su abolición, demuestran hasta qué punto invadían entonces á Roma el lujo y la corrupción. Lo mismo demuestran todas las leyes suntuarias que se dieron en aquella época.



oro, llevar trajes de diferentes colores (1) y usar carruajes en Roma ó en otras ciudades, ó á una milla de su recinto, exceptuando el caso de sacrificios públicos». Los tribunos M. y P. Junio Bruto querían mantenerla y habían declarado que no consentirían su abrogación. Muchos ciudadanos de las familias más nobles se mostraban defensores ó adversarios de la ley. El Capitolio estaba lleno de multitud de hombres divididos en dos campos. Las señoras mismas, sin que ninguna observación alcanzase á detenerlas, ni el pudor, ni los mandatos de sus esposos, salían de sus casas; veíaselas en todas las calles de la ciudad, en todas las avenidas del Foro, exhortando á los hombres que acudían allí á no consentir que se privase á las mujeres de sus adornos, en un momento en que la república estaba tan floreciente y cuando de día en día aumentaba la fortuna de los particulares. Estas reuniones de mujeres crecían diariamente, llegando de las plazas y caseríos inmediatos. Atrevíanse ya á dirigirse á los cónsules, á los pretores y á los otros magistrados, abrumándolos con sus ruegos. Pero encontraron en M. Porcio Catón, uno de los cónsules, inflexible adversario, que habló de esta manera en favor de la ley que pretendían abrogar.

«Si cada uno de nosotros, ¡oh romanos! hubiese cui-

(1) En Grecia, estos vestidos de muchos colores solamente los llevaban las gentes de mala vida, los eunucos, las cortesanas. Hase creído que sucedía lo mismo en Roma y que tal era la causa del establecimiento de la ley *Oppia*, pero parece que era otro el objeto del tribuno Oppio al proponerla, según L. Valerio. En la miseria pública, en el apuro del Tesoro, en el momento que los particulares estaban obligados á consagrar su fortuna al servicio del Estado, quiso impedir que las mujeres le arrebatasen sus últimos recursos gastándolos en inútiles adornos. Si aquellos vestidos hubieran sido el distintivo de la infamia, de seguro no hubiesen reclamado las mujeres honradas el derecho á llevarlos, ni su reclamación habría encontrado apoyo en el tribunal.

dato de observar con relación á su esposa sus derechos y dignidad de marido, no tendríamos hoy que luchar con todas las mujeres. Pero después de haber triunfado de nuestra libertad por la violencia en el interior de nuestras casas, vienen al Foro á aplastarla y pisotearla; y por no haber sabido resistirlas en particular, las vemos todas reunidas en contra nuestra. Confieso que había considerado siempre como fábula aquella conspiración tramada por las mujeres de cierta isla contra los hombres cuya raza exterminaron. Pero no hay nadie que pueda haceros correr mayores peligros, cuando se toleran sus reuniones, sus tramas y secretos manejos. No sé en verdad qué es más peligroso, si el asunto en sí mismo ó el ejemplo que dan las mujeres. De estos dos puntos, el uno nos atañe á los cónsules y magistrados; el otro, ¡oh romanos! os pertenece más especialmente. Vosotros habéis de decidir con vuestro voto si la proposición que se os somete es ventajosa ó perjudicial á la república. En cuanto á esa tumultuosa reunión de mujeres, haya sido espontánea ó la hayáis promovido vosotros M. Fundanio y P. Valerio, es indudable que la falta debe atribuirse á los magistrados; pero no sé si esta vergüenza debe recaer sobre los tribunos ó sobre los cónsules. Sobre vosotros, si habéis tomado á las mujeres por instrumentos de vuestras sediciones tribunicias; sobre nosotros, si la retirada de las mujeres nos hace, como en otro tiempo la del pueblo, adoptar la ley. Confieso que con rubor he atravesado hace un momento una legión de mujeres para llegar al Foro; y si por respeto y consideración á cada una de ellas en particular, más bien que á todas en general, no hubiese querido ahorrarlas la vergüenza de que las increpase un cónsul, les hubiese dicho: ¿Qué manera es esta de presentaros en público, obstruir las calles y dirigiros á hombres que no conocéis? ¿No podíais cada una en vues-

tra casa hacer esta petición á vuestros esposos? ¿Confíais más en el efecto de vuestros atractivos en público que en particular, sobre los extraños que sobre vuestros maridos? Y si os encerraseis en los límites de la modestia que conviene á vuestro sexo, ¿deberíais ocuparos ni en vuestra casa de las leyes que se adoptan ó abrogan aquí? Nuestros abuelos querían que las mujeres no se mezclasen en ningún asunto, ni siquiera particular, sin autorización expresa, encontrándose bajo la potestad del padre, del hermano, ó del marido. Y nosotros, ¡oh dioses! les permitimos tomar en sus manos la dirección de los negocios, venir al Foro y mezclarse en las discusiones y en los comicios. Porque hoy, al recorrer las calles y plazas, ¿qué otra cosa hacen que apoyar la proposición de los tribunos y abrogar la ley? Soltad la rienda á los caprichos y pasiones de ese sexo indomable, y esperad que, á falta vuestra, ellas mismas pongan límites á sus arrebatos. Esta prohibición es la menor de las que las mujeres sufren con impaciencia al verse sujetas por las costumbres ó por las leyes. Lo que desean es la libertad más completa, ó mejor dicho, la licencia, si hemos de llamar á las cosas por su nombre. Que triunfen hoy, y sus pretensiones no tendrán ya límites.

»Recordad las leyes con que nuestros mayores reprimieron su audacia é intentaron someterlas á sus esposos: con todas estas sujeciones apenas podéis contenerlas. ¿Qué será si les permitís atacar esas leyes una tras otra, arrancaros todo lo que pretenden; en una palabra, igualarse á los hombres? ¿Creéis que podréis soportarlas? En cuanto se encuentren elevadas hasta vosotros, querrán dominaros. Pero se dirá que se limitan á pedir que no se den contra ellas nuevas leyes; lo que rechazan no es la justicia, sino la injusticia. No, romanos: lo que pretenden es que abroguéis una ley que vosotros

habéis adoptado, consagrada por vuestros votos y sancionada por feliz experiencia de muchos años; es decir, que al destruir una sola ley quebrantáis todas las demás. No hay ley que no perjudique algún interés particular: ordinariamente sólo se atiende para dictarlas á la utilidad del mayor número y al bien del estado. Si cada cual destruye ó derriba las que personalmente le molestan, ¿á qué votar leyes en asamblea general, para verlas abrogar en seguida á gusto de aquellos contra quienes se dieron? Quisiera saber, sin embargo, por qué motivo las matronas romanas recorren así la ciudad tan desoladas, por qué casi penetran en el Foro y en la asamblea. ¿Vienen á pedir el rescate de sus padres, de sus esposos ó de sus hermanos cautivados por Anníbal? Estas desgracias están lejos de nosotros, y ¡ojalá no se reproduzcan jamás! Sin embargo, cuando nos agobiaban, negasteis este favor á sus piadosos ruegos. Pero á falta de esa piedad filial, de ese cariñoso interés por los parientes, ¿las reúne acaso algún motivo religioso? ¿Van por ventura al altar de la diosa Idea Madre que recibimos de Pesinunta en Frigia? Porque, en fin, ¿qué pretexto pueden hacer valer para excusar este motín de mujeres? Se me responde: «queremos presentarnos brillantes de oro y de púrpura y pasear por la ciudad en los días festivos y en los demás días, en carrozas de triunfo, como para ostentar la victoria que conseguimos sobre la ley abrogada, sobre vuestros votos sorprendidos y arrancados; no queremos que se pongan límites á nuestros gastos ni á nuestro lujo.»

»Con frecuencia me habéis oído deplorar los gastos de las mujeres y de los hombres, los de los simples ciudadanos como los de los magistrados; frecuentemente he repetido que dos vicios contrarios, la avaricia y el lujo, minaban la república. Estas dos calamidades han causado la ruina de todos los grandes imperios. Así,

pues, cuanto más dichosa y floreciente es nuestra situación, más se engrandece nuestro imperio y más las temo. Ya hemos penetrado en Grecia y en Asia, donde hemos encontrado todos los atractivos del placer; ya hasta tenemos en nuestras manos los tesoros de los reyes. ¿No debo temer que en vez de ser dueños de estas riquezas, vengamos á ser sus esclavos? Creedme: fué una desgracia para Roma que se trajesen á su recinto las estatuas de Siracusa. Oigo á demasiadas personas ensalzar y admirar las obras maestras de Corinto y de Atenas y burlarse de los dioses de barro que se ven delante de nuestros templos. Por mi parte prefiero esos dioses que nos han protegido y que espero nos protegerán aún, si los dejamos en sus puestos. En tiempo de nuestros mayores, enviado Cineas á Roma por Pirro, trató de seducir con regalos á los hombres y hasta las mujeres. No existía aún la ley Oppia para reprimir el lujo de las mujeres, y sin embargo, ninguna aceptó. ¿Cuál fué, en vuestra opinión, la causa de esta negativa? La misma que llevó á nuestros mayores á no establecer ley en cuanto á esto. No había lujo que reprimir. De la misma manera que las enfermedades se conocen necesariamente antes que los remedios que pueden curarlas, así nacen las pasiones antes que las leyes destinadas á refrenarlas. ¿Por qué prohibió la ley Licinia poseer más de quinientas yugadas? Porque solamente se pensaba en aumentar de día en día las propiedades. ¿Por qué prohibió la ley Cincia (1) los regalos y obsequios, sino porque el Senado se acostumbraba á levantar im-

(1) Esta ley prohibía á los abogados recibir de sus defendidos dinero ni regalos: *Ne quis ad causam orandam, pecuniam donumve accipiat*. La presentó el tribuno C. Cincio en el año 547 de Roma, bajo el consulado de M. Cornelio Cethego y P. Sempromio Tuditano. L. Fabio Máximo, aunque muy anciano ya, la apoyó vigorosamente.

puestos y tributos sobre los plebeyos? No debe, pues, extrañarse que no se necesitase la ley Oppia ni ninguna otra para limitar los gastos de las mujeres, en una época en que rechazaban la púrpura y el oro que venían á ofrecerlas. Que Cíneas recorra hoy la ciudad, y las encontrará á todas en las calles dispuestas á recibir galas. Confieso que hay caprichos que no puedo explicar, y cuya razón busco en vano. Si se permitiese una cosa á una y se prohibiese á otra, quizá habría motivo para experimentar natural sentimiento de vergüenza y de cólera. Pero cuando la prohibición es igual para todos, ¿qué humillación puede experimentar nadie? Debilidad censurable es avergonzarse de la economía ó de la pobreza; pero la ley os pone igualmente al abrigo de este doble escollo, prohibiándoos tener lo que no tendríais. ¡Pues bien! dirá la mujer rica, esa desigualdad es la que no puedo tolerar. ¿Por qué no se me ha de permitir que vista oro y púrpura? ¿Por qué se oculta tan perfectamente á la sombra de esta ley la pobreza de las otras, que podría creérselas en estado de tener lo que no tienen, si no existiese la prohibición que existe? Romanos, contestaré yo, ¿queréis establecer entre vuestras esposas una rivalidad de lujo, que lleve á las ricas á emplear adornos que ninguna otra pueda llevar, y á las pobres á gastar más de lo que permiten sus recursos para evitar humillante diferencia? Creedme: si se avergüenzan de lo que no es vergonzoso, no se avergonzarán ya de lo que realmente lo es. La que pueda, comprará adornos; la que no pueda, pedirá dinero á su marido. ¡Desgraciado entonces del marido que acceda y del que no acceda! Lo que él niegue, lo dará otro. ¿No se las ve ya acercarse á hombres que no conocen, y lo que es peor, solicitar una ley, votos, triunfar de algunos, sin cuidarse de vuestros intereses, ni de los de vuestro patrimonio y de vuestros hijos? En cuanto cese la ley de limi-

tar sus gastos, jamás conseguireis limitarlos vosotros. No creáis, romanos, que las cosas quedarán en el punto en que estaban antes de la proposición de la ley. Es menos peligroso no acusar á un culpable que absolverle; de la misma manera, el lujo sería más soportable si nunca se le hubiese atacado; pero ahora tendrá toda la energía de una fiera irritada por las ligaduras y desencadenada en seguida. Mi opinión es que no debe abrogarse la ley Oppia. Hagan los dioses que cualquiera que sea vuestra decisión redunde en provecho vuestro!»

Después de este discurso, los tribunos del pueblo que habían anunciado su propósito de intervenir, añadieron algo en el mismo sentido. L. Valerio tomó entonces la palabra en favor de su proposición, diciendo: «Si solamente se hubiesen presentado simples particulares para apoyar ó combatir la ley que proponemos, yo también hubiese guardado silencio, persuadido de que se había discutido bastante por una y otra parte, y hubiese esperado vuestros votos. Mas ahora que un varón tan notable como M. Porcio ataca nuestro proyecto, no solamente con la autoridad de su nombre, cuya influencia hubiese sido muy grande hasta sin hablar y mucho más con tan largo y estudiado discurso, necesario es que le opongamos corta respuesta. Después de todo, más se ha esforzado en reprender á las matronas que en combatir nuestra proposición, y tampoco podría decirse si atribuye á un movimiento espontáneo de su parte ó á consejos nuestros la actividad que censura en ellas. Defenderé, pues, el fondo del asunto, sin buscar nuestra justificación, porque las imputaciones del cónsul, antes son conjeturas que hechos. Ha hablado de tramas, de motines, de retirada de las mujeres, porque las matronas se han presentado en público para suplicaros la abrogación, hoy que la república se encuentra feliz y

florecente en el seno de la paz, de una ley dada contra ellas durante la guerra en medio de circunstancias difíciles. Las tuyas han sido grandes palabras prodigadas de intento para exagerar las cosas, bien que podrían encontrarse otras muchas; y todos sabemos también que Catón es un orador severo, algunas veces hasta algo brusco, aunque naturalmente es dulce. Porque en fin, ¿qué tiene de extraño ver que las matronas romanas se reúnen en masa en las calles para un asunto que les es personal? ¿Jamás se las ha visto hasta ahora? Contra ti apelo á tus *Orígenes*. Allí verás cuántas veces ha sucedido lo mismo y siempre por el bien del Estado. Desde los primeros tiempos, bajo el reinado de Rómulo, cuando los sabinos, dueños del Capitolio, vinieron á librar batalla en el Foro, ¿no fueron las matronas las que, arrojándose en medio de la pelea, separaron á los combatientes? Mas adelante, después de la expulsión de los reyes, cuando los volscos, á las órdenes de Coriolano, vinieron á acampar á cinco millas de Roma, ¿no fueron las matronas las que conjuraron la tempestad que iba á destruir la ciudad? Cuando los galos se apoderaron de Roma, el oro que sirvió para rescatarla, ¿no lo suministraron por impuesto voluntario las matronas, según confesión de todos? Sin buscar ejemplos tan lejanos, ¿no hemos visto en la última guerra, cuando había necesidad de dinero, á las viudas ayudar con sus recursos al Tesoro agotado? En fin, cuando se llamaron nuevos dioses en socorro de la patria en peligro, ¿no fueron las matronas las que marcharon en masa hasta la orilla del mar para recibir á la diosa Idea Madre? Los casos son diferentes, se me contestará: por eso no trato de equipararlos; solamente he querido demostrar que el acto nada tiene de nuevo. No se extrañó verlas intervenir en asuntos que interesaban igualmente á todos, hombres y mujeres: ¿debe extrañarse que obren de

la misma manera en unas circunstancias que á ellas solamente atañen? Y después de todo, ¿qué hacen? Muy delicados tenemos en verdad los oídos si solamente con indignación podemos escuchar ruegos de mujeres honradas, cuando los amos no desdeñan oír los ruegos de sus esclavos.

»Paso ahora al asunto de que se trata. El cónsul lo ha considerado bajo dos puntos de vista. En primer lugar ha combatido el propósito de abrogar una ley cualquiera, y después, en particular, el que tiene por objeto la abrogación de la ley que reprime el lujo de las mujeres. En la primera parte, en que ha hablado de las leyes en general, su lenguaje ha sido digno de un cónsul; en la segunda, los ataques que ha dirigido contra el lujo son propios de sus austeras costumbres. Así, pues, temo mucho que quedéis deslumbrados si no os demuestro la frivolidad de sus argumentos acerca de los dos puntos. Reconozco desde luego que las leyes hechas, no para un tiempo, sino para siempre y por un interés que no varía, no pueden abrogarse, á menos que la experiencia no haya condenado alguna de ellas, ó un cambio político las haga inútiles. Pero también considero como destinadas á morir todas las leyes de oportunidad, que deben desaparecer con las circunstancias mismas que las provocaron. Las leyes hechas en tiempo de paz quedan abrogadas generalmente por la guerra, y recíprocamente; de la misma manera que en una nave tal maniobra es buena en mar tranquilo y tal otra en la tempestad. Siendo tan distintas por su naturaleza las leyes, ¿á qué clase os parece pertenecer la que os pedimos que abroguéis? ¿Es acaso alguna de las antiguas de nuestros reyes, nacidas, por decirlo así, al mismo tiempo que la ciudad? ¿Forma parte de nuestra segunda legislación, de las que los decenviros, nombrados para redactar un código, encerraron en las doce tablas? ¿Acaso

es una ley que nuestros antepasados considerasen necesaria para salvar el honor de las mujeres y cuya abrogación deba menoscabar el pudor y la castidad de su sexo? ¿Quién ignora que es una ley reciente, dada hace veinte años bajo el consulado de Q. Fabio y de T. Sempronio? Y si hasta entonces nuestras matronas tuvieron durante tantos años intachable conducta, ¿debemos temer que, en cuanto abroguemos la ley, se lanzarán á todos los excesos del lujo? Es indudable que si se hubiese dictado para poner freno á los desórdenes de las mujeres, podríamos temer abrirles ancho campo al abrogarla; pero las circunstancias mismas en que se dió nos explican sus causas: Anníbal se encontraba en medio de Italia: vencedor en Cannas y dueño ya de Tarento, de Arpi y de Capua, amenazaba marchar sobre Roma con su ejército; nuestros aliados nos habían hecho traición; no teníamos ni soldados para las legiones, ni marinos para las naves, ni dinero en el Tesoro: comprábanse, para armarlos, esclavos cuyo precio no había de pagarse á sus dueños hasta el fin de la guerra; los publicanos se habían obligado á suministrar, con igual condición, el trigo y demás provisiones necesarias; todos dábamos, según nuestras rentas, cierto número de esclavos destinados á servir en las naves y los manteníamos á nuestra costa; á ejemplo de los senadores, llevábamos al Tesoro todo nuestro oro y toda nuestra plata; las viudas y los huérfanos llevaban también su ofrenda; fijóse la cantidad que cada uno podía tener en su casa, tanto en joyas de oro y plata, como en monedas de plata y cobre. En aquellas circunstancias, ¿tan exclusivamente ocupadas estaban las mujeres en su lujo y sus adornos, que se experimentó la necesidad de ponerles límites con la ley Oppia? ¿No ocurrió que la aflicción en que se encontraban sumidas interrumpió el culto de Ceres y el Senado se vió obligado á limitar su

duelo á treinta días? ¿Quién no ve que la miseria pública y la penuria del Tesoro, que la necesidad impuesta á todos los particulares de dedicar su fortuna al servicio del Estado, dictaron esta ley que solamente debía durar lo que durasen aquellas circunstancias? Si deben observarse perpetuamente los *senatus-consultos* y *plebiscitos* dados en aquella época, ¿por qué reembolsar á los particulares sus adelantos? ¿Por qué pagar contante los suministros públicos? ¿Por qué no comprar esclavos para hacerlos soldados? ¿Por qué cada uno de nosotros no suministra remeros como entonces?

»A todos los órdenes del Estado, á todos los ciudadanos alcanzará la influencia del afortunado cambio que ha sobrevenido en nuestros asuntos; y solamente nuestras mujeres no experimentarán la satisfacción de gozar de la paz y tranquilidad públicas. Los hombres podremos, como magistrados y como sacerdotes, llevar la *pretexta* bordada de púrpura; nuestros hijos llevarán también la toga con bandas de púrpura; nuestros magistrados de las colonias y de los municipios, aquí mismo en Roma, los magistrados inferiores, hasta los inspectores de los barrios, tendrán derecho para llevar la *pretexta*; permitido les será vestirla durante su vida y que las quemen con este adorno después de su muerte. ¡Solamente á las mujeres se les prohibirá el uso de la púrpura! Porque sois hombres, podréis cubriros con manto purpúreo; ¡y no permitiréis á vuestras esposas ni el velo más pequeño de ese color! ¡La silla de vuestro caballo será más rica que la túnica de vuestra esposa! Encontraré *pretexto*, aunque injusto á la verdad, pero en fin, *pretexto* de economía en el deterioro de la púrpura por el uso. Pero ¿y en cuanto al oro que no pierde nada de su valor, si no es la mano de obra? ¡Qué avaricia! Antes es un recurso para las necesidades del Estado y de los particulares, como ya habéis experi-

mentado. No habrá, como se dice, rivalidades entre las mujeres, cuando alguna no lleve oro. Pero grande será á fe mía el despecho y su cólera cuando vean á las esposas de los aliados latinos adornarse con toda libertad con lo mismo que á éstas se les prohíbe, ostentar el oro y la púrpura de sus trajes, pasear en carrozas por toda la ciudad, mientras que ellas las seguirán á pie, como si el asiento del poder romano estuviese en alguna ciudad latina y no en Roma. Si este contraste sería mortificante para los hombres, ¿cuánto habrá de serlo para el amor propio de las mujeres, que tan sensibles son á las humillaciones? Magistraturas, sacerdocios, triunfos, distinciones honoríficas, recompensas, despojos militares, nada de esto es para ellas. El tocado, los adornos, la elegancia, esto es lo que las distingue; esos son sus goces y sus glorias, ese es su mundo, como dijeron nuestros antepasados. Su luto se reduce á despojarse del oro y de la púrpura, que vuelven á vestir cuando el luto cesa. En los días de acciones de gracias y de rogativas, no hacen otra cosa que engalanarse con adornos más ricos. Pero se nos dice también: si abrogáis la ley Oppia, no podréis prohibir á vuestras esposas ningún adorno de los que les prohíbe esta ley. Vuestras hijas, vuestras esposas, hasta vuestras hermanas no dependerán tanto de vosotros. No, la tutela de la mujer no cesa sino con la vida de sus padres; y la libertad que les da la muerte del marido ó del padre, piden á los dioses que la alejen de ellas. Para el traje prefieren depender de vosotros á depender de la ley. Y vosotros debéis protegerlas, tenerlas en vuestra potestad, pero no hacerlas esclavas; debéis preferir el título de padre ó de esposo al de amo. El cónsul ha empleado palabras irritantes al hablar de rebelión de mujeres y de retirada: ¿tendremos que temer que se apoderen del monte Sacro ó del Aventino, como hizo en otro tiempo el pueblo des-

contento? Su debilidad las condena á soportar lo que vosotros decidáis, y cuanto mayor es vuestro poder, mayor debe ser vuestra moderación.»

Cuando se hubieron dicho estas cosas en pro y en contra de la ley, vióse invadir las calles número de mujeres mucho más considerable que en los días anteriores, marchando en masa á sitiarse las puertas de los tribunales que se oponían á la proposición de sus colegas, y no se alejaron hasta que obtuvieron su desistimiento. Desde entonces no fué dudoso que la ley se abrogaría por unanimidad, y en efecto, lo fué á los veinte años de su promulgación. Inmediatamente después, el cónsul Porcio partió con veinticinco naves, de las que cinco habían suministrado los aliados, y puso rumbo al puerto de Luna, adonde había de reunirse su ejército. Desde allí envió órdenes á toda la costa para reunir naves de toda clase; y en seguida se hizo á la vela señalando el puerto Pireneo como punto de reunión, esperando marchar contra el enemigo con toda la flota. Los romanos siguieron las montañas de la Liguria y la costa del golfo de las Galias y se encontraron en el día y punto designados: en seguida avanzaron hasta Rodas y expulsaron la guarnición española que ocupaba la fortaleza: de Rodas marcharon con buen viento á las Emporias, donde saltaron en tierra todas las tropas, exceptuando los soldados de marina.

Ya en aquella época se componía Emporias de dos ciudades separadas por una muralla: habitaban la una griegos originarios de Focea, como los masiliotas; la otra españoles; pero la ciudad griega, que se extendía hacia el mar, estaba encerrada por una muralla circular de menos de cuatrocientos pasos: la ciudad española, más alejada de la playa, estaba rodeada por una muralla de tres mil pasos. Emporias recibió después una colonia romana, que el divino César estableció allí des-

pués de la derrota de Pompeyo. Estos tres pueblos están confundidos hoy en uno solo, habiendo pasado, primero los españoles y después los griegos, á ser ciudadanos romanos. Pensando que su ciudad estaba abierta entonces, por un lado á las incursiones marítimas, y por otro á los ataques de los españoles, nación bárbara y belicosa, pregúntase con asombro cómo podían vivir seguros. La salvaguardia de su debilidad era la vigilancia continua que mantiene siempre el temor en el vecino más fuerte. La parte de muralla que daba al campo estaba bien fortificada y solamente tenía una puerta; un magistrado guardaba aquella entrada, sin poder abandonar su puesto ni un solo momento. Durante la noche, la tercera parte de los ciudadanos vigilaba en las murallas, y no por forma y respeto á la ley se relevaban los centinelas, sino que había rondas y se atendía con tanta exactitud al servicio como si el enemigo estuviese á las puertas. No se recibía en la ciudad á ningún español, ni los habitantes se aventuraban fuera del recinto sino con precaución. Por el contrario, del lado del mar, las salidas eran completamente libres. Los de la ciudad griega jamás salían sino en considerable número por la puerta que daba frente á la ciudad española, y casi siempre eran los que habían vigilado en las murallas la noche anterior. Estas salidas eran necesarias por el comercio que hacían con los españoles, inhábiles en el arte de la navegación y que se alegraban mucho de poder comprar las mercancías extranjeras que sus vecinos importaban por mar y entregar á la exportación los productos de sus tierras. Este interés recíproco abría á los griegos la ciudad española. Habían buscado mayores garantías para su seguridad, poniéndose bajo la protección de los romanos, y aunque menos fuertes que los masiliotas, no se mostraban menos fieles que ellos á esta alianza; por cuya razón recibieron al cónsul y á

su ejército con mucho celo y abnegación. Solamente se detuvo allí Catón el tiempo necesario para enterarse del punto donde se encontraba el enemigo y cuáles eran sus fuerzas; y para aprovechar hasta su inacción, empleó aquellos pocos días en maniobras militares. Era la época del año en que los trigos están ya encerrados en los graneros. Catón prohibió á los abastecedores que se ocupasen de las provisiones y los despidió á Roma, diciendo: «La guerra se alimentará á sí misma.» En seguida partió de Emporias y entró á sangre y fuego por territorio enemigo, difundiendo por todas partes terror y consternación.

En la misma época, M. Helvio dejaba la España ulterior con un refuerzo de seis mil hombres que le había dado el pretor Ap. Claudio, y encontró bajo los muros de Ilturgis considerable cuerpo de celtíberos. Valerio dice que eran veinticinco mil, añadiendo que sucumbieron doce mil, que se apoderó de la plaza y pasó á cuchillo todos los jóvenes. Helvio llegó después al campamento de Catón, y como encontró la comarca al abrigo de toda sorpresa, devolvió sus tropas á la España ulterior, partió para Roma y recibió en recompensa de su victoria los honores de la ovación. Entregó al tesoro catorce mil setecientas treinta y dos libras de plata en lingotes, diez y siete mil veintitrés en monedas acuñadas con la biga, y ciento veinte mil cuatrocientas treinta y ocho de plata de Osca (1). El Senado le negó el triunfo porque había combatido bajo los auspicios y en la provincia de otro general. Su regreso á Roma fué

(1) Moneda de plata acuñada en *Osca*. En España había dos ciudades de este nombre, situadas una en la Citerior ó Tarraconense, en las fronteras del país de los ilergetas, hoy Huesca. La otra pertenecía á la Bética, y de esta se trata aquí. Sin duda poseía en su territorio ricas minas de plata. Sabido es que, en la antigüedad, España era el país que se explotaba más.

después de dos años, porque, cuando hubo entregado su provincia á su sucesor Q. Minucio, le retuvo todo el año siguiente larga y grave enfermedad. Por esta razón apenas transcurrieron dos meses entre la ovación de Helvio y el triunfo de su sucesor Q. Minucio. Este entregó también al tesoro treinta y cuatro mil ochocientas libras de plata en lingotes, setenta y ocho mil en monedas con la biga y doscientas setenta y ocho mil en dinero de Osca.

Entretanto el cónsul estaba acampado en España cerca de Emporias. Bilstage, rey de los ilergetas, le envió tres legados, entre los que se encontraba su hijo, para darle cuenta «de que sitiaban sus plazas fuertes, y que no tenía esperanza alguna de resistir, si los romanos no le concedían un socorro. Tres mil hombres serían suficientes, decían, y si recibían este refuerzo, alejaríanse los enemigos.» El cónsul contestó «que lamentaba sus peligros y temores, pero que no tenía bastantes fuerzas para poder, sin peligro, delante de un ejército numeroso, con el que esperaba diariamente trabar combate, separar una parte y disminuir así sus recursos.» Al escuchar esta contestación, los legados cayeron de rodillas y suplicaron al cónsul, con lágrimas en los ojos, que no les abandonase en circunstancias tan apuradas. «Rechazados por los romanos, añadían, ¿á quién podrían dirigirse? No tenían otros aliados ni otros protectores en el mundo. Podían haber escapado á aquel peligro, á querer faltar á su fe y hacer causa común con los rebeldes. Pero no les habían intimidado las amenazas y medios de terror, porque esperaban encontrar en los romanos defensa y protección seguras. Si así no era y el cónsul rechazaba sus súplicas, ponían por testigos á los dioses y á los hombres de que, muy á pesar suyo, se verían obligados á faltar á la fe para evitar la triste suerte de Sagunto, porque pre-

ferían sucumbir con el resto de España á perecer solos.»

El cónsul les despidió aquel día sin darles contestación; pero durante la noche siguiente le agitaron dos ideas. No quería abandonar á sus aliados, ni debilitar su ejército, temiendo verse obligado á aplazar el combate ó exponerse librándolo. Tomó, pues, el partido de no disminuir sus fuerzas para imponer á los enemigos y mantener á los aliados en vana esperanza. Frecuentemente las apariencias producen mejores resultados que la realidad, especialmente en la guerra; y aquel que cuenta con un apoyo, confía tanto como si se le hubiese socorrido verdaderamente, encontrando en sus mismas esperanzas y energía medio de salvación. A la mañana siguiente contestó á los legados «que á pesar del temor á disminuir sus fuerzas prestándoles socorros, atendía más á los peligros de su posición que al suyo propio». En seguida mandó á la tercera parte de los soldados de cada cohorte cocer prontamente el pan para embarcarlo. Las naves debían estar preparadas para el tercer día. Dos legados recibieron encargo de enterar de estas disposiciones á Balistage y los ilergetas; el hijo del rey recibió muchos regalos y obsequios y el cónsul le conservó á su lado. Los legados no partieron hasta ver embarcados á los soldados, dando por consiguiente como cierta esta noticia, y tanto sus conciudadanos como sus enemigos quedaron convencidos de que iba á llegar el socorro prometido por los romanos.

Considerando el cónsul que eran suficientes estas demostraciones, mandó desembarcar á los soldados. Acercábase la estación de entrar en campaña, y llevó sus cuarteles de invierno á tres millas de Emporias, y aprovechando ocasiones favorables, dejaba el campamento con débil guardia y salía para talar el territorio enemigo, en tanto de un lado, en tanto de otro. Estas expediciones las hacía ordinariamente de noche, con

objeto de alejarse del campamento todo lo posible y encontrar á los enemigos sin defensa. De esta manera ejercitaba á sus soldados bisonos y hacía considerable número de prisioneros. Los españoles no se atrevían á salir de sus plazas fuertes; y cuando se creyó bastante seguro de las disposiciones de sus soldados y de las del enemigo, reunió á todos los tribunos, prefectos, caballeros y centuriones, y les dijo: «Ha llegado la ocasión que tanto habéis deseado de hacer brillar vuestro valor. Hasta ahora más bien habéis hecho guerra de merodeadores que librado combates regulares; ahora vais á pelear con el enemigo en batalla campal. No se trata ya de devastar campos; podréis saquear los tesoros de las ciudades. Nuestros padres, en época en que España pertenecía á los cartagineses y la ocupaban sus generales y ejércitos, mientras que nosotros no teníamos ni generales ni soldados, hicieron, á pesar de esto, incluir en un tratado una cláusula que fijaba el Ebro como límite de sus posesiones. Hoy que dos pretores, un cónsul y tres ejércitos ocupan esta provincia, y que ni un solo cartaginés la ha pisado hace cerca de diez años, hemos perdido nuestras posesiones aquende el Ebro. Necesario es que nuestras armas y valor las conquisten de nuevo; necesario es que estos pueblos que muestran siempre más apresuramiento para la revuelta que tesón en la resistencia, se vean obligados á entrar de nuevo bajo el yugo que han sacudido.» Después de haberles dirigido esta exhortación, declaró que aquella misma noche les llevaría al campamento enemigo, y les envió á comer y descansar.

A media noche, después de consultar los auspicios, se puso en marcha con objeto de apoderarse, antes de que el enemigo lo advirtiese, de la posición que quería ocupar; hizo que sus tropas rodeasen el campamento de los españoles, las formó en batalla desde el amanecer.

cer y envió tres cohortes hasta el pie mismo de las empalizadas. Asombrados los bárbaros de ver á los romanos á su espalda, corrieron también á las armas. Entretanto dijo el cónsul á los suyos: «Soldados, no podéis confiar más que en vuestro valor, y yo mismo he cuidado de colocaros en esta situación. Los enemigos se encuentran entre nosotros y nuestro campamento; á nuestra espalda se extiende el territorio enemigo. Solamente nos queda un partido muy noble y al mismo tiempo muy seguro, el de no esperar nada más que de nuestro valor.» En seguida mandó retirar las tres cohortes, para que aquella fuga simulada atrajese á los bárbaros fuera de su campamento. Realizáronse sus previsiones: persuadidos los españoles de que los romanos tenían miedo y retrocedían, salieron en tropel y llenaron todo el espacio que mediaba entre los parapetos y el ejército del cónsul. Pero mientras procuraban formar sus filas, el cónsul aprovechó la confusión y los atacó al frente de sus tropas, que estaban formadas ya en buen orden. El ataque lo comenzó la caballería de las dos alas, pero la derecha quedó rechazada en el acto, retrocediendo en desorden y produciendo confusión en las filas de la infantería. Observólo el cónsul, y, por orden suya, dos cohortes escogidas rodearon al enemigo por su derecha y restablecieron el destruído equilibrio por la derrota de la caballería. Sin embargo, tal había sido el miedo de los jinetes y peones de la derecha, que el cónsul tuvo que detener á algunos por el brazo y obligarles á volver al combate. Así, pues, la lucha fué y quedó dudosa mientras que no se usaron más que las armas arrojadizas; si en el ala derecha, donde comenzó el desorden y la fuga, oponían los romanos débil resistencia, estrechaban fuertemente á los bárbaros en la izquierda y el centro y veían con temor las cohortes que les amenazaban por la espalda; pero cuando agota-

ron los venablos, tanto soliferros (1) como faláricos, y pusieron mano á la espada, pareció que comenzaba de nuevo el combate. Ya no eran golpes imprevistos, partidos de lejos, que herían al azar, sino que combatían cuerpo á cuerpo, formando toda la esperanza de cada cual su valor y su fuerza.

Cansados ya los romanos, el cónsul mandó avanzar á la primera fila, para sostener las cohortes, fuerzas de la reserva y formó así una línea nueva. Estas tropas frescas descargaron granizada de venablos sobre el extenuado enemigo, quebrantándole primero con impetuoso ataque, para el que se formaron en cuña; en seguida arrollaron sus filas y le pusieron en fuga, desbandándose y volviendo á la carrera á su campamento. Viéndoles Catón en plena derrota, corrió á toda brida á la segunda legión, que había dejado de reserva, y le mandó marchar con las enseñas levantadas y ordenadamente contra el campamento de los bárbaros para forzarlo. Si veía que algunos romanos, impulsados por el ardor, se adelantaban á las filas, les cerraba el paso con su caballo, les golpeaba con el *sparo* (2) y recomendaba á los tribunos y centuriones que contuviesen á sus soldados. Ya había comenzado el ataque del campamento enemigo y los españoles se servían de piedras, palos y toda clase de armas para rechazarlo, cuando la llegada de la nueva legión avivó el ataque de los romanos y la energía que desplegaba el enemigo para defender sus parapetos. El cónsul examinó el terreno para descubrir el sitio más débil y penetrar por él en el campamento: vió que la puerta del lado izquierdo la defendía débil destacamento, y dirigió hacia aquel punto los príncipes y los hastatos de la segunda legión. La

(1) Especie de venablo todo de hierro.

(2) El *sparum* ó *sparus*, era un venablo corto ó sencillamente un bastón herrado.

guardia enemiga no pudo resistir el choque, y cuando los bárbaros vieron á los romanos en los parapetos y dueños del campamento, arrojaron las enseñas y las armas y corrieron á las puertas; pero su multitud obstruyó en el acto aquellas estrechas salidas y quedaron exterminados por los soldados de la segunda legión, que les atacaban por la espalda, mientras que el resto de los romanos saqueaba el campamento. Valerio Anicias hace subir á más de cuarenta mil hombres la pérdida de los españoles en aquella batalla. Catón, que seguramente no pensaba en rebajar su gloria, habla también de considerable pérdida, pero sin fijar el número.

En aquella batalla ejecutó tres movimientos que le honran mucho: primeramente el de alejar á los soldados, por medio de un rodeo, de la flota y del campamento, y hacerles ocupar para el combate, en medio de las líneas enemigas, una posición en la que no podían esperar más que en su valor; en seguida el de enviar las cohortes á atacar á los españoles por la espalda, y en tercer lugar hacer avanzar la segunda legión en buen orden y sin dejar las filas, hasta la puerta del campamento, mientras que el resto de las fuerzas en desorden corría en persecución de los vencidos. Ni después de la victoria quedó en la inacción. En cuanto mandó tocar retirada y llevó al campamento los soldados cargados de despojos, solamente les concedió algunas horas de la noche para descansar y en seguida les llevó á talar los campos. Tan completa era la derrota de los enemigos, que los romanos pudieron extenderse por todas partes. Los estragos, juntos con el desastre de la víspera, decidieron á los españoles de Emporias y á sus vecinos á someterse. Muchos habitantes de las ciudades inmediatas que se habían refugiado en Emporias siguieron su ejemplo. Catón les habló á todos con bondad, hizo darles vino y alimento y los despidió á sus

casas. Inmediatamente después se puso en marcha, y por todo el camino encontró legados que acudían á ofrecerle la sumisión de sus ciudades. Cuando llegó á Tarragona estaba ya reconquistada toda la España aquende el Ebro, y los prisioneros romanos, aliados y latinos, que en diferentes circunstancias habían caído en poder de los bárbaros, presentábanlos sus amos regalándolos al cónsul. Corrió en seguida el rumor de que iba á dirigirse contra los turdetanos, y también se propagó la noticia de su marcha para montañas inaccesibles. Ante este vano rumor, que carecía de fundamento, se sublevaron siete plazas fuertes del país de los bergistanos. El cónsul llevó su ejército contra ellos y no necesitó combatir para reducirlos á la obediencia. Poco después de su regreso á Tarragona se sublevaron de nuevo, sin esperar á que hubiese partido para otra expedición, y fueron reducidos otra vez, pero no encontraron igual indulgencia en los vencedores, sino que les vendieron á todos en subasta para evitar que pidiesen la paz con demasiada frecuencia.

Entretanto el pretor P. Manlio, que acababa de reunirse con el ejército de su antecesor Q. Minucio, los veteranos que antes mandó Ap. Claudio Nerón en la España ulterior, partió á su frente para la Turdetania. Tiénese á los turdetanos por el pueblo menos belicoso de España. Sin embargo, alentados por el número, avanzaron al encuentro de los romanos. Un ataque de la caballería bastó para desordenarlos, pudiendo decirse que la infantería no tuvo que sostener combate. Los veteranos que la formaban consiguieron en seguida la victoria, gracias á su antigua experiencia y al conocimiento que tenían del enemigo. Pero aquel combate no terminó la guerra. Los turdetanos tomaron á sueldo diez mil celtíberos, y opusieron á los romanos aquellas tropas mercenarias. Entretanto, impresionado el

cónsul por la revuelta de los bergistanos y convencido de que los demás pueblos seguirían su ejemplo á la primera ocasión, desarmó á todos los españoles de aquende el Ebro, pareciéndoles tan humillante esta medida, que muchos se dieron la muerte. Para el altivo español nada era la vida desde el momento en que no tenía armas. Al recibir esta noticia, el cónsul llamó á los senadores de todas las ciudades y les dijo: «Interés vuestro es más que mío que permanezcáis sometidos; hasta ahora, vuestras sublevaciones han hecho más daño á España que trabajo ha costado á los romanos su represión. Creo que no hay más que un medio de evitarlas, el de reducirlos á la impotencia. Quiero conseguir este fin por medios suaves. Ayudadme, pues, con vuestros consejos en este asunto. Dispuesto estoy á seguir con preferencia el consejo que me deis.» Como todos guardaban silencio, el cónsul añadió que les concedía algunos días para deliberar. Llamados por segunda vez, se encerraron en igual silencio. Entonces Catón hizo dismantelar en el mismo día todas las ciudades, marchó contra los que todavía no estaban sometidos, y recibió, á medida que se presentaba en una comarca, la sumisión de todos los pueblos que la habitaban. Solamente resistió Legística, ciudad rica y poderosa, teniendo que emplear las máquinas para apoderarse de ella.

Mucha más dificultad experimentaba el cónsul para someter la España, que los primeros generales enviados á este país. Aquellos vieron á los españoles cansados de la dominación cartaginesa entregarse á ellos; Catón les encontraba en posesión de su libertad, y, por decirlo así, tenía que reducirles á la esclavitud (*in servitutum velut asserendi erant*) (1). Además, los ánimos estaban

(1) *Asserere in servitutum aliquem*, significa en el lenguaje de los juriseconsultos romanos, intentar una acción contra alguno que pretende ser libre y al que se reclama como esclavo. Tito

muy excitados á su llegada: unos se encontraban en armas; otros, fieles aún, se encontraban sitiados en las ciudades é iban á verse obligados á hacer traición, si no se les socorría á tiempo, porque no podían resistir más. Pero el cónsul desplegó mucho vigor y prudencia, queriendo verlo y hacerlo todo por sí mismo, tanto lo más importante como los detalles más minuciosos; no se contentó con meditar los planes y dar las órdenes necesarias, sino que casi siempre se encargó de la ejecución. Nadie en su ejército fué tratado con más rigor y severidad que él mismo; entre él y el último soldado se había trabado lucha de frugalidad, de vigiliias y fatigas, no existiendo otra distinción que el título y el mando.

La guerra de Turdetania era más difícil para el pretor P. Manlio desde que los habitantes del país habían llamado, como hemos dicho, mercenarios celtibéricos. Por petición del pretor, el cónsul llevó su ejército hacia aquel lado; y en cuanto llegó, marchó sobre el campamento de los turdetanos, que estaba separado del de los celtiberos, y trabó algunas escaramuzas, atacando á sus avanzadas. A pesar de la temeridad de sus ataques, los romanos quedaban siempre vencedores. Entonces envió el cónsul algunos tribunos militares á hablar con los celtiberos y someterles tres proposiciones: la primera que pasasen á las filas de los romanos, mediante doble sueldo del que recibían de los turdetanos; la segunda que volviesen á sus hogares, con la seguridad, garantida por solemne juramento, de que no se les acriminaría el haberse unido con los enemigos de los romanos; la tercera que fijasen, si preferían la guerra, sitio para la batalla. Los celtiberos pidieron un día para deliberar: celebraron consejo admitiendo en él á los

Livio no emplea la frase en su sentido ordinario para aplicarla á otro orden de ideas.

turdetanos, pero la extraordinaria confusión que reinó en la asamblea impidió que tomasen ninguna determinación. Ignorábase, pues, si se estaba en paz ó en guerra con los celtíberos, y aprovechando esta incertidumbre, los romanos sacaban provisiones de los campos y plazas fuertes del enemigo, como si se encontrasen en plena paz; llegando hasta penetrar en medio de sus trincheras, como si tregua particular autorizase los cambios recíprocos. Viendo el cónsul que no podía atraer los turdetanos al combate, salió primeramente con algunas cohortes ligeras para marchar en buen orden á talar los campos que habían escapado al pillaje, y sabiendo después que los celtíberos habían dejado en Seguncia todos sus bagajes, se dirigió á aquella plaza para sitiaria. Pero como el enemigo tampoco hacía ningún movimiento, pagó el sueldo á sus tropas y á las del pretor, dejó todo el ejército en el campamento de Manlio, y volvió á las orillas del Ebro con siete cohortes solamente.

Con aquellas débiles fuerzas tomó algunas plazas fuertes y recibió la sumisión de los sedetanos, ausetanos y suesetanos. Los lacetanos, que vivían en bosques y parajes inaccesibles, continuaban en armas; era un pueblo naturalmente salvaje y que además tenía que temer por las devastaciones que había realizado en terreno de los aliados de Roma, mientras el cónsul y su ejército estaban ocupados en combatir á los turdulos. Catón marchó á sitiar su ciudad, al frente de las cohortes y de la juventud de los aliados, justamente irritados por aquel bandolerismo. Aquella ciudad era más larga que ancha, detúvose á unos cuatrocientos pasos de las murallas, estableció en aquel punto un cuerpo de tropas escogidas, con orden de no abandonar su puesto hasta que volviese á reunirse con ellas, y con el resto de sus fuerzas rodeó la plaza para colocarse en el otro ex-

tremo. Los suesetanos formaban la mayor parte de sus auxiliares, y á éstos mandó que comenzasen el ataque. En cuanto los lacetanos reconocieron las armas y enseñas de aquel pueblo, cuyo territorio habían talado tantas veces impunemente, batido y derrotado sus ejércitos, animados con este recuerdo, abrieron bruscamente la puerta y cayeron en tropel sobre ellos. Los suesetanos no pudieron resistir su grito de guerra y menos aún su impetuoso choque. El cónsul, que había previsto este resultado, en cuanto le observó, corrió á toda brida hacia sus cohortes apostadas á corta distancia de las murallas, las llevó con él, y mientras todos los habitantes se precipitaban tras los pasos de los fugitivos, dejando la ciudad desierta y silenciosa, las introdujo en ella, estando apoderado por completo de la ciudad antes de que regresasen los lacetanos. Entonces, como no les quedaban más que las armas, tuvieron que someterse.

Desde allí marcharon los vencedores contra el fuerte Vergio, que era una guarida de bandidos que recorrían los campos inmediatos perturbando la tranquilidad de la comarca. El jefe bergistano se refugió al lado del cónsul, y trató de justificar su conducta y la de sus compatriotas diciendo: «que ya no tenían ellos la autoridad, habiéndose apoderado por completo de la plaza los bandidos que recibieron en su seno.» Catón les mandó volver á la plaza, inventar cualquier pretexto para explicar su ausencia, y, «cuando viesen á los romanos al pie de las murallas y á los bandidos ocupados en defenderlas, que marchase á la fortaleza con sus partidarios y se apoderase de ella.» Estas instrucciones las cumplieron exactamente. Colocados de pronto los bárbaros entre los romanos que escalaban las murallas y las gentes que se habían apoderado de la fortaleza, quedaron dominados por doble espanto. Una vez dueño de

la plaza, el cónsul concedió libertad y goce de sus bienes á los que habían ocupado la fortaleza, así como también á sus parientes; mandó que vendiese el cuestor al resto de los bergistanos y castigó con la muerte á los bandidos. Después de pacificar la provincia, estableció considerable impuesto sobre la explotación de las minas de hierro y de plata, que vino á ser para la provincia abundante fuente de riqueza. Con ocasión de estos triunfos conseguidos en España, el Senado decretó tres días de acciones de gracias.

En el mismo verano, el otro cónsul, L. Valerio Flaco, combatió con un cuerpo de boyos en la Galia, cerca del bosque latino, y consiguió señalada victoria. Dícese que quedaron en el terreno ocho mil galos, y el resto, renunciando á la guerra, se dispersó por los caseríos y los campos. Al terminar la estación, el cónsul acampó sus tropas en las orillas del Pó, en Placencia y Cremona y reconstituyó en estas dos ciudades los edificios destruídos por la guerra. Esta era la situación de las cosas en Italia y España. T. Quincio había pasado el invierno en Grecia. Allí, exceptuando los etolios, cuya ambición quedaba mal recompensada después de la victoria, y que no podían entregarse á largo descanso, todos los pueblos, únicamente ocupados en gozar del doble beneficio de la paz y de la libertad, se mostraban muy contentos con su suerte, y después de haber admirado en los combates el valor del general romano, elogiaban su desprendimiento, su justicia y moderación en la victoria. Por este tiempo llegó el senatus-consulta por el que los romanos declaraban la guerra á Nabis, tirano de Lacedemonia. Después de enterarse Quincio, citó á Corinto para celebrar asamblea general, á las legaciones de todas las ciudades aliadas. A esta reunión acudieron los principales ciudadanos de todos los estados, sin exceptuar los etolios. Quincio habló de esta manera:

«La guerra que los romanos y los griegos hicieron á Filipo no fué tanto resultado de un plan convenido de común acuerdo, como asunto decidido por motivos personales á los dos pueblos. Los romanos le censuraban que hubiese faltado á sus compromisos con ellos, bien secundando á sus enemigos los cartagineses, bien atacando aquí á sus aliados. Tan indignamente os trató, que aun prescindiendo de nuestras quejas, hubiésemos visto en los ultrajes de que os colmó razón legítima para empuñar las armas. Hoy depende completamente de vosotros la decisión que hemos de tomar. Vosotros habéis de decidir si queréis dejar bajo el dominio de Nabis la ciudad de Argos, de que, como sabéis, es dueño, ó bien si opináis que aquella noble y antigua ciudad, colocada en medio de la Grecia, recobre su libertad y obtenga las mismas ventajas que las demás ciudades del Peloponeso y de la Grecia. Como veis, la decisión os pertenece por completo; los romanos solamente se interesan en cuanto la esclavitud de una sola ciudad no les permita conservar pura y sin mancha la gloria de haber libertado á la Grecia. Por lo demás, si sois indiferentes á la suerte de Argos, á sus peligros, á la lección que constituyen para vosotros; si no teméis ver propagarse más lejos el contagio y la servidumbre, nada tenemos que decir; acerca de este punto os consulto decidido á conformarme con la opinión de la mayoría.»

Después de esta oración del general romano, se empezó á explorar la opinión de los demás. El enviado ateniense mostró cuanto pudo su agradecimiento, elogiando grandemente los servicios que los romanos habían prestado á Grecia. «Habían implorado sus socorros contra Filipo, dijo, y habían acudido: ahora venían, sin que se los rogasen, á ofrecer espontáneamente su protección contra el tirano Nabis. Y sin embargo, añadió indignado, favores tan manifiestos son objetos de ma-

lévolas insinuaciones. Supónese á los romanos intenciones culpables para lo futuro, cuando solamente se debería sentir agradecimiento por lo pasado.» Esto era evidentemente un ataque dirigido contra los etolios: así, pues, Alejandro, jefe de la legación etolia, empezó increpando con violencia á los atenienses, que, después de haber marchado en otro tiempo á la cabeza de la Grecia, para asegurar su independenciam, hacía traición ahora á la causa común por motivos de interés particular. Quejóse en seguida de que los aqueos, que en otro tiempo habían combatido en favor de Filipo, y le habían abandonado después de sus reveses, hubieran recobrado Corinto y trabajasen todavía para que les diesen Argos; mientras que los etolios, que fueron los primeros enemigos de Filipo y los aliados más constantes de los romanos, se veían despojados de Equina y Farsalia, á pesar de la cláusula del tratado que les prometía, después de la victoria, la posesión de las tierras y ciudades conquistadas á aquel rey. Acusó de perfidia á los romanos, diciendo «que solamente habían mostrado á los griegos vana apariencia de libertad. Habían puesto guarnición en Calcis y Demetriades, y sin embargo, cuando Filipo tardaba en evacuar aquellas ciudades, no cesaban de repetir que, mientras ocupase á Demetriades, Calcis y Corinto, Grecia no podía ser libre. En fin, permanecían en Grecia y conservaban en ella su ejército, tomando por pretexto los asuntos de Argos y la tiranía de Nabis. Que llevasen su ejército á Italia, y los etolios se encargarían de conseguir que Nabis retirase voluntariamente y sin condiciones la guarnición que mantenía en Argos, ó le obligarían por la fuerza de las armas á someterse á las unánimes decisiones de la Grecia.»

Esta arrogancia excitó especialmente á Arístenes, pretor de los aqueos. «Que los dioses protectores de Argos, exclamó, Júpiter Optimo Máximo y Juno reina

del Olimpo, no permitan que aquella ciudad, colocada como presa entre el tirano de Lacedemonia y los bandidos de la Etolia, llegue á ser más desgraciada al pasar á nuestro poder que permaneciendo en el de Nabis. El mar que nos separa de esos piratas, no nos pone al abrigo de sus ataques, T. Quincio. ¿Qué sería de nosotros si adquiriesen una plaza fuerte en medio del Peloponeso? No tienen de griego más que el lenguaje, como de hombres no tienen más que la figura. Sus usos y costumbres son más salvajes que los de los demás bárbaros, ¿qué digo? que los de las fieras. Nosotros os rogamos, ¡oh romanos! que arrebatéis Argos á Nabis y que arregléis los asuntos de la Grecia de modo que nada tenga que temer del bandidaje de los etolios.» Viendo el romano que toda la asamblea increpaba á los etolios, dijo que les habría contestado de no ver que la indignación general era tan fuerte contra ellos, que parecía más necesario calmarla que irritarla. Dábase por contento, añadió, con los sentimientos que habían mostrado en cuanto á los romanos y á los etolios, y se limitaba á preguntar qué conducta se observaría con Nabis, si se negaba á devolver Argos á los aqueos.» Habiendo votado unánimemente la asamblea por la guerra, invitó á cada ciudad á que suministrase un contingente de tropas auxiliares. Hasta á los etolios envió un legado, más con el objeto de que declarasen sus intenciones, como sucedió, que con la esperanza de que prestasen auxilios.

Quincio mandó á los tribunos militares que marchasen en busca del ejército que estaba en Elacia. Al mismo tiempo recibió una legación de Antioco que venía á tratar de la paz, á la que contestó que, ausentes los diez comisarios, nada podía tratar; que era necesario marchar á Roma y dirigirse al Senado. Habiendo llegado de Elacia las tropas, púsose á su frente y marchó sobre

Argos. Cerca de Cleonas encontró al pretor Arístenes con diez mil aqueos y mil caballos; reunieron sus fuerzas y acamparon cerca de allí. A la mañana siguiente bajaron á la llanura de Argos y se situaron á unas cuatro millas de la ciudad. Mandaba la guarnición lacedemonia un tal Pitágoras, yerno y cuñado del tirano; á la llegada de los romanos, envió refuerzos á las dos fortalezas de Argos, y fortificó todos los puntos ventajosos ó débiles. Pero estas precauciones sólo sirvieron para revelar el miedo que le infundía la aproximación del enemigo. A estos temores del exterior se unió muy pronto el peligro de una sedición en el interior. Un joven argivo, llamado Damocles, que tenía más valor que prudencia, formó con algunos otros valientes, bajo la fe del juramento, una trama para expulsar la guarnición; pero al tratar de buscar cómplices, eligió con demasiada ligereza aquellos á quienes había de comunicar el secreto. Estando hablando con sus amigos llegó un satélite del prefecto llamándole de parte de su amo: comprendió que le habían hecho traición y exhortó á los conjurados que se encontraban allí á tomar las armas con él, antes que morir en los tormentos, y seguido de corto número de hombres, dirigióse al foro invitando en voz alta á cuantos quisieran libertar su patria y marchar con él á que le siguieran para conquistar su libertad. Pero no arrastró á nadie, porque no podía triunfar no disponiendo de bastantes fuerzas. Mientras gritaba de aquella manera, le envolvieron los lacedemonios, así como á los que le acompañaban, y les mataron. En seguida prendieron á algunos otros conjurados, condenando á muerte á la mayor parte y arrojando á las prisiones los demás. Considerable número, á la noche siguiente, se descolgaron con cuerdas por la muralla y se refugiaron al lado de los romanos.

Aseguraron éstos que si el ejército romano se hubiese

encontrado á las puertas, no habría fracasado el movimiento, y que si Quincio quería acercar el campamento á la ciudad, los argivos no permanecerían quietos. Bajo la fe de aquellos tráfugas, el general romano envió un cuerpo de infantería y caballería ligera, que avanzó hasta el gimnasio de Cylarabis, á menos de trescientos pasos de Argos. Los lacedemonios hicieron una salida, combatieron, y después de débil resistencia, fueron rechazados á la plaza. Quincio acampó entonces en el sitio mismo donde se verificó el combate. Allí pasó un día, preparado por si estallaba algún movimiento nuevo, pero el temor sujetaba los ánimos. Comprendiéndolo así, celebró un consejo en que se trató la cuestión del sitio. Todos los jefes de los pueblos de la Grecia, exceptuando Arístenes, opinaron comenzar por la reducción de Argos, puesto que este era el objeto de la guerra. Quincio, que no participaba de esta opinión, escuchó con marcado beneplácito el discurso de Arístenes contra la opinión general, y añadió: «Puesto que por los argivos hemos emprendido la guerra contra Nabis, ¿será conveniente prescindir del tirano para sitiar á Argos? En Lacedemonia, en el mismo centro de su poder, iría yo á atacar al tirano.» Al terminar el consejo, envió las tropas ligeras á forrajear. Todo el trigo sazonado que había en derredor fué segado y arrebatado; ni siquiera dejó al enemigo el recurso del trigo verde, que quedó destrozado y pisoteado. En seguida decampó Quincio, atravesó el monte Parthenio, pasó cerca de Tegea y al tercer día se detuvo en Caryas. Allí, antes de entrar en territorio enemigo, esperó el socorro de los aliados. Filipo envió mil quinientos macedonios y cuatrocientos jinetes tesalios. Pronto quedaron reunidas en considerable número las tropas auxiliares, y el general romano solamente esperó las provisiones que había pedido á las ciudades inmediatas. También se le habían

reunido imponentes fuerzas marítimas. L. Quinceio había llevado de Leucada cuarenta naves; los rodios habían suministrado diez y ocho cubiertas, y el rey Eumeno se encontraba cerca de las Cycladas con diez naves cubiertas, treinta barcas y otras más pequeñas. Acudían también al campamento de los romanos, con la esperanza de recobrar su patria, desterrados lacedemonios, víctimas del despotismo de diferentes tiranos. El número de estos desterrados era considerable, porque desde tantas generaciones como había tiranos en Lacedemonia, cada tiranía se había señalado por proscipciones. Al frente de estos desterrados estaba Agesipolis, heredero legítimo del trono de Esparta, desterrado desde su infancia por el tirano Licurgo, que fué el primero que usurpó la soberanía en Lacedemonia, después de la muerte de Cleomenes.

Amenazado el tirano por una guerra tan temible por mar y tierra, y encontrándose casi sin esperanza, si comparaba imparcialmente sus fuerzas con las de los romanos, no dejó, sin embargo, de pensar en defenderse. Hizo venir de Creta mil jóvenes escogidos, para reunirlos con los mil que tenía ya; armó tres mil mercenarios y diez mil compatriotas suyos, con los esclavos empleados en el cultivo de los campos; rodeó la ciudad con foso y empalizada, y para prevenir todo movimiento interior, intimidó á sus súbditos con medidas violentas y penas atroces; porque no podía lisonjearse de que se harían votos por su vida. Algunos habitantes le eran sospechosos; reunió todas sus fuerzas en la llanura llamada Dromos, hizo acudir á los lacedemonios desarmados á una asamblea general y mandó á sus satélites que les rodeasen. Después de corto exordio, les explicó cómo sus temores y precauciones eran excusables en las críticas circunstancias en que se encontraba, añadiendo que los mismos á quie-

nes podía hacer sospechosos la situación presente, debían estar interesados en que se les impidiese tramar alguna conspiración, antes de que se les castigase cogiéndoles en ella. Iba, pues, á reducir á prisión algunos de ellos, hasta que pasase la tempestad que amenazaba. Cuando el enemigo fuese rechazado y éste sería mucho menos temible, cuando fuese imposible toda traición en el interior, entonces pondría en libertad á los prisioneros.» En seguida mandó leer una lista de cerca de ochenta nombres, los de los jóvenes de las familias principales, y á medida que contestaban, mandaba llevarles á la prisión; á la siguiente noche los degollaron á todos. Llegó después la vez á algunos ilotas (1) (éstos son desde mucho tiempo esclavos empleados en los campos); acusáronles de haber querido pasar al enemigo, paseáronles por todos los barrios de la ciudad, azotáronles con varas y les mataron á golpes. Estas terribles ejecuciones aterraron al pueblo y alejaron de los ánimos toda idea de sublevación. Nabis conservaba entretanto encerradas sus tropas en las fortificaciones, sabiendo que no podría hacer frente á los romanos, si quería trabar batalla regular, y no se atrevía, ante las sospechosas é inciertas disposiciones de los ánimos, á salir de Lacedemonia.

Teniendo Quinceio terminados todos sus preparati, vosdejó sus cuarteles y llegó en dos días á Selasia, cerca del río Cenunta, sitio donde, según se dice, Antígono, rey de Macedonia, libró batalla á Cleomenes, tirano de Lacedemonia. Al salir de la ciudad había que subir por camino estrecho y difícil; enterado de ello Quinceio, mandó que le precediese un cuerpo de trabajadores, que rodeó las montañas, allanó los obstáculos y abrió

(1) Sabido es que los ilotas ó helotas eran los esclavos públicos de los lacedemonios, y la mayor parte estaban empleados en el campo.

camino más ancho y cómodo. De este manera llegó á las orillas del Eurotas, que corre casi al pie de las murallas de Esparta. Ocupábanse los romanos en trazar el recinto de su campamento y Quincio marchaba delante al frente de la caballería y de las tropas ligeras, cuando les atacaron los auxiliares del tirano. El terror y el desorden se propagaron por las filas, porque estaban muy lejos de esperar aquella agresión, no habiendo encontrado á nadie durante la marcha y pareciendo tranquila la comarca que habían atravesado. Durante algún tiempo, infantes y jinetes desconfiaron de sus propias fuerzas y se llamaron unos á otros con profunda agitación. Al fin llegaron las legiones, y en cuanto las primeras cohortes tomaron parte en el combate, asustados á su vez los que atacaban, fueron rechazados en tropel hasta la ciudad. Detuviéronse los romanos fuera del alcance de los venablos, formáronse en batalla y permanecieron algún tiempo en aquella situación, hasta que viendo que el enemigo no salía á pelear, se retiraron al campamento. Al siguiente día marchó Quincio por las orillas del río, pasó á lo largo de las murallas y se dirigió en buen orden hacia el monte Menelao. Las cohortes legionarias iban á la cabeza, cerrando la marcha las tropas ligeras y la caballería. Encerrado Nabis en la ciudad y no confiando más que en sus mercenarios, los tenía armados y equipados, dispuestos á atacar á los romanos por la espalda. En cuanto pasó la retaguardia, los lacedemonios salieron por varios lados á la vez y con el mismo estrépito que el día anterior. Ap. Claudio, que mandaba la retaguardia, temiendo una sorpresa, tenía preparados á los soldados; mandólés volver caras bruscamente y en seguida se encontraron todos los romanos frente al enemigo. Entonces se trabó, como entre dos ejércitos regulares, batalla campal; pero después de

corta resistencia, quedaron arrolladas las fuerzas de Nabis. Su fuga hubiese sido menos desastrosa y menos desordenada si no los hubieran perseguido los argivos, que conocían el terreno. Estos hicieron considerable matanza en los vencidos y desarmaron á la mayor parte de los que escaparon dispersándose por todos lados. Quincio estableció su campamento cerca de Amydas, devastó las inmediaciones de la ciudad, situada en hermosa y poblada llanura, y viendo que ningún habitante se atrevía á salir de las murallas, trasladó el campamento á las orillas del Eurotas, y desde allí taló el valle que se extiende al pie del Taygeto y las campiñas que se extienden hasta el mar.

Por el mismo tiempo se apoderó L. Quincio de las ciudades de la costa, que se sometieron voluntariamente ó que cedieron al terror y á la fuerza de las armas. Enterado después de que Gythio era el arsenal marítimo de los lacedemonios y de que el campamento de su hermano estaba cerca de la playa, decidió atacar aquella plaza al frente de todas sus fuerzas. Era entonces Gythio una ciudad muy fuerte, poblada por multitud de indígenas y forasteros y estaba abundantemente provista de máquinas de guerra. Por fortuna para Quincio, cuya empresa no era fácil, se le reunieron el rey Eumeno y la flota de los rodios. Considerable número de marinos, reunidos en las tres flotas, terminaron en pocos días todos los trabajos necesarios para el asedio de una ciudad fortificada por el lado de mar y de tierra. Adelantaban los trabajos de zapa al abrigo de la tortuga y batíanse las murallas con el ariete; bajo cuyos repetidos golpes derrumbóse muy pronto una torre, arrastrando en su caída la parte de muralla inmediata. Los romanos atacaron entonces al enemigo por el puerto, donde era más fácil el acceso, con objeto de dividir sus fuerzas y desguarnecer la brecha, por la que al mis-



mo tiempo trataron de penetrar. Encontrábanse á punto de forzar la entrada, contra la que dirigían sus esfuerzos, cuando suspendieron el ímpetu del choque por la esperanza de que iban á capitular, esperanza que quedó muy pronto desvanecida. Mandaban en Gythio, con autoridad igual Dexagoridas y Gorgopas. Dexagoridas había enviado á decir al legado romano que le entregaría la plaza, y en el momento en que acababa de convenir el tiempo y medios de ejecutar su pérfido proyecto, le asesinó Gorgopas. La resistencia, dirigida por un solo jefe, adquirió más vigor, y el sitio habría sido más difícil, si T. Quincio no hubiese llegado al frente de cuatro mil hombres escogidos, presentándose en batalla en la cumbre de una altura cercana á la ciudad, cuando L. Quincio activaba por su parte los trabajos del sitio por tierra y mar. La desesperación obligó entonces á Gorgopas á tomar el partido porque castigó con la muerte á su colega; estipuló que se le permitiese salir con las tropas de la guarnición, y entregó la plaza á Quincio. Antes de la rendición de Gythio, Pitágoras, á quien había dejado Nabis el mando de Argos, lo entregó á Timocrato Pelenense, y saliendo con mil soldados mercenarios y dos mil argivos, marchó á unirse con Nabis en Lacedemonia.

Nabis, á quien la llegada de la flota romana y la sujeción de las ciudades de la costa habían aterrado, recobró alguna esperanza al ver la valerosa defensa de Gythio. Pero al recibir la noticia de la capitulación de esta plaza, no teniendo recurso alguno por el lado de tierra, donde estaba rodeado de enemigos, y sabiendo que también le estaba cerrado el mar, obligado á resignarse con su suerte, envió primeramente un parlamentario al campamento romano con objeto de saber si le permitirían enviar legados. Concediéronle este favor, y Pitágoras marchó entonces á ver al general, sin llevar otras

instrucciones que las de pedir para el tirano una entrevista con Quincio. El general reunió su consejo, y todos opinaron que se la concediese, quedando convenido el día y el paraje; siendo las alturas situadas en medio de la llanura donde se vieron Quincio y Nabis, acompañando cada uno por reducida escolta que dejaron á la vista. El tirano avanzó con lo más escogido de sus guardias; T. Quincio con su hermano, el rey Eumeno, el rodio Sosilas, Aristenes, pretor de los aqueos y algunos tribunales militares.

Habiéndose permitido al tirano hablar primero ó escuchar lo que tenían que decirle, comenzó de esta manera: «Si por mí mismo hubiese podido comprender, T. Quincio y vosotros que le acompañáis, por qué me habéis declarado y hacéis la guerra, hubiese esperado en silencio el resultado de los acontecimientos. Pero hoy no puedo menos de preguntar, antes de sucumbir, por qué se quiere mi pérdida. Si os pareciereis á los cartagineses, á quienes se acusa de no respetar la fe de los tratados, ciertamente no me sorprendería que os cuidaseis poco de vuestra conducta conmigo. Pero al contemplaros, reconozco á aquellos romanos para quienes nada hay tan sagrado como las alianzas juradas ante los dioses y los compromisos contraídos con los hombres. Al considerarme á mí mismo, creo ser el mismo Nabis que se unió con vosotros, lo mismo que los demás lacedemonios, por los lazos, antiguos ya, de un tratado público, y que recientemente, en la guerra de Macedonia, renovó en persona con vosotros el pacto de amistad y alianza particular. Dícese que yo he violado ese pacto ocupando á Argos. ¿Cómo rechazo la acusación? ¿Recordando las circunstancias y el momento en que ocupé la ciudad? Doble justificación me ofrecen las circunstancias: llamáronme los argivos; entregáronme su ciudad, que yo recibí, pero de la que no me apoderé:

cuando la recibí pertenecía al partido de Filipo y no á vuestra alianza. También me favorece el momento en que se realizó la ocupación: poseía á Argos cuando me alié con vosotros, y vosotros estipulasteis que os enviaría socorros para la guerra, pero no que retiraría mi guarnición de Argos. En este punto todas las razones están de parte mía; la equidad, puesto que la ciudad pertenecía á los enemigos y no á vosotros, y se me entregó sin verse obligada á ello; vuestra propia confesión, puesto que tratando con vosotros me la dejasteis. Se me acusa también por el título de tirano y por mi conducta; se me censura por dar libertad á los esclavos y distribuir las tierras á las clases pobres. En cuanto al título, mi contestación es sencilla; lo que soy ahora era también cuando tú mismo, T. Quinceio, hiciste alianza conmigo. Recuerdo que entonces me diste el nombre de rey, mientras que ahora me llamas tirano. Si hubiese cambiado mi título, tendría que justificar mi inconstancia; tú que me das otro, tendrás que justificar la tuya. En cuanto á los esclavos que han venido á aumentar el número de mis súbditos para conquistar su libertad, en cuanto á las tierras que he distribuído á los indigentes, tengo para excusa de mi conducta la época en que ocurrieron estas cosas. Sean las que quieran mis medidas, las había tomado ya cuando os aliasteis conmigo y aceptasteis mi socorro en la guerra con Filipo. Pero suponiendo que hubiese obrado de esa manera ayer, no os preguntaría en qué he lastimado vuestros intereses ó violado vuestra alianza; os diría que he seguido en esto los usos y costumbres de nuestros antepasados. No juzguéis según vuestras leyes y costumbres lo que se hace en Lacedemonia. Aquí no pueden hacerse esas comparaciones. Entre vosotros la renta coloca al ciudadano en la caballería ó la infantería; corto número de ricos tiene todo el poder, y el resto del

pueblo vive bajo su dependencia. Nuestro legislador no quiso reconcentrar el poder en manos de unos pocos ciudadanos, que formasen lo que vosotros llamáis Senado, ni dar la preeminencia en el Estado á este ó el otro orden; creyó que estableciendo la igualdad de rango y fortuna, proporcionaría á la patria mayor número de brazos dispuestos á armarse para su defensa. Confieso que he hablado demasiado para un espartano, y que brevemente pude decir que nada he hecho después de mi alianza con vosotros, para que deploréis tenerme por aliado.»

El general romano contestó: «No somos amigos ni aliados tuyos; tratamos con Pelope, poseedor legítimo del trono de Lacedemonia. Los tiranos usurparon los derechos de aquel príncipe, apoderándose violentamente de la corona después de él, á favor de las guerras que sosteníamos con Cartago, contra los galos ó contra otros enemigos; de esta manera la usurpaste tú mismo durante la última guerra de Macedonia. ¿No seríamos nosotros inconsecuentes en nuestra conducta, si, después de haber tomado las armas contra Filipo para libertar la Grecia, ajustásemos alianza con un tirano, el más cruel y feroz que existió jamás? Aunque no te hubieses apoderado de Argos por traición, aunque no te hubieses negado á devolverla, al libertar la Grecia, debíamos restablecer á la misma Lacedemonia en el goce de su antigua libertad y de sus leyes, que acabas de invocar como otro Licurgo. ¡Cómo! ¿Cuidaríamos de que las guarniciones de Filipo evacuasen Jasso y Bargylas, y permitiríamos que hollases Argos y Lacedemonia, esas dos famosas ciudades, en otro tiempo antorchas de la Grecia y cuya esclavitud enturbiaría la gloria que nos ha merecido la libertad de la Grecia? Pero dices: Los argivos pertenecían al partido de Filipo. Te dispensamos de que vengues nuestras ofensas. Ade-

más, sabemos con certeza que cometieron el delito dos ó tres ciudadanos, y no todos; que para ello no hubo deliberación pública, como tampoco cuando te llamaron con tus tropas y te entregaron la fortaleza. Los tesalios, los focidios y los locrinos abrazaron unánimemente el partido de Filipo; lo sabíamos, y sin embargo los libertamos con el resto de la Grecia. ¿Cómo crees que debíamos obrar respecto á los argivos, que no habían cometido ninguna ofensa pública? Dices que te acriminan haber dado libertad á los esclavos y distribuído terrenos á los pobres. En efecto, delitos graves son; pero ¿qué significan ante los enormes que tú y los tuyos cometéis diariamente? Convoca á los habitantes de Argos ó de Lacedemonia y déjales hablar con libertad: de ellos podrás oír las graves acusaciones que se dirigen contra tu espantosa tiranía. No buscaré ejemplos muy antiguos: ¿cuántos arroyos de sangre no ha hecho correr en Argos, casi ante nuestros ojos, tu digno yerno Pitágoras? ¿Tú mismo, no la has derramado á torrentes en el momento en que casi tocaba yo las fronteras de Laconia? Manda que traigan aquí, cargados con sus cadenas, á los desgraciados que fueron presos en plena asamblea, y que en presencia de todos tus conciudadanos prometiste guardar en tus cárceles; muéstralos, y que sus infortunados parientes, que les lloran sin razón, sepan que viven todavía. Dirás: Cualquiera que sea su suerte, ¿qué os importa, romanos? ¿Te atreverías á contestar así á los libertadores de Grecia? ¿á aquellos que para libertarla atravesaron el mar é hicieron la guerra sobre los dos elementos? Después de todo, dirás, no he hecho traición, hablando con propiedad, á mis deberes con vosotros, ni á mis juramentos de amistad y alianza. ¿Cuántas veces será necesario demostrarte que los has violado? Pero no quiero prolongar este debate y lo reduzco á pocas palabras.

¿Cómo se viola un tratado? De dos maneras principalmente: considerando como enemigos á los amigos de los aliados, ó uniéndose con sus enemigos. ¿No has hecho lo uno y lo otro? Messena había entrado en nuestra alianza por el mismo tratado y con las mismas condiciones que Lacedemonia; tú, que también eras aliado nuestro, tomaste por asalto y por la fuerza de las armas aquella ciudad nuestra aliada. Filipo era enemigo nuestro; os unisteis con lazos de alianza, y ¡oh dioses! con los del parentesco, gracias á la mediación de su prefecto Filocles. Nos has hecho la guerra; has infestado con tus piraterías las aguas del cabo Maleo; has hecho prender y dar la muerte á más ciudadanos romanos que Filipo, y la costa de Macedonia ha sido más segura que el cabo Maleo para las naves cargadas con nuestros víveres. Cesa, pues, de invocar la santidad de los juramentos y de los tratados; arroja esa máscara hipócrita con que te cubres y háblanos como tirano y enemigo.»

En seguida Arístenes, empleando sucesivamente consejos y ruegos, exhortó á Nabis á que salvase, mientras podía y se le ofrecía ocasión, su vida y su fortuna. Después le recordó los nombres de todos los tiranos de las ciudades vecinas, que después de renunciar el poder y devolver la libertad á sus súbditos tuvieron entre ellos tranquila y honrada vejez. Los discursos y las réplicas ocuparon el día hasta el obscurecer: al siguiente declaró Nabis que abandonaba Argos y que retiraba la guarnición, puesto que tal era la voluntad de los romanos, prometiendo devolver los prisioneros y los desertores. Pidió además que si tenían que imponerle otras condiciones, se las remitiesen por escrito para que pudiese deliberar con sus amigos. Dejaron, pues, al tirano tiempo para reflexionar; y por su parte Quinceio celebró consejo admitiendo en él á los jefes de los aliados. La mayoría opinó que era necesario continuar las hos-

tilidades y exterminar al tirano. «Este era, decían, el único medio de asegurar la independencía de Grecia. Mucho mejor hubiera sido no comenzar la guerra contra él, que renunciar á continuarla después de comenzada. Esta manera de aprobación de su despotismo no haría otra cosa que robustecer su injusta autoridad, dándola por apoyo el mismo pueblo romano, y su ejemplo alentaría en otras ciudades á multitud de ambiciosos para que atentasen á la libertad de sus conciudadanos.» Pero el general se inclinaba á la paz, viendo que si obligaba al enemigo á encerrarse en sus murallas, no tendría más recurso que poner sitio á la ciudad, y que aquel sitio sería largo. «Trátase en efecto, decía, no ya de Gythio, que después de todo se había rendido y no había sido tomada por asalto, sino de Lacedemonia, que era una ciudad muy poderosa, bien provista de armas y de defensores. Hasta el presente no había habido más que una esperanza, la de que la aproximación del ejército hiciese estallar alguna disensión ó revuelta entre los habitantes. Pero ni siquiera la vista de las enseñas que avanzaban hasta las puertas había excitado ningún movimiento. Antioco, añadía, no estaba dispuesto á conservar la paz, según anunciaba Vilio, de regreso de su legación en la corte de aquel rey, que había vuelto á pasar á Europa con fuerzas de mar y tierra mucho más considerables. Si empleaban el ejército en el sitio de Lacedemonia, ¿qué otros soldados podrían oponer á aquel rey tan poderoso y temible?» Esto decía en voz alta, pero en su interior le preocupaba el temor de que alguno de los nuevos cónsules obtuviese la provincia de Grecia y que un sucesor le arrebatase la gloria de terminar aquella guerra.

Viendo que no impresionaba á sus aliados combatiendo la opinión general, fingió ceder á su opinión y les atrajo á la suya. «Bien está, dijo, puesto que así lo que-

réis, sitiemos á Lacedemonia; pero, como sabéis, el sitio de una ciudad es obra lenta y de la que muchas veces se cansan antes los sitiadores que los sitiados. Con objeto de no ver desvanecidas vuestras esperanzas, necesitáis prepararos desde este momento á pasar el invierno delante de las murallas de Lacedemonia. Si estas dilaciones solamente ofrecieran fatigas y peligros, os exhortaría á preparar vuestras fuerzas y vuestro valor para arrostrarlos. Pero traerán consigo también gastos considerables para los trabajos, las obras y máquinas necesarias al sitio de una ciudad tan grande, y para el transporte de los convoyes destinados á asegurar vuestra subsistencia y la nuestra durante el invierno. Si queréis evitar apuros imprevistos y no exponeros á la vergüenza de abandonar la empresa, creo que convendría escribieseis antes á vuestras repúblicas para investigar las intenciones de cada una de ellas y qué fuerzas pueden levantar. Y no es porque no tenga bastantes y hasta demasiadas tropas auxiliares; pero cuanto más numerosos seamos, mayor cantidad de provisiones necesitaremos. El país enemigo solamente ofrece suelo desnudo y devastado. Además, acércese el invierno, y los convoyes lejanos llegarán con trabajo.»

Estas palabras fijaron la atención de cada cual sobre los obstáculos que quizá encontraría en su patria, pudiendo temerse la falta de actividad [de los que habían quedado en ella, sus prevenciones celosas y sus calumnias contra los soldados; la dificultad de un acuerdo unánime allí donde los votos son libres, el agotamiento del Tesoro público y la mezquindad particular para el pago de impuestos. Todos, pues, en vista de tales consideraciones cambiaron repentinamente de opinión, y dejaron al general en libertad para hacer lo que creyese útil á los intereses del pueblo romano y de los aliados.

Entonces reunió Quinceio solamente á sus legados y tribunos militares, y convino con ellos las condiciones de la paz que se concedería al tirano. «Habría seis meses de tregua entre Nabis por una parte y por otra los romanos, el rey Eumeno y los rodios. T. Quinceio y Nabis enviarían inmediatamente legados á Roma para que el Senado ratificase la paz. La tregua comenzaría el día mismo en que se notificasen por escrito á Nabis las condiciones de la paz; en el término de diez días, á partir de aquel momento, Argos y las demás plazas fuertes de su territorio quedarían evacuadas por las guarniciones de Nabis y se entregarían libremente á los romanos; no se haría salir á ningún esclavo perteneciente al rey, á la ciudad ó á los particulares; todos aquellos que habían salido ya, serían exactamente devueltos á sus dueños. Nabis restituiría á las ciudades marítimas las naves que les había arrebatado, no conservando para él más que dos barcas de diez y seis remos á lo sumo. Entregaría á todas las ciudades aliadas del pueblo romano sus prisioneros y desertores, y á los mesenios cuantos objetos se encontrasen y reconociesen sus propietarios. Permitiría recobrar á los desterrados lacedemonios sus hijos y sus esposas, si éstas querían seguir á sus maridos; pero no podría obligar á ninguna de ellas á acompañarles al destierro. Pondría cuidadosamente en posesión de todos sus bienes á aquellos mercenarios que regresasen á sus hogares ó que hubiesen pasado al campamento romano. No podría poseer ninguna ciudad en la isla de Creta, y entregaría á los romanos las que tuviese allí. No ajustaría alianza con ningún pueblo cretense ni con ningún otro, ni les haría guerra. Retiraría las guarniciones de todas las ciudades que entregase ó que voluntariamente se colocaran bajo la protección y la ley del pueblo romano; ni él ni los suyos intentarían nada contra ellas. No fortificaría nin-

guna plaza ni construiría fortaleza alguna en su propio territorio ni en terreno ajeno. Como garantía de la observancia del tratado, entregaría cinco rehenes á elección del general romano, entre ellos su propio hijo, y pagaría en el acto cien talentos de plata y cincuenta anuales durante ocho años.»

Escribiéronse estas condiciones, y acercando Quincio su campamento á Lacedemonia, las envió al tirano. Nabis quedó al pronto poco satisfecho, no agradándole más que un solo punto, el de que contra lo que temía, no se trataba de llamar á los proscritos; pero lo que le mortificaba más, era verse despojar de sus naves y de sus ciudades marítimas, porque había conseguido grandes utilidades del mar, infestando con sus pirate-rías las aguas del cabo Maleo. Además, la juventud de aquellas ciudades formaba la mejor parte de sus tropas. Solamente discutió aquellas condiciones en secreto con sus amigos; sin embargo, muy pronto se divulgaron, gracias á la ordinaria ligereza de los cortesanos, que no saben ser fieles ni discretos, y se comenzó á criticar el tratado, menos en su conjunto que en sus detalles, censurando cada cual lo que le afectaba personalmente. Los que se habían casado con esposas de desterrados ó poseían parte de sus bienes, se consideraban como víctimas de un despojo y no como obligados á legítima restitución, por cuyo motivo se mostraban muy indignados. Los esclavos á quienes el tirano había dado libertad tenían delante de ellos, no solamente la pérdida de la libertad, sino una servidumbre mucho más espantosa que antes si caían en poder de amos irritados. Los soldados mercenarios pensaban con pena que la paz les privaría de un servicio lucrativo, y que ya no les era posible regresar entre sus compatriotas, cuyo odio no estallaríá solamente contra el tirano, sino que también contra sus satélites.

Primeramente se hablaron estas cosas en las reuniones, pero de pronto acudieron á las armas. Viendo Nabis que amenazaba ser grave la sedición, convocó al pueblo á una asamblea general, en la que expuso las pretensiones de los romanos, complaciéndose en inventar algunas condiciones más duras aún y denigrantes. Interrumpido á cada artículo por gritos de toda la asamblea ó de parte del pueblo, preguntó qué querían que contestase ó hiciese. Casi á una voz contestaron que no tenía nada que responder, que era necesario hacer la guerra. Después, como sucede siempre cuando se agitan las masas, todos le exhortaron á porfía á que tuviese valor y confianza. Repetíanle que la fortuna ayuda á los valientes, y animado por estos gritos, el tirano declaró que Antioco y los etolios acudirían á auxiliarle, y que además tenía bastantes tropas para sostener el sitio. Nadie pensó ya en la paz, y, decididos á no permanecer más tiempo en reposo, corrieron todos á ocupar los puestos principales. Algunos hicieron una salida, y lanzando sus venablos contra los romanos, les revelaron con aquel repéntino ataque, que era necesario reanudar las hostilidades. Los cuatro días siguientes pasaron en escaramuzas sin resultado decisivo. En el quinto se trabó casi batalla campal, siendo arrollados los lacedemonios, que corrieron á su ciudad en tal confusión, que muchos soldados romanos, encarnizados en la persecución de los fugitivos, entraron con ellos por las brechas que existían entonces.

Viendo Quincecio que el terror producido por aquella derrota había suspendido las salidas del enemigo, pensó que solamente tenía que ocuparse de un sitio regular; envió, pues, á buscar en Gythio todas las tropas de marina, y entretanto dió vuelta alrededor de las murallas con sus tribunos militares, para reconocer la situación de la plaza. En otro tiempo Esparta no tenía mura-

llas (1), pero recientemente los tiranos habían fortificado los puntos accesibles y bajos, contentándose con cubrir con parapetos en vez de murallas los puntos altos y difícilmente accesibles. Después de examinar detenidamente el terreno, consideró necesario Quinceio establecer el bloqueo, y rodeó la plaza con todas sus fuerzas de mar y tierra, que ascendían á cincuenta mil hombres de infantería y caballería entre romanos y aliados. Llevaron unos escalas, otros antorchas y algunos máquinas á propósito para dar el asalto ó para infundir terror, y los soldados recibieron orden de atacar por todas partes á la vez, para alarmar en todos los puntos á los lacedemonios y ponerles en la imposibilidad de saber adonde dirigirse primeramente ó llevar socorros. Lo más escogido del ejército quedó dividido en tres cuerpos: uno debía atacar por el templo de Apolo, otro por el de Dictyneo y el tercero por el barrio llamado Heptagonias, puntos abiertos los tres y sin murallas. Aunque por todas partes amenazaba inminente peligro á la ciudad y el tirano estuviese aterrado por los inesperados gritos y alarmantes mensajes que le llegaban sucesivamente, viósele al principio llevar en persona ó dirigir socorros hacia los puntos más amenazados; pero cuando todo cedió al espanto en derredor suyo, cayó en tal abatimiento que le hizo incapaz de dar las órdenes necesarias ó escuchar consejos útiles; no pudiendo decidir nada porque apenas tenía discernimiento.

Al principio resistieron los lacedemonios el esfuerzo de los romanos, merced al estrecho espacio en que combatían y á pesar de la diversidad de los tres ataques simultáneos; pero á medida que el combate fué arrecian-

(1) Según las instituciones de Licurgo, que quiso que el valor de sus habitantes le sirviese de muralla y parapeto.

do, cesó de ser igual la lucha. Los lacedemonios lanzaban sus venablos, de los que el soldado romano podía preservarse fácilmente al abrigo de su gran escudo, y que no herían ó apenas rozaban. La estrechez del terreno y la multitud de los combatientes no les permitía tomar bastante brío para imprimir fuerzas á los venablos, ni moverse en libertad y mantenerse firmes en el terreno. Así, pues, de todos los venablos lanzados de frente, ninguno llegó hasta el cuerpo de los romanos, clavándose muy pocos en los escudos. Tuvieron, sin embargo, algunos heridos, pero fueron de los venablos que les lanzaban por el costado y desde lo alto. Otros que habían avanzado más, fueron atacados de improviso desde los tejados, desde donde les arrojaban, no solamente dardos, sino también tejas. Cubriéronse entonces la cabeza con los escudos, y apoyándolos unos con otros para formar la tortuga, avanzaron sin temor á los golpes que partían de lejos y sin dejar espacio para que pudiesen alcanzarles de cerca. Por algún tiempo les detuvieron en las primeras salidas, que eran demasiado estrechas y estaban obstruídas con sus tropas y las de los sitiados; pero cuando llegaron á calles más anchas, rechazando al enemigo paso á paso, su ataque fué irresistible. Los lacedemonios huyeron entonces y se retiraron en desorden á las alturas. Aterrado Nabis creyendo tomada la ciudad, buscaba en derredor una salida para escapar. Pitágoras, que hasta entonces fué el único que mostró serenidad y cumplió los deberes de general, atendió sólo á la salvación de Lacedemonia. Mandó incendiar los edificios inmediatos á los parapetos; en un momento se propagó el incendio por el cuidado que tenían en atizarlo, en vez de extinguirlo, y las casas se derrumbaban sobre los romanos; pedazos de tejas y maderos inflamados llegaban hasta ellos; las llamas les envolvían por todas partes y torbellinos de humo, abul-

tando el peligro, infundían profundo terror. Así, pues, aquellos romanos que asaltaban por el exterior de la ciudad, se alejaron de las murallas, y los que ya se encontraban dentro, temiendo verse separados de sus compañeros por el incendio que se propagaba á su espalda, retrocedieron. Enterado Quincio de lo que pasaba, mandó tocar retirada; y los romanos, obligados á abandonar la ciudad, de la que casi eran dueños, regresaron á su campamento.

Quincio, que confiaba más en el terror del enemigo que en sus propias fuerzas, empleó los tres días siguientes en mantener sus alarmas, bien hostigándole, bien construyendo obras por diferentes lados para cerrar todas las salidas. Desalentado por aquellos preparativos, el tirano envió otra vez á Pitágoras cerca de Quincio, que se negó primeramente á verle y le mandó salir del campamento. Pero el legado insistió con tono suplicante, se arrojó á los pies del procónsul y consiguió al fin la audiencia. Comenzó declarando que se abandonaban completamente á merced de los romanos; en seguida, como no aceptaron aquella vaga sumisión que consideraban ilusoria, ajustó una tregua en las condiciones que fueron notificadas por escrito pocos días antes, pagó el tributo y entregó rehenes. Durante el sitio de Lacedemonia, enterados los argivos, por los emisarios que se sucedían sin interrupción, de que la ciudad estaba á punto de sucumbir, tomaron las armas, y aprovechando la ausencia de Pitágoras, que se había llevado lo mejor de la guarnición, despreciando el corto número de soldados que quedaban en la fortaleza, les atacaron á las órdenes de un tal Arquipo y les arrojaron. Su jefe Timocrato Pelenense, que había mostrado benignidad, mereció la vida y pudo marcharse bajo la fe de los juramentos. Argos se felicitó de su libertad cuando llegó Quincio, después de otorgar la paz al ti-

rano, despedido á Eumeno y los rodios y mandado á su hermano L. Quincio de Lacedemonia á la flota.

En su regocijo la ciudad acordó para el mismo día de la llegada de los romanos y de su general la celebración de los juegos nemeos, la más brillante de sus solemnidades y que atraía mucho concurso: las calamidades de la guerra había hecho aplazarles. Ofrecieron la presidencia á Quincio, concurriendo muchas circunstancias á aumentar la alegría: habían visto regresar de Lacedemonia á sus conciudadanos, arrebatados poco antes por Pitágoras, y antes que éste por Nabis; veían también de regreso á los que, después de descubrir Pitágoras la conspiración, escaparon por la fuga á la matanza comenzada ya. Al fin gozaban de su libertad por tanto tiempo suspendida, y tenían entre ellos á los romanos, sus libertadores, que solamente por ellos habían declarado la guerra al tirano. En los juegos nemeos, como en los isthmicos, la voz del pregonero proclamó también la libertad de los argivos. Pero si los aqueos estaban contentos con ver Argos devuelta á la liga áquea, la esclavitud de Lacedemonia, que en cierto modo habían dejado unida á la tiranía, mezclaba alguna amargura al regocijo que experimentaban. En cuanto á los etolios no cesaban de calumniar la conducta de los romanos en todas sus asambleas, diciendo «que no habían dejado de combatir á Filipo hasta obligarle á evacuar todas las ciudades de Grecia. Y por el contrario, habían dejado Lacedemonia al tirano, mientras que el rey legítimo, que había servido en el ejército romano, y otra multitud de ciudadanos ilustres, estaban condenados á vivir en el destierro. El pueblo romano se había hecho el apoyo de la tiranía de Nabis.» Quincio llevó sus tropas de Argos á Elacia, que fué su punto de partida para la guerra de Esparta. Algunos historiadores pretenden que no fué al salir de su capital cuando el

tirano encontró á los romanos, sino que marchó á acampar delante de sus parapetos; que después de haber esperado por mucho tiempo el socorro de los etolios al fin se vió obligado á librar batalla, porque sus merodeadores fueron sorprendidos y atacados por los romanos; que en aquel combate fué vencido, perdió su campamento y pidió la paz. Perecieron quince mil soldados suyos y quedaron prisioneros más de cuatro mil.

Casi al mismo tiempo se recibieron en Roma las cartas de T. Quinocio dando cuenta de las cosas ocurridas en Laconia y del cónsul M. Porcio sobre la guerra de España. El Senado decretó tres días de acciones de gracias en honor de los dos generales. El otro cónsul, L. Valerio, viendo que después de la derrota de los boyos en el bosque Litano, estaba tranquila su provincia, regresó á Roma para la celebración de los comicios, y proclamó cónsul á P. Cornelio Escipión, el Africano, por segunda vez, y á T. Sempronio Longo. Los padres de estos dos magistrados habían sido cónsules el primer año de la segunda guerra púnica. En seguida se celebraron los comicios pretorianos, en los que se nombró á P. Cornelio Escipión, los dos Cn. Cornelio, Merenda y Blasio, Cn. Domicio Ahenobarbo, Sex. Digicio y T. Juvencio Thalma. Después de la celebración de los comicios, el cónsul regresó á su provincia. En este año los habitantes de Tarentino trataron de establecer otro privilegio en favor de los latinos que ingresaban en una colonia romana, pidiendo que los considerasen como ciudadanos romanos. A ejemplo suyo, los colonos que habían ingresado en Puteolos, Salerno y Buxento hacían igual petición; el Senado decidió que no eran ciudadanos romanos.

Al comenzar el año en que P. Escipión el Africano, cónsul por segunda vez, y T. Sempronio Longo tomaron posesión de su cargo, llegaron á Roma dos legados

de Nabis. El Senado les concedió audiencia fuera de la ciudad, en el templo de Apolo, donde pidieron y consiguieron la ratificación de la paz concluída con T. Quincio. Tratóse en seguida de la distribución de las provincias, siendo opinión casi unánime de los senadores asignar la Italia á los dos cónsules, puesto que estaban terminadas las guerras de España y Macedonia. Escipión observó «que bastaba un cónsul para Italia y que se debía asignar la Macedonia al otro. Estaban amenazados, dijo, de una guerra grave con Antioco, y habiendo pasado ya á Europa aquel rey sin que le hubiesen provocado, ¿qué no haría cuando se viese llamado por los etolios, cuyas disposiciones hostiles no eran dudosas, é impulsado á la guerra por Anníbal, famoso capitán que tantas veces había derrotado á los romanos?» Durante esta discusión sobre las provincias consulares, los pretores sortearon las suyas, obteniendo C. Domicio la jurisdicción urbana; T. Juvencio, la de los extranjeros; P. Cornelio, la España ulterior; Sex. Digicio, la citerior; C. Cornelio Blasio, la Sicilia, y su hermano Merenda, la Cerdeña. No se quiso enviar nuevo ejército á la Macedonia; el que estaba allí debía traerlo á Italia T. Quincio y licenciarlo, como también el que servía en España á las órdenes de Catón. Los dos cónsules recibieron la Italia por provincia, con orden de alistar dos legiones urbanas. De esta manera, realizados los licenciamientos que ordenaba el Senado, las fuerzas romanas debían elevarse á ocho legiones.

El año anterior, siendo cónsules M. Porcio y L. Valerio, habíanse celebrado las fiestas de la Primavera sagrada; pero habiendo declarado el pontífice máximo P. Licinio en el colegio sacerdotal, y después á los senadores, por acuerdo del colegio, que la ceremonia no había sido regular, decidióse que se comenzaría de nuevo cuando dispusieran los pontífices y que también se celebrarían

con la acostumbrada magnificencia los grandes juegos que se votaron al mismo tiempo. Consideróse como Primavera sagrada todo el ganado nacido desde las kalendas de Marzo hasta la víspera de las kalendas de Mayo, bajo el consulado de P. Cornelio Escipión y de T. Sempronio Longo. En seguida se celebraron los comicios censorios: elevados á la censura Sex. Elio Peto y C. Cornelio Cethego, eligieron para príncipe del Senado al cónsul P. Escipión, á quien sus predecesores revisieron también con esta dignidad. De la lista de los senadores solamente borraron á tres, de los que ninguno había ejercitado magistratura curul. Complacieron mucho al Senado, ordenando á los ediles curules que reservasen para los miembros de aquel orden puestos especiales en la celebración de los juegos romanos; hasta entonces habían estado plebeyos y patricios confundidos en el espectáculo. Los censores privaron también del caballo á algunos caballeros; pero á ningún orden del estado le trataron con rigor. Hicieron restaurar y agrandar el vestíbulo del templo de la Libertad, y se celebró la ceremonia de la Primavera sagrada y los juegos votivos que ofreció el cónsul Ser. Sulpicio Galba. Mientras se fijaba por completo la atención pública en aquellas fiestas, debía estallar una conspiración. L. Pleminio, que había sido encarcelado en castigo de los sacrilegios y crímenes que cometió en Locros, había sobornado á algunos miserables que, durante la noche, debían incendiar á la vez muchos barrios de Roma; esperando á favor de la alarma que la obscuridad produciría en la ciudad poder romper las puertas de su prisión. Algunos cómplices descubrieron la trama y se notificó al Senado. Trasladaron á Pleminio á un calabozo y allí le mataron.

En este año se enviaron colonias de ciudadanos romanos á Puteolos, Volturmo y Literno, siendo cada una

de ellas de trescientos hombres. También enviaron á Salerno y á Buxento. Los triunviros encargados de su establecimiento fueron T. Sempronio Longo, cónsul entonces, M. Servilio y Q. Minucio Thermo. Distribuyéronles un territorio que había pertenecido á los campanios. Siponto recibió también una colonia romana, que quedó establecida en un territorio de los arpinos por los triunviros D. Junio Bruto, M. Bebio Tamfilo y M. Helvio. Lo mismo se verificó con las ciudades de Tempsa y Crotona. El territorio de Tempsa había sido tomado á los brucios, que arrojaron á los griegos. Crotona la habitaban los griegos aún. Los triunviros Cn. Octavio, L. Emilio Paulo y C. Pletorio vigilaron el establecimiento de Crotona: L. Cornelio, Merula, y C. Salonio, el de Tempsa. También ocurrieron prodigios este año, unos en Roma y otros de que se tuvo noticia. En el Foro, en el Comicio y en el Capitolio aparecieron gotas de sangre; viéronse frecuentes lluvias de tierra é inflamada la cabeza de Vulcano. Dióse cuenta de que las aguas del Nar se habían trocado en leche; en Ariminio, algunos niños de condición libre habían nacido sin ojos ni nariz; en el Piceno había nacido otro sin manos ni pies. Por orden de los pontífices se expiaron estos prodigios, ofreciéndose también un sacrificio novendial, porque los habitantes de Adria habían participado que había caído en su comarca una lluvia de piedras.

En la Galia, el procónsul L. Valerio Flaco libró batalla cerca de Milán á los galos insubrios y á los boyos, quienes, al mando de Dorulaco, habían atravesado el Pó para sublevar á los insubrios. Matóles diez mil hombres. Por este tiempo, su colega Catón triunfó de la España, haciendo llevar delante de él veinticinco mil libras de plata en lingotes, ciento veintitrés mil en monedas con el cuño de la biga, quinientas cuarenta de plata de Osca y mil cuatrocientas de oro. Distribuyó del bo-

tín doscientos setenta ases á cada soldado y triple cantidad á cada caballero. Cuando llegó á su provincia el cónsul T. Sempronio, llevó primeramente sus legiones al territorio de los boyos. Boiorix, rey de aquella nación, secundado por sus dos hermanos, había hecho tomar las armas á todos los boyos, y acampaba en la llanura para demostrar que estaba dispuesto á combatir si los romanos entraban en la comarca. Enterado el cónsul del número de sus enemigos y de la confianza que les animaba, envió un mensajero á su colega, rogándole que acudiese en seguida á ayudarle, diciéndole que procuraría dilatar las cosas hasta su llegada. Los motivos que impulsaban al cónsul para diferir, llevaban por el contrario á los galos á precipitar el combate; excitábanles además las lentitudes de sus enemigos, y querían terminar antes de la reunión de los dos ejércitos consulares. Sin embargo, los dos primeros días se contentaron con permanecer en batalla, dispuestos á pelear si el cónsul salía de su campamento; el tercer día avanzaron hasta las empalizadas y dieron un asalto general. Sempronio se apresuró á hacer tomar las armas á sus soldados; y cuando estuvieron armados, les retuvo algún tiempo en sus líneas, con objeto de aumentar la ciega confianza del enemigo, y preparar sus diferentes cuerpos para una salida. Dos legiones recibieron orden de salir por las dos puertas principales. Pero en el mismo instante en que ejercitaban el movimiento, encontraron cerradas las salidas por los galos, que se precipitaban en masa. Por largo tiempo se combatió en estrecho espacio, no solamente con las espadas, sino escudo contra escudo, cuerpo contra cuerpo; procurando rechazarse, los romanos para salir del campamento, los galos para entrar en él, ó al menos para impedir la salida á los romanos. Ninguno de los dos bandos quería ceder el terreno, cuando un centurión del primer ma-

nípulo de la segunda legión, llamado L. Victorio, y un tribuno militar de la cuarta, llamado C. Atinio, recurrieron á un medio que muchas veces había tenido resultado en momentos críticos; arrancaron las enseñas á los signíferos y las arrojaron á las filas enemigas. Los romanos reunieron entonces todos sus esfuerzos para recuperar sus enseñas y la segunda legión consiguió franquear la primera la puerta del campamento.

Esta legión peleaba ya fuera de los parapetos y la cuarta continuaba detenida en la puerta, cuando se oyó mucho ruido en el otro extremo del campamento. Los galos habían forzado la puerta cuestoriana y dado muerte, después de vigorosa resistencia, al cuestor L. Postumio, denominado Timpano, á los prefectos de los aliados M. Atinio y P. Sempronio y á cerca de doscientos soldados. El campamento estaba tomado por aquel punto; el cónsul envió para defender la puerta cuestoriana una cohorte extraordinaria (1) que destrozó y arrojó del campamento á los enemigos que habían penetrado ya en su recinto y rechazó á los que trataban de reunírseles. Al mismo tiempo la cuarta legión conseguía también abrirse paso con dos cohortes extraordinarias, y de esta manera había tres combates simultáneos en derredor del campamento, en puntos diferentes, y los confusos gritos que llegaban á los oídos de los soldados separaban su atención del enemigo que tenían delante, para fijarla en sus compañeros, cuya suerte ignoraban. Hasta medio día permanecieron iguales las fuerzas de los dos bandos, siendo casi las mismas sus esperanzas. Pero el cansancio y el calor abru-

(1) Los cuerpos de tropas designados con la palabra extraordinarios, los formaban soldados cumplidos y servían como voluntarios. Elegíaseles entre los aliados. Llamábaseles extraordinarios porque acampaban separadamente, delante de la tienda del general, y en la batalla combatían cerca de él.

maban los blandos y flojos cuerpos de los galos, que, devorados por abrasadora sed, abandonaron el campo de batalla, y el corto número de ellos que quedó cedió muy pronto ante un avance impetuoso de los romanos y huyó á su campamento. Entonces mandó el cónsul tocar retirada, retrocediendo la mayor parte de los soldados al oír la señal; pero algunos, arrastrados por su ardor y esperando apoderarse del campamento enemigo, les persiguieron hasta sus parapetos. Su escaso número tranquilizó á los galos, que hicieron una salida general, rechazaron á los romanos y les obligaron á volver á su campamento, más obedientes al miedo que lo habían sido á las órdenes del cónsul. Así, pues, los dos ejércitos habían sido sucesivamente victoriosos y derrotados. Los galos habían perdido once mil hombres, y los romanos cinco mil. Los galos se retiraron al interior del país.

El cónsul llevó sus legiones á Placencia. Según algunos historiadores, después de reunirse Escipión con su colega, recorrió el país de los boyos y de los ligurios, talándolos hasta que los bosques y los pantanos le cerraron el paso. Según otros, no se distinguió por ninguna hazaña y regresó á Roma para los comicios. En este mismo año, T. Quincio, que había llevádo las tropas á sus cuarteles de Elacia, pasó allí todo el invierno, ocupado en administrar justicia y reformar los abusos que Filipo ó sus prefectos habían introducido en las ciudades para aumentar la influencia de los partidarios de Macedonia, y destruir los privilegios y la libertad de sus adversarios. Al comenzar la primavera marchó á Corinto, donde estaba convocada una asamblea general. Allí se reunieron en derredor suyo los legados de todas las ciudades, y les habló, comenzando por recordar los primeros tratados de alianza que habían unido á Roma con Grecia, las hazañas de los generales que le prece-

dían en Macedonia y lo que él mismo había hecho. Con profunda aprobación recibieron sus palabras, exceptuando sin embargo cuando se trató de Nabis, considerando que era poco conveniente al libertador de la Grecia haber dejado un tirano, que no solamente pesaba sobre su patria, sino que inspiraba también terror á todos los estados vecinos, adherido, como gusano roedor, á la ciudad griega más ilustre.

No ignoraba Quincio aquella disposición de los ánimos por lo que manifestó que si no hubiese temido sacrificar Lacedemonia, no habría prestado oídos á las proposiciones del tirano; pero que convencido de no poder aplastarle sin causar á la vez la total ruina de la gran ciudad, había preferido dejar subsistir á Nabis, después de debilitarle y quitarle todos los medios de hacer daño, á emplear para la salvación de la ciudad remedios demasiado violentos, á riesgo de verla sucumbir en medio del trabajo mismo de su liberación. A estos recuerdos del pasado, añadió «que pensaba marchar á Italia y llevarse todo su ejército; que antes de diez días tendrían noticia de la evacuación de Demetriades y de Calcis; que en el momento mismo y ante sus ojos iba á entregar Acrocorinto á los aqueos, para que se comprendiese si los romanos tenían mejor fe que los etolios; que habían publicado por todas partes habían hecho mal en confiar al pueblo romano el depósito de la libertad griega, y que sacudiendo el yugo de la Macedonia, no habían hecho más que cambiar de amos. Pero aquel pueblo jamás había meditado el alcance de sus palabras ni acciones. En cuanto á los demás estados, les exhortaba á juzgar á sus amigos por los hechos y no por las palabras, á considerar bien los que merecían su confianza y aquellos de quienes debían guardarse; en fin, que usasen con prudencia de la libertad, que, contenida en justos límites, es la salvación de

los particulares y de los estados, pero llevada al exceso, degeneraba en licencia y se hacía tan insoportable á los demás como funesta á los que abusaban de ella. Era necesario conservar la concordia entre los habitantes principales y órdenes diversos de cada ciudad, como entre los estados de la liga. Contra su unión serían impotentes los esfuerzos de los reyes y de los tiranos. Las disensiones y turbulencias favorecían las empresas de los enemigos exteriores; porque el partido derrotado en las contiendas civiles prefería entregarse á un dueño extranjero que someterse á un conciudadano. Aquella libertad, que no debían á sus armas, sino á la generosidad de un pueblo extranjero, ellos habían de conservarla y defenderla con su vigilancia, para demostrar á los romanos que eran dignos de sus beneficios y de la libertad.»

Estos consejos casi paternales hicieron derramar á todos lágrimas de alegría, enterneciendo al mismo que hablaba. Durante algunos momentos oyóse un murmullo de aprobación; todos los griegos se exhortaban mutuamente á grabar en el fondo de sus pechos aquellas palabras tan sagradas para ellos como las de un oráculo. En seguida se restableció el silencio y Quincio les pidió que hiciesen buscar todos los ciudadanos romanos que se encontrasen en esclavitud entre ellos, y que se los enviasen antes de dos meses á Tesalia. «Sería deshonoroso para ellos, añadió, guardar como esclavos en un país libre á los que le habían libertado.» Contestáronle con exclamaciones «que había conquistado nuevos títulos al agradecimiento de los griegos al recordarles un deber tan sagrado é imprescindible.» En efecto, existía multitud de prisioneros hechos durante la guerra púnica y vendidos por Anníbal, porque el Senado no los había rescatado. Demuestra su considerable número lo que dice Polibio: que costó su rescate cien talentos

á los aqueos, á pesar de haberse fijado en quinientos dineros por cabeza. La Acaya rescató doscientos á este precio. Por esta proporción puede calcularse los que probablemente habría en toda la Grecia. No se había disuelto aún la asamblea cuando vieron bajar la guarnición de Acrocorinto, marchar directamente á la puerta de la ciudad y salir. El general la siguió á poco, acompañándole todos los legados, que le proclamaban su salvador y libertador. Recibió sus saludos, les despidió y regresó á Elacia por el camino que había seguido al marchar á Corinto. Desde Elacia hizo marchar á su legado Ap. Claudio al frente de todo su ejército, con orden de llevarle á Orico por la Tesalia y el Epiro y de esperarle allí, porque era el punto donde quería embarcarse para Italia. Escribió también á su hermano, el legado L. Quincio, que mandaba la flota, para que reuniese en aquel puerto, desde todos los de la Grecia, sus naves de transporte.

Él mismo marchó á Calcis, retiró la guarnición, así como también las de Orea y Eretria, y celebró una asamblea de las ciudades eubeas. Recordóles la situación en que encontró la isla y cómo la dejaba al partir, y en seguida disolvió la reunión. De allí pasó á Demetriades, que también mandó evacuar, y seguido, como en Corinto y en Calcis, por la población en masa, tomó el camino de Tesalia. Allí no solamente tenía que libertar ciudades, sino que tenía también que sustituir al desorden y anarquía una forma de gobierno tolerable. Tenían por causa las turbulencias de la Tesalia, además de la dureza de los tiempos y de la violencia ó despotismo de los reyes, el carácter levantisco de la nación, que, desde los tiempos más antiguos hasta nuestros mismos días, jamás ha podido reunirse en comicios, en asambleas generales ó particulares, sin que estalle alguna sedición ó desorden. Quincio nombró jue-

ces y un Senado, tomando principalmente el caudal por base de la elección, y concedió en la ciudad la mayor influencia á aquella parte de ciudadanos más interesada en mantener el orden y la paz pública.

Después de organizar de esta manera la Tesalia, marchó por el Epiro á Orico, donde debía embarcarse. De Orico hizo pasar todas sus tropas á Brindis, y desde esta ciudad hasta Roma, su marcha á través de la Italia fué una especie de triunfo, viéndose un número de cautivos y despojos casi tan grande como el mismo ejército. Cuando llegó á Roma, el Senado le concedió audiencia fuera de la ciudad para que relatase los hechos que había realizado, y obtuvo sin oposición el triunfo que tanto había merecido. La pompa duró tres días. En el primero presentó las armas, los venablos, las estatuas de bronce y de mármol, arrebatadas en su mayor parte á Filipo, más bien que á las ciudades conquistadas. El segundo, el oro y la plata labrada, en moneda ó en lingotes. Había diez y ocho mil libras de plata en lingotes, y doscientas setenta labrada; esto es, vasos de todas clases en considerable número, casi todos cincelados, y de los que algunos eran obras maestras, muchos trabajos de bronce y diez escudos de plata. En plata acuñada se contaban ochenta y cuatro mil piezas antiguas, llamadas tetradracmas, de las que cada una pesa próximamente tres dineros; de oro tres mil setecientas catorce libras, un escudo macizo y catorce mil quinientos catorce filipos. En el tercer día presentaron las ciento catorce coronas de oro regaladas por las ciudades. Delante del carro marchaban las víctimas, después multitud de prisioneros y rehenes distinguidos, entre los que se encontraba Demetrio, hijo del rey Filipo, y el lacedemonio Armeno, hijo del tirano Nabis: últimamente venía Quincio, montado en su carro y seguido de sus soldados, que formaban considerable cor-

tejo, porque había traído de la provincia todo su ejército. Hizo distribuir doscientos cincuenta ases á cada peón, doble á cada centurión y triple á cada jinete. Mucho realzó el brillo de este triunfo la presencia de los prisioneros rescatados de la esclavitud, que seguían á la carroza con la cabeza afeitada.

Al terminar el año, el tribuno de la plebe Q. Elio Tuberon propuso al pueblo, en virtud de un *senatus-consulto*, y un plebiscito autorizó el establecimiento de dos colonias latinas, una en el Brucio y otra en el campo Thurino. Con este motivo se crearon triunviros, con autoridad que debía durar tres años: para la colonia del Brucio, á Q. Nevio, M. Minucio Rufo y M. Furio Cassipes; para la del campo Thurino, Cn. Manlio, Q. Elio y L. Apustio. Estas dos comisiones se nombraron en comicios que reunió en el Capitolio el pretor urbano Cn. Domicio. En este año se dedicaron muchos templos á los dioses: uno á Juno Sospita, en el mercado de las legumbres; éste había sido votado cuatro años antes, durante la guerra de la Galia, y construído por el cónsul C. Cornelio, que lo dedicó como censor: otro al dios Fauno; había sido construído dos años antes con el producto de las multas por el edil C. Scribonio y su colega Cn. Domicio, quien lo dedicó como pretor urbano. Dedicóse también un templo á la Fortuna Primigenia, en el monte Quirinal, por Q. Marcio Rala, nombrado duunviro para este efecto. El voto de elevarlo lo había hecho diez años antes, durante la guerra púnica, y lo mandó construir siendo censor. El duunviro C. Servilio dedicó uno á Júpiter en la isla del Tíber; este templo había sido votado seis años antes, durante la guerra de la Galia, por el pretor L. Furio Purpúreo, que también mandó construirlo siendo cónsul. Estos fueron los acontecimientos del año.

P. Escipión dejó su provincia de la Galia y regresó á

Roma para la elección de cónsules. Celebró los comicios consulares y resultaron nombrados L. Cornelio Merula y Q. Minucio Thermo. Al día siguiente eligieron pretores á L. Cornelio Escipión, M. Fulvio Nobilior, C. Scribonio, M. Valerio Messala, L. Porcio Licino y C. Flaminio. C. Atilio Serrano y L. Scribonio Libo, ediles curules, hicieron representar por primera vez los juegos megalésicos, unidos con los escénicos. Por primera vez también en los juegos romanos que dieron tuvieron los senadores puestos distintos que el pueblo, novedad que, como siempre sucede, hizo hablar mucho. Decían unos que al fin se había concedido al primer orden del Estado un privilegio que debía haber tenido hacía mucho tiempo; otros observaban que todo lo que se aumentaba á la consideración del Senado, lo tomaban de la dignidad del pueblo; que aquellas distinciones que se establecían entre los órdenes, alteraban su misión y atacaban la libertad. «Desde quinientos cincuenta años antes, decían, habían estado confundidos los puestos de los espectadores. ¿Qué había sucedido de pronto para que los patricios no quisiesen encontrarse ya en el anfiteatro al lado de los plebeyos? ¿Por qué desdeñaba el rico la proximidad del pobre? Era un capricho nuevo é injurioso, del que ni siquiera habían tenido idea los senadores de ninguna otra nación y que jamás había sido satisfecho.» En fin, el mismo Escipión el Africano, que había aconsejado aquella innovación durante su consulado, dícese que experimentó grave disgusto. Tan cierto es que los cambios de las costumbres establecidas rara vez consiguen la aprobación. Prefiérense los usos antiguos, á menos que la experiencia haya demostrado que son dañosos.

Al comenzar el año en que L. Cornelio y Q. Minucio entraron en funciones, se dió cuenta de tantos terremotos, que al fin se cansaron todos de aquellas noticias y

de las ferias ordenadas por causa de ellas. Los cónsules no podían ni presidir el Senado ni ocuparse de los asuntos públicos, empleando todo el tiempo en sacrificios y expiaciones. Al fin se mandó á los decenviros que consultasen los libros sibilinos, y por su contestación, se celebraron tres días de rogativas. Los romanos fueron con coronas en la cabeza á rogar ante los altares, habiéndose mandado que todos los individuos de la misma familia se reuniesen para este piadoso deber. Los cónsules prohibieron además, por orden del Senado, que se diese cuenta de ningún terremoto el día de alguna fiesta decretada en expiación de otro acontecimiento igual. En seguida se procedió á la distribución de las provincias por sorteo, primero entre los cónsules y después entre los pretores. Cornelio recibió la Galia; Minucio, la Liguria; C. Scribonio, la jurisdicción urbana; M. Valerio, la de los extranjeros; L. Cornelio, la Sicilia; L. Porcio, la Cerdeña; C. Flamínio, la España citerior, y M. Fulvio la España ulterior.

Esperaban los cónsules no tener guerra alguna este año, cuando recibieron una carta de M. Cincio, que mandaba en Pisa; decía que veinte mil ligurios habían tomado las armas, á consecuencia de una conspiración general todos los pueblos del país, que habían talado primeramente el territorio de Luna, y que habiendo entrado en seguida por tierras de Pisa, habían recorrido toda la costa. El cónsul Minucio, encargado de la provincia de Liguria, subió á la tribuna con el beneplácito del Senado, y mandó á las dos legiones arbanas, alistadas el año anterior, que se encontrasen antes de diez días en Arrecio, declarando que las reemplazaría levantando otras dos legiones. Invitaba igualmente á los aliados del nombre latino, á los magistrados y á los legados de aquellos que debían suministrar auxiliares que acudiesen con él al Capitolio. Pidióles quince mil infantes y

quinientos caballos, regulando el contingente de cada ciudad por el número de jóvenes; al salir del Capitolio les hizo marchar directamente á las puertas, y les encargó que partiesen en el acto para apresurar las levass. Concedióse á Fulvio y á Flaminio, para completar las fuerzas, cinco mil peones y doscientos caballos que suministraron los aliados del nombre latino, y se mandó á los dos pretores que licenciassen las tropas veteranas en cuanto llegasen á España. Los soldados de las legiones urbanas se presentaron en tropel á los tribunos del pueblo para sostener el derecho que les asistía por haber cumplido su tiempo de servicio ó por sus enfermedades, y no se les obligase á partir. Pero una carta de T. Sempronio puso fin á sus reclamaciones. Decía que dos mil ligurios habían entrado á sangre y fuego por territorio de Placencia, llegando hasta las murallas de la colonia y las orillas del Pó, y que los boyos estaban también á punto de sublevarse. Ante estas noticias, el Senado decretó que había tumulto y que no autorizaba á los tribunos para que se ocupasen de las exenciones que presentaban los soldados. Invitaba además á los aliados del nombre latino que habían servido bajo P. Cornelio y T. Sempronio, y que estos cónsules habían licenciado, á que marcharan á la Etruria en el día y al punto que les designase el cónsul L. Cornelio. Este magistrado recibió orden de levantar, al dirigirse á su provincia, en todas las ciudades y campos que se encontraban á su paso, el número de soldados que considerase necesario, armarlos y llevarlos consigo; dejándole libertad para licenciar á los que quisiese y cuando quisiese.

Cuando terminadas las levass partieron los cónsules para sus provincias, T. Quincio pidió al Senado se dignase escuchar la relación de las medidas que había decretado, de acuerdo con los diez legados, y las ratificase

si las creía convenientes. Declaró que, para hacerlo con conocimiento de causa, sería conveniente escuchar á los legados de toda la Grecia, de la mayor parte del Asia y de muchos reyes. El pretor urbano C. Scribonio introdujo aquellas legaciones en el Senado, que las recibió con agrado. La desavenencia que se tenía con Antioco, por ser más larga que las otras, la remitieron á la decisión de los diez comisarios, que habían visto á aquel rey en Asia ó en Lisimaquia. Invitóse á T. Quinceio á que se uniese con ellos, para que escuchase las proposiciones que hicieran los legados del rey y se le encargó diese contestación conforme con la dignidad y conveniencia del pueblo romano. Figuraban al frente de la legación real Menipo y Hegesianax, llevando la palabra el primero. «Ignoraba, dijo, qué obstáculos podía encontrar su misión, cuando solamente había venido para solicitar la amistad del pueblo romano y ajustar alianza con él. Tres clases de tratados había por los que podían unirse los reyes y las repúblicas: era el primero las leyes que el vencedor dictaba al vencido; en este caso, el que había triunfado, convertido en árbitro de los destinos de los vencidos, regulaba como señor soberano lo que quería dejarles y lo que les quitaba. El segundo tenía lugar entre dos enemigos que no habiendo conseguido ventajas el uno sobre el otro trataban de la paz y ajustaban alianza bajo el principio de la igualdad; en este caso, ambas partes se devolvían sus conquistas y entraban, según sus antiguos derechos y privilegios, en posesión de todo lo que les había arrebatado la guerra, ó convenían amistosamente el arreglo. El tercero, en fin, tiene lugar entre dos potencias que sin haber sido enemigas jamás se unen con lazos de amistad y con tratado de alianza; en este caso no se trata de dictar ni de recibir leyes como entre vencedores y vencidos. Esta era precisamente la posición

de Antioco, por cuya razón le asombraba que los romanos quisieran dictarle leyes y designarle las ciudades de Asia, cuyas libertades y franquicias exigían, las que solamente sometían á tributo, y aquellas, en fin, en que prohibían la entrada al rey y á sus guarniciones. Habían podido sin duda imponer la paz á Filipo, enemigo de Roma; pero no debía ajustarse así un tratado de alianza con Antioco, que era amigo.

A todo esto contestó Quincio: «Puesto que os agrada hacer distinciones y enumeráis las diferentes clases de tratados, á mi vez voy á daros á conocer dos condiciones, sin las cuales, decidlo á vuestro señor, no puede esperar alianza ninguna con el pueblo romano: es la primera que si desea que cese toda nuestra intervención en los asuntos del Asia, renuncie por su parte á toda mira sobre Europa; la segunda, que si no se encierra en los límites del Asia y pasa á Europa, deja á los romanos derecho para mantener las alianzas que tienen ya en Asia y para contratar otras nuevas.» Hegesianax dijo en seguida «que no podía escucharse sin indignación que se prohibiese al rey Antioco visitar las ciudades de la Tracia y del Quersoneso, que tan gloriosamente conquistó su bisabuelo Seleuco, después de la derrota y muerte del rey Lisimaco, y recobradas después de los tracios, que se habían apoderado de ellas, ó repobladas con no menor gloria por Antioco, que había llevado habitantes á ellas y reedificado con grandes gastos los edificios arruinados ó destruídos por el incendio. ¿Era igual despojar á Antioco de aquellas posesiones, de tal manera recobradas, que cerrar el Asia á los romanos, que jamás habían poseído nada en ella? Antioco buscaba la amistad de los romanos, pero quería obtener un tratado honroso y no condiciones humillantes.» Quincio replicó: «Puesto que se trata de honor, y este debe ser la única, ó al menos la principal regla

de conducta para el primer pueblo del mundo, como para aquel preclaro monarca, ¿qué es más honroso exigir: la libertad de todas las ciudades griegas, en cualquier país donde se encuentren, ó querer someterlas á la esclavitud y al tributo? Si para Antioco es título de gloria volver á colocar bajo su yugo ciudades que el derecho de la guerra había dado á su bisabuelo, pero que ni su abuelo ni su padre pensaron jamás en reivindicar como propiedad suya, los romanos creen también interesadas su constancia y buena fe en no abandonar el patronato de la libertad griega, del que se han complacido en encargarse. De la misma manera que han libertado la Grecia de las cadenas de Filipo, quieren libertar también del yugo de Antioco las ciudades griegas del Asia. No se han enviado colonias á la Etolia y la Jonia para que sean esclavas de los reyes, sino para aumentar la población griega y propagar por toda la tierra el nombre del pueblo más antiguo.»

Hegesianax quedó vacilante, no pudiendo negar que la causa de la libertad fuese más honrosa que la de la esclavitud. «¿A qué todos esos rodeos? exclamó al fin P. Sulpicio, el más anciano de los diez comisarios. Elegid una de las dos condiciones que con tanta claridad acaba de proponeros Quincio, ó cesad de hablar de alianza.» Menipo dijo entonces: «Nosotros no podemos aceptar ningún pacto que desmembre los estados de Antioco.» A la mañana siguiente presentó Quincio en el Senado todas las legaciones de la Grecia y del Asia, y para darles á conocer las disposiciones del pueblo romano y las de Antioco con relación á las ciudades griegas, expuso las condiciones que había propuesto á los embajadores y las pretensiones del rey. Encargóles, pues, anunciar á sus conciudadanos que el pueblo romano sabría mostrar para defender su libertad contra Antioco, si se negaba á abandonar la Europa, el

mismo valor y la misma buena fe que había desplegado contra Filipo. Entonces exhortó Menipo á Quinceio y al Senado para que no adoptasen apresuradamente una determinación que iba á conmover al mundo; que tomasen ellos mismos y concediesen á su señor tiempo para reflexionar. Aseguró que Antioco meditaría gravemente cuando conociese las condiciones, y que sin duda obtendría algunos cambios, ó que cedería por la conservación de la paz. En vista de esto, todo quedó aplazado; y se decidió enviar en legación al rey los mismos varones que habían ido á verle en Lisimaquia: P. Sulpicio, P. Vilio y P. Elio.

Apenas habían partido cuando llegaron legados cartagineses anunciando que Antioco, impulsado por Anníbal, se preparaba gravemente para la guerra. Temíase que al mismo tiempo se renovase la guerra púnica. Arrojado Anníbal de su patria, habíase refugiado, como antes dijimos, en la corte de Antioco, donde gozaba de la alta estima de aquel príncipe. Su influencia se había consolidado, porque, preocupado el rey desde muy antiguo con sus proyectos hostiles á los romanos, no podía consultar con capitán más famoso. Anníbal manifestaba siempre la misma opinión. «El teatro de la guerra debía ser Italia, donde un enemigo extranjero encontraría víveres y soldados. Si no se procuraba sublevarla, si el pueblo romano era libre para hacer la guerra fuera de Italia, con las fuerzas y recursos de este país, no había rey ni pueblo en estado de resistir sus ejércitos. Pedía que le confiasen cien naves cubiertas, diez mil infantes y mil caballos. Con esta flota se dirigiría primeramente al Africa, con grandes esperanzas de sublevar á los cartagineses. Si vacilaban, abordaría á cualquier punto de Italia para promover allí la guerra contra los romanos. El rey, con el resto de sus tropas, debía trasladarse á Europa, acantonarse en cual-

quier punto de la Grecia, y, sin pasar á Italia, estar siempre preparado para la travesía, lo que debía bastar para mantener la alarma de los romanos con el temor de la guerra.»

* Después de hacer adoptar sus planes al rey, quiso asegurarse de las disposiciones de sus conciudadanos; pero no se atrevió á escribirles, por temor de que interceptasen su carta y descubriesen sus proyectos. Sirvióse, pues, de un tal Aristón, de Tiro, á quien encontró en Éfeso y cuya destreza había reconocido en asuntos poco importantes. A fuerza de regalos y promesas, garantizadas por el mismo rey, le decidió á llevar sus instrucciones á Cartago; nombróle todos aquellos á quienes era necesario ver, y le enteró además de señas particulares de reconocimiento que no dejarían duda alguna acerca de su misión. Apenas llegó Aristón á Cartago cuando quedaron enterados de los motivos que le llevaban, tanto los amigos como los enemigos de Anníbal. Al principio se habló mucho en las reuniones y banquetes; después dijo un día uno en el Senado «que nada se había ganado con el destierro de Anníbal, si su alejamiento no le impedía intrigar y tratar de corromper á los ciudadanos para turbar la paz pública; que un extranjero, un tal Aristón, de Tiro, se encontraba en la ciudad con instrucciones de Anníbal y del rey Antioco; que ciertos hombres celebraban diariamente con él conferencias secretas y que tramaban en la obscuridad una conspiración que estallaría muy pronto y causaría la pérdida de la república.» Toda la asamblea exclamó «que era necesario llamar á Aristón, interrogarle acerca de los motivos de su venida, y si se negaba á contestar, enviarle á Roma con los legados; que ya habían pagado demasiado cara la temeridad de un solo hombre; que en adelante cada cual debía expiar sus faltas personales, y que era indispensable poner á la repúbli-

ca al abrigo de toda censura y hasta de toda sospecha de crimen.» Aristón se presentó ante el Senado con tranquilidad y se justificó fácilmente, diciendo que no había traído ninguna carta á nadie. Sin embargo, no explicó suficientemente su presencia en Cartago, siendo su mayor apuro la acusación de no haber visto más que individuos del partido barcino. Entonces dió una contestación muy viva: algunos senadores querían que le prendiesen como espia y le pusiesen bajo custodia; otros sostenían que no había causa para tanto ruido, diciendo «que era dar muy mal ejemplo detener sin pruebas á un extranjero. Los cartagineses quedarían expuestos á iguales ultrajes, bien en Tiro, bien en los demás mercados, á los que acudían en tanto número.» Aplazóse el asunto para el día siguiente, y Aristón se burló de los cartagineses empleando contra ellos sus propias armas, el artificio: al cerrar la noche, colocó anuncios en el tribunal donde se reunían los magistrados, y en los parajes más frecuentados de la ciudad; hecho esto, á la tercera vigilia se embarcó y huyó. A la mañana siguiente, cuando llegaron los sufetas á ocupar sus asientos para administrar justicia, vieron aquellos anuncios, mandaron descolgarlos y se enteraron de ellos. Decíase en aquellas tablillas que Aristón no había llevado instrucciones particulares para ningún ciudadano, sino que sus órdenes se dirigían á todo el cuerpo de los ancianos (nombre que se da al Senado de Cartago). Esta acusación, que era general, obligó á suspender los procesos comenzados contra algunos ciudadanos, pero se decidió enviar á Roma una legación encargada de enterar á los cónsules y al Senado y al mismo tiempo para quejarse de los ataques de Masinissa.

Viendo Masinissa que los cartagineses estaban desacreditados en el concepto de los romanos y divididos entre sí, puesto que los grandes habían despertado las

sospechas del Senado con sus conferencias con Aristón, y que el pueblo desconfiaba del Senado desde la declaración del mismo Aristón, creyóla ocasión favorable para atacarles, taló las costas y levantó impuestos sobre muchas ciudades tributarias de Cartago. Aquella comarca se denomina Emporias, siendo la costa de la Syrte menor. Su suelo es fértil, encontrándose allí una sola ciudad, Leptis, que pagaba un talento diario á los cartagineses. No se contentó Masinissa con talar aquella comarca entera; apoderóse además de algunos puntos, llegando á no saberse si formaba parte de sus estados ó de las posesiones cartaginesas. Enterado de la partida para Roma de la legación que iba á justificar á la república y á quejarse de él, envió otra por su parte con el encargo de robustecer las sospechas suscitadas ya y de defender el derecho que pretendía tener á los impuestos que había levantado. Oyóse primeramente á los legados de Cartago, y lo que refirieron del extranjero Tirio, hizo temer á los senadores que tendrían que sostener la guerra á la vez contra Antioco y los cartagineses. Corroboraba especialmente estas sospechas el hecho de que el Senado de Cartago, después de haber decidido prender á Aristón y enviarlo á Roma, no se había apoderado de su persona ni de su nave. Pasóse en seguida á los asuntos del territorio, que discutieron con los legados del rey. Alegaban los cartagineses en su favor que aquella comarca estaba comprendida en los límites del territorio que Escipión, vencedor, había asignado á las posesiones de Cartago. Hacían valer también las confesiones del mismo Masinissa, cuando perseguía á un tal Afir, que se había fugado de sus estados y que vagaba con un cuerpo de númidas por las inmediaciones de Cirena, habíales pedido como favor el paso por aquella comarca, reconociendo de este modo que dependía de Cartago.

Los númidas les acusaban de falsedad en cuanto á la delimitación que hizo Escipión. «Si se quería buscar, añadían, los primeros títulos de posesión, ¿qué tierras podrían reivindicar en África los cartagineses? Eran extranjeros que por favor habían conseguido para construir una ciudad el espacio que pudiesen rodear con la piel de un buey cortada en tiras. Todo lo que se encontraba fuera del recinto de Birsa, su primitiva morada, lo habían adquirido por violencia é injusticia. Aquel mismo territorio que era objeto de la discusión, no podrían probar que lo habían poseído sin interrupción desde que lo ocuparon por primera vez, ni que lo hubiesen poseído largo tiempo. Según las circunstancias, lo habían invadido en tanto ellos, en tanto los reyes de Numidia, y solamente la fuerza de las armas había decidido á quién pertenecería. Masinissa rogaba por tanto al Senado que dejase las cosas como estaban antes de que los cartagineses se hicieran enemigos de los romanos, y que el rey de Numidia fuese su aliado y amigo, y que no impidiesen ser dueños de la comarca á aquellos que podían conservarla.» Contestóse á los legados de los dos bandos que se enviaría al África comisarios que terminasen el litigio sobre el terreno, encargando este trabajo á Escipión el Africano, C. Cornelio Cethego y M. Minucio Rufo. Estos se enteraron del asunto, estudiaron la cuestión y lo dejaron todo en suspenso sin querer decidirse por Cartago ni por Masinissa. Si hicieron esto libremente ó por orden recibida, no es posible asegurarlo; pero era muy conveniente dejar las dos partes en contienda. De no ser así, Escipión solo hubiese podido, por el conocimiento de los hechos ó por la autoridad que le daban sus servicios prestados al rey y á la república, poner fin con una sola palabra al litigio.

LIBRO XXXV.

SUMARIO.

Escipión el Africano marcha en embajada cerca de Antioco.—Su entrevista con Anníbal.—Dase cuenta de muchos prodigios.—Preparativos de guerra contra Antioco.—Defección de Nabis: su muerte.—Los etolios renuncian á la amistad del pueblo romano.—Antioco se apodera de muchas ciudades de Grecia.—Expedición de Liguria.—Preparativos de guerra de Antioco.

Al comenzar el año en que ocurrieron estas cosas, Sex. Digicio, pretor de la España citerior, había combatido las ciudades que se sublevaron por todas partes después de la marcha de Catón. La lucha que sostuvo contra ellas con más perseverancia que habilidad, fué casi siempre tan desgraciada, que apenas pudo entregar á su sucesor la mitad de las fuerzas que había recibido. Indudablemente habríase sublevado toda la España, si el otro cónsul, P. Cornelio Escipión, hijo de Cneo, no hubiese vencido allende el Ebro y obligado por el terror de sus armas á que adoptasen su partido cincuenta ciudades. Estos resultados los consiguió durante su pretura. Como propretor vengó sobre los lusitanos las depredaciones que habían cometido en la provincia ulterior. En el momento en que regresaban á su país cargados con inmenso botín, les atacó en medio de su marcha, durando el combate desde la hora tercera á la octava

del día, sin que pudiese preverse el resultado. Escipión, que disponía de menos fuerzas que el enemigo, le aventajaba en otros conceptos. Sus tropas, descansadas y formadas en masas compactas, tenían que luchar con una columna muy extensa, entorpecida por considerable cantidad de ganado y cansada por larga marcha; porque el enemigo había comenzado su movimiento á la tercera vigilia. Además del camino recorrido durante la noche, habían marchado por espacio de tres horas desde el amanecer, y sin tener tiempo para descansar, habían tenido que pasar de las fatigas del camino á las del combate. Animados por un resto de fuerza y de vigor, en el primer choque rompieron las filas de los romanos; pero insensiblemente se igualó el combate. En aquel crítico momento, el propretor ofreció juegos á Júpiter si arrollaba al enemigo y lo derrotaba. Entonces los romanos atacaron con más vigor y los lusitanos retrocedieron, declarándose á poco en derrota. Los vencedores se encarnizaron en su persecución, les mataron cerca de doce mil hombres, hicieron quinientos cuarenta prisioneros, casi todos de caballería, y se apoderaron de ciento treinta y cuatro enseñas militares. Los romanos perdieron setenta y tres hombres. Dióse la batalla cerca de Ilipa, y á esta ciudad llevó P. Escipión su ejército victorioso cargado de rico botín, que fué expuesto completo delante de las puertas, para que cada propietario pudiese reconocer lo que le pertenecía, entregándose el resto al cuestor para que lo vendiese, repartiéndose á los soldados el producto de la venta.

Cuando ocurrieron estas cosas en España, no había partido aún de Roma el pretor C. Flaminio, pudiendo, tanto él como sus amigos, llamar la atención pública sobre aquellos triunfos y reveses, queriendo exagerar la importancia de la guerra encendida en su provincia

y el deplorable estado del ejército, derrotado y poseído de espanto, que Sex. Digicio iba á entregarle; tratando de conseguir por este medio que le diesen una legión urbana: quería además, después de unir esta legión á los soldados que él mismo había alistado, según un senatus-consulta, poder elegir del conjunto seis mil quinientos hombres de infantería y trescientos caballos. Con estas fuerzas, decía, podría hacer la guerra, porque no confiaba mucho en los restos del ejército de Digicio. Los ancianos contestaron que no se podían dictar senatus-consultos bajo la fe de vanos rumores inventados por particulares en interés de algunos magistrados; que las comunicaciones que enviaban desde sus provincias los pretores y los relatos verbales de sus legados debían considerarse verdaderos, y en fin, que si había tumulto en España, se autorizaba al pretor para que hiciese levadas extraordinarias fuera de Italia, siendo la intención del Senado que se realizasen en España. Valerio Ancias pretende que C. Flaminio pasó á Sicilia para levantar tropas allí; que dirigiéndose desde esta isla á España, una tempestad lo arrojó á la costa de África, donde reunió los soldados dispersos del ejército de Escipión, que tomó á su servicio, y que á los reclutados en estas dos provincias reunió otro cuerpo que levantó en España.

En Italia se hacía cada vez más amenazadora la guerra de Liguria. Cuarenta mil hombres habían rodeado á Pisa, aumentando diariamente su número por multitud de gentes atraídas por la noticia del sitio y la esperanza del botín. El cónsul Minucio marchó á Arrecio el día que había fijado para la reunión de sus tropas, dirigiéndose desde allí á Pisa en columna cerrada. Su llegada salvó la ciudad: el enemigo marchó á acampar al otro lado del río, á una milla de las murallas, y el cónsul entró en ella. A la mañana siguiente pasó tam-

bién el río, estableció su campamento á unos quinientos pasos del enemigo, y por medio de numerosas escaramuzas consiguió preservar de toda depredación los campos de los aliados. No se atrevía á arriesgar batalla campal con sus fuerzas, compuestas de hombres de toda clase, que no se conocían entre sí ni podían confiar unos en otros, y por el contrario los ligurios, enardecidos por su número, se presentaban frecuentemente en batalla, dispuestos á trabar combate decisivo; y al mismo tiempo podían enviar por todos lados numerosas partidas para devastar las fronteras lejanas, y cuando reunían considerable cantidad de ganado y otro botín, lo dirigían bien escoltado á sus plazas fuertes y caseríos.

Como la guerra liguria estaba reconcentrada en los alrededores de Pisa, el cónsul L. Cornelio Merula atravesó las fronteras del territorio ligurio, entrando por ellas en el país de los boyos, donde operó de un modo enteramente contrario al de su colega; siendo él quien presentaba batalla y el enemigo quien la rehusaba: los romanos eran quienes, viendo que el enemigo no salía de sus parapetos, se desparramaban por todas partes para saquear, prefiriendo los boyos dejar impunes las depredaciones, á verse obligados á combatir al querer defender sus propiedades. El cónsul, después de haberlo llevado todo á sangre y fuego, abandonó el país y marchó hacia Mutina, sin tomar ninguna precaución y como por medio de país amigo. Pero los boyos, habiéndose enterado de su marcha, le siguieron silenciosamente, acechando ocasión para tenderle un lazo. Una noche se adelantaron marchando á emboscarse más allá del campamento romano en un desfiladero que el ejército debía atravesar. Sin embargo, no consiguieron ocultar el movimiento, y el cónsul, que ordinariamente se ponía en marcha á hora avanzada de la noche, temiendo que la obscuridad aumentase el desorden de una

sorpresa, esperó el día para continuar su marcha, haciéndose preceder por una turma de caballería que avanzaba á la descubierta. Enterado del número de enemigos y de la posición que ocupaban, hizo colocar todos los bagajes en medio del llano, mandó á los triarios que los rodeasen con una empalizada y avanzó contra los boyos con el resto del ejército formado en batalla. Los galos hicieron otro tanto en cuanto vieron descubierta su emboscada y que era necesario librar un combate en regla, en el que decidiría el valor.

Cerca de la hora segunda comenzó la pelea, formando la primera línea el ala izquierda de los aliados y los extraordinarios, mandándoles, en calidad de legados, dos varones consulares, M. Marcelo y Ti. Sempronio, cónsul el año anterior. Al nuevo cónsul se le veía, en tanto al frente de sus líneas, en tanto en la reserva, donde se ocupaba en contener el ardor de sus legiones é impedirles que atacasen antes de que se les diese la señal. Envió la caballería á las órdenes de los tribunos militares Q. y P. Minucio, á que se colocase en paraje despejado, con objeto de que no encontrase obstáculo para caer sobre el enemigo en cuanto recibiese la orden. Mientras tomaba estas disposiciones, Ti. Sempronio Longo le advirtió por medio de un mensajero que los extraordinarios no podían resistir más el choque de los galos, que la mayor parte de ellos había perecido y que los demás, cediendo al cansancio ó al miedo, comenzaban á perder valor: rogaba, pues, al cónsul le enviase una legión si quería libertar de un fracaso á las armas romanas. La segunda legión acudió á reemplazar á los extraordinarios, que se replegaron hacia el centro, y comenzó de nuevo el combate. Cuando aquella infantería descansada se lanzó sobre el enemigo en apretadas filas, el ala izquierda se retiró también del campo de batalla y la derecha avanzó sobre la primera línea.

El sol abrumaba con sus abrasadores rayos á los galos, que no pueden soportar el calor; sin embargo, presentaban masa compacta, y apoyándose, en tanto unos contra otros, en tanto sobre sus escudos, sostenían el choque de los romanos. Al ver aquello, queriendo el cónsul romper sus filas, mandó á Q. Livio Salinátor que se lanzase á toda brida con la caballería de los aliados que tenía á su mando, pasando á la reserva la caballería legionaria. Aquel impetuoso ataque introdujo algún desorden y confusión entre los galos, y al fin desordenó toda su línea; pero no huyeron, porque les detenían sus jefes, hiriendo con sus venablos á los que volvían la espalda, obligándoles á entrar en las filas. Pero la caballería de los aliados les cortaba el paso. El cónsul exhortó entonces á sus soldados á que hiciesen otro esfuerzo, diciéndoles «que la victoria era de ellos si querían aprovechar el desorden y la consternación de los galos para estrecharles vivamente; pero que si les dejaban tiempo para rehacer las filas, tendrían que sostener nueva lucha, cuyo resultado era incierto.» Mandó avanzar á los vexilarios, y redoblando la energía todo el ejército, puso al fin en derrota al enemigo. En cuanto volvieron la espalda y se dispersaron por todas partes para huir, salió en su persecución la caballería legionaria. En aquel combate mataron catorce mil hombres á los boyos, les hicieron mil noventa y dos prisioneros, en cuyo número se encontraban setecientos veintiún caballeros y tres jefes; tomáronles docientas doce enseñas militares y sesenta y tres carros. La victoria fué cruenta también para los romanos, que perdieron cerca de cinco mil de los suyos ó de los aliados, veintitrés centuriones, cuatro prefectos de los aliados, M. Genucio y Q. y M. Marcio, tribunos de la segunda legión.

Casi al mismo tiempo se recibió la carta del cónsul L. Cornelio dando cuenta de la batalla de Mutina, y la

que su colega Q. Minucio escribía desde Pisa recordando que la suerte le había designado para presidir los comicios; pero que el estado de las cosas en Liguria era demasiado crítico para que pudiese dejar aquella provincia sin causar la ruina de los aliados y grandes perjuicios á la república. Rogaba, por tanto, á los senadores que enviasen á su colega, que había terminado su expedición, la orden de marchar á Roma para los comicios. Si Cornelio, decía, se negaba á encargarse de un cuidado que no le había designado la suerte, se conformaba con la decisión del Senado; pero que se debía examinar detenidamente si el interés de la república no exigía que se recurriese al interregno antes que hacerle abandonar su provincia en aquellas circunstancias. El Senado encargó á C. Scribonio que enviase dos legados del orden senatorial que llevasen al cónsul L. Cornelio la carta de su colega, y le notificase que ante su negativa de marchar á Roma para presidir la elección de nuevos magistrados, se recurriría al interregno antes que llamar á Q. Minucio, cuyas operaciones apenas habían comenzado. Los legados regresaron diciendo que L. Cornelio acudiría á Roma para presidir los comicios. La carta que este cónsul había escrito inmediatamente después de la batalla con los boyos, dió margen á algunos debates, porque su legado M. Claudio había dirigido á muchos senadores mensajes particulares en los que atribuía á la fortuna del pueblo romano y al valor del ejército el triunfo que se había conseguido. «Lo que se debía al cónsul, decía, era la pérdida de considerable número de soldados y la vergüenza de haber dejado escapar los enemigos que hubiesen podido exterminar. Esta pérdida era importante, porque habían mandado avanzar demasiado tarde la reserva en socorro de los cuerpos que cedían; y se había dejado escapar á los enemigos, porque se tardó mucho en mandar á la caba-

lería legionaria que atacase, y no se le había permitido perseguir á los fugitivos.»

Acordóse no decidir apresuradamente acerca de este asunto y se dejó la deliberación para asamblea más numerosa. Lo que más apremiaba era poner remedio al azote de la usura que devoraba al Estado. Para escapar á las numerosas leyes con que habían encadenado la avaricia, los usureros habían imaginado trasladar las obligaciones á nombre de los aliados que no estaban sometidos á aquellas leyes, pudiendo de esta manera abrumar libremente con sus usuras á los desgraciados deudores. Buscóse medio de reprimir este fraude, y se decidió que, á partir del día de la *Feralia* (1), todos los

(1) Era la fiesta pública y solemne de los muertos. Celebrábase á fines del mes de Febrero y consistía principalmente en libaciones hechas á los manes.

Según Festo, las ofrendas que se hacían á los manes consistían en vino, leche, hierro, sal ó sangre, perfumes y flores. Plutarco añade habas, porque, dice, que se creía que la forma de esta legumbre se parecía á la de las puertas infernales.

Estas fiestas duraban muchos días, y la del último, que llevaba más especialmente el nombre de *Feralia*, correspondía al duodécimo día de las kalendas de Marzo, es decir, once días antes de terminar el mes. Durante estos días dedicados al luto, estaba prohibido casarse y en general emprender algún asunto importante; las estatuas de los dioses, hasta en las calles estaban cubiertas con velos; las puertas de los templos estaban cerradas y el incienso dejaba de arder en los altares. Entre los atenienses también estaba prohibido casarse durante la fiesta que se celebraba en el mes anthesterión, en honor de los muertos.

Los antiguos no tenían ideas muy fijas relativamente á los manes. En tanto veían en ellos dioses infernales, genios tutelares de los difuntos y les daban por madre común la diosa Mania ó Larunda, en tanto los tomaban por las almas de los mismos muertos. En esta acepción, la palabra manes significaba á la vez y de un modo indeterminado, primero los Lares ó espíritus de los hombres virtuosos, que se adherían á la posteridad que habían dejado en la tierra, y tomaban en cierto modo pose-

aliados que en adelante prestasen dinero á ciudadanos romanos, lo declararían, y que desde aquel día también el deudor podría hacer juzgar según la ley que quisiese (1) los litigios que sobreviniesen entre él y su acreedor con ocasión de los préstamos. Habiendo dado á conocer las declaraciones la enorme masa de las deudas contraídas al amparo del fraude, el tribuno M. Sempromio propuso al pueblo, con el consentimiento del Senado, y un plebiscito ordenó que los aliados del nombre latino estuviesen obligados á sujetarse para los préstamos á la jurisprudencia establecida en Roma. Estos fueron los acontecimientos interiores y las operaciones militares que se realizaron en Italia. En España estuvo muy lejos de corresponder á lo que se había anunciado la importancia de la guerra. En la citerior, se apoderó C. Flaminio de la ciudad de Ilucia en el territorio de los oretanos, y en seguida llevó el ejército á invernar. Durante el frío libró muchos combates sin importancia para poner término á excursiones de bandidos, más bien que de enemigos; los resultados se equilibraron y pereció mucha gente. Fulvio realizó empresas más notables. Cerca de Toledo encontró á los vanceanos, vectones y celtíberos; trabando con ellos batalla campal, venció aquellos ejércitos, les puso en fuga y se apoderó del rey Hilermo.

Mientras ocurrían estas cosas en España, acercábase

sión de los parajes que habitaba, para ejercer sobre ella favorable influencia; segundo, las Larvas ó Lemuras, que, á causa de los delitos cometidos durante su vida, no encontraban en la muerte paraje donde descansar, y aparecían como fantasmas, inofensivos para los buenos y temibles para los malvados. Por lo demás, todo el sistema de demoniología de los romanos es sumamente incierto y obscuro.

(1) Permittedse á los deudores elegir, para que juzgasen sus litigios con los acreedores, entre la legislación romana y la latina. Aquella favorecía más al deudor y ésta al acreedor.

el día de los comicios. El cónsul L. Cornelio dejó su ejército á las órdenes de su legado M. Claudio y marchó á Roma, donde dió cuenta al Senado de sus operaciones y del estado en que se encontraba la provincia: en seguida se quejó ante los Padres conscriptos de que después de haber visto terminar felizmente, con la segunda victoria, una guerra tan peligrosa, no se hubiese pensado en dar gracias á los dioses inmortales; y pidió que se decretase un día de acciones de gracias y al mismo tiempo que se le honrase con el triunfo. Pero antes de que se discutiese esta proposición, Q. Metelo, que había sido cónsul y dictador, observó que la carta del cónsul L. Cornelio al Senado y las de M. Marcelo dirigidas á muchos senadores y que habían llegado á Roma al mismo tiempo, no se encontraban de acuerdo, y que si se había aplazado la deliberación fué para tenerla en presencia de los autores de las cartas. «Había esperado, decía, que el cónsul, conociendo perfectamente los ataques que le dirigía su legado, le traería á Roma, puesto que tenía que venir él. Además, hubiese sido mucho más natural entregar el mando del ejército á T. Sempronio, que estaba investido de autoridad militar, que á un simple legado. Pero parecía que se alejaba intencionalmente á Marcelo para que no pudiese repetir de viva voz lo que había escrito y acusar frente á frente á su general. Si el cónsul había citado algún hecho sin fundamento, sería imposible comprobarlo hasta que se conociese perfectamente la verdad. Opinaba, pues, que nada debía decidirse por el momento acerca de las peticiones del cónsul.» No por esto dejó de insistir L. Cornelio en que se decretasen acciones de gracias y que se le permitiese entrar en triunfo en la ciudad. Entonces los tribunos M. y C. Titinio declararon que se opondrían á la ejecución de todo *senatus-consulto* que se diese con este motivo.

El año anterior se había nombrado censores á Sex. Elio Peto y C. Cornelio Cethego. Éste cerró el lustro, arrojando el censo cuarenta y tres mil setecientos cuatro ciudadanos romanos. En este año ocurrió un desbordamiento del Tíber, quedando inundada toda la parte baja de la ciudad. También ocurrió el derrumbamiento de muchos edificios cerca de la puerta Flumentana. El rayo cayó sobre la puerta Celimontana, así como en varios puntos de la muralla inmediata. En Laricia, en Lanuvio y en el Aventino cayeron lluvias de piedras. De Capua se recibió la noticia de que un numeroso enjambre de abejas había llegado al foro, posándose sobre el templo de Marte. Habíanlas recogido cuidadosamente y quemado. Con ocasión de estos prodigios se mandó á los decenviros que consultasen los libros sibilinos; ofrecióse un sacrificio novendial, se decretó un día de rogativas y se purificó la ciudad. En medio de estas fiestas dedicó M. Porcio Catón un santuario á la Victoria virgen, cerca del templo de la Victoria; este santuario lo había ofrecido dos años antes. En el mismo año, los triunviros Cn. Manlio Vulso, L. Apustio Tulo y Q. Elio Tuberón, llevaron una colonia al territorio de Thurias, habiendo sido Tuberón autor de la ley relativa á este establecimiento, que se componía de mil infantes y trescientos jinetes, número poco proporcionado á la extensión del territorio. Hubieran podido dar trescientas yugadas á cada infante y sesenta á cada jinete; pero, á propuesta de Apustio, se reservó la tercera parte del territorio, con objeto de poder enviar más adelante, si se quería, más colonos; recibiendo por tanto cada infante veinte yugadas y cuarenta cada jinete.

Tocaba el año á su fin, y la ambición se había desarrollado más que nunca en los comicios consulares. El número de candidatos patricios y plebeyos era grande, siendo todos varones importantes. P. Cornelio Escipión,

hijo de Cneo, vuelto recientemente de España, donde se había distinguido por brillantes triunfos; L. Quincio Flamínio, que había mandado la flota en Grecia, y Cn. Manlio Vulso, eran los candidatos patricios. Los del otro orden eran C. Lelio, Cn. Domicio, C. Livio Salinátor y M. Acilio; pero todos se inclinaban á Quincio y á Cornelio, candidatos patricios los dos para la plaza que correspondía á su orden, los dos igualmente atendibles por el brillo reciente de sus proezas militares. Sentíanse animados en su rivalidad por el apoyo que les prestaban sus hermanos, los dos generales más famosos de la época. La gloria de Escipión era más grande, y por lo mismo más expuesta á la envidia; la de Quincio era más reciente, puesto que acababa de triunfar aquel mismo año. Escipión tenía además en contra suya no haber cesado casi en diez años de fijar la atención pública; había sido nombrado cónsul por segunda vez después de la derrota de Anníbal, después censor. Ahora bien: la muchedumbre respeta menos á los grandes hombres cuando se ha saciado de verles. Quincio, por el contrario, tenía en su favor la novedad: después de su triunfo no había pedido nada al pueblo ni obtenido nada de él. «Solicitaba, dijo, para un hermano y no para un primo (1), para un legado que había tomado parte en los trabajos de sus expediciones; porque si él había combatido por tierra, su hermano había dirigido las operaciones por mar. Estas consideraciones hicieron preferir L. Quincio al candidato que sostenía Escipión el Africano, pariente próximo suyo, y toda la familia Cornelia, en una asamblea presidida por un cónsul de este nombre, á un varón que en otro tiempo recibió el

(1) En efecto, Escipión el Africano solamente era primo hermano del candidato, mientras que T. Quincio era hermano de su competidor. Esta confusión era bastante común entre los romanos.

honor de obtener todos los votos del Senado y ser designado como el ciudadano más digno, por su virtud, de albergar á la diosa Idea Máter, traída de Pesinunta á Roma. L. Quincio, fué, pues, nombrado cónsul con Cn. Domicio Ahenobarbo. De manera que el Africano no tuvo influencia para que se diese el puesto de cónsul pebleyo á C. Lelio, cuya candidatura apoyaba. Al día siguiente fueron creados pretores L. Scribonio Libón, M. Fulvio Centumalo, A. Atilio Serrano, M. Bebio Tamfio, L. Valerio Tappo y Q. Salonio Sarra. Los ediles de este año M. Emilio Lépido y L. Emilio Paulo señalaron su magistratura con la condenación de muchos arrendatarios de pastos; empleando el producto de las multas en adornar con escudos dorados la bóveda del templo de Júpiter. Elevaron también dos pórticos, uno fuera de la puerta Trigemina, prolongándose por un mercado hasta el Tíber; el otro se extendía desde la puerta Fontinal al templo de Marte, llevando al campo de Marte.

Hacia mucho tiempo que no ocurría nada digno de memoria en Liguria. A fines de este año, el cónsul corrió dos veces graves peligros. Su campamento fué saqueado y apenas tuvo tiempo para defenderse; pocos días después, sabiendo los ligurios que había penetrado con su ejército en un desfiladero, corrieron á apoderarse de las gargantas por donde tenía que salir. Encontrando el cónsul cerrada la salida, volvió la espalda y quiso retroceder; pero por este lado ocupaba también el enemigo la garganta. Recordó entonces el cónsul las Horcas Caudinas, y hasta, por decirlo así, se creyó transportado á aquel paraje fatal. Unos ochocientos jinetes númeridos formaban parte de las tropas auxiliares, y su jefe ofreció al cónsul forzar el paso por el lado que quisiese. «Solamente, dijo, deseaba saber cuál era la parte del país más habitada, para caer sobre los caseríos é incendiar los edificios, con objeto de obligar por este medio

á los ligurios á alejarse de las posiciones que habían tomado y á volar en socorro de sus hogares.» El cónsul le prodigó elogios y le hizo esperar grandes recompensas. Los númidas montaron á caballo y marcharon á presentarse ante los puestos enemigos, sin hacer ninguna provocación. A primera vista, nada tan despreciable como aquella gente. Hombres y caballos eran pequeños y flacos; los jinetes, casi desnudos, no llevaban más armas que venablos; sus caballos no tenían brida y sus movimientos eran desgraciados, corriendo con el cuello tendido y la cabeza alargada. Los númidas, para aumentar el desprecio que inspiraban, se dejaban caer de los caballos, excitando las risas con su fingida torpeza. Así, pues, los ligurios, que al pronto se habían preparado á rechazar un ataque contra sus líneas, abandonaron en seguida en su mayor parte las armas y se pusieron á contemplar ociosamente aquella extraña caballería. Los númidas continuaron sus movimientos, en tanto avanzando, en tanto retrocediendo, pero acercándose poco á poco á la salida del desfiladero, como si no pudiesen dominar sus caballos y les llevasen á pesar suyo. Después, clavando de pronto los acicates, pasaron rápidamente á través de las líneas enemigas, y, en cuanto llegaron á la llanura, prendieron fuego á todas las casas inmediatas al camino. En seguida corrieron á incendiar los caseríos más cercanos, llevándolo todo á sangre y fuego. La vista del humo primero, después los gritos de los habitantes sorprendidos en sus casas y últimamente la llegada de los ancianos y de los niños que se refugiaban en el campamento, difundieron el espanto; y en seguida, sin tomar consejo, sin esperar órdenes, corrieron los ligurios cada cual por su lado á la defensa de lo suyo. En un instante quedó desierto el campamento, y libre el cónsul pudo continuar su marcha con seguridad.

Pero ni los boyos ni los españoles, con quienes habían sostenido guerra aquel año, mostraron tanto encarnizamiento contra Roma como los etolios. Cuando los ejércitos de la república abandonaron la Grecia, se lisonjearon al principio de que Antioco iría á apoderarse de la Europa desguarnecida de tropas y que, por su parte, Filipo ó Nabis empuñarían de nuevo las armas. Viendo que todo quedaba en reposo y persuadidos de que les importaba suscitar disturbios y sembrar agitaciones para que sus proyectos no quedasen destruidos por el tiempo, celebraron una asamblea en Naupacta. Allí su pretor Thoas se quejó de la injusticia de los romanos, y se lamentó de la situación de la Etolia, que era el estado que había sufrido mayores humillaciones después de una victoria á la que habían contribuído sus armas, y propuso que se enviasen legados á los reyes para conocer sus intenciones y exponer á cada uno los motivos más á propósito para levantarle contra Roma. Demócrito fué enviado á Nabis, Nicandro á Filipo, y Dicearco, hermano del pretor, á Antioco. Demócrito expuso al tirano lacedemonio que, al arrebatarle sus ciudades marítimas, habían destruído su poder; «porque aquellas plazas, decía, eran las que le suministraban soldados, naves y marinos. Encerrado, por decirlo así, en sus murallas, veía á los aqueos dominar en el Peloponeso. Jamás encontraría ocasión de recobrar lo que había perdido, si no aprovechaba la que en aquel momento se le ofrecía. No había ejército romano en Grecia; y por Gycio y las otras ciudades marítimas de la Laconia no creería el Senado deber enviar sus legiones.» El objeto de este lenguaje era excitar el resentimiento de Nabis, impulsarle á romper con los romanos, atacando á sus aliados, y llevarle, por el conocimiento de sus faltas, á hacer causa común con Antioco, en cuanto este rey pisase la Grecia. Nicandro hablaba en el mismo sen-



tido á Filipo; existiendo en realidad mayores motivos de recriminación, porque este rey había caído desde más altura que el tirano y sus pérdidas eran más considerables. Recordóle además la antigua fama de los reyes de Macedonia y la marcha triunfal de sus ejércitos por el mundo conquistado. Decíale «que podía intentar sin temor la empresa que le proponía y esperar el resultado. Porque no le aconsejaba se comprometiese antes que Antioco pasara á Grecia al frente de su ejército; y, por otra parte, si por tanto tiempo había sostenido, sin el apoyo de Antioco, la guerra contra los romanos y los etolios, ahora que tendría con él aquel rey y por aliados á los etolios, cuyas hostilidades les hicieron entonces más daño que las de los romanos, ¿cómo podrían estos hacerle frente?» Hablábale también del auxilio de Anníbal, aquel enemigo nato de los romanos, que les había matado más generales y soldados que les quedaban. Estas cosas decía Nicandro á Filipo. Otras eran las razones que exponía Dicearco á Antioco. «Los romanos, decía especialmente, habían recogido todo el fruto de las victorias conseguidas contra Filipo y los etolios todo el honor. Los etolios eran los únicos que habían abierto la entrada de Grecia á los romanos; ellos eran los que les dieron medios de vencer.» En seguida enumeraba las fuerzas que levantarían, tanto de infantería como de caballería, para ayudar á Antioco; las ciudades que entregarían á su ejército de tierra y los puertos que abrirían á su flota. Citaba también á Filipo y Nabis, sin temor á que le desmintiesen, como dispuestos á levantarse y aprovechar la primera ocasión que se presentase para reconquistar lo que la guerra les había arrebatado. De esta manera procuraban los etolios suscitar enemigos á los romanos en todo el universo. Sin embargo, los dos reyes no se movieron ó no lo hicieron hasta mucho después.

Nabis envió en seguida emisarios á todas las ciudades de la costa para promover disturbios, sedujo con regalos á una parte de los habitantes más notables é hizo asesinar á los que permanecían fieles á la alianza romana. Los aqueos, encargados por T. Quincio de la defensa de las ciudades marítimas de la Laconia, enviaron en seguida una legación al tirano para recordarle el tratado que había ajustado y exhortarle á no romper una paz que tanto había deseado. Al mismo tiempo enviaron socorros á Gycio, sitiada ya por el tirano, y comunicaron á Roma lo que pasaba. Antioco, que aquel invierno había celebrado en Rafia, en Fenicia, el matrimonio de su hija con Ptolomeo, rey de Egipto, y que en seguida había regresado á Antioquía, atravesando la Cilicia, cruzó el monte Tauro, y al terminar la estación llegó á Éfeso. Al comenzar la primavera, envió á su hijo Antioco á Siria para vigilar sus provincias más lejanas y evitar todo movimiento que pudiera estallar á su espalda durante su ausencia, y él mismo partió al frente de todas sus fuerzas terrestres para reducir los pisidianos de Sida. Por este tiempo los comisarios romanos P. Sulpicio y P. Vilio, enviados, como antes dijimos, á la corte de Antioco, pero con orden de marchar primeramente cerca de Eumeno, llegaron á Elea, desde donde avanzaron hasta Pérgamo, residencia de Eumeno. Este príncipe deseaba la guerra, porque consideraba á Antioco peligroso vecino, si se mantenía la paz; tan inferior á la de los romanos era la fuerza de aquel rey, que si estallaba la guerra, no podría resistirla, como no pudo Filippo, y no tardaría en realizarse su ruína; ó si le concedían la paz después de la derrota, le impondrían muchos sacrificios que servirían para aumentar el reino de Pérgamo y que le permitirían defenderse fácilmente en adelante sin el socorro de los romanos. Aunque él mismo tuviese que experimentar algunos

descalabros, preferible le era correr con los romanos todas las peripecias de la fortuna, que quedarse solo y reducido á la alternativa, ó de reconocer la soberanía de Antioco, ó de quedar sometido por la fuerza de las armas si se negaba. Por esta razón desplegaba toda su influencia y destreza para decidir á los romanos á la guerra.

Sulpicio, que se encontraba enfermo, quedó en Pérgamo; y Vilio, enterado de que Antioco se ocupaba de la expedición á Pisidia, marchó á Éfeso, dedicando los pocos días que pasó en esta ciudad á frecuentes entrevistas con Anníbal, que se encontraba entonces en ella. Quería sondear sus intenciones si era posible, y persuadirle de que nada tenía que temer de los romanos; pero las conferencias no tuvieron resultado, aunque produjeron el natural efecto, que pudo creerse preparado por el talento de Vilio, de disminuir la influencia de Annibal con el rey y hacerle sospechoso en todo. Dice el historiador Claudio, fundándose en las memorias griegas de Acilio, que el Africano formaba parte de aquella legación y que conferenció con Anníbal en Éfeso; llegando á referir en estos términos una entrevista: «Habiéndole preguntado Escipión á quién consideraba como el general más grande, contestó el cartaginés que al rey de Macedonia, Alejandro, que, con un puñado de valientes, derrotó numerosos ejércitos y recorrió comarcas donde jamás había esperado penetrar el hombre.» Preguntándole en seguida á quién colocaba en segundo lugar, contestó: «A Pirro, que fué el primero en enseñar el arte de los campamentos. Nadie supo elegir sus posiciones ni colocar sus tropas con más habilidad. Poseía además en tan alto grado el arte de ganarse las voluntades, que los pueblos italianos hubiesen preferido el dominio de aquel príncipe extranjero al de los romanos, que desde tanto tiempo mandaban como señores

en Italia.» «¿Y el tercero?» siguió preguntando. «Yo,» contestó sin vacilar Anníbal. Entonces lanzó la carcajada Escipión, y añadió: «¿Qué dirías si me hubieses vencido?» «En ese caso me consideraría superior á Alejandro, á Pirro y á todos los demás generales.» Escipión agradeció la lisonja que encerraba aquella contestación inesperada, tan conforme con el carácter cartaginés, porque le señalaba puesto especial entre los generales, como si no tuviese igual.

Vilio avanzó desde Éfeso hasta Apamea, adonde acudió Antioco en cuanto se enteró de la llegada de los legados romanos. En la entrevista que tuvieron renovaron casi el mismo debate que medió en Roma entre Quincio y los legados del rey. Las conferencias quedaron rotas por la muerte del joven Antioco, á quien su padre acababa de enviar á Siria, como ya se dijo. Motivo fué este de profundo luto para la corte, que deploró mucho la pérdida del joven príncipe, que se había dado á conocer tan ventajosamente que se podía esperar de él, si hubiese vivido más tiempo, un gran rey amigo de la justicia. El amor y adhesión que le tenían, hicieron concebir sospechas acerca de su muerte; creyéndose generalmente que, so pretexto de que estaba impaciente por suceder á su anciano padre, Antioco le había hecho envenenar por medio de los eunucos, seres despreciables que penetran en el favor de los reyes y se hacen instrumentos de esta clase de ejecuciones. Otra causa se atribuía á aquel misterioso crimen: que el rey, que acababa de abandonar Lisimaquia á su hijo Seleuco, no tenía otra ciudad de igual importancia donde poder relegar á Antioco, alejado en honroso destierro. Sin embargo, la corte dió durante muchos días el espectáculo de profundo dolor, y el legado romano, para evitar que su presencia pareciese inoportuna en tal momento, se retiró á Pérgamo. El rey, renunciando á la

expedición que había emprendido, regresó á Éfeso, se encerró en su palacio durante los días del luto, y discutió muchos planes secretos con un tal Minión, su principal confidente. Este cortesano, completamente extraño á los asuntos exteriores, medía el poder de su señor por los triunfos que había conseguido en Siria ó en Asia; convencido estaba de que Antioco, superior ya por la bondad de su causa á los romanos, que solamente exponían injustas pretensiones, conseguiría también la ventaja en la guerra. Viendo, pues, que el rey evitaba discutir con los legados del Senado, bien porque anteriormente no había tenido éxito, bien por el reciente pesar que le agobiaba, alardeando de defender victoriosamente sus intereses, le aconsejó que llamase á Pérgamo los legados romanos.

Habíase restablecido Sulpicio, y marchó con su colega á Éfeso. El rey se excusó por medio de Minión, y, á pesar de su ausencia, entraron en negociaciones. Minión había preparado su discurso: «Romanos, dijo, exponéis un motivo noble, la libertad de las ciudades de la Grecia, bien lo sé; pero vuestra conducta no concuerda con vuestras palabras. Habéis impuesto á Antioco condiciones diferentes de las que vosotros observáis. ¿Son más griegas Smirna y Lampsaco que Nápoles, Reggio y Tarento, que habéis sometido á tributo y os suministran naves, según lo convenido en tratados? ¿Por qué enviáis todos los años á Siracusa y demás ciudades griegas de la Sicilia un pretor con'mando militar, con las hachas y los haces? Lo único que podréis decir es que las habéis sometido por la fuerza de las armas y les habéis impuesto condiciones. La misma contestación puede daros Antioco con relación á Smirna, Lampsaco y ciudades de la Jonia y de la Eólida. Sus antepasados las vencieron y sujetaron á tributo, y él reivindica sus antiguos derechos. Dignaos contestarle, si este

debate es de buena fe y si no se busca un pretexto para la guerra.» Sulpicio contestó: «Puesto que Antioco no tiene cosa mejor que decir, al menos ha mostrado pudor presentando las observaciones por medio de otro. ¿Existe en efecto algo semejante entre las ciudades que acabas de citar? Reggio, Nápoles y Tarento, desde su sumisión, no han cesado de reconocer nuestro derecho sobre ellas; estos derechos siempre han sido los mismos; los hemos ejercitado siempre sin interrupción, y solamente les pedimos lo que nos deben según los tratados. Jamás han intentado, ni por sí mismas, ni por ninguna nación extraña, cambiar su situación. ¿Podéis decir lo mismo de las ciudades de Asia? Desde que cayeron en manos de los antepasados de Antioco, ¿han permanecido constantemente bajo la dependencia de vuestro reino? ¿No han pertenecido unas á Filipo, otras á Ptolomeo, y otras, en fin, no han gozado durante muchos años de una libertad que nadie les negaba? Si porque circunstancias desgraciadas les obligaron en otro tiempo á caer bajo el yugo, os creéis después de tantos siglos con derecho á poseerlas, ¿qué hemos ganado con libertar la Grecia del dominio de Filipo? ¿No tendrán sus descendientes razón para reclamar Corinto, Calcis, Demetriades y toda la Tesalia? ¿Pero qué necesidad tengo de defender la causa de las ciudades asiáticas? Sus legados deben defenderla; el rey y nosotros les escucharemos.»

En seguida llamó á las legaciones de las ciudades. Eumeno había preparado su contestación según sus instrucciones, porque esperaba añadir á sus estados todo lo que se desmembrase del imperio de Antioco. El considerable número de diputados, las quejas que formularon, sus reclamaciones justas mezcladas con injustas pretensiones, trocaron la discusión en ruidosa disputa. Así, pues, los delegados romanos que no ha-

bían cedido sobre ningún punto ni conseguido nada, regresaron á Roma sin estar mejor enterados que cuando llegaron. Después de su marcha trató Antioco en un consejo la cuestión de la guerra: todos sus cortesanos tomaron á porfía altanero lenguaje, creyendo que cuanto más encarnizamiento mostrase contra los romanos, más lisonjeaban al rey. Los unos se alzaban contra la insolencia de las pretensiones de aquel pueblo que venía á dictar leyes al monarca más poderoso del Asia, como las había dictado á Nabis después de vencerle. «¡Y á Nabis, decían, todavía le han dejado su poder tiránico sobre su patria, esa patria que es Lacedemonia! ¡Y se sublevan ante la idea de que Antioco conserve bajo su poder Smirna y Lampsaco!» Según otros, «aquellas ciudades eran poco importantes y no merecían que tan gran monarca tomase las armas para conservarlas; pero la injusticia comenzaba siempre por usurpaciones pequeñas. ¿Creíase acaso que al comenzar los persas por pedir el agua y la tierra á los lacedemonios, necesitaban realmente un poco de tierra y de agua? La tentativa de los romanos acerca de aquellas dos ciudades, era un acto de igual naturaleza; en cuanto las demás ciudades viesan sacudir el yugo á aquellas dos, se declararían por el pueblo libertador; y hasta en el caso de que aquella libertad valiese para ellas menos que su dependencia, la esperanza del cambio ofrecería siempre más probabilidades que cualquier situación actual.»

Asistían á este consejo el acarnanio Alejandro, adicto en otro tiempo á Filipo y que acababa de abandonar su corte para unirse á la fortuna más brillante de Antioco. El conocimiento que se le suponía de la Grecia y sus consideraciones sobre la política de los romanos le había elevado tanto en el favor del rey, que se le admitía á las deliberaciones más secretas. Según su opinión, no

se trataba de saber si se haría la guerra ó no, sino dónde y cómo se haría. «El triunfo, decía, no lo encontraba dudoso, si el rey pasaba á Europa y establecía el teatro de la guerra en algún punto de Grecia. A su llegada encontraría á los etolios en armas; este pueblo, que habitaba el centro del país, era una vanguardia para su ejército decidida á arrostrar todos los peligros. En los dos extremos de la Grecia encontraría á Nabis, que del lado del Peloponeso promovería una sublevación general, reclamando Argos y todas las ciudades marítimas de que le habían despojado los romanos para encerrarle en las murallas de Lacedemonia, y Filipo que por el lado de la Macedonia tomaría las armas á la primera señal de guerra que oyese. Conocía su altivez, respondía de sus disposiciones: sabía que semejante á león cautivo en una jaula ó cargado de cadenas, abrigaba desde mucho tiempo en su pecho violento rencor. No había olvidado que durante su lucha con los romanos, no cesó de pedir á todos los dioses el auxilio de Antioco. Si ahora se escuchaba este deseo, no vacilaría un momento en declararse. Lo esencial era no perder el tiempo en funestas dilaciones. La victoria era segura, si se apresuraban á ocupar las posiciones ventajosas y ganarse aliados. Era necesario también enviar en seguida Anníbal á África para distraer por aquel lado á los romanos.»

No había sido admitido Anníbal al consejo, porque sus entrevistas con Vilio le habían hecho sospechoso al rey, que desde aquel momento no le tuvo ninguna consideración. Al principio soportó aquel afrentoso silencio; pero en seguida, creyendo que era mejor conocer la causa de aquella repentina desgracia y justificarse, aprovechó ocasión favorable y preguntó ingenuamente al rey la causa de su enojo. Enterado de ella, le contestó: «Antioco, era yo muy niño, cuando mi padre Hamilcar,

ofreciendo un sacrificio, me hizo llegar al altar y jurar que jamás sería amigo del pueblo romano. Por obedecer á aquel juramento he hecho la guerra durante treinta y seis años; aquel juramento es el que, á pesar de la paz, me ha arrojado de mi patria; aquel juramento es el que me ha traído proscrito á tu corte, y por serle fiel, si desvaneces mi esperanza recorreré el mundo entero, iré á todas partes donde pueda encontrar soldados y armas y suscitar enemigos á los romanos. Si, pues, algún cortesano tuyo piensa elevarse acusándome, que busque otro medio de adularle á expensas mías. Odio á los romanos y ellos me odian. Hamílcar y los dioses son testigos de la verdad de mis palabras. Así, pues, cuando pienses hacer la guerra á los romanos, coloca á Aníbal á la cabeza de tus amigos. Si algún motivo te impulsa á la paz, aconséjate de otro.» Este lenguaje impresionó al rey, que devolvió su favor á Anníbal. El consejo se disolvió después de acordar la guerra.

En Roma se hablaba de las disposiciones hostiles de Antioco; y aunque todavía no se preparaba nada, los ánimos estaban excitados. Los dos cónsules recibieron por provincia la Italia, debiendo ponerse de acuerdo ó sortearse para saber cuál presidiría los comicios aquel año. El que no tuviese este cargo, debería estar preparado para llevar en caso necesario su ejército fuera de Italia. Autorizóse á este último para que levantase dos legiones nuevas, y entre los aliados del nombre latino veinte mil hombres de infantería y ochocientos caballos. Su colega recibió las dos legiones que el cónsul L. Cornelio había mandado el año anterior, con los quince mil aliados latinos y los quinientos jinetes que habían formado parte del mismo ejército. Prorrogóse á L. Minucio el mando de las tropas con que ocupaba la Liguria, y se dispuso también para completarlas una leva de cuatro mil hombres de infantería romana y cien-

to cincuenta caballos: á los aliados se exigieron cinco mil infantes y doscientos cincuenta caballos. La suerte designó á Cn. Domicio para marchar fuera de Italia, donde el Senado juzgase conveniente enviarle; L. Quincio para pasar á la Galia y celebrar los comicios. En seguida sortearon las provincias los pretores: M. Fulvio Centumalo obtuvo la jurisdicción urbana; L. Scribonio Libón, la de los extranjeros; L. Valerio Tappo, la Sicilia; Q. Salonio Sarra, la Cerdeña; M. Bebio Tamfilo, la España citerior, y A. Atilio Serrano, la ulterior. Pero estos dos últimos recibieron otro destino en virtud de un senatus-consulta confirmado por un plebiscito. Atilio quedó encargado del mando de la flota y de la Macedonia y Bebio fué enviado al Brucio. A Flaminio y Fulvio se prorrogó el mando en España. Bebio Tamfilo debía recibir las dos legiones que se levantaron para la ciudad el año anterior y pedir á los aliados quince mil hombres de infantería y quinientos caballos. Atilio recibió orden para que hiciese construir treinta quinqueremes, elegir las naves viejas que creyese convenientes para navegar y alistar las tripulaciones, y se invitó á los cónsules para que le suministrasen dos mil aliados del nombre latino y mil infantes romanos. Estos dos pretores y estos dos ejércitos de tierra y mar estaban destinados, según se decía, á combatir á Nabis, que atacaba ya abiertamente á los aliados del pueblo romano. Por lo demás, esperábase el regreso de la legación enviada á la corte de Antioco, y el Senado había prohibido por este motivo al cónsul Cn. Domicio que se alejase de la ciudad.

Los pretores Fulvio y Scribonio, encargados de administrar justicia en Roma, recibieron el encargo de hacer equipar cien quinqueremes, independientemente de la flota que debía mandar Atilio. Antes de la marcha del cónsul y del pretor para su provincia, se ce-

lebró un día de rogativas con ocasión de algunos prodigios. Súpose que en el Piceno había parido una cabra seis cabritos de una sola vez; en Arrecio había nacido un niño con un solo brazo; en Amiterno había caído una lluvia de tierra; en Formio había caído el rayo en una puerta de la ciudad; y lo que asombraba más, un buey del cónsul Cn. Domicio había pronunciado estas palabras: «¡Roma, ten cuidado!» Hiciéronse rogativas para expiar estos prodigios, y con relación al último, decretaron los arúspices solamente que se guardase el buey y se le alimentase bien. Una avenida del Tíber, más desastrosa que la del año anterior, destruyó dos puentes y muchos edificios, especialmente en las cercanías de la puerta Flumentana. Un peñasco enorme, desprendido del Capitolio por causa de las lluvias ó por algún terremoto demasiado débil para que pudiese notarse en otros parajes, rodó hasta la calle Yugaria y aplastó considerable número de personas. En muchos puntos quedó inundada la campiña, siendo arrastrados los ganados y quedando destruídas las granjas. Antes de la llegada del cónsul L. Quincio á su provincia, Q. Minucio trabó batalla con los ligurios en el territorio de Pisa, les mató nueve mil hombres y les obligó á refugiarse en su campamento. Atacóles y se defendieron vigorosamente hasta el obscurecer, pero durante la noche decamparon en silencio. Al amanecer encontraron los romanos desierto el campamento; se apoderaron de él, encontrando muy poco botín, porque los ligurios enviaban á sus caseríos los despojos de los campos á medida que los arrebataban. Minucio, sin darles punto de reposo, pasó del territorio de Pisa á Liguria, entrando á sangre y fuego sus plazas fuertes y pueblos, encontró el botín que aquellos depredadores habían arrebatado á los etruscos, y lo entregó á su ejército.

Por este mismo tiempo regresaron á Roma los lega-

dos enviados á los reyes, declarando que no había motivo apremiante para hacer la guerra, á no ser contra el tirano de Lacedemonia; legados aqueos acababan de dar cuenta también de los hechos realizados por Nabis, con desprecio del tratado, en la costa de Laconia; por lo que se envió á Grecia al prefecto Atilio, al frente de la flota, para proteger á los aliados. En cuanto á los cónsules, recibieron orden de marchar los dos á sus provincias, puesto que, por entonces, nada había que temer de Antioco. Domicio partió de Ariminio y marchó por el camino más corto hacia las tierras de los boyos; Quincio llegó á ellas por la Liguria. Los ejércitos de los cónsules llevaron, cada uno por su lado, la devastación á todo el país; por cuya razón algunos jinetes primero, con sus prefectos, después el Senado en masa y al fin todos los que poseían caudal ó tenían honrosa posición, en número que pasaba de quinientos, se presentaron para someterse á los cónsules. También marcharon con prosperidad las cosas este año en las dos Españas. C. Flaminio, después de sitiarla, se apoderó de la plaza fuerte de Litabro, una de las más poderosas y mejor fortificadas de la comarca, haciendo prisionero al famoso reyezuelo Corribilón. Por su parte el procónsul M. Fulvio consiguió dos victorias contra dos ejércitos enemigos, tomó por asalto las dos plazas de Vesce-lia y de Holona, así como otras muchas fortificaciones, y recibió la sumisión voluntaria de algunas otras. En seguida entró en el territorio de los oretanos, se apoderó en él de dos ciudades, Nolibia y Curibi, y continuó su marcha hasta el Tajo. Allí estaba situada Toledo, ciudad pequeña, pero en fuerte posición. Mientras la sitiaba, avanzó para socorrerla numeroso ejército de vectones; dióles batalla, alcanzó la victoria y puso á los vectones en derrota; á Toledo la tomó merced á las obras construídas en derredor de la plaza.

Pero menos preocupaban en aquel tiempo á los Padres conscriptos las dos guerras que se estaban sosteniendo, que aquella que amenazaba por parte de Antioco. Aunque de tiempo en tiempo hacían observar sus pasos por medio de legados, circulaban rumores temerarios, en los que se mezclaba lo verdadero con lo falso. Entre otras noticias, decíase que Antioco, en cuanto llegase á Etolia, haría pasar una flota á Sicilia. Así, pues, á pesar de la presencia del pretor Atilio y de su flota en Grecia, creyendo los Padres que no bastaban las tropas para conservar las buenas disposiciones de los aliados, que era necesario añadir la autoridad de los consejos, enviaron como legados á Grecia á T. Quincio, Cn. Octavio, Cn. Servilio y P. Vilio, y dispusieron también que M. Bebio avanzase con sus legiones del Brucio á Tarento y Brindis, con objeto de que estuviese más cerca para pasar á Macedonia si era necesario. El pretor M. Fulvio tuvo que enviar veinte naves para defender las costas de Sicilia. Habíase decidido que todas las prerrogativas del mando se darían al jefe de aquella flota, que fué L. Oppio Salinátor, uno de los ediles plebeyos del año anterior. Fulvio recibió también encargo de escribir á su colega L. Valerio «que era de temer pasase la flota de Antioco de Etolia á Sicilia; que por tanto, el Senado le mandaba reunir apresuradamente á las tropas puestas á sus órdenes una leva extraordinaria de doce mil hombres de infantería y cuatrocientos caballos, con objeto de proteger la costa de aquella provincia que daba frente á Grecia.» El pretor hizo la leva, tanto en Sicilia como en las islas inmediatas, y puso guarniciones en todas las plazas marítimas situadas del lado de la Grecia. La llegada de Atalo, hermano de Eumeno, dió ocasión á nuevos rumores. Éste anunció que Antioco había atravesado el Helesponto, al frente de un ejército, y que los etolios se preparaban para encon-

trarse armados á su llegada. Votáronse gracias á Eumeno en ausencia, y á Atalo presente; ofrecióse á éste una casa y todos los honores de la hospitalidad pública; regaláronle dos caballos y dos armaduras de caballero, vasos de plata hasta cien libras de peso y de oro hasta veinte.

Habiéndose recibido sucesivamente varios mensajes anunciando que la guerra era inminente, consideróse necesario acelerar las elecciones consulares. Un senatus-consulta encargó al pretor M. Fulvio que escribiese inmediatamente al cónsul para informarle que el Senado le invitaba á entregar su provincia y su ejército á sus legados y á dirigirse á Roma, haciéndose preceder del edicto que fijase el día de los comicios. El cónsul obedeció á este mensaje, enviando el edicto y acudiendo á Roma. También fueron este año muy activas las solicitudes. Para el puesto que correspondía á su orden se presentaron tres patricios, siendo estos el hijo de Cneo, P. Cornelio Escipión, que había fracasado el año anterior, L. Cornelio Escipión y Cn. Manlio Vulso. Triunfó el primero, porque querían demostrar que antes habían querido aplazar que negar la concesión de este honor á varón tan eminente, y le dieron por colega plebeyo á M. Acilio Glabrión. Al siguiente día se eligió pretores á L. Emilio Paulo, M. Emilio Lépidio, M. Junio Bruto, A. Cornelio Mamula, C. Livio y L. Oppio: estos dos últimos llevaban el sobrenombre de Salinátor. Oppio era el que había llevado á Sicilia la flota de veinte naves. Mientras sorteaban sus provincias los nuevos magistrados, recibió orden M. Bebio de pasar de Brindis al Epiro, con todas sus fuerzas, y situarse cerca de Apolonia. El pretor urbano M. Fulvio quedó encargado de construir cincuenta quinqueremes.

De esta manera se preparaba el pueblo romano contra los propósitos de Antioco. Nabis, por su parte, no

aplazaba ya la guerra, sino que estrechaba vivamente el sitio de Gycio por la parte del mar, y talaba los territorios de los aqueos para vengarse por los socorros que habían prestado á los habitantes de la ciudad. Los aqueos no se atrevieron á romper las hostilidades antes del regreso de los legados que habían enviado á Roma; pero en cuanto conocieron las intenciones del Senado, convocaron una asamblea general en Siciona y enviaron legados á T. Quinccio pidiéndole consejo. En el primer momento todos opinaron en la asamblea que se rompiesen en el acto las hostilidades; pero les detuvo una carta de Quinccio, aconsejándoles esperar al pretor y la flota romana. Algunos jefes de la liga persistieron en su opinión, y otros creyeron que debía adoptarse el consejo de Quinccio, puesto que se habían dirigido á él. Los demás aqueos esperaban la opinión de Filopemeno, que era pretor entonces, varón muy respetado y que poseía mucha experiencia. Éste observó primeramente que, siguiendo prudente costumbre establecida entre los aqueos, al someter el pretor á la asamblea un proyecto de guerra, no debía emitir su opinión. En seguida invitó á sus conciudadanos para que adoptasen cuanto antes una determinación, añadiendo que su pretor ejecutaría sus decretos con celo y fidelidad, y haría cuanto es dado á la prudencia humana para que no tuviesen que lamentar ni la paz ni la guerra. Estas breves palabras impresionaron más los ánimos que una exhortación directa en la que se hubiese revelado el deseo de mandar. Decidióse, pues, la guerra, casi por unanimidad, y dejaron al pretor libertad para fijar la época y dirigir las operaciones. Filopemeno pensaba, como Quinccio, que debía esperarse la flota romana que podría proteger á Gycio por el lado del mar; pero temía comprometer, con imprudente retraso la suerte de la ciudad, y al mismo tiempo la de la guarnición enviada

para socorrerla, y se hizo á la vela con la flota de los aqueos.

Había aprestado el tirano, para impedir que los sitiados pudiesen recibir socorros por el mar, una flotilla de tres naves cubiertas, barcas y naves largas; porque, en conformidad con el tratado, había entregado su antigua flota á los romanos. Queriendo probar la ligereza de sus nuevas naves, y mantenerlas dispuestas en caso necesario para el combate, salía diariamente á la alta mar para ejercitar remeros y soldados con simulacros de batalla naval, comprendiendo que el resultado del sitio dependía del cuidado con que impidiese todo socorro marítimo. El pretor de los aqueos, que en tierra igualaba en habilidad y experiencia á los capitanes más famosos, no tenía ningún conocimiento marítimo. Nacido en Arcadia, en medio de las tierras, no había visitado más países extranjeros que la Creta, donde había servido como jefe de un cuerpo auxiliar. Conservaban en Egipto una cuadrirreme antigua, cogida ochenta años antes en el trayecto de Naupacta á Corinto, adonde llevaba á Nicea, esposa de Crateres. La fama de aquella nave que había ocupado puesto distinguido en la flota real, decidió á Filopemeno á pedirla aunque estaba apollada y resquebrajada por la vejez. Esta fué la nave pretoriana, que llevaba á Tisón Patrense, que mandaba la flota, yendo á la cabeza, cuando encontró la flota lacedemonia que venía de Gyccio. Al primer choque, la nave vieja, que naturalmente hacía agua por todas partes, empujada por otra nueva y fuerte, quedó destrozada y prisionera toda la tripulación. Después de la pérdida de la nave pretoriana, las demás huyeron á fuerza de remo. El mismo Filopemeno escapó en una barca exploradora, no deteniéndose hasta Patras. Este descalabro no desanimó á un hombre acostumbrado como él á las numerosas peripecias de la guerra. El mal éxito

que había tenido en un elemento que no conocía, fué mayor motivo para que esperase la victoria en los combates en que tenía experiencia, asegurando que sabría abreviar el regocijo del tirano.

Enorgullecido Nabis con aquella ventaja y convencido de que en adelante nada tenía que temer por el lado del mar, quiso cerrar también los pasos por tierra mediante hábiles disposiciones. Abandonó, pues, el sitio de Gycio, con la tercera parte de sus tropas, y marchó á situarse cerca de Pleyas. Esta plaza domina á Leucas y Acrias, por donde esperaba ver desembocar á sus enemigos. El campamento de Nabis, exceptuando corto número de tiendas, lo componían generalmente chozas hechas con ramaje y cubiertas con nojarasca, solamente para resguardarse del sol. Filopemeno, antes de presentarse frente al tirano, resolvió sorprenderle con un ataque que no podía prever. Para ello reunió en una bahía poco conocida del territorio de Argos numerosas barquillas, en las que colocó tropas ligeras, armadas casi todas con la cetra, hondas, venablos y armas igualmente ligeras. En seguida, siguiendo la costa, desembarcó á la altura de un promontorio inmediato al campamento enemigo, llegó por la noche hasta Pleyas por senderos que conocía, y aprovechando el sueño de los centinelas, que no creían les amenazase ningún peligro inminente, incendió las chozas del campamento por todas partes á la vez. Muchos perecieron entre las llamas sin haber sospechado la llegada de los aqueos y sin que pudiesen socorrerlos los que se habían enterado. Todo fué incendiado ó pasado á cuchillo; sin embargo, algunos soldados, escapando del doble peligro, se refugiaron bajo las murallas de Gycio, en el campamento principal. Filopemeno, habiendo aterrado de esta manera al enemigo, marchó en seguida á talar la comarca de Trípoli, en Laconia, en los confines del terri-

torio de Megalópolis, arrebatando allí muchos ganados, haciendo considerable número de prisioneros, y alejándose antes de que el tirano destacase tropas de su campamento de Gycio para defender la comarca. En seguida reunió sus tropas en Tegeo, convocó allí á los aqueos y á sus aliados para una asamblea, á la que asistieron también los ciudadanos más notables del Epiro y de la Acarnania, y declaró que, creyendo haber levantado bastante el ánimo de los suyos, vengando la humillación de la derrota marítima, y difundido el terror entre los enemigos, iba á marchar contra Lacedemonia, convencido de que era el único medio de hacer levantar el sitio de Gycio. El primer día acampó en Caryas, en el territorio enemigo, en el momento mismo en que tomaban á Gycio. Filopemeno, que ignoraba este acontecimiento, llevó adelante su campamento, al pie del monte Barbostenes, á diez millas de Lacedemonia. Nabis, por su parte, habiendo recobrado á Gycio, se puso en camino con sus tropas ligeras, y pasando de Lacedemonia por medio de rápida marcha, fué á ocupar el campamento llamado de Pirro, persuadido de que los aqueos querían ocupar aquella posición, y desde allí avanzó á su encuentro. No pudiendo desarrollarse la columna enemiga, porque los caminos eran muy estrechos, se extendía en un espacio de cerca de cinco millas. Formaban la retaguardia la caballería y principalmente una parte de los auxiliares; porque Filopemeno había creído que el tirano le atacaría por la espalda con sus mercenarios, que eran los soldados en que más confiaba. Dos contratiempos imprevistos trastornaban sus planes: en primer lugar encontraba al enemigo dueño de la posición que quería ocupar; en segundo lugar veíase amenazada la cabeza de su columna, en un camino pedregoso donde parecía imposible hacer ningún movimiento sin el socorro de las tropas ligeras.

Tenía especial ingenio Filopemeno para dirigir una marcha y elegir posiciones ventajosas; siendo aquella habilidad resultado de muchas meditaciones, tanto en tiempo de paz como de guerra. Cuando se encontraba en marcha y llegaba á un paso difícil, miraba á todos lados para examinar la naturaleza del terreno, y si estaba solo, consultaba consigo mismo, si acompañado, interrogaba á los de la comitiva. «En el caso en que se presentase el enemigo, les decía, y les atacase de frente, por la derecha ó la izquierda ó por la espalda, ¿qué disposiciones habría que tomar? Podría presentarse formado en batalla; podría también no haber formado sus líneas y encontrarse en la confusión de la marcha.» Consultándose ó haciendo preguntas, determinaba de antemano la posición que tomaría, y sobre todo el número de soldados, porque daba mucha importancia al género de armas que emplearía; el punto que debían ocupar los bagajes, las bestias de carga y todo lo que no iba armado, y la fuerza y composición del destacamento que quedaría á su cuidado. Decidía si sería mejor seguir adelante ó retroceder; dónde emplazaría el campamento, qué extensión daría á sus empalizadas, dónde encontraría agua abundante, leña y víveres, qué camino le ofrecería más seguridad al día siguiente cuando continuase la marcha, y en fin, cómo ordenaría el ejército. De tal manera le habían ocupado estos estudios desde su juventud, que no había nada nuevo para él en achaque de maniobras militares. En aquella ocasión comenzó por hacer alto; en seguida mandó á los auxiliares cretenses y á los jinetes que llamaban tarentinos que avanzasen á la primera fila, llevando cada uno dos caballos: la caballería recibió orden de seguirles. Filopemeno marchó á colocarse sobre un peñasco, por encima de un torrente donde encontraría agua. Allí reunió todos los bagajes y los criados del ejército bajo la custodia de

un destacamento, atrincherándose cuanto permitía la naturaleza del terreno; siendo difícil levantar tiendas en medio de malezas y en suelo desigual. El enemigo se encontraba á quinientos pasos. Los dos bandos bajaron al torrente á hacer aguada, protegidos por sus tropas ligeras; pero á pesar de la proximidad de los dos campamentos, no habían llegado á las manos cuando sobrevino la noche. Era probable que á la mañana siguiente la misma necesidad diese lugar á un combate en las orillas del torrente; por lo cual Filopemeno aprovechó el tiempo para emboscar en el valle, oculto á los ojos del enemigo, el mayor número que pudo de cetratos.

En cuanto amaneció, las tropas ligeras de los cretenses y los jinetes tarentinos trabaron combate cerca del torrente. Mandaba los primeros su compatriota Telemuasto, y á los otros el megalopolitano Licortas. Por parte del enemigo también eran auxiliares cretenses y jinetes tarentinos los que sostenían á los soldados encargados de hacer aguada. La lucha se mantuvo indecisa por algún tiempo; por una y otra parte los combatientes tenían el mismo origen é iguales armas. Al fin consiguieron ventaja los auxiliares del tirano, porque su número era más considerable, y sobre todo, porque Filopemeno había recomendado á los suyos que emprendiesen la fuga después de corta resistencia, arrastrando al enemigo hasta la emboscada. En efecto, éstos se lanzaron al valle en persecución de los fugitivos sin conservar orden alguno, y la mayor parte quedaron muertos ó heridos antes de ver la fuerza que se mantenía oculta. En cuanto permitía la anchura del valle, los aqueos habían dejado claros en sus filas para dar paso á los que debían huir. Mostráronse entonces aquellas tropas frescas é intactas, cayeron en buen orden sobre enemigos desbandados, dispersos, extenuados por la fatiga y llenos de heridas. La victoria no fué dudosa. Los soldados del ti-

rano volvieron en seguida la espalda y huyeron hacia su campamento con tanta precipitación como perseguían antes. En aquella derrota cayeron muchos muertos y prisioneros, y la confusión se hubiese comunicado al campamento si Filopemeno no hubiese mandado tocar retirada, temiendo menos al enemigo que las dificultades del terreno, en el que cada paso que avanzaba podía colocarle en situación peligrosa; pero suponiendo después del resultado del combate, y con la previsión que distingue á los hábiles capitanes, que se encontrarían muy alarmados, hizo pasar á su campamento un auxiliar suyo. Este fingido desertor les dijo como cosa segura que los aqueos se proponían situarse á la mañana siguiente en las orillas del Eurotas, que corre cerca de las murallas de Lacedemonia; que querían cerrarles el paso, impedir que el tirano se refugiase en caso necesario en la ciudad, interceptar los convoyes que desde aquélla enviasen al campamento y al mismo tiempo procurar una sublevación contra Nabis. Sin dar completo crédito á las palabras del desertor, el tirano, en su miedo, creyó tener plausible motivo para abandonar el campamento. A la mañana siguiente mandó á Pitágoras que se colocase delante de las empalizadas con los auxiliares y la caballería; y él salió con el grueso del ejército como para formarse en batalla y mandando en seguida que se dirigiesen las enseñas hacia la ciudad.

En cuanto vió Filopemeno que caminaban por estrecha y rápida pendiente, envió toda su caballería y sus auxiliares cretenses contra las fuerzas que defendían el campamento enemigo. Al acercarse aquellas fuerzas, asustado Pitágoras de su aislamiento, pensó primeramente retirarse á los parapetos; pero cuando vió todo el ejército aqueo avanzando en buen orden, temió verse cogido al mismo tiempo que se apoderaban del campa-

mento, y decidió seguir á los suyos, que ya habían avanzado mucho. En seguida asaltaron los cetratos el campamento y lo saquearon, mientras que el resto de los aqueos se ponían en persecución del enemigo. El camino era tan difícil, que un ejército, hasta al abrigo de toda sorpresa, le habría recorrido con trabajo. En cuanto se trabó el combate con la retaguardia y los gritos de terror de aquellas tropas cogidas por la espalda llegaron á las primeras filas, todos á porfía arrojaron las armas, dispersándose en los bosques que bordeaban el camino. En un momento quedó cubierto el suelo de montones de armas, especialmente picas, que cayendo casi todas de punta, formaron como una empalizada que obstruía el paso. Filopemeno mandó á sus auxiliares que estrechasen todo lo posible á los vencidos, cuya caballería especialmente debía encontrar obstáculos en su fuga, y tomando el camino más fácil, se dirigió con el grueso del ejército á las orillas del Eurotas. Llegó allí al ponerse el sol, y esperó las tropas ligeras que había dejado en persecución del enemigo. Reuniéronsele en la primera vigilia y le anunciaron que el tirano había entrado en la ciudad con poca comitiva y que los demás soldados vagaban sin armas por los bosques. El general les mandó comer; en seguida eligió los más valientes de los que habiendo llegando primero al campamento habían podido comer y descansar algo, mandando que no llevasen más armas que la espada, marchando en seguida á apostarse en los caminos de las dos puertas que llevan á Feras y al monte Barbostenes; suponiendo que por allí se retiraría el enemigo. Sus previsiones se realizaron: mientras duró el día, los lacedemonios no salieron de sus bosques, avanzando por senderos ocultos. Al cerrar la noche y viendo las hogueras que encendían en su campamento los aqueos, se acercaron, pero siguiendo caminos extraviados. En

cuanto pasaron de allí se creyeron seguros y bajaron á la llanura, sorprendiéndoles los soldados que Filopemeno había emboscado aquí y allá, y tan considerable fué la pérdida del tirano, tanto en muertos como en prisioneros, que apenas le quedó la cuarta parte de su ejército. Mientras que Nabis permanecía encerrado en su ciudad, Filopemeno debilitaba y casi destruía su poder. Después de emplear los treinta días siguientes en talar las tierras de la Laconia, regresó á su país, donde se consideró igual su gloria á la del general romano, y hasta superior en lo relativo á la guerra de Laconia.

Mientras peleaban los aqueos y el tirano, recorrían legados romanos las ciudades aliadas, temiendo que los etolios hubiesen ganado algunas al partido de Antioco. Con los aqueos permanecieron muy poco tiempo, porque el encarnizamiento que mostraban contra Nabis, hacía suponer que eran fieles á su palabra. Visitaron primeramente Atenas, después Calcis y en seguida Tesalia; habiendo pronunciado un discurso en una asamblea numerosa de tesalianos, partieron para Demetriadés y convocaron allí una asamblea de magnetos. Allí necesitaron emplear lenguaje más circunspecto, porque una parte de los notables de la nación, separándose de los romanos, habían abrazado francamente la causa de Antioco y de los etolios. Hábiales enemistado con los romanos, además de la noticia de que el Senado devolvía á Filipo el hijo que éste había entregado en rehenes, y le perdonaba el tributo que le había impuesto, el falso rumor de que también le devolvía Demetriadés. Con objeto de adelantarse á esta restitución, Euriloco, jefe de los magnetos, y algunos partidarios suyos, no vacilaban en provocar un trastorno general llamando á Antioco y á los etolios. Necesario era, pues, al hablarles, disipar sus vanos terrores sin destruir las esperanzas de Filipo, ni enajenarse su buena voluntad, porque

este príncipe podía ser en todo caso mucho más útil que los magnetos. Limitáronse, pues, á recordarles «que si la Grecia entera debía á los romanos el beneficio de la libertad, Demetriades les debía especial gratitud; porque no solamente la había ocupado guarnición macedónica, sino que había visto alzarse en su recinto una mansión real, como queriendo demostrarla por este medio que tenía un amo constantemente presente; que el beneficio de Roma se perdía, si los etolios introducían á Antioco en el palacio de Filipo, y tenían que soportar la ley de un príncipe nuevo y desconocido, en vez de un rey que conocían desde muy antiguo. El magnetarco (así llaman los magnetos á su primer magistrado), que entonces era Euriloco, contestó con la autoridad que le daba su cargo, que ni él ni los magnetos podían ocultar el rumor que había corrido acerca de la restitución de Demetriades á Filipo, y que, para impedir aquella desgracia, los magnetos estaban decididos á arriesgarlo todo y á intentarlo todo. Arrebatado por la palabra, cometió la imprudencia de decir: «En este momento Demetriades solamente tiene apariencia de libertad: en realidad todo se hace según el gusto de los romanos.» Al oír esto, estallaron murmullos en la asamblea, aplaudiendo unos aquel atrevido lenguaje, é indignando á otros tamaña audacia. Tanto enojó esto á Quinceio, que, levantando las manos al cielo, tomó á los dioses por testigos de la ingratitud y perfidia de los magnetos. Aquel escándalo produjo general impresión de terror. Entonces Zenón, uno de los personajes más notables del país, muy considerado gracias á la habilidad de su conducta y á su conocida afición por los romanos, rogó, llorando, á T. Quinceio y á los otros legados que no imputasen á toda la nación la intemperancia de uno solo. «Cada cual, dijo, debe ser responsable de su conducta. Los magnetos sabían bien que debían

á T. Quincio y al pueblo romano, no solamente su libertad, sino todo aquello que los hombres estiman más y tienen por más sagrado. Los dioses no podían conceder á los mortales ningún favor que los magnetos no hubiesen recibido de la república; y que antes dirigirían su furor contra sí mismos, que faltarían á la amistad romana.»

Uniéronse todos á los ruegos de Zenón, y Euriloco, al salir de la asamblea, dirigióse á la puerta de la ciudad por calles extraviadas y huyó en seguida á Etolia; porque los etolios declaraban más cada día su defeción. Quiso la casualidad que, precisamente en aquella época, Thoas, uno de sus jefes, regresase de la misión que le habían confiado cerca de Antioco y trajese con él á Menipo, embajador del rey. Antes de presentarse en la asamblea, los dos habían ponderado mucho las fuerzas de mar y tierra que traía el rey, diciendo por todas partes que estaba en marcha prodigioso número de infantes y jinetes; que del centro de la India llegaban elefantes, y sobre todo que Antioco traía bastante oro para poder comprar hasta á los mismos romanos, creyendo que este último punto era el que más había de impresionar á la multitud. Los legados romanos comprendían bien el efecto que estas exageraciones producirían en la asamblea, estando enterados de su llegada y manejos. Nada podían esperar por este lado; sin embargo, Quincio estimó que no era inútil hacer intervenir en aquella asamblea algunos legados de los aliados encargados de recordar á los etolios su tratado con Roma y que levantasen atrevidamente la voz contra el legado del rey. Fueron estos los atenienses, á los que consideró como más á propósito á causa de la importancia de su ciudad y de la antigua alianza que les unía con los etolios. Quincio les rogó enviasen legados al Panetolio, en cuya asamblea habló primeramente Thoas para

dar cuenta de su misión. Después se presentó Menipo, diciendo «que hubiese sido gran fortuna para la Grecia y el Asia que la intervención hubiese sido posible cuando se encontraba íntegro todavía el poder de Filipo; que cada cual habría conservado el goce de lo suyo, y que no dependería todo de la voluntad y despotismo de los romanos. Todavía hoy, añadió, con tal de que queráis llevar á buen fin con vuestra perseverancia los proyectos que habéis formado, Antioco podrá, con el auxilio de los dioses y el apoyo de los etolios levantar la situación de la Grecia y restituirla su antigua importancia; importancia que consiste en una libertad bastante fuerte para que subsista por sí misma sin depender de voluntad extraña.» Los atenienses, que obtuvieron en seguida la palabra, nada dijeron de Antioco y se limitaron á recordar á los etolios el tratado que habían ajustado con Roma y la gratitud que toda la Grecia debía á T. Quincio, diciendo «que no debía derribarse lo existente por excesiva precipitación. Las resoluciones rápidas y atrevidas agradaban al pronto, pero su realización era difícil siempre y el resultado desgraciado. Los legados romanos, entre los que se encontraba T. Quincio, estaban cerca. Antes de decidir nada, mejor era discutir de viva voz con ellos los puntos litigiosos, que encender en Europa y Asia funesta guerra.»

La multitud, ávida de cosas nuevas, estaba completamente entregada á la causa de Antioco, no queriendo que se admitiese siquiera á los romanos en la asamblea; pero los notables, especialmente los más ancianos, tuvieron bastante influencia para que se les oyese. Enterrando los atenienses á Quincio de esta resolución, creyó conveniente marchar á Etolia, esperando modificar las determinaciones adoptadas ó demostrar á todo el mundo que solamente los etolios eran los culpables de la guerra, y que, al tomar las armas los romanos, no

hacían otra cosa que ceder á las leyes de la justicia y de la necesidad. En cuanto llegó, se presentó Quincio á la asamblea, tomó los hechos desde el origen del tratado concluído entre Roma y Etolia, recordó las numerosas infracciones de la fe del juramento que habían cometido los etolios, y dijo algo acerca de la posesión de las ciudades en litigio.» «Sin embargo, añadió, si creían tener algún derecho, ¿no era mil veces mejor enviar á Roma una embajada, fuese para discutir sus pretensiones, fuese para atraerse al Senado con súplicas, que desempeñar el oficio de lanistas (1) comprometiendo al pueblo romano y á Antioco en una guerra que conmovería al mundo y causaría la ruina de Grecia? Las desgracias de aquella contienda caerían primeramente sobre los que la provocasen.» Esta especie de vaticinio del romano quedó perdido: á Thoas y á todos los de su partido que hablaron en seguida, se les escuchó con marcada benevolencia; y en la misma sesión, después de la salida de los romanos, hicieron adoptar un decreto invitando á Antioco á que acudiese á libertar la Grecia y á decidir las diferencias surgidas entre los etolios y los romanos. A la insolencia de este decreto, el pretor Demócrito añadió personalmente otro ultraje. Habiéndole pedido Quincio comunicación del decreto, contestó, sin respeto al carácter de aquel varón ilustre, que en aquellas circunstancias tenía otras cosas más importantes de que ocuparse, pero que le enviaría muy pronto el decreto y su contestación desde su campamento en las orillas del Tíber en Italia. Tal era el vértigo que cegaba entonces á los etolios y hasta á sus magistrados.

Quincio y sus colegas regresaron á Corinto. Después de su marcha, los etolios, que no querían aparentar que

(1) Maestros de gladiadores.

lo esperaban todo de Antioco sin hacer nada por sí mismos, ni permanecer inactivos hasta la llegada del rey, no convocaron asamblea general, pero procuraron por mediación de sus apocletos (así llamaban á los personajes distinguidos que formaban el consejo secreto) todos los medios de promover algún trastorno en Grecia. Era cosa sabida que, en todas las repúblicas, los ciudadanos más importantes y prudentes eran partidarios de los romanos y estaban satisfechos del estado de las cosas, mientras que la multitud y los descontentos deseaban ardientemente un cambio. Los etolios concibieron el proyecto audaz y hasta temerario de apoderarse en el mismo día de Demetriades, Calcis y Lacedemonia, y enviaron á cada ciudad de estas uno de sus compatriotas más importantes; Thoas á Calcis, Alexámenes á Lacedemonia y Diocles á Demetriades. A este le ayudó Euriloco, cuyo voluntario destierro dí á conocer y expliqué antes, y que no tenía otro medio para regresar á su patria. Siguiendo las instrucciones que Euriloco envió por escrito á sus parientes, amigos y partidarios, presentáronse en una asamblea numerosa su mujer y sus hijos, vestidos de luto y con los atributos de los suplicantes, y rogaron á cada ciudadano en particular y á todo el pueblo en general que no dejaran envejecer en el destierro á un inocente, á un desgraciado que ni siquiera había sido condenado. Los hombres de buena fe, cediendo á la compasión, y los intrigantes y levantiscos, seducidos por la esperanza de producir un trastorno general á favor del movimiento iniciado por los etolios, pidieron con instancias su llamamiento. Cuando estuvo preparado todo de esta manera, Diocles, que mandaba la caballería, partió al frente de este cuerpo, so pretexto de traer al desterrado, que era su huésped, y después de rápida marcha de un día y una noche, se encontró en la mañana del segundo día á unas

seis millas de Demetriades. Entonces se adelantó con tres turmas escogidas, y mandó á las demás que le siguiesen de cerca. Al acercarse á la puerta mandó echar pie á tierra á todos, encargándoles llevasen los caballos de la brida, como si fuesen de marcha, sin conservar las filas, con objeto de hacer creer que estaban allí para escoltar más bien que para sostener á su jefe. En seguida dejó una turma en la puerta para mantener el paso franco á los que seguían, atravesó la ciudad y el Foro, llevando á Eulorico de la mano, y lo acompañó hasta su casa, en medio de la multitud que salía á su encuentro para felicitarle; pero muy pronto quedó la ciudad llena de jinetes, que ocuparon los puntos más ventajosos, y los soldados entraron en las casas para degollar los jefes del partido contrario. De esta manera cayó Demetriades en poder de los etolios.

En Lacedemonia no se trataba tanto de apoderarse de la ciudad por la fuerza, como de coger por sorpresa al tirano. Habiéndole despojado de sus ciudades marítimas los romanos, los aqueos le habían reducido además á encerrarse en las murallas de su ciudad. El que se encargase de matarle estaba seguro de atraerse la gratitud de los lacedemonios. Los etolios no necesitaban buscar pretexto para enviar fuerzas por aquel lado, porque no cesaba de pedirles con instancia socorros, puesto que por instigaciones de éstos se había sublevado. Alexamenes recibió mil hombres de á pie y treinta jinetes elegidos entre la juventud. El pretor Demócrito dijo á los jinetes, en el consejo secreto de que ya se ha hablado, que no debían considerarse encargados de una expedición contra los aqueos, ni de ninguna otra empresa que imaginasen; que se les pedía estuviesen dispuestos á ejecutar puntualmente todas las resoluciones que las circunstancias aconsejasen á su jefe Alexamenes, por inesperadas, por temerarias y hasta impruden-

tes que pareciesen, y que acatasen sus órdenes como persuadidos de que era este el único objeto de su misión. Instruidos de esta manera aquellos jóvenes, púsose Alexamenos á su frente, y al llegar ante el tirano, se apresuró á darle lisonjeras esperanzas, diciéndole que «Antiocho había pasado ya á Europa; que muy pronto se encontraría en Grecia y cubriría la tierra y el mar con sus ejércitos y sus flotas. Los romanos verían claramente que tenían que habérselas con un enemigo muy diferente de Filipo, porque era imposible calcular el número de sus infantes, caballos y naves. El solo aspecto de la línea de elefantes bastaría para decidir la victoria. Los etolios estaban dispuestos á marchar hacia Lacedemonia con todas sus fuerzas en cuanto lo exigiesen las circunstancias; pero habían querido enseñar al rey, en cuanto llegase, numeroso ejército armado. Imitando este ejemplo debía Nabis poner también el suyo en campaña, en vez de dejarlo encerrado en la ciudad, donde le extenuaba la inacción; debería obligarle á maniobrar con las armas, excitar el ánimo del soldado y robustecer su cuerpo. La costumbre hacía más soportables las fatigas, y hasta podían hacer que se encontrase cierta satisfacción en ellas, la benevolencia y afabilidad del general. Desde entonces comenzó Nabis á hacer maniobrar sus tropas fuera de la ciudad, en la llanura que se extiende en las orillas del Eurotas. Los guardias del tirano estaban colocados casi en el centro; el tirano, seguido de tres jinetes á lo sumo, entre los que frecuentemente se encontraba Alexamenos, recorría á caballo el frente de batalla, trasladándose de un ala á otra; en la derecha estaban los etolios, es decir, los auxiliares alistados desde mucho tiempo en el ejército de Nabis y los mil hombres que había llevado Alexamenos. Este había tomado la costumbre de recorrer algunas filas con Nabis, dándole los consejos que creía útiles, y en seguida

llevaba rápidamente su caballo hacia el ala derecha, donde se encontraban los suyos, y volvía al lado del tirano, después de fingir que daba las órdenes necesarias para las maniobras. Al fin, el día que había fijado para la realización de su designio, después de acompañar algún tiempo á Nabis, se retiró hacia los suyos, y dirigiéndose á los que estaban con él, les dijo: «Adelante, jóvenes: ha llegado el momento de ser audaces, y realizar el golpe de mano en el que debéis ayudarme con energía. Disponed, pues, vuestro corazón y vuestros brazos, y que ni uno de vosotros vacile en seguir mi ejemplo. ¡Desgraciado del que retroceda ó intente estorbar mi resolución! ¡no volvería á ver sus hogares!» El horror se apoderó de todos los ánimos, recordando las instrucciones que habían recibido al partir. Nabis llegaba del ala izquierda: Alexamenes mandó á sus jinetes preparar las lanzas y que tuviesen la vista fija en él. En seguida, procurando serenar su ánimo turbado por la idea de aquel atroz delito, se lanzó sobre Nabis en el momento en que se acercaba, le mató el caballo y le derribó al suelo. En aquella posición le asaltaron los jinetes, pero la coraza inutilizaba sus esfuerzos; quitáronse la y entonces pudieron matarle, expirando antes que sus guardias, colocados en el centro, pudiesen acudir á socorrerle.

Alexamenes corrió á toda brida con todos los etolios para apoderarse del palacio. Los guardias del tirano, testigos de su asesinato, habían quedado aterrados al principio; pero cuando vieron alejarse á los etolios, se reunieron en derredor del cadáver y se pusieron á contemplar á aquel cuya vida no habían sabido defender y cuya muerte no se atrevían á vengar. Nadie se hubiese movido, si Alexamenes, deponiendo las armas, hubiese convocado en el acto la asamblea del pueblo, pronunciando un discurso conforme con las circunstancias,

y manteniendo armados á los etolios reunidos, prohibiéndoles cometer ninguna violencia. Pero convenía que en la ejecución de una empresa comenzada por la perfidia, se llevase todo con precipitación que había de ocasionar la pérdida de los que habían tomado parte en ella. Alexamenes pasó un día y una noche encerrado en el palacio buscando los tesoros del tirano, y sus compañeros se dispersaron para saquear, como si hubiesen tomado por asalto la ciudad de que querían aparecer libertadores. La indignación y el desprecio dieron muy pronto á los lacedemonios valor para amotinarse: proponiendo unos expulsar á los etolios y conquistar aquella libertad que acababan de arrebatárles en el momento en que se creían á punto de triunfar: otros, para imprimir dirección común á sus esfuerzos, hablaron de poner por forma á la cabeza un príncipe de la familia real. Existía uno, muy joven, llamado Laconico, á quien Nabis hacía educar con sus hijos. Pusiéronle sobre un caballo, empuñaron las armas y degollaron todos los etolios dispersos por la ciudad. En seguida forzaron el palacio, donde trató de resistir Alexamenes con algunos de los suyos y fué muerto. Habíanse reunido otros etolios alrededor del Calcieco, templo de bronce dedicado á Minerva; allí fueron destrozados. Algunos, arrojando las armas, huyeron á Tegeo ó á Megalópolis, siendo presos por orden de los magistrados y vendidos en subasta.

A la noticia de la muerte del tirano, Filopemeno partió para Lacedemonia, á la que encontró dominada por el espanto y la confusión. Llamó á los principales de la ciudad, les habló como debió hacerlo Alexamenes, é hizo ingresar á los lacedemonios en la liga aquea; consiguiéndolo con tanta mayor facilidad, cuanto que, en aquel momento, se encontraba A. Atilio delante de Gygio con veinticuatro quinqueremes. Por el mismo tiem-

po intentaba Thoas sorprender á Calcis, por la mediación de Euthymidas, uno de los ciudadanos más notables, á quien la influencia de los partidarios de los romanos había hecho desterrar, después de la llegada de T. Quincio y de sus colegas, y por la de Herodoro Ciano, comerciante que, por sus riquezas, influía mucho en la ciudad. Los amigos de Euthymidas habían entrado también en la conspiración; pero Thoas no fué tan afortunado como Euriloco en Demetriades. Euthymidas, que se había refugiado en Atenas, marchó primeramente á Tebas y desde allí á Salganea; Herodoro pasó á Thronio. Cerca de allí tenía Thoas en el golfo Maliaco dos mil peones y doscientos caballos y unas treinta naves de transporte, y encargó á Herodoro que pasase con aquellas naves y seiscientos peones á la isla de Atalanta, para dirigirse á Calcis, en cuanto supiese que las fuerzas de tierra se acercaban á Aulida y el Euripo; tomando por su parte, con el resto de las tropas, el camino de Calcis, marchando especialmente de noche con toda la rapidez posible.

Micción y Xenocrides, que después de la expulsión de Euthymidas ejercían en Calcis el poder soberano, sospecharon ó les previnieron acerca de lo que se tramaba. En el primer momento de terror no vieron otro recurso que la fuga; pero cuando dominaron el miedo y comprendieron que aquello sería hacer traición y sacrificar su patria y la amistad de los romanos, tomaron otra determinación. Celebrábase á la sazón en Eretria la fiesta anual de Diana Amarinthida (1), que atrae considerable número de eretrianos y hasta de caristios, y enviaron para que rogasen á los habitantes de estas dos ciudades, reunidos en la fiesta, que se compadeciesen

(1) Dábase también este nombre á Diana, de Amarinta, ciudad de la Eubea, donde se la veneraba especialmente. También se la adoraba con este nombre en Atenas, Eretria y Caristia.

de la desgracia de un pueblo originario como ellos de la Eubea y que no olvidasen la alianza ajustada con Roma. «No convenía, decían, dejar caer Calcis en poder de los etolios, que serían dueños de toda la isla en cuanto lo fueran de la ciudad. Si el dominio de Macedonia les había parecido abrumador, el de la Etolia sería mucho más insoportable.» Lo que sobre todo decidió á las dos ciudades, fué el deseo de agrádar á los romanos, cuyo valor en los combates acababan de experimentar, así como su justicia y generosidad después de la victoria; por lo cual armaron é hicieron partir á lo más florido de sus jóvenes. Los calcidianos confiaron á aquel refuerzo la defensa de sus murallas, y atravesando el Euripo con todas sus fuerzas, acamparon en Salganea. Primeramente enviaron desde el campamento un parlamentario, y en seguida una legación para preguntar á los etolios «qué injuria ó qué ataque de su parte les determinaba á venir á sitiar aliados y amigos» Thoas, el jefe de los etolios, contestó: «Que no iba á sitiarlos, sino á libertarlos de los romanos; que sus cadenas eran más hermosas, pero mucho más pesadas ahora que en la época en que tenían en la fortaleza guarnición macedónica. Los calcidianos replicaron que nadie les esclavizaba y que no necesitaban que les socorriesen. De esta manera terminó la entrevista y la legación regresó al campamento. Thoas y los etolios, que solamente esperaban triunfar por sorpresa, encontrándose demasiado débiles para emprender un sitio formal y atacar una ciudad defendida por mar y tierra, regresaron á sus hogares. Enterado Euthymidas de la presencia de sus compatriotas en Salganea y de la retirada de los etolios, regresó también de Tebas á Atenas. Herodoro, después de esperar en vano durante muchos días en la isla de Atalanta la señal convenida, envió una nave para enterarse de la causa de aquellos retrasos; y cuando vió que

habían renunciado á la empresa, regresó á Thronio, de donde había partido.

Quinccio, que también se había hecho á la vela al enterarse de estas noticias, y que llegaba de Corinto, encontró al rey Eumeno en el Euripo de Calcis; conviniendo que el rey dejaría quinientos hombres de guarnición en Calcis y que marcharía á Atenas. Quinccio continuó su camino hacia Demetriades, adonde marchaba persuadido de que la liberación de Calcis podría causar alguna impresión en los magnetos y decidirles á ingresar en la alianza romana. Al mismo tiempo, para asegurar apoyo á sus partidarios, escribió á Eumeno, pretor de los tesalios, que armase la juventud, é hizo que Vilio le precediese á Demetriades para sondear los ánimos; no queriendo dar el paso si no veía parte de los habitantes dispuestos á renovar su antigua alianza. Vilio avanzó con una quinquereme hasta la entrada del puerto: los magnetos habían acudido en tropel á su encuentro y les preguntó si debía considerarlos como amigos ó enemigos. El magnetarca Euriloco contestó que encontraría en ellos amigos, pero que le rogaba no entrase en el puerto, que dejase á los magnetos gozar de la paz y libertad y no tratase de sublevar al pueblo so pretexto de una conferencia. Entonces degeneró la conversación en vivo altercado: Vilio reconvino á los magnetos por su ingratitude, y les anunció las desgracias que iban á abrumarles; la multitud irritada acusó en tanto al Senado, en tanto á Quinccio. Habiendo fracasado Vilio también, marchó á reunirse con su general, y Quinccio, después de mandar prevenir al pretor para que reuniese sus tropas, volvió á Corinto con las naves.

La relación de las cosas griegas con las romanas me ha separado de mi objeto; y no he hablado de ellas por su importancia, sino porque fueron causa de la guerra con Antioco. Después de la designación de los cónsules

(porque en esto estaba cuando me separé), los cónsules L. Quincio y Cn. Domicio partieron para sus provincias, el primero para la Liguria, y el segundo para el país de los boyos. Estos no hicieron ningún movimiento, y hasta los senadores de la nación, con sus hijos, los generales con los caballeros en número de mil quinientos, se presentaron á someterse á Domicio. El otro cónsul taló gran parte del territorio ligurio y se apoderó de muchas ciudades fortificadas, en las que encontró no solamente rico botín y prisioneros, sino ciudadanos romanos ó aliados que habían caído en poder del enemigo y á los que puso en libertad. Aquel mismo año recibió Vibón una colonia romana en virtud de un senatus-consulta y un plebiscito; estableciéndose allí tres mil setecientos peones y trescientos de á caballo. Los triunviros encargados de esta misión fueron Q. Nevio, M. Minucio y M. Furio Crassipo. Diéronse quince yugadas de tierra á cada infante y el doble á cada jinete. Aquel territorio había pertenecido antes á los brucios, que lo habían arrebatado á los griegos. Grandes terrores experimentó Roma por esta época. El primero, que duró más tiempo, pero que hizo menos estragos, fué un terremoto de treinta y ocho días, durante los cuales la inquietud y el temor suspendieron todas las ocupaciones, celebrándose con este motivo tres días de rogativas. El segundo no fué vano terror, sino que causó multitud de desastres reales. Un incendio que estalló en el Foro Boario destruyó durante un día y una noche los edificios que bordeaban el Tíber y redujo á cenizas todas las tiendas con las mercancías preciosas que encerraban.

Ya estaba para terminar el año, y cada día se hablaba más de los preparativos hostiles de Antioco, encontrándose muy preocupados los senadores, por lo que pensaron en preparar el reparto de las provincias entre los

magistrados designados, para que cada uno de ellos tomase sus disposiciones. Decidióse que las provincias consulares serían la Italia y aquella que el Senado considerase conveniente indicar: todo el mundo sabía que se trataba de la guerra con Antioco. Aquel á quien le designase la suerte, tendría á sus órdenes cuatro mil infantes y trescientos caballeros romanos con seis mil hombres de infantería y cuatrocientos jinetes de aliados latinos. Encargóse al cónsul L. Quincio que hiciese aquellos alistamientos con objeto de que el nuevo cónsul pudiese partir en el acto para el destino que le señalase el Senado. También designaron las provincias de los pretores: la primera suerte comprendía dos preturas, la urbana y la de los extranjeros; la segunda, el Brucio; la tercera, la flota, que debía dirigirse adonde le enviase el Senado; la cuarta, la Sicilia; la quinta, la Cerdeña, y la sexta, la España ulterior. Mandóse además al cónsul L. Quincio que levantase dos legiones nuevas de ciudadanos romanos, y entre los aliados del nombre latino veinte mil hombres de infantería y ochocientos caballos. Este ejército se destinaba al pretor á quien designase la suerte para la provincia del Brucio. En este año se consagraron dos santuarios á Júpiter en el Capitolio; santuarios que habían sido votados por L. Furio Purpúreo, uno en la guerra de las Galias cuando era pretor y el otro durante su consulado. Hizo la dedicación el decenviro Q. Marcio Rala. En este año se dictaron también muchas sentencias severas contra usureros por acusación de los ediles curules M. Tuccio y P. Junio Bruto. El producto de las multas que les impusieron sirvió para construir cuadrigas de oro y doce escudos del mismo metal, que quedaron depositados como ofrenda en el Capitolio, en la parte superior del santuario de Júpiter. Los ediles construyeron también un pórtico fuera de la puerta Trigemina, en los Lignarios.

Mientras se ocupaban los romanos en los preparativos de la nueva guerra, no permanecía ocioso Antioco. Tres ciudades le retenían aún, Esmirna, Alejandría de Troas y Lampsaco; hasta entonces no había podido, ni tomarlas por asalto, ni atraerlas á su partido por medio de ventajosos ofrecimientos; y no quería, en el momento de pasar á Europa, dejarlas á su espalda sin someterlas. También tenía que tomar una resolución relativamente á Anníbal. En primer lugar, las naves descubiertas que este general había de llevar al Africa se habían retrasado; después se había dudado si convenría realmente hacerle partir. Promovió principalmente esta cuestión el etolio Thoas, que, viendo muy agitada la Grecia, hacía observar que se habían apoderado de Demetriades, y que después de haber engañado á los griegos acerca del rey y levantado su valor exagerando sus recursos, empleaba además la mentira para alentar las esperanzas de Antioco. «Los votos de todos los pueblos, hábiale dicho, le llamaban á Grecia; veríales acudir á porfía á las playas en cuanto descubriesen á lo lejos la flor real.» También fué Thoas quien se atrevió á combatir la determinación casi decidida del rey relativamente á Anníbal. En su opinión, «no debía separarse de la flota parte de las naves, y en el caso en que tal cosa se decidiese, Anníbal era en el que menos debían pensar para el mando. Era un desterrado, un cartaginés; podía formar diariamente mil proyectos nuevos que le inspirarían su precaria fortuna ó la movilidad de su carácter. Hasta la misma gloria militar, que en cierto modo era patrimonio suyo, era demasiado grande para un teniente del rey. El rey sólo debía atraer todas las miradas y aparecer como jefe y general. Si Anníbal perdía una flota ó un ejército, la pérdida sería tan lamentable como si se debiese á otro capitán. Si, por el contrario, conseguía algún triunfo, toda la gloria sería

para él y no para Antioco; pero si la fortuna concedía al rey el honor de derrotar á los romanos en aquella lucha, ¿podía esperarse que Anníbal se resignase á vivir como súbdito, bajo la autoridad de un rey, cuando apenas se había sometido á las leyes de su patria? Si en su juventud se había mostrado ambicioso, si había abrazado en sus vastas esperanzas el imperio del mundo, no era para soportar un amo en la vejez. El rey no necesitaba á Anníbal como capitán; podía llevarle en su comitiva y consultarle acerca de las operaciones de la guerra. No aprovechando más que á medias su ingenio, nada podía temerse ni perderse. Si se le pedía demasiado, sus servicios serían tan funestos para el que los prestase como para el que los recibiese.»

No hay caracteres más propensos á la envidia que el de aquellos cuyo talento no esté á la altura de su nacimiento y fortuna: estos detestan la virtud y el mérito ajenos. En seguida se renunció á la idea de enviar á Anníbal al Africa, aunque este era el mismo proyecto útilmente concebido para comenzar la guerra. Antioco se dejó deslumbrar, especialmente por la defección de Demetriades en favor de los etolios y decidió no diferir su marcha á Grecia. Antes de hacerse á la vela, subió por mar hasta Ilión, para ofrecer allí un sacrificio á Minerva. En seguida marchó á reunirse con su flota y partió con cuarenta naves cubiertas, sesenta sin cubierta y doscientas de transporte, cargadas con todo género de provisiones y máquinas de guerra. Recaló primeramente en la isla de Imbros, de la que pasó á la de Sciathos; allí reunió aquellas naves que se habían separado de la flota en alta mar, y fué á anclar en Peteleo, en el continente. Allí encontró al magnetarca Euriloco y muchos magnetos notables que habían acudido de Demetriades. Lisonjeado por esta atención, entró á la mañana siguiente con su flota en el puerto de la ciudad,

desembarcando sus tropas á corta distancia. Llevaba con él diez mil hombres de infantería, quinientos caballos y seis elefantes, fuerzas apenas suficientes para apoderarse de la Grecia sin defensa y mucho menos para sostener la guerra con los romanos. A la noticia de la llegada de Antioco á Demetriades, los etolios celebraron una asamblea general, en la que redactaron un decreto llamando al rey á su país. El rey, que estaba enterado de sus propósitos, había salido ya de la ciudad y llegado á Falares, en el golfo Maliaco. Cuando recibió el decreto, marchó á Lamia, donde le recibieron con entusiasmo, entre aplausos, aclamaciones y toda clase de muestras de alegría de que tan pródiga es la multitud.

Cuando llegó á la asamblea, introdujéronle el pretor Feneo y los etolios principales; y en cuanto se guardó silencio, tomó la palabra el rey, comenzando por excusarse por haber llegado con fuerzas tan inferiores de las que esperaban de él. «No podía, dijo, darles prueba más clara de sus buenas disposiciones para con ellos que la de haberse hecho á la mar sin haber terminado sus preparativos y en estación tan desfavorable; haber contestado sin vacilar al llamamiento de sus legados, y haber pensado que su sola presencia bastaría para garantir á los etolios de todo peligro. Por lo demás, á los que pudiesen creer por el momento engañadas sus esperanzas, prometía cumplir y hasta colmar sus deseos. En cuanto la estación permitiese navegar, cubriría toda la Grecia con sus armas, caballos y combatientes, y de naves todas sus costas. No perdonaría trabajo ni gasto; arrosaría todos los peligros por libertarlos del yugo de la dominación romana, dar libertad á Grecia y asegurar la supremacía de los etolios. Entretanto debían ocuparse éstos de suministrarle trigo y otras provisiones á precios aceptables.»

Con general asentimiento se recibieron las palabras del rey; pero en cuanto se retiró, tuvieron un altercado los dos jefes de los etolios, Thoas y Feneo. Este opinaba que se tomase á Antioco por mediador de la paz y árbitro de las diferencias que tenían con los romanos, antes que por jefe supremo. Sostenía que su presencia y majestad impondrían mucho más á los romanos que la fuerza de las armas, y que con frecuencia, para evitar la guerra, se hacían voluntariamente concesiones que las armas y la violencia no pueden arrancar. Thoas replicó que no animaba á Feneo el amor de la paz; que quería hacer suspender los preparativos de guerra con objeto de enfriar el celo del rey con fatigosas dilaciones y dar tiempo á los romanos para que se preparasen. «¿Podrían esperar, dijo, condiciones equitativas del Senado? Todas las legaciones que habían enviado á Roma, todas las entrevistas que habían tenido con el mismo Quinceio, ¿no demostraban lo contrario? ¿No habían implorado el socorro de Antioco porque habían perdido toda esperanza? Si recibían aquel socorro antes de lo que esperaban, ¿no era motivo para desplegar mayor actividad y para rogar al rey, puesto que había venido en persona, y este era el punto capital para libertar á Grecia, que trajese sus fuerzas de mar y tierra? Con las armas en la mano, conseguiría algo Antioco de los romanos; desarmado, no tendría influencia alguna, no solamente en favor de los etolios, pero ni para defender sus propios intereses.» Esta opinión prevaleció, decidiéndose dar al rey el título de jefe supremo, y se designaron treinta de los etolios principales para que le sirvieran de consejo en caso necesario.

Disolvióse entonces la asamblea, y las legaciones se separaron para marchar cada una á su ciudad. Al día siguiente deliberó el rey con su consejo acerca de las operaciones con que convenía comenzar la campaña, y

se opinó empezar por el ataque de Calcis, contra la que poco antes habían hecho los etolios una tentativa inútil, reconociéndose que el éxito antes se debería á rápida ejecucion que á esfuerzos y preparativos considerables. El rey se puso, pues, en camino para la Fócida, con mil hombres de infantería, que habían ido con él desde Demetriades. Los jefes de los etolios, que habían tomado otro camino con escaso número de jóvenes, lo encontraron en Queronea y le siguieron en diez naves cubiertas. El rey mandó á sus fuerzas acampar en Salganea, se embarcó con los jefes etolios y pasó el Euripo. Abordó cerca del puerto de Calcis y encontró delante de las puertas de la ciudad los magistrados y vecinos más notables. De una y otra parte se separaron algunos para conferenciar: los etolios insistieron vivamente para que los calcidianos, sin renunciar á la alianza de Roma, aceptasen también la amistad y alianza del rey. Antioco, dijeron, no había pasado á Europa para hacer la guerra; quería libertar la Grecia, libertarla realmente, y no con palabras y fingimientos como los romanos. Nada interesaba tanto á las ciudades griegas como conseguir la amistad de dos potencias, porque de esta manera encontrarían en las pretensiones de una, apoyo contra las violencias de la otra. Debían tener en cuenta el inminente peligro que correrían rechazando al rey, puesto que los romanos estaban demasiado lejos para socorrerles, y que Antioco, convertido en enemigo, estaba delante de sus puertas con fuerzas á las que no podían resistir.» Micción, uno de los varones más notables de Calcis, contestó que se preguntaba con asombro en favor de quién había creído el rey deber abandonar sus estados y pasar á Europa. «No conocía en Grecia, añadió, ninguna ciudad que estuviese ocupada por guarnición romana, ó que pagase tributo á los romanos, ó que encadenada por tratado inicuo, sufriese oneroso

yugo. Los calcidianos no necesitaban libertador, puesto que eran libres, ni protector, puesto que la generosidad del pueblo romano les había asegurado la paz al mismo tiempo que la libertad. Por lo demás, no despreciaban la amistad de Antioco ni la de los etolios; pero la primera prueba que les pedían era que abandonasen la isla y se alejaran; porque estaban decididos, no solamente á no recibirles en la ciudad, sino á no contraer ninguna alianza sin el consentimiento de los romanos.»

El rey recibió esta contestación en las naves, donde había permanecido, y como no había llevado fuerzas suficientes para atacar la ciudad, decidió por lo pronto regresar á Demetriades. Allí deliberó con los etolios acerca de lo que debía emprenderse después del mal éxito de aquella primera tentativa, conviniéndose en procurar atraerse á los aqueos y á Aminandro, rey de los athamanos. Suponíase a los beocios indispuestos con los romanos, desde la muerte de Braquilas y los acontecimientos que la siguieron. Creíase que Quincio, envidioso de la gloria que había adquirido Filopemeno en la guerra de Laconia, odiaba y detestaba á aquel jefe de la liga aquea. Aminandro había casado con Apamia, hija de un tal Alejandro, megalopolitano, que pretendía descender de Alejandro Magno, y que había dado á sus dos hijos los nombres de Filipo y de Alejandro, y á su hija el de Apamia. Elevada ésta por su matrimonio al rango de reina, la había acompañado á Athamania el mayor de los hermanos, Filipo. Antioco y los etolios lisonjearon la vanidad de aquel joven, haciéndole esperar, como si verdaderamente perteneciese á familia real, que llegaría al trono de Macedonia, si decidía á Aminandro y á los athamanos á unirse con Antioco. El cebo de estas promesas sedujo no solamente á Filipo, sino que también á Aminandro.

Los aqueos recibieron á los legados de Antioco y de

los etolios en la asamblea de Egiana, en presencia de T. Quinceio. El embajador de Antioco obtuvo la palabra antes que los etolios. Acostumbrado al énfasis, como lo están casi todos los cortesanos de los reyes, habló en términos pomposos y retumbantes de las fuerzas con que su señor cubría el mar y la tierra. A darle crédito, innumerable caballería pasaba del Helesponto á Europa, compuesta de loricatos, llamados catafractos, y de arqueros cuyos dardos difícilmente se evitaban, y que alcanzaban con más seguridad en su fuga cuando lanzaban sus flechas hacia atrás. A estas temibles falanges, que en su opinión bastaban para anonadar todos los ejércitos reunidos de Europa, añadía numerosa infantería, queriendo amedrentar los ánimos con la enumeración de pueblos casi desconocidos. «Fórmanla, decía, los dahos, los medas, los elimenos y los cadusios. En cuanto á las fuerzas navales, la Grecia no tenía puerto capaz de contenerlas. Formaban la derecha los sidonios y los tirios; la izquierda los aracios y pamfilios de Sida, los primeros de todas las naciones por sus conocimientos náuticos y su valor en las batallas navales. Inútil era hablar de los tesoros y provisiones de guerra de Antioco, porque sabían que los imperios del Asia tenían oro en abundancia. Los romanos no tendrían que habérselas con Anníbal, jefe de una sola ciudad, ni con Filipo, encerrado en las fronteras de Macedonia, sino con el monarca soberano de toda el Asia y de parte de Europa. Del extremo oriente venía para liberar la Grecia; y sin embargo, no pedía á los aqueos nada contrario á sus compromisos [con los romanos, sus primeros aliados y amigos. Pedíales, no que empuñasen las armas y se le uniesen contra ellos, sino que permaneciesen neutrales y que hiciesen votos por la paz entre los dos partidos, como conviene á amigos comunes, sin tomar parte en la guerra.» Arquidamo,

legado de los etolios, habló de la misma manera, exhortando á los aqueos á que permaneciesen tranquilos, que era el partido más sencillo y seguro; siendo espectadores de la guerra, esperando el resultado de la lucha sin comprometer su propia existencia. Pero poco á poco dejó de meditar sus palabras, llegando á injuriar á los romanos en general y á Quinceio en particular. Acusóles de ingratitud, les recordó censurándoles que debían á los etolios su victoria sobre Filipo y su salvación; que los etolios eran los que habían salvado á Quinceio y á su ejército; que Quinceio jamás había cumplido los deberes de general. Aseguraba que en día de combate, solamente le había visto ocupado de auspicios, víctimas y votos, como simple sacrificador, mientras que él le cubría con su cuerpo contra los venablos enemigos.»

Quinceio contestó que Arquidamo había pensado más en los que se encontraban allí cuando hablaba, que en aquellos á quienes se dirigía. «Los aqueos saben bien, añadió, que el valor de los etolios se revela más en palabras que en acciones, y que lo ostentan más en asambleas y reuniones que en el campo de batalla. Por esta razón habían tenido poco en cuenta la opinión de los aqueos, que les conocían demasiado. Arquidamo había demostrado aquella jactancia para engañar á los legados del rey y por ellos á su señor. Si hasta aquel día se habían ignorado los motivos de la alianza de Antioco y de los etolios, los discursos de sus legados los habían puesto de manifiesto. Habíanse engañado recíprocamente con vanas esperanzas, rivalizando en falsedades y exageraciones. Ya los habéis oído; los unos, asegurando que ellos habían vencido á Filipo, que, con su valor, habían salvado á los romanos y realizado otras maravillas; que todas las ciudades y pueblos de Grecia, vosotros los primeros, iban á abrazar su partido; el

otro, anunciando con orgullo nubes de peones y jinetes y hablando de cubrir el mar con sus flotas. Todo esto se parece mucho al festín de un huésped mío, vecino de Calcis, hombre honrado que sabe hacer los honores de su mesa. Recibidos un día en su casa, en el rigor del verano, con grandes atenciones, sorprendiéndonos encontrar en aquella época del año tan abundante y variada provisión de caza. Nuestro huésped, que no es tan vanidoso como estos, nos contestó sonriendo que aquella caza que tan pomposamente ostentaba, solamente era carne de cerdo disfrazada por las salsas. Esto mismo puede decirse de las fuerzas del rey que se han complacido hace un momento en exagerarnos. Todas esas tropas de diferentes armas, todos esos nombres de pueblos desconocidos, los dahos, los medos, los cadusios, los elimeos, no son en último caso más que sirios, más dignos por su carácter servil del nombre de esclavos que del de soldados. ¡Ojalá pudiese, oh aqueos, poner ante vuestros ojos todos los pasos de ese poderoso monarca en Demetriades y en Lamia, con objeto de asistir á la asamblea general de los etolios, y en Calcis! Veríais á lo sumo en su campamento real la sombra de dos débiles legiones que ni siquiera están completas. Veríais á ese poderoso rey en tanto casi mendigar víveres de los etolios, para medirlos en seguida á sus tropas, en tanto tomar dinero á usura para pagarlas; y otras veces, deteniéndose ante las puertas de Calcis, sin poder entrar en la ciudad, y regresar á la Etolia sin haber hecho más que ver Aulida y el Euripo. Mal han hecho Antioco en confiar en los etolios y los etolios en creer las vanidades del rey. Esta es una razón más para que no os dejéis engañar y os entreguéis á la buena fe de los romanos, en la que, por tantas pruebas, habéis aprendido á confiar. Esa determinación que os presentan como la más prudente, ese consejo que os dan de no

tomar parte en la guerra es lo más contrario á vuestros intereses; porque sin armas, sin infundir respeto, caeréis en poder del vencedor.»

La contestación pareció victoriosa y las disposiciones de la asamblea para con el orador habían de hacerle recibir favorablemente. Así fué que no hubo discusión ni vacilaciones. Los aqueos decidieron unánimemente que tendrían por enemigos y amigos á los que lo fuesen del pueblo romano, é hicieron declarar la guerra á Antioco y á los etolios. Además, siguiendo los consejos de Quincio, enviaron en el acto quinientos hombres de refuerzo á Calcis, y otros tantos al Pireo; porque en Atenas estaba á punto de estallar una sedición, merced á los manejos de algunos emisarios de Antioco, que trataban de seducir con brillantes promesas á la multitud, dispuesta siempre á venderse por dinero. Pero los partidarios de los romanos llamaron á Quincio, y Apolodoro, jefe de la revuelta, acusado por un tal León, fué condenado al destierro y expulsado de Atenas. El legado del rey llevó, pues, á su señor contestación poco satisfactoria de parte de los aqueos. Los beocios no contestaron categóricamente, diciendo que cuando Antioco llegase á la Beocia, deliberarían acerca de lo que habían de hacer. Enterado Antioco de que los aqueos y Eumeno habían enviado refuerzos á Calcis, creyó debía apresurarse, si había de adelantarse ó sorprenderles á su llegada. Envió, pues, á Menipo con cerca de tres mil hombres y á Polixénidas con toda la flota; marchando él mismo pocos días después al frente de seis mil de los suyos y los pocos etolios que apresuradamente había podido levantar en Lamia. Los quinientos aqueos y el débil socorro de Eumeno, guiados por el calcidio Xenocrides, no encontraron todavía cerrados los pasos, atravesaron el Euripo sin que les inquietasen y penetraron en Calcis. Poco después, los ro-

manos, en número de quinientos también, llegaron en el momento en que Menipo había establecido ya su campamento delante de Salganea, cerca del templo de Mercurio, en el punto donde se embarcan para pasar de la Beocia á la Eubea. Iba con ellos Micción, enviado de Calcis á Quinceio para pedirle aquellos refuerzos. Viendo cerradas las salidas por el enemigo, detúvose en su marcha hacia Aulida y se inclinó hacia Delio, como si tratase de pasar desde allí á la Eubea.

Delio es un templo de Apolo que domina el mar y dista cinco millas de Tenagra. Desde allí hasta el punto más cercano de la Eubea hay menos de cuatro millas de distancia. Este templo y el bosque sagrado que le rodeaba, la santidad é inviolabilidad de aquellos parajes, que los griegos llaman asilos, inspiraban á los romanos mucha seguridad. Además, todavía no estaba declarada la guerra, ó al menos no se habían desenvainado las espadas ni derramado sangre. Ocupábanse algunos soldados en recorrer el templo y el bosque sagrado, otros paseaban desarmados por la playa y el mayor número estaba por los campos, ocupados en recoger leña y forraje. Aprovechando Menipo la dispersión, cayó de pronto sobre ellos, los destrozó é hizo cerca de cincuenta prisioneros. Muy pocos fueron los que escaparon, encontrándose entre ellos Micción que se lanzó á una nave pequeña de transporte. Este descabro, que Quinceio y los romanos sintieron profundamente, dió más legitimidad á la guerra contra Antioco. El rey había hecho avanzar su ejército hasta las murallas de Aulida, enviando, tanto en su nombre como en el de los etolios, á que intimasen la rendición á Calcis, pero con orden de emplear tono más amenazador, y á pesar de los esfuerzos contrarios de Micción y Xenocli-des, consiguió sin trabajo que le abriesen las puertas. Inmediatamente después de su llegada, abandonaron

la ciudad los partidarios de los romanos. Las fuerzas de Eumeno y los aqueos continuaban ocupando á Salganea, y algunos soldados romanos, que habían penetrado en su fuerte sobre el Euripo, lo rodeaban de nuevos trabajos para defenderlo. Los aqueos y los soldados de Eumeno se rindieron primero y salieron de la plaza con la condición de que podrían retirarse sin que les molestasen. Los romanos resistieron más; pero rodeados por mar y tierra y viendo acercar las máquinas y aparatos de sitio, cedieron también. Dueño de la capital de la Eubea, recibió la sumisión de las demás ciudades, alentándole aquel afortunado principio que ponía en su poder aquella isla tan grande y aquellas ciudades tan importantes.

LIBRO XXXVI.

SUMARIO.

El cónsul Manio Acilio Glabrión, secundado por Filipo, derrota á Antioco en las Termópilas, le arroja de Grecia y reduce á los etolios.—El cónsul Publio Escipión Nasica dedica el templo de la madre de los dioses, que él mismo había trasladado al monte Palatino, después de declararle el Senado el ciudadano más virtuoso de la república.—Derrota á los boyos en batalla campal, recibe su sumisión y triunfa de ellos.—Diversas ventajas obtenidas por las flotas romanas sobre los generales de Antioco.

En cuanto tomaron posesión del cargo los cónsules P. Cornelio Escipión, hijo de Cneo, y M. Acilio Glabrión, antes de tratar de sus provincias, recibieron orden del Senado de ofrecer á los dioses víctimas mayores en todos los templos donde ordinariamente se celebraba el lectisternio la mayor parte del año, pidiendo que la nueva guerra que se había decretado redundase en utilidad y gloria del Senado y pueblo romano. Todos los sacrificios tuvieron excelente resultado; las primeras víctimas auguraron á la república el favor de los dioses; y los arúspices anunciaron que aquella guerra debía ensanchar los límites del imperio, y prometía á los romanos victorias y triunfos. Habiendo desterrado todos los escrúpulos religiosos esta declaración, el Senado mandó dirigir al pueblo la pregunta acostumbrada:

¿Mandaba que se emprendiese la guerra contra el rey Antioco y cuantos le seguían? Si la proposición se aceptaba y lo creían conveniente los cónsules, debían someterla á la decisión del Senado. P. Cornelio hizo la proposición al pueblo. En seguida invitó el Senado á los dos cónsules á que sorteasen las provincias de Italia y de Grecia. Aquel á quien tocase la Grecia debía reunir á los soldados que L. Quincio había levantado en Roma, ó exigido de los aliados con autorización del Senado, el ejército que, en virtud de un *senatus-consulto*, había llevado á Macedonia el año anterior el pretor M. Bebio. Permitíasele además, en caso necesario, levantar fuera de Italia, entre los aliados, un cuerpo auxiliar que no excediese de cinco mil hombres. L. Quincio, uno de los cónsules salientes, sería su legado durante esta guerra. El otro cónsul, cuya provincia sería Italia, tenía orden de marchar contra los boyos, con uno de los ejércitos consulares del año anterior, á su elección, y de enviar el otro á Roma, donde formaría las cohortes urbanas, quedando á disposición del Senado.

Tomadas estas disposiciones por el Senado relativamente á las dos provincias, las sortearon los cónsules, obteniendo Acilio la Grecia y Cornelio la Italia. Después del sorteo se dió un *senatus-consulto*, diciendo «que estando declarada la guerra por el pueblo romano, los cónsules mandaban hacer rogativas por el buen éxito de la empresa, y que el cónsul M. Acilio haría voto de ofrecer los grandes juegos á Júpiter y presentar ofrendas en todos los altares.» Este voto, cuya fórmula dictó el pontífice máximo P. Licinio, lo pronunció el cónsul en estos términos: «Si la guerra decretada contra el rey Antioco termina según el deseo del Senado y del pueblo romano, entonces, ¡oh Júpiter! el pueblo romano celebrará en tu honor los grandes juegos durante diez días consecutivos, y se ofrecerán dones en todos

los altares con las cantidades que para ello designe el Senado. Quien quiera que sea el magistrado que presida estos juegos, sea el que quiera el tiempo y el lugar de su celebración, se celebrarán regularmente y regularmente se ofrecerán los dones.» En seguida mandaron los cónsules dos días de rogativas. Inmediatamente después del sorteo de las provincias consulares, sortearon también las suyas los pretores: M. Junio Bruto obtuvo la jurisdicción urbana y la de los extranjeros; A. Cornelio Mamula, el Brucio; M. Emilio Lépedo, la Sicilia; L. Oppio Salinátor, el mando de la flota, y L. Emilio Paulo, la España ulterior. Los ejércitos se repartieron de esta manera: A. Cornelio recibió los soldados que alistó el año anterior en virtud de un *senatus-consulto* el cónsul L. Quinccio, recibiendo orden de guardar toda la costa desde Tarento á Brindis. L. Emilio Paulo debía mandar en la España ulterior, además del ejército que iba á recibir del *propretor* M. Fulvio, tres mil hombres de infantería y trescientos caballos, nuevamente alistados, dos terceras partes entre los aliados del nombre latino y la tercera parte entre los ciudadanos romanos. Igual refuerzo se envió á T. Flaminio, prorrogándole el mando de la España ulterior. M. Emilio Lépedo debía recibir de L. Valerio, á quien reemplazaba, su provincia y su ejército; podía conservarla como *propretor*, si lo consideraba conveniente, dividiendo su gobierno en dos partes, una que se extendería desde Agrigento hasta Paquino, y otra desde Paquino á Tindaria: esta última, que comprendía la costa, era la que debía custodiar L. Valerio con veinte naves largas. El mismo pretor quedó encargado de pedir á los sicilianos doble diezmo de trigo (1), poner en el mar

(1) Estos diezmos los tomaban de las tierras *decumanas* los arrendatarios públicos llamados *decumani*. En las circunstancias en que Roma necesitaba mayor cantidad de trigo, exigía

los convoyes y dirigirlos á Grecia. Igual encargo se dió á L. Oppio relativamente á Cerdeña, con la diferencia de que debía enviar el trigo á Roma y no á Grecia. El pretor C. Livio, que mandaba la flota, recibió orden de estar preparado para pasar á Grecia con treinta naves al primer aviso que recibiese de Atilio. Las naves viejas que estaban en los astilleros deberían quedar carenadas y armadas bajo la inspección del pretor M. Junio, que tomaría las tripulaciones entre los libertos.

Enviáronse al Africa seis legados, tres á Cartago y tres á Numidia para pedir trigos destinados á Grecia; el precio lo pagaría el pueblo romano. De tal manera ocupaban la atención pública los preparativos de esta guerra, que el cónsul P. Cornelio prohibió á todos los senadores, á cuantos tenían voz deliberativa en el Senado y á los magistrados de segundo orden (1) que se alejasen de Roma á más distancia de una jornada y á los senadores en particular que se ausentasen de la ciudad más de cinco á la vez. La actividad que desplegaba el pretor C. Livio para el armamento de la flota, quedó por un momento detenida á consecuencia de dificultades que surgieron con los habitantes de las colonias marítimas. Cuando quisieron obligarles á servir á bordo de las naves, apelaron á los tribunos del pueblo, quienes les enviaron al Senado, declarando éste por unanimidad que las colonias no estaban exceptuadas del servicio naval. Las que reclamaban eran Ostia, Fregenas, Castro Novo, Pirges, Anzio, Terracina, Minturno y Sinuesa. En seguida el cónsul M. Acilio, en virtud de un senatus-consulta, se dirigió al colegio de los faciales para saber «si la declaración de guerra se haría al rey Antio-

á los sicilianos tributarios doble diezmo, siendo el primero gratuito y pagándoles el segundo en dinero.

(1) Magistrados mayores eran los cónsules, censores y pretores; de segundo orden, los efiles, cuestores y tribunos.

co en persona, ó á alguna de sus guarniciones; si se haría también separadamente á los etolios, y si era necesario, antes de declararles la guerra, anunciarles que estaba rota toda sociedad, toda amistad con ellos.» Los faciales contestaron «que ya en la época de la guerra contra Filipo, habían manifestado que era indiferente declararla al rey en persona ó á alguna de sus guarniciones: que la ruptura era asaz evidente, puesto que, á pesar de las intimaciones tantas veces repetidas de sus legados, se les había negado toda clase de reparaciones y satisfacciones; que los etolios se habían declarado ellos mismos la guerra al tomar por la fuerza la ciudad de Demetriades, aliada de Roma; cuando habían ido á sitiarse á Calcis por tierra y mar y cuando habían llamado á Antioco á Europa para que hiciese la guerra al pueblo romano.» Tomadas de esta manera todas las disposiciones, el cónsul M. Acilio ordenó que «todos los soldados que L. Quincio alistó en Roma ó cuyo contingente pidió á los aliados del nombre latino, como aquellos que debían seguirle á su provincia, así como también los tribunos militares de las legiones primera y tercera se encontrasen en Brindis en los idus de Mayo.» El cónsul salió de la ciudad en traje de guerra el día quinto de las nonas del mes. Al mismo tiempo partieron los pretores para sus provincias.

Por esta misma época llegaron á Roma legados de Filipo, rey de Macedonia, y de Ptolomeo, rey de Egipto, ofreciendo tropas, dinero y trigo para aquella guerra. Ptolomeo enviaba mil libras de oro (1) y veinte mil de plata (2); pero no se aceptó nada, dando las gracias á los reyes, que se ofrecían á pasar á la Etolia con todas sus fuerzas y á tomar parte en la guerra: á Ptolomeo

(1) Cerca de ciento noventa kilogramos.

(2) Quince mil seiscientos veinticinco kilogramos.

meo lo dispensaron de ello; pero contestaron á los legados de Filipo que el Senado y el pueblo romano agradecerían á su señor lo que hiciese por secundar al cónsul Manio Acilio. Por el mismo motivo fueron á Roma legados de Cartago y del rey Masinissa. Los cartagineses ofrecían enviar mil modios de trigo y quinientos mil de cebada al ejército, y la mitad de esta cantidad á Roma, rogando al Senado que aceptasen el ofrecimiento; iban á armar una flota á sus expensas, y el tributo que debían pagar á plazos en muchos años, lo pagarían al contado y por completo. Masinissa ofrecía quinientos mil modios de trigo y trescientos mil de cebada para el ejército de Grecia; trescientos mil modios de trigo y doscientos cincuenta mil de cebada para Roma, ofreciendo enviar quinientos caballos y veinte elefantes al cónsul M. Acilio. En cuanto á los granos, contestaron á los cartagineses lo mismo que á los númidas, que el pueblo romano solamente los recibiría á condición de pagarlos. Por lo tocante á la flota, se dispensó á los cartagineses de que la armasen, exigiéndoles solamente las naves que debían proporcionar según las condiciones del tratado. También se rehusó recibir ninguna cantidad de dinero antes del vencimiento de los plazos.

Mientras se trataban estas cosas en Roma, Antioco invernaba en Calcis, pero no queriendo permanecer ocioso, enviaba legados á las ciudades griegas para atraérselas, ó recibía sus voluntarias defecciones. Así vió llegar á él los epirotas, que unánimemente habían abrazado su causa, y los eleenos, pueblo del Peloponneso. Los eleenos pedían socorro contra los aqueos, á los que esperaban ver repentinamente bajo las murallas de su ciudad, porque no habían aprobado la declaración de guerra hecha á Antioco. Enviáronles mil hombres de infantería á las órdenes del capitán cretense Eufanes. La legación de los epirotas no revelaba franqueza

ni sinceridad, queriendo hacer méritos ante el rey aunque sin ofender á los romanos. Venían á rogar «que no les comprometiese ligeramente en una lucha en la que su posición en frente de Italia y delante de Grecia atraería sobre ellos el primer choque de los romanos. Pero si le era posible cubrir en persona el Epiro con sus fuerzas de mar y tierra, los epirotas le recibirían gustosos en todas sus ciudades y puertos; en caso contrario, le suplicaban no les expusiese sin defensa y sin armas á la cólera de los romanos.» La razón de esta embajada era especialmente que, en el caso de que el rey se abstuviese de pasar al Epiro, conservar intacta su posición con los romanos, y atraerse á la vez el favor del rey presentándose como dispuestos á servirle; ó bien, si ocupaba su país, reservarse todavía la esperanza del perdón del Senado, diciendo que, aguardando sus socorros, demasiado lejanos, habían sucumbido á las fuerzas de un enemigo presente. No sabiendo qué responder en el acto á aquella legación tan ambigua, ofreció Antioco enviar legados á los epirotas para ponerse de acuerdo con ellos en cuanto á sus recíprocos intereses.

Personalmente marchó á la Beocia, cuyo resentimiento con los romanos, como antes dije, tenía por causa aparente el asesinato de Braquilas y la tentativa que hizo Quincio sobre Coronea para vengar la matanza de los soldados romanos; pero la causa real era la relación que, desde muchos siglos, se había introducido en las costumbres, en otro tiempo tan severas, de la nación, y la crítica situación de considerable número de ciudadanos que no veían otro recurso para ellos que una revolución. El rey entró en Tebas, rodeado de los beocios principales, que habían salido en tropel á su encuentro, y se presentó en la asamblea general. Allí, aun cuando atacando á la guarnición romana de Delio

y tomando á Calcis, había hecho una declaración de guerra bastante formal y comenzando las hostilidades, habló exactamente lo mismo que había hablado en la primera conferencia en Calcis y por medio de sus legados en la asamblea de los aqueos, pidiendo que se aliasen con él sin declarar la guerra á los romanos. Pero nadie se engañaba acerca de sus propósitos; sin embargo, se dió un decreto cuyo ambiguo lenguaje era favorable al rey y hostil á los romanos. Después de conseguir esta nueva alianza, regresó á Calcis, desde donde escribió á los etolios principales citándoles en Demetriades, para ponerse de acuerdo con ellos acerca del plan de campaña, y en el día señalado marchó por mar á aquella reunión. Llamóse á Aminandro de Athamania á este consejo, admitiéndose también al cartaginés Anníbal, á quien no se consultaba desde mucho tiempo. Ocupáronse primeramente de los tesalios, opinando todos que era necesario sondear sus disposiciones, pero se dividieron acerca del modo de ejecutarlo, queriendo unos que se procediese inmediatamente, y observando otros que se encontraban en el rigor del invierno y que era mejor esperar á la primavera; éstos proponían enviarles solamente legados; aquéllos sostenían que era necesario entrar en Tesalia con todas las fuerzas reunidas y someter á los habitantes por el terror, si mostraban vacilaciones.

Hasta entonces había versado la discusión sobre un solo punto; pero cuando se invitó á Anníbal á dar su opinión, hizo volver al rey y á todo el consejo al plan general de guerra, diciendo: «Si desde que nos encontramos en Grecia se me hubiese consultado, cuando se ha tratado de la Eubea, de la Acaya y de la Beocia, habría expuesto la misma opinión que voy á exponer hoy relativamente á los tesalios: esta opinión es que los aliados que conviene atraerse á toda costa son Filipo y

los macedonios. Por lo que se refiere á la Eubea, á los beocios y tesalios, ¿quién duda que estos pueblos, siendo tan débiles, dispuestos siempre á adular al primero que se presenta, y no aconsejándose nunca más que del miedo, no obedecerán al terror y pedirán gracia? ¿que al presentarse el primer ejército romano en Grecia no volverán á sus acostumbrados amos, y que no se les acusará de no haber querido, ausentes los romanos, exponerse á tus golpes y caer bajo tu ejército que está presente? Por esta razón es mucho más importante y más ventajoso para nosotros atraernos á Filipo. Porque una vez comprometido en nuestra guerra, no podrá ya separar sus intereses de los nuestros, y pondrá á nuestra disposición fuerzas que, lejos de ser para nosotros débil socorro en la guerra, recientemente han podido sostener por sí solas todo el esfuerzo de los romanos. Añadiré que, con este aliado, ¿quién puede dudar del éxito, cuando los mismos que aseguraron á los romanos su victoria sobre Filipo se volverán ahora contra ellos? Los etolios, que, como es sabido, triunfaron solos de Filipo, se unirán ahora á Filipo para combatir á los romanos; Aminandro y los athamanos, que, después de los etolios, desempeñaron el primer papel en aquella guerra, estarán con nosotros. Filipo pudo entonces, sin vuestro apoyo, sostener todo el peso de la guerra: hoy dos monarcas poderosos, al frente de fuerzas del Asia y de Europa, van á atacar á un pueblo solo, que, si en tiempo de nuestros padres (no hablaré de mí ni de los temores que le inspiré en buena y mala fortuna) no pudo resistir á un rey de Epiro, ¿qué hará contra vosotros? Pero tal vez se me dirá: ¿Por qué crees que haya medio de ganar á Filipo? Dos motivos me infunden esta esperanza: en pimer lugar la igualdad de intereses, que es la garantía más segura de toda alianza; en seguida vuestras propias afirmaciones. Vuestro legado Thoas, aquí

presente, haciendo valer muchas razones para atraer Antioco á Grecia, insistió siempre en que Filipo ardía en cólera y se indignaba ante la esclavitud que le habían impuesto bajo el nombre de paz. Ha comparado á este príncipe con un león encadenado ó enjaulado, ardiendo en deseos de romper sus lazos. Si tales son sus disposiciones, rompamos esas cadenas, abramos esa jaula para que dé libre curso á ese furor tanto tiempo contenido, para que estalle contra nuestros comunes enemigos. Tu hijo Seleuco se encuentra en Lisimaquia; que atraviese la Tracia con el ejército que tiene á sus órdenes; que vaya á talar las fronteras de la Macedonia, y Filipo, en vez de ayudar á los romanos, correrá á defender sus propios estados. Esta es mi opinión en cuanto á Filipo. Por lo que se refiere al plan general de guerra, tú sabes, Antioco, cuál es mi opinión desde el principio. Si entonces se me hubiese escuchado, los romanos no habrían recibido la noticia de la conquista de Calcis en Eubea, ni de la toma del fuerte del Euripo; habrían visto ardiendo la Etruria, la Liguria y la Galia cisalpina, y para colmo de terror, al mismo Anníbal en medio de Italia. Ahora opino que reunáis todas vuestras fuerzas de mar y tierra; que hagáis acompañar á vuestra flota naves de transporte cargadas de provisiones; porque si aquí somos pocos para las necesidades de la guerra, somos muchos en proporción de nuestros recursos. Cuando hayáis reunido todas vuestras fuerzas, dividiréis la flota, quedando una parte delante de Corcira para cerrar el paso á los romanos, y marchando la otra á las costas de Italia que da frente á Cerdeña y al África. Tú mismo, con todas las fuerzas de tierra, entrarás por el territorio bulino. Desde allí cubrirás la Grecia, amenazando á los romanos con tu paso á Italia y dispuesto á pasar en caso necesario. Esta es mi opinión; opinión de un hombre que podrá no ser apto para

toda clase de guerras, pero que al menos ha aprendido con sus triunfos y reveses á combatir á los romanos. Para ejecutar este plan os ofrezco mi fidelidad y mi fuerza. Por lo demás, «¡que los dioses os favorezcan en el partido que creáis mejor!»

Así habló, sobre poco más ó menos, Aníbal. Desde luego aplaudieron la prudencia del consejo, pero no lo siguieron, ocupándose solamente en traer del Asia la flota y las tropas. Este encargo lo dió Antioco á Polixenidas. Envió legados á Larisa, para asistir á la asamblea de los tesalios; fijó día á los etolios y al rey de los athamanos para que se reuniesen al ejército en Feras, y en seguida marchó allí con tropas. Esperando á Aminandro y á los etolios, destacó á Filipo Megalopolitano con dos mil seiscientos hombres, para que recogiese las osamentas de los macedonios muertos en Cínocéfalos, donde se dió la última batalla contra Filipo; bien porque el megalopolitano le sugiriese la idea con objeto de congraciarse con los macedonios y excitar odios contra el rey por haber dejado á sus soldados insepultos; sea que Antioco por efecto de la vanidad, tan común á los reyes, fómase un proyecto más noble en apariencia que útil en realidad. En una sola tumba quedaron reunidas todas aquellas osamentas dispersas, demostración estéril, que sin agradar á los macedonios, produjo á Filipo profundo disgusto. Así fué que este rey, que hasta entonces estaba resuelto á tomar consejo de la fortuna, se apresuró á enviar á decir al pretor M. Bebio: «Que Antioco había penetrado en Tesalia; que si el general romano consideraba conveniente dejar sus cuarteles de invierno, iría á su encuentro para ponerse de acuerdo con él acerca de las operaciones.»

Ya había acampado Antioco delante de Feras, donde se había reunido con los etolios y Aminandro, cuando llegaron legados de Larisa para preguntarle con qué

acto de hostilidad ó con qué ofensa habían provocado su cólera los tesalianos, y para rogarle que retirase su ejército y les diese á conocer, por medio de legados, los motivos de su queja. Al mismo tiempo enviaron quinientos hombres, á las órdenes de Hipoloco, á reforzar la guarnición de Feras; pero encontrando cerrados todos los pasos y ocupados todos los caminos por los soldados del rey, el refuerzo se retiró hacia Scotusa. Antioco contestó con dulzura á los legados de Larisa «que no había entrado en Tesalia con intenciones hostiles, sino para defender y consolidar la libertad de los tesalianos.» Iguales seguridades dió á los habitantes de Feras por medio de un mensajero. Sin dar contestación ninguna, la ciudad envió al rey á Pausanias, su personaje más notable. La causa era igual á la de Calcis; Pausanias expuso iguales razones que alegaron los calcidios en su favor en la conferencia del Euripo y empleó el mismo tono altivo. El rey invitó á los fereos á meditar despacio; á no tomar un partido que, por exceso de previsión y precaución para lo venidero, les expusiese á pronto arrepentimiento, y despidió al legado. A pesar de esta respuesta, los habitantes de Feras no vacilaron ni por un momento en permanecer fieles á los romanos, cualesquiera que fuesen los resultados. En consecuencia de esto, se prepararon á hacer toda clase de esfuerzos para defender su ciudad, mientras que á su vez el rey la atacaba por todas partes á la vez; porque comprendía, y de ello no podía dudarse, que de su primera empresa dependía el desprecio ó el temor que sus armas habían de inspirar á toda la Tesalia: por consiguiente, hizo cuanto pudo por aterrar á los sitiados. Estos resistieron el primer asalto con bastante valor; pero cuando vieron á sus defensores caer en montón muertos ó heridos, comenzó á faltarles energía. Reanimados por las reconvenciones de sus jefes, y resueltos á luchar

hasta el fin, abandonaron el recinto exterior de las murallas, porque no tenían bastantes fuerzas, y se retiraron á la parte interior de la ciudad, cuya extensión era menos considerable. Vencidos al fin por la magnitud de su desgracia, y temiendo no conseguir perdón del vencedor, si tomaba por asalto la ciudad, se rindieron. No perdió el rey un momento para aprovechar la impresión de terror que debía producir su primer triunfo, y destacó cuatro mil hombres hacia Scotusa. Esta ciudad no hizo esperar su rendición; tenía á la vista el ejemplo de Feras, que, después de resistir tenazmente la rendición, había tenido que ceder por necesidad. Con la ciudad se rindieron Hipoloco y la guarnición larisiana, respetando el rey su vida y poniéndolos en libertad, con la esperanza de que aquel acto de clemencia contribuiría mucho á atraerle los ánimos de los larisianos.

A contar desde su llegada delante de Feras, en diez días había realizado el rey las dos conquistas. En seguida se dirigió á Cranón con todo su ejército y se apoderó de la ciudad sin combatir. Después se apoderó de Cypera, Metrópolis y de las fortalezas inmediatas, cayendo en su poder muy pronto todo el país, exceptuando Atrax y Gyrtón. Entonces decidió atacar á Larisa, persuadido de que el terror causado por sus recientes conquistas y su clemencia con la guarnición que dejó en libertad, ó bien el ejemplo de tantas sumisiones voluntarias, decidirían á los habitantes á no oponerle tenaz resistencia. Queriendo desplegar aparato muy amenazador, colocó delante los elefantes y avanzó en columna cerrada contra la ciudad, con objeto de producir inseguridad y vacilaciones entre la mayor parte de los larisianos, que de esta manera se encontraban colocados entre el temor de un enemigo delante de las puertas y la vergüenza de abandonar aliados ausentes. Por el mismo tiempo, Aminandro, al frente de los

jóvenes athamanos, se apoderó de Pelineo, mientras que Menipo con tres mil hombres de infantería etolia y doscientos caballos penetraba en la Perrebia, se apoderaba de Malea y de Cyrecias y talaba el territorio tripolitano. Después de estas rápidas expediciones, los dos se reunieron con Antioco delante de Larisa, encontrándole ocupado en deliberar acerca de la conducta que debía observarse con aquella ciudad. Las opiniones estaban divididas: querían unos que se emplease la fuerza y que, sin perder momento, se comenzasen los trabajos de sitio, y se hiciesen jugar las máquinas contra una ciudad situada en campo raso, abierta por todas partes y de fácil acceso: otros objetaban, en tanto las fuerzas de la plaza, muy superiores á las de Feras, en tanto el invierno, estación tan poco á propósito para toda clase de operaciones militares, y menos aún para el sitio y ataque regular de una ciudad. El rey vacilaba entre la esperanza y el temor, pero recobró valor al ver los legados de Farsalia que le traían la sumisión de su ciudad. M. Bebio, que acababa de reunirse con Filipo en la Dasarecia, de acuerdo con él, destacó á Ap. Claudio en socorro de la guarnición de Larisa. Atravesando Claudio la Macedonia á grandes jornadas, llegó á las cumbres de las montañas que dominan á Gonnos, ciudad que dista veinte millas de Larisa y está situada en la garganta misma del desfiladero de Tempe. Allí, con las dimensiones que dió á su campamento demasiado grande para sus tropas, y con el número de hogueras que mandó encender, hizo creer al enemigo, como se proponía, que se encontraban reunidas todas las fuerzas de los romanos y del rey Filipo. Desde aquel momento tomó Antioco por pretexto la proximidad del invierno, y á la mañana siguiente se alejó de Larisa volviendo á Demetriades: los etolios y los athamanos regresaron á su país. Había llenado el objeto de su mi-

sión haciendo levantar el sitio; pero quiso además tranquilizar á los aliados y bajó á Larisa, siendo doble motivo de regocijo para sus habitantes ver á la vez los enemigos fuera de su territorio y dentro de sus murallas una guarnición romana.

Dejando el rey á Demetriades, marchó á Calcis, donde se enamoró de la hija de un vecino de la ciudad, llamado Cleoptolemo. Hostigando al padre los amigos del rey, y después el rey mismo, cedió al fin, á pesar de su repugnancia por una unión tan desproporcionada y consintió el enlace. En el acto, como si se encontrasen en plena paz, celebró el matrimonio el rey; olvidando la importancia de las dos empresas que había querido llevar á la vez, la guerra contra los romanos y la libertad de la Grecia, y abandonando todos los negocios, pasó el resto del invierno en festines, en los placeres que le rodeaban y en el pesado sueño que provocaba la fatiga, más bien que la saciedad. Todos los prefectos que mandaban los cuarteles de invierno en todo el país y principalmente por el lado de Beocia, imitaron estos desórdenes, lanzándose también los soldados á los mismos excesos: dejaron de llevar las armas, de guardar los puestos y hacer centinela, descuidando los trabajos y deberes militares. Así fué que, cuando al comenzar la primavera, marchó el rey por la Fócida á Queronea, punto de reunión de todo el ejército, observó fácilmente que, durante el invierno, los soldados no habían guardado disciplina más severa que su jefe. Encargó al acarnanio Alejandro y al macedonio Menipo que llevasen el ejército á Strato, en Etolia; y él, después de ofrecer en Delfos un sacrificio á Apolo, marchó á Neupacta donde celebró consejo con los notables de la Etolia y marchó por el camino que lleva á Strato, pasando por Calydón y Lysimaquia al encuentro de sus tropas, que llegaban por el golfo Maliaeo. Mnasiloco, jefe acar-

nanio que se había captado con grandes regalos, le había ganado todos sus compatriotas, pero también había hecho entrar en sus proyectos al pretor Clito, revestido entonces del poder soberano. Viendo este magistrado que Laucada, capital de la Acarnania, no se dejaría arrastrar fácilmente á la revuelta porque temía la flota romana que estaba á las órdenes de Acilio y la que se encontraba cerca de Cefalonia, recurrió á la astucia declarando en la asamblea general que era necesario defender el interior de la Acarnania, y hacer marchar todas las fuerzas que tenían á Medión y Tyrio, para que aquellas dos ciudades no cayesen en poder de Antioco y los etolios: algunos observaron que no era necesario poner todo el país en movimiento y que bastaría un refuerzo de quinientos hombres. En cuanto tuvo aquellas fuerzas á su disposición, colocó en Medión trescientos hombres y doscientos en Tyrio, con el propósito de hacerlos caer como rehenes en poder del rey.

Casi al mismo tiempo llegaron á Medión legados del rey. La asamblea, después de haberles dado audiencia, deliberó acerca de la contestación que daría al monarca, queriendo unos que se mantuviese la alianza con los romanos, y otros que no se rechazase la amistad del rey. Clito propuso un término medio que prevaleció: consistía éste en enviar legados al rey para que permitiese á los habitantes de Medión llevar aquella grave cuestión á la asamblea general de los acarnanios. Mnasiloco y sus partidarios consiguieron que les incluyesen en aquella legación, y mientras sus emisarios iban secretamente á advertir al rey para que se acercase al frente de sus tropas, trabajaban ellos para ganar tiempo. Así fué que, apenas habían salido de la ciudad, cuando se presentó Antioco en el territorio, llegando muy pronto á las puertas de Medión; y mientras en medio de la alarma y general confusión, los que no per-

tenecían á la trama llamaban á los jóvenes á las armas, Clyto y Mnasiloco introdujeron al rey en la ciudad. Antioco vió en seguida reunirse en derredor suyo á sus partidarios que acudían apresuradamente, y á los que, á pesar de su voluntad, les arrastraba el temor. Con tranquilizadoras palabras calmó los temores, y la fama de aquel acto de clemencia le ganó muchos pueblos de la Acarnania. De Medión marchó á Tyrio, precediéndole Mnasiloco y otros emisarios. Al tener noticia de la conspiración de Medión, los habitantes de Tyrio se previnieron y no se intimidaron. Sin vacilaciones contestaron que no ajustarían ninguna alianza nueva sin el consentimiento de los generales romanos, y cerrando las puertas colocaron fuerzas en las murallas. Afortunada casualidad llevó á Leucada á Cn. Octavio, á quien Quincio había enviado para tranquilizar á los acarnanios, y que había recibido algunas naves de A. Postumio, encargado por el legado Atilio (1) de defender Cefalonia. Su llegada devolvió la esperanza á los aliados y les anunció que el cónsul M. Acilio había pasado el mar al frente de sus legiones, y que el ejército romano acampaba en Tesalia. Esta noticia, que hacía probable el tiempo, favorable ya para la navegación, decidió al rey á dejar guarnición en Medión y en algunas otras plazas de la Acarnania, á abandonar á Tyrio y por la Etolia y la Fócida regresar á Calcis.

M. Bebio y el rey Filipo, que durante el invierno se habían unido en Dasarecia y enviado á Ap. Claudio á Tesalia, para hacer levantar el sitio de Larisa, no pudiendo emprender nada á causa de la estación, habían entrado de nuevo en sus cuarteles de invierno. Pero en los primeros días de la primavera reunieron sus fuerzas y descendieron á la Tesalia. Encontrábase entonces

(1) Atilio era pretor y mandaba la Macedonia y la flota.

Antioco en Acarnania: á su llegada atacaron, Filipo á Malea, en la Perrebia; Bebio la plaza de Facia, tomándola casi sin combate y con igual rapidez se apoderó de Festo. Volviendo en seguida sobre Atrax, se apoderó de Cyrecias y de Ericio, puso guarniciones en todas las ciudades conquistadas, y marchó á reunirse con Filipo bajo las murallas de Malea. A la llegada del ejército romano, asustados los habitantes, ó esperando conseguir su perdón, capitularon, y los dos ejércitos reunidos se pusieron en marcha para recobrar las plazas que habían tomado los athamanos. Eran estas plazas, Eginio, Ericinio, Gonfi, Silana, Tricca, Melibea y Faloria. En seguida rodearon Pelineo, donde se encontraba el megalopolitano Filipo con quinientos infantes y cuarenta caballos, pero antes de dar el asalto invitaron á Filipo á que no corriese los riesgos de una lucha desesperada. Su contestación fué altanera, diciendo que podría confiar en los romanos ó tesalios, pero que jamás se entregaría en manos de Filipo. Vióse que era necesario emplear la fuerza, y considerando posible atacar al mismo tiempo Limnea, decidieron que marchase el rey hacia esta ciudad y quedase Bebio para sitiar á Pelineo.

Por este mismo tiempo el cónsul M. Acilio, que acababa de pasar el mar con veinte mil hombres de á pie, dos mil caballos y quince elefantes, eligió algunos tribunos militares para que llevasen la infantería á Larisa, y marchó con la caballería á reunirse con Filipo delante de Limnea. A la llegada del cónsul, se apresuró la ciudad á capitular, así como también la guarnición del rey y los athamanos. De Limnea marchó el cónsul á Pelineo, donde se rindieron primeramente los athamanos y después Filipo el megalopolitano. Cuando salía de la ciudad, se encontró casualmente el rey Filipo á su paso, le hizo saludar con el título de rey, y añadien-

do en seguida á esta burla un sarcasmo indigno de la majestad real, se adelantó hacia él, le llamó hermano y en seguida le llevó ante el cónsul, que le puso bajo buena escolta, enviándole poco después á Roma cargado de cadenas. Los demás athamanos ó soldados del rey Antioco que guarnecíán las ciudades nuevamente reducidas, fueron entregados al rey de Macedonia, elevándose entre todos á cerca de tres mil. El cónsul partió para Larisa con objeto de concertar el plan de operaciones ulteriores. En el camino encontró legados de las ciudades de Pieria y de Metrópolis que venían á someterse. Filipo trató con especial bondad á los prisioneros athamanos, con objeto de atraerse por este medio la nación, y cuando creyó poder lisonjearse con reunir la Athamania á su reino, llevó allá su ejército después de enviar los prisioneros á sus ciudades. Estos impresionaron mucho los ánimos de sus conciudadanos, ensalzando su clemencia y generosidad con ellos. Amíandro, cuya presencia podía contener á algunos súbditos suyos y sujetarlos en el deber, temiendo que le entregasen á su antiguo enemigo Filipo, ó á los romanos, justamente irritados ahora por su defección, salió del reino con su esposa y sus hijos, y se refugió en Ambracia. De esta manera pasó toda la Athamania á las leyes y á la obediencia de Filipo. El cónsul, para que descansasen especialmente los caballos y los elefantes de las fatigas de la navegación y de las jornadas que la habían seguido, pasó algunos días en Larisa, y cuando se rehizo su ejército con aquel breve descanso, avanzó sobre Cranón. En el camino recibió la sumisión de Farsalia, Scotusa y Feras, que se rindieron con las guarniciones de Antioco. Mil soldados de los que las componían, habiendo sido preguntados, consintieron en ser incorporados al ejército y pasaron á las órdenes de Filipo; los demás fueron enviados sin armas á Demetria-

des. El cónsul recobró en seguida Proerna y los castillos inmediatos, llegando hasta el golfo Maliaco. Acercábase al desfiladero que domina Taumacia, cuando saliendo de la ciudad todos los jóvenes, corrieron armados á ocultarse en los bosques y los pasos, cayendo desde las alturas sobre el ejército romano. El cónsul envió primeramente parlamentarios para que les aconsejasen renunciaran á su loca empresa; y viendo que persistían en su resolución, les hizo rodear por un tribuno y dos manípulos, y les cerró el camino de la ciudad; privada Taumacia de defensa, cayó en su poder. A los gritos que oyeron á su espalda, salieron de la emboscada para refugiarse en la ciudad, y fueron destrozados. De Taumacia llegó el cónsul en dos días á las orillas del Sperqueo y desde allí llevó la devastación al territorio de los hipateos.

Entretanto encontrábase Antioco en Calcis. Viendo que hasta entonces solamente había encontrado en Grecia los placeres del invierno pasado en esta ciudad y la vergüenza de sus desiguales nupcias, quejóse de Thoas y de las vanas promesas de los etolios, y devolvió toda su confianza á Anníbal, á quien admiraba, no solamente como varón prudente, sino casi como adivino que le había predicho todo cuanto le ocurría. Sin embargo, para no acabar de perder con su inacción una empresa con tanta ligereza emprendida, mandó á los etolios que reuniesen todos sus jóvenes y marchasen á Lamia, adonde se dirigió él mismo á la cabeza de diez mil hombres de infantería que había completado con los refuerzos venidos de Asia y quinientos caballos. Los etolios se presentaron en menor número que nunca, no viéndose más que los principales de la nación que habían llevado algunos clientes, asegurando que habían hecho los mayores esfuerzos para sacar de las ciudades el mayor número posible de combatientes, pero que ni su

influencia, ni su autoridad, ni sus órdenes habían podido triunfar de la obstinada negativa de sus conciudadanos. Abandonado así por todas partes por los suyos, que no se apresuraban á dejar el Asia, y por los aliados, que no cumplían las promesas con que le habían lisonjeado al llamarle, marchó á situarse en el desfiladero de las Termópilas. Esta cadena de montañas divide en dos partes la Grecia, como los Apeninos la Italia. A la entrada del desfiladero por el Norte se encuentran el Epiro, la Perrhebia, la Magnesia, la Tesalia, el país de los aqueos Plithiotas y el golfo Maliaco. En los mismos límites de las gargantas por el Mediodía están la Etolia casi entera, la Acarnania, la Locrida, la Fócida y la Beocia con la isla de Eubea; detrás, la tierra del Atica, que avanza en el mar como un promontorio, y finalmente el Peloponeso. Esta cadena que corre á través de la Etolia desde Leucada y el mar occidental hasta el oriental, está de tal manera erizada de rocas y llena de precipicios, que no ya ejércitos, ni siquiera viajeros sin bagaje podrían encontrar fácil camino; la extremidad oriental lleva el nombre de monte Œta; cuya cumbre más alta se llama Calidromo. Al pie de esta montaña, en el valle que lleva al golfo Maliaco, existe un camino que no es más ancho de sesenta pasos. Este es el único por donde puede pasar un ejército, si no se encuentra interceptado. De aquí el nombre de Pilas dado á estos desfiladeros, llamados por otros Termópilas á causa de las fuentes termales que se encuentran en el interior de las gargantas; paraje célebre por la abnegación de los lacedemonios y más aún por su combate contra los persas.

No tenía indudablemente Antioco igual resolución cuando estableció su campamento á la entrada del desfiladero, construyendo allí fortificaciones; pero cuando hubo levantado doble empalizada, abierto doble foso,

y hasta construído en los puntos más débiles una muralla con las piedras que le suministraba abundantemente el terreno; cuando se tranquilizó pensando que el ejército romano no podría pasar por allí, envió los cuatro mil etolios que había conseguido reunir, parte á Heraclea, ciudad situada enfrente de las gargantas, de la que quería asegurarse, y parte á Hypata. No dudaba que el cónsul sitiaria á Heraclea, y por numerosos mensajeros había sabido que sufrían devastaciones todos los alrededores de Hypata. El cónsul, después de talar primeramente la llanura de Hypata y después la de Heraclea, sin que los etolios pudiesen defender ninguno de los dos puntos, estableció su campamento en las mismas gargantas, cerca de las fuentes termales, enfrente del rey. Los dos cuerpos etolios penetraron juntos en Heraclea. Antioco, que antes de ver al enemigo se había creído en seguridad detrás de sus fortificaciones y parapetos, comenzó entonces á temer que los romanos encontrasen paso por las alturas que lo dominaban. Porque, según decían, de aquella manera envolvieron en otro tiempo los persas á los lacedemonios y recientemente los romanos á Filipo. Por esta razón envió á Heraclea para que rogasen á los etolios le prestasen el único servicio que podían en esta guerra, apoderándose de las cumbres de las montañas y situarse allí para impedir el paso de los romanos. El mensaje introdujo la división entre los etolios, queriendo unos conformarse con las órdenes del rey y ponerse en marcha, opinando otros por la permanencia en Heraclea, preparados para cualquier acontecimiento, con objeto de poder, si el cónsul vencía al rey, dirigir todas sus fuerzas en socorro de las plazas que poseían en las intermediaciones; y si el rey quedaba vencedor, ponerse en persecución de los romanos derrotados. Los dos bandos persistieron en su opinión y la pusieron por obra, cada

uno por su lado. Dos mil hombres quedaron en Hera-
clea, y los otros dos mil, dividiéndose en tres grupos,
marcharon á ocupar las tres cumbres llamadas Cali-
dromo, Rhodoncia y Tiquiunta.

Viendo el cónsul que los etolios habían ocupado las
alturas, envió para desalojarlos á M. Porcio Catón y á
L. Valerio Flaco, sus legados consulares, con dos mil
hombres de infantería escogida; Flaco debía atacar
Rhodoncia y Tiquiunta; Catón, Calidromo. Por su par-
te, antes de marchar al enemigo reunió á sus soldados
y les dirigió breve arenga: «La mayor parte de los que
veo en las filas, ¡oh soldados! han servido en este mismo
ejército á las órdenes y bajo los auspicios de T. Quincio.
Pues bien: en la guerra de Macedonia, el desfílade-
ro de Aous era mucho más difícil que el que tenemos á
la vista. Ese no es otra cosa que una puerta, el único
camino que la naturaleza ha abierto entre los dos ma-
res. Las fortificaciones de Filipo estaban mejor empla-
zadas; su posición era más fuerte, su ejército más nu-
meroso y formado por soldados más valientes, macedo-
nios, tracios é ilirios, pueblos todos valerosos. Aquí no
hay más que sirios y griegos del Asia, raza de hombres
sin energía, nacida para la esclavitud. Entonces teníais
delante un rey belicoso y aguerrido desde su juventud,
por las luchas que sostuvo contra los tracios contra
los ilirios y contra todos sus vecinos. El que ahora te-
nemos que combatir, omitiendo el relato de su vida, es
el que, habiendo venido del Asia á Europa para luchar
con los romanos, no se ha distinguido durante el invier-
no más que por locos amores y por un matrimonio in-
digno con la hija de un particular. ¡Y en medio de la
embriaguez de ese nuevo matrimonio, adormecido aún
por el desorden del festín, viene á presentarnos batalla!
Todos sus recursos, todas sus esperanzas descansan en
los etolios, los hombres más vanos é ingratos que exis-

ten; vosotros lo habéis experimentado anteriormente, y como vosotros lo experimenta hoy Antioco. En efecto; solamente le han suministrado débiles refuerzos y no han querido permanecer en su campamento; hasta se han dividido ellos mismos, después de haber pedido defender á Hypata y Heraclea, dejando éstas ciudades indefensas y refugiándose en las alturas ó en Heraclea. El mismo rey confiesa que no se atreve ni á pelear con nosotros en campo raso, ni á acampar en llano; abandona todo el país que se lisonjeaba de habernos arrebatado á nosotros y á Filipo; ocúltase en medio de los peñascos, y no á la entrada de los desfiladeros, como lo hicieron en otro tiempo los lacedemonios, según se dice; porque sepulta su campamento en los parajes más inaccesibles. ¿No es esto demostrar tanto medio como si se encerrase en las murallas de una ciudad para que le sitiasen en ella? Pero Antioco no estará más seguro en esa garganta que los etolios en las alturas que ocupan. Todo está previsto, todo está dispuesto de antemano para que no encontréis otro obstáculo que el enemigo. Pensad que no combatís solamente por la libertad de la Grecia, por glorioso que sea para vosotros, después de haber libertado este país del yugo de Filipo, libertarle también de los etolios y de Antioco; pensad que la victoria os entregará el botín que encontréis en el campamento del rey y todos los convoyes que diariamente se esperan de Éfeso. Pensad además que abris á la dominación romana el Asia, la Siria y todos los ricos imperios de Oriente. Desde Cádiz y el Mar Rojo (1) casi no tendremos otros límites que las orillas del Océano cuyo inmenso conorno abraza todo el universo, y los romanos serán, después de los dioses, objeto de la venera-

(1) Entendían los antiguos por este nombre, no solamente el golfo Arábigo, que hoy lo conserva exclusivamente, sino también el golfo Pérsico y el mar de las Indias.

ción de todos los pueblos. Elevad vuestros ánimos á la altura de tan grandes recompensas, y que, con el auxilio de los dioses, la batalla de mañana sea decisiva.»

Después de la arenga se separaron los soldados, y antes de reparar las fuerzas, prepararon las armas y los venablos. Al amanecer se dió la señal de combate. El cónsul formó su ejército dando poco desarrollo al frente de batalla, en conformidad con las condiciones del terreno. El rey, por su parte, al ver las enseñas enemigas, avanzó al frente de su ejército, colocando en primera línea, delante de las fortificaciones, parte de sus tropas ligeras, y como otro parapeto la temible falange de los macedonios llamados sarisóforos. A su izquierda y al pie mismo de la montaña colocó parte de los honderos y sagitarios, que desde aquel punto dominaban á los romanos y podían atacarles por el costado. A la derecha los macedonios, y al extremo de las empalizadas, defendidas en aquel lado hasta el mar por charcas cenagosas y abismos impracticables, situó los elefantes con su guardia ordinaria; detrás de ellos la caballería; después, á cierta distancia, el resto de las tropas formando la segunda línea. Los macedonios, colocados delante de las empalizadas, sostuvieron al principio sin trabajo el choque de los romanos, que procuraban abrirse paso por todas partes: secundábanles eficazmente sus compañeros, que, desde su elevada posición, hacían llover sobre los romanos granizada de piedras, flechas y venablos (1). Pero muy pronto no pudieron resistir á los que atacaban, cuyo número iba en aumento; cedieron, pues y se retiraron á las empalizadas; allí, detrás de aquel parapeto, formaron otro con sus picas, presentando la punta. Las empalizadas, por su escasa elevación, les

(1) Dice Plutarco, que el rey recibió en la cara una pedrada que le rompió los dientes: el dolor le hizo volver el caballo y emprender la fuga, siendo esta la señal de la derrota general.

daban la ventaja del terreno para combatir, y la longitud de las picas mantenía á los romanos debajo de ellos. Así fué que muchos de éstos, al acercarse con poca precaución, cayeron traspasados. Hubieran tenido, pues, que renunciar á un ataque inútil, so pena de perder mucha gente, si M. Porcio, que acababa de sorprender á los etolios, la mayor parte dormidos, y arrojado del Calidromo, haciendo en ellos inmensa matanza, no se hubiese presentado de pronto en la altura que dominaba el campamento de Antioco.

No había tenido igual fortuna Flaco en el ataque de Tiquiunta y de Rhodoncia; pues, á pesar de sus esfuerzos, no consiguió apoderarse de aquellas dos posiciones. Los macedonios y el resto de las tropas que defendían el campamento del rey, no distinguiendo, á causa de la distancia, más que un cuerpo en movimiento, creyeron al principio que eran los etolios, que habiendo visto desde lejos trabado el combate, venían á socorrerlos. Pero cuando reconocieron más de cerca las enseñas y las armas romanas, saliendo del error, y dominados por el pánico, arrojaron las armas y comenzaron la fuga. Los parapetos retrasaron la persecución, por el estrecho espacio del valle por donde había que seguir al enemigo, y especialmente por los elefantes, que formaban la retaguardia. Los peones no forzaban sino con mucho trabajo aquella línea impenetrable para los jinetes; porque los caballos se asustaban y confundían con más desorden que en medio del combate. Los romanos perdieron también tiempo en saquear el campamento. Sin embargo, aquel día persiguieron al enemigo hasta Scarfea, y después de cogerle ó matarle en el camino muchos hombres, caballos y hasta elefantes, degollando á casi todos por no poder cogerles, regresaron á su campamento. Durante el combate, la guarnición etolia de Heraclea había hecho, para apoderarse de él, una

tentativa que no tuvo resultado, á pesar de su atrevimiento. A la tercera vigilia de la noche siguiente, el cónsul envió su caballería en persecución de los vencidos, y al amanecer, él mismo se puso en marcha con la infantería de las legiones. El rey se le había adelantado, porque no había detenido su precipitada fuga hasta Elacia; y en cuanto reunió allí los restos del combate y de la derrota, regresó á Calcis con débil escolta de soldados casi desarmados. La caballería romana no encontró ya al rey en Elacia, pero sorprendió allí considerable número de los suyos, que se habían detenido por cansancio, ó extraviados, faltos de guías, en caminos desconocidos, y que se habían dispersado por todos lados. De todo el ejército de Antioco sólo escaparon los quinientos soldados que escoltaban su persona, triste y débil resto de los diez mil soldados que, según Polibio, hemos dicho que trajo á Grecia aquel príncipe. ¿Qué se diría, á ser cierta la afirmación de Valerio Ancias acerca de que el ejército real se elevaba á sesenta mil hombres, que perecieron cuarenta mil, que más de cinco mil cayeron en poder de los vencedores con doscientas treinta enseñas militares? Los romanos solamente perdieron ciento cincuenta hombres en el combate, y cincuenta á lo más en el ataque de los etolios al campamento.

Cuando avanzaba el cónsul por la Fócida y la Beocia, los habitantes de las ciudades rebeldes se presentaban en las puertas, con trajes de suplicantes por temor de que les tratasen como enemigos y les saqueran. Pero el ejército caminó durante muchos días como en país amigo, sin cometer ninguna violencia, hasta que llegó al territorio de Coronea. Allí encontraron, en el templo de Minerva Itoniana (1), la estatua del rey Antioco, ha-

(1) Este templo en que se celebraba la asamblea general de los beocios, y que sin duda por esta razón encerraba la estatua de Antioco, estaba fuera de la ciudad, en el camino de Alalco-

llazgo que exasperó á los romanos, permitiendo el cónsul á los soldados que talasen todos los campos alrededor. Reflexionando en seguida que habían erigido aquella estatua merced á un decreto de la asamblea general de los beocios, y que era injusto vengarse sobre el territorio de Coronea solamente, mandó retirarse en seguida á sus soldados, puso término á la devastación y se contentó con reconvenir á los beocios por la ingratitude con que pagaban sus numerosos y recientes beneficios al pueblo romano. Durante el combate, diez naves de la flota real se encontraban delante de Thronio, en el golfo Maliaco, á las órdenes del prefecto Isidoro. El acarnanio Alejandro, gravemente herido, habiéndose presentado á buscar asilo en ellas, llevando la noticia de la derrota de las Termópilas, en el primer momento de desorden y espanto, la escuadra marchó á Ceneo en la Eubea. Alejandro murió y fué sepultado allí. Otras tres naves, que habían llegado del Asia y abordado al mismo puerto, enteradas de la derrota del ejército, marcharon á Éfeso. Isidoro hizo rumbo de Ceneo para Demetriades, con objeto de reunirse con el rey, si se había refugiado allí. Por el mismo tiempo, A. Atilio, prefecto de la flota romana, interceptó convoyes considerables dirigidos al rey, que habían pasado ya el estrecho de Andros, echó á pique parte de las naves y se apoderó de las demás, pudiendo solamente las últimas tomar de nuevo el rumbo del Asia. Atilio entró en el Pireo llevando las naves capturadas y mandó distribuir considerable cantidad de trigo á los atenienses y á los otros aliados de Roma en aquella región.

mena, cerca del río Falaro ó Fliario. El epíteto que llevaba allí Minerva procedía de Itona, ciudad de Tesalia, donde se la veneraba especialmente, y de Itono, hijo de Amfición. Adorábase esta diosa al mismo tiempo que Plutus, quizá para demostrar que la sabiduría es la fuente de todos los bienes.

Antiocho abandonó á Calcis al aproximarse el cónsul, marchando primeramente á Tenos y desde allí pasó á Éfeso. Al llegar el cónsul á Calcis encontró abiertas las puertas; Aristóteles, prefecto del rey, no atreviéndose á esperarle, había salido de la ciudad: todas las demás ciudades de la Eubea se rindieron sin combate, y bastaron algunos días para la pacificación de toda la isla. Entonces volvió el ejército á las Termópilas sin haber ejercido violencia contra ninguna ciudad; honrándole más esta moderación después de la victoria, que la victoria misma. Desde su campamento envió el cónsul á M. Catón á Roma, para que diese al Senado y al pueblo noticias ciertas de los triunfos que habían conseguido. Marchó Catón desde Creussa, puerto de Tespia, en el fondo del golfo de Corinto, y se trasladó á Patras, en la Acaya; de Patras á Corcira siguió las costas de la Etolia y de la Acarnania, desembarcando en Hydrunto, en Italia. Cinco días después, gracias á la rapidez de su marcha, llegó á Roma por el camino de tierra. Entró de noche en la ciudad y marchó directamente á casa del pretor M. Junio, quien convocó á los senadores para la mañana siguiente. L. Cornelio Escipión, á quien había enviado el cónsul muchos días antes, habiendo sabido á su llegada que Catón se le había adelantado en el Senado, llegó cuando se encontraba en medio de su narración. En seguida se presentaron los dos, por orden del Senado, ante la asamblea del pueblo, donde narraron otra vez los triunfos conseguidos en la Etolia. Decretáronse tres días de acciones de gracias, y el pretor recibió orden de inmolar cuarenta víctimas mayores á los dioses que juzgase conveniente. Por aquellos mismos días, M. Fulvio Nobilior, que partió dos años antes para España en calidad de pretor, consiguió los honores de la ovación, haciendo llevar delante de él, á su entrada en Roma, ciento treinta mil

libras en monedas bigatas, doce mil libras de plata y ciento veintisiete de oro.

El cónsul M. Acilio, antes de dejar las Termópilas, mandó decir á los etolios de Heraclea «que ya era tiempo de que volviesen á partido más prudente, puesto que sabían á qué atenerse en cuanto á las palabras del rey, y de que pensasen en conseguir del Senado, entregando á Heraclea, el olvido de su loca empresa ó al menos de su extravío. Otros pueblos de Grecia, añadía, también habían hecho traición en aquella guerra á la causa de los romanos, sus hienhechores; pero si las promesas de Antioco les habían apartado de sus deberes, al menos, después de su derrota, evitando agravar su falta con obstinación culpable, habían merecido el perdón. Los etolios podían salvarse igualmente por medio del arrepentimiento, aunque se les podía acusar, no de haber seguido al rey y haberse aliado con él, sino de haberse puesto al frente de los enemigos de Roma.» La contestación de los etolios no fué pacífica; y viendo el cónsul que tenía que apelar á la fuerza, y á pesar de la derrota de Antioco, dar principio á nueva guerra contra aquel pueblo, partió de las Termópilas, acampó cerca de Heraclea, y el mismo día dió vuelta á caballo alrededor de la plaza para reconocer su posición por todas partes. Heraclea está situada al pie del monte OETA, en medio de una llanura, pero dominada por una fortaleza colocada en una altura á pico. Después de hacer los reconocimientos necesarios, decidió el cónsul atacar por cuatro puntos á la vez. Encargóse L. Valerio de dirigir los trabajos y las operaciones por el lado del río Asopo, donde se encuentra el gimnasio; Ti. Sempronio Longo, de sitiar el barrio fortificado, que era más populoso que la ciudad; M. Bebio, el barrio inmediato al golfo Maliaco, cuya aproximación era muy difícil; y Ap. Claudio se situó frente al templo de Diana, en las

orillas de un arroyo llamado Melar. Gracias al celo y actividad de estos jefes, levantáronse en pocos días las torres, arietes y demás máquinas de sitio. La comarca de Heraclea, que es pantanosa por todas partes y está cubierta de matorrales, suministraba con abundancia los materiales necesarios, y además las casas situadas fuera de la ciudad, abandonadas por los etolios, que se habían refugiado detrás de las murallas, ofrecían á los romanos, para todas las necesidades del sitio, vigas, tablas y hasta tejas, cemento y piedras de diferentes tamaños.

Los romanos atendían más á adelantar los trabajos del sitio que á dar asaltos; los etolios, por el contrario, solamente empleaban sus armas para defenderse. Cuando el ariete batía las murallas, en vez de tender cuerdas (1), como ordinariamente se hace, para contrarrestar los golpes, salían en masa espada en mano, y algunos con antorchas para incendiar los trabajos. Por todas partes había aberturas en las murallas para facilitar las salidas; y los sitiados, al reparar las brechas practicadas en las murallas, multiplicaban aquellas salidas, con objeto de caer sobre el enemigo por mayor número de puntos á la vez. En los primeros días, mientras tuvieron completas sus fuerzas, las salidas fueron más vivas y frecuentes; pero poco á poco se enfrió el ardor y disminuyó el número de combatientes, porque de todos los males que les abrumaban, ninguno les extenuaba tanto como las vigilias. Gracias á la fuerza de su ejército, los romanos podían relevarse sucesivamente, mientras que los etolios, pocos en número, día y noche se consumían en incesantes trabajos. Durante veinticuatro días no tuvieron punto de reposo; habiendo de

(1) Estas cuerdas servían para coger el ariete, separarlo de un lado y derribarlo con todas las obras que le sostenían.

sostener día y noche sin descanso los asaltos que daban los romanos por cuatro puntos á la vez. Creyendo al fin el cónsul, por la duración del sitio y por el relato de los desertores, que los etolios se encontraban extenuados, recurrió á otro sistema. Mandó tocar retirada á media noche, y cesar el ataque en todos los puntos al mismo tiempo, manteniendo á sus soldados en descanso dentro del campamento hasta la tercera hora del día. Entonces comenzó de nuevo el combate, lo prolongó hasta media noche y lo suspendió otra vez hasta la hora tercera del día. Creyeron los etolios que aquellas interrupciones por parte de los sitiadores reconocían también por causa el cansancio y la extenuación; y en cuanto oyeron tocar retirada á los romanos, en cierta manera obedecieron la señal, abandonaron apresuradamente sus puestos y no se presentaron armados sobre las murallas hasta la tercera hora del día.

El cónsul, después de suspender esta vez el ataque á media noche, mandó comenzar de nuevo á la cuarta vigilia con más energía, pero sobre tres puntos solamente, y ordenó á T. Sempronio que por su parte tuviese sus soldados preparados para atacar á la primera señal. Opinaba, acertadamente, que en una alarma nocturna, los etolios acudirían irremisiblemente á los puntos en que resonasen los gritos. En efecto; mientras aquellos sitiados que dormían arrancaban trabajosamente al sueño sus cuerpos quebrantados por el cansancio y las vigiliass, otros, que aún no estaban dormidos, acudieron en medio de la obscuridad al punto donde se oía el ruido. Los romanos se esforzaban en un lado en atravesar la brecha, en otro en escalar la muralla, y los etolios acudieron por todas partes para rechazarlos. Un solo punto dejaron indefenso, el barrio, porque no lo atacaban; pero los sitiadores estaban allí, no esperando más que la señal, y en aquel lado no había un solo de-

fensor. Ya comenzaba á despuntar el día cuando el cónsul dió la señal, y sus soldados, sin necesidad de combatir, parte entraron por la brecha y parte escalaron las murallas que aún quedaban en pie. A los primeros gritos que les anunciaban la toma de la ciudad, abandonaron en seguida sus puestos los etolios y se refugiaron en la fortaleza. Los vencedores saquearon la ciudad, permitiéndolo el cónsul, menos por satisfacer pasiones de odio y venganza, que por recompensar á los soldados de la sujeción en que les había mantenido en medio de tantas ciudades reconquistadas, dejándoles al fin saborear alguna parte de los frutos de la victoria. Cerca del mediodía retiró á sus tropas del pillaje, las dividió en dos cuerpos, y mandó á uno de ellos que rodease la montaña para ocupar una altura que se alzaba tanto como el pico de la fortaleza y de la que se encontraba separada por un valle intermediario, pero las cumbres de los dos picos estaban tan cercanas, que se podía lanzar venablos á la fortaleza. El cónsul debía subir á la cabeza del segundo cuerpo, desde la ciudad á la fortaleza, esperando solamente la señal de los que habían de escalar la montaña por detrás. Los etolios, que guarnecíán aquel punto, ni siquiera resistieron á los primeros gritos de los sitiadores, que acababan de ocupar la altura ni al ataque que los romanos dirigían desde el centro de la ciudad: habían perdido el valor y no habían hecho ningún preparativo para sostener largo sitio; veían además la multitud de mujeres, niños y hombres inútiles que se habían refugiado en la fortaleza, que apenas bastaba para contenerlos y no podía defenderles. Así fué que, al primer asalto, depusieron las armas y se rindieron. Entre los prisioneros se encontraba el jefe Damócrito que al principio de la guerra, habiéndole pedido T. Quincio el decreto por el que sus conciudadanos llamaban á Antioco, le contestó «que se

lo daría en Italia, cuando acampasen allí los etolios.» El recuerdo de esta insolencia aumentó el regocijo de los vencedores.

Al mismo tiempo que asediaban los romanos Heraclea, Filippo sitiaba á Lamia; doble empresa que había sido concertada en la entrevista de las Termópilas, entre el cónsul que regresaba de la Beocia y el rey que había ido á felicitarle por su victoria, tanto á él como al pueblo romano, y á excusarse porque una enfermedad le había impedido tomar parte en la expedición. En seguida partieron cada uno por un lado para llevar á cabo los dos sitios á la vez. Estas dos ciudades solamente distan siete millas entre sí, y como Lamia está situada en una altura desde donde se descubren las cercanías, la distancia parecía menor aún y nada quedó oculto. Suscitóse por tanto una manera de rivalidad entre romanos y macedonios, que á porfía trabajaban y combatían día y noche. Pero los macedonios encontraban mayores dificultades; los romanos solamente tenían que construir obras sobre el suelo, y los macedonios abrían minas en terreno pedregoso, en el que con frecuencia encontraban roca que resistía al hierro. Viendo el rey el poco resultado de aquellos esfuerzos, entabló tratos con los principales de la ciudad, procurando atraerles a la capitulación, no dudando que, si se tomaba antes Heraclea, prefiriesen rendirse á los romanos, consiguiendo el cónsul el mérito del levantamiento del sitio. No se engañaba Filippo; inmediatamente después de la toma de Heraclea, recibió por un mensajero aviso para que desistiese del sitio; «siendo natural, le decían, que la ventaja estuviese de parte de los romanos, que habían tenido el trabajo de combatir á los etolios.» De esta manera se levantó el sitio de Lamia, debiendo al desastre de una ciudad vecina no experimentar igual desgracia.

Pocos días antes de la toma de Heraclea, los etolios, reunidos en asamblea general en Hypata, enviaron legados á Antioco, formando parte Thoas de esta legación como de la anterior. En primer lugar debían insistir con el príncipe para que pasase personalmente á Grecia al frente de nuevas fuerzas de tierra y mar; y en segundo lugar para conseguir al menos dinero y hombres, si le retenía alguna empresa. «Su honor y su palabra, le decían, estaban comprometidos en que no abandonase á sus aliados; pero la seguridad de su reino especialmente le obligaba á no dejar el campo libre á los romanos para que destruyesen á la gente etolia y pasar en seguida con todas sus fuerzas al Asia.» Las observaciones eran exactas, por lo que impresionaron mucho al rey, que, por el momento, entregó á los legados el dinero necesario para la guerra, y prometió enviar socorros en hombres y en naves, reteniendo en su corte al legado Thoas, que quedó allí de buen grado y que con su presencia debía apresurar el cumplimiento de las promesas.

Pero la captura de Heraclea acabó de abatir el ánimo de los etolios, y pocos días después de la marcha de los legados que iban al Asia para avivar la guerra é instar al rey, renunciaron á sus proyectos belicosos y enviaron á pedir la paz al cónsul. A las primeras palabras interrumpió el cónsul á los legados, diciéndoles que tenía asuntos más urgentes, y les mandó regresar á Hypata, después de concederles diez días de tregua. Dispuso que les acompañase L. Valerio Flaco, á quien debían someter sus instrucciones presentes y las demás peticiones que tuviesen que hacer; y cuando llegaron á Hypata, reuniéronse con Flaco los principales etolios para deliberar acerca de las proposiciones que presentarían al cónsul. Preparábanse á recordar las antiguas alianzas y los servicios que habían prestado al pueblo

romano, cuando les exhortó Flaco á no invocar los lazos que ellos mismos habían roto. «La confesión de su falta, añadió, y las súplicas humildes les servirían más. No pudiendo alegar la bondad de su causa, solamente deberían la salvación á la clemencia del pueblo romano. Si se presentaban como suplicantes, les ofrecía su apoyo, bien cerca del cónsul, bien en Roma ante el Senado, porque también tendrían que enviar allí legados.» Todos reconocieron que su único recurso era entregarse á merced de los romanos, que, por pudor, tendrían que respetar á los suplicantes, y porque este paso les dejaría libertad para obrar, si la fortuna les ofrecía ocasión favorable.

Cuando la legación se presentó al cónsul, Feneo, que era el jefe, pronunció larga oración, diestramente dispuesta para calmar la cólera del vencedor, y terminó diciendo que los etolios se entregaban con todo lo que poseían á merced del pueblo romano. El cónsul contestó: «Pensad bien, etolios; pensad bien el compromiso á que os obligáis.» Feneo le enseñó el decreto en que estaba terminantemente consignada la resolución. «Pues bien, dijo el cónsul: puesto que os entregáis sin condiciones, os exijo que en el acto me entreguéis á vuestro conciudadano Dicearco, á Menesta el epirota (este había entrado en Neupacta con un cuerpo de tropas y sublevado á los habitantes) y á Aminandro con los principales athamanos, cuyos consejos os llevaron á la defección.» Feneo casi le interrumpió exclamando: «No queremos ser esclavos tuyos, no hacemos otra cosa que entregarnos á tu buena fe; y estoy seguro de que solamente la ignorancia de nuestras costumbres te lleva á dar órdenes que les son tan contrarias.» «Poco me cuido, á fe mía, replicó el cónsul, que los etolios consideren mi conducta más ó menos conforme con las costumbres de la Grecia; bástame usar, según las de los ro-

manos, de mi autoridad sobre los pueblos que acaban de someterse, por propio decreto, después de vencidos por la fuerza de mis armas. Así, pues, obedeced en el acto mis órdenes, ó mandaré que os carguen de cadenas.» En seguida mandó traerlas y mandó á los lictores que las pusiesen á los legados. Esta energía abatió el orgullo de Feneo y de los demás etolios, que al fin comprendieron la situación en que se encontraban. Feneo declaró en nombre de todos que sus colegas y él veían claramente que tenían que obedecer, pero que era necesario que ratificase aquel compromiso la asamblea general de la nación, y que para ello pedía diez días de tregua. Flaco apoyó el ruego de los etolios y se otorgó la tregua, regresando á Hypata los legados. Allí, habiendo expuesto Feneo en el consejo secreto de los apocletas las órdenes del cónsul y el tratamiento con que habían sido amenazados, los varones más notables gimieron por su triste posición, pero opinaron que era necesario obedecer al vencedor y convocar á los legados de todas las ciudades en asamblea general.

Cuando reunida toda la nación se enteró de lo ocurrido, el rigor y soberbio despotismo del cónsul sublevaron de tal manera los ánimos que, si hubiesen estado en plena paz, aquel primer arrebató de cólera habría bastado para encender la guerra. La indignación había aumentado por la dificultad misma de ejecutar aquellas órdenes. ¿Cómo entregar á Aminandro?, decían. Además, había renacido la confianza con la llegada de Nicandro, que regresaba de la corte de Antioco. Isonjeándose entonces con una esperanza que no debía realizarse, creyendo que el rey hacía inmensos preparativos por mar y tierra. Hacía doce días que aquel legado, después de terminar su misión, había hecho rumbo para la Etolia, cuando llegó á Falares, en el golfo Maliaco. Desde allí remitió á Lamia el dinero de que esta-

ba encargado, y se puso en camino á la entrada de la noche con débil escolta, con dirección á Hypata, á través de los campos y por senderos que conocía. Pasaba entre los campamentos de los macedonios y los romanos, cuando cayó en un puesto de macedonios que le llevaron á presencia del rey, que aún estaba á la mesa. Al enterarse Filipo, tratándole antes como huésped que como enemigo, quiso que se sentase á su lado y comiese; en seguida mandó que se retirasen todos menos Nicandro, y le aseguró que nada tenía que temer por su persona. Cuando quedó á solas con él, quejóse de la imprudencia de los etolios, de aquella ceguedad de que siempre eran las primeras víctimas; censuróles haber llamado á Grecia primeramente á los romanos, y después á Antioco. «Pero, añadió, olvidaba aquel pasado, más fácil de censurar que de corregir, y no les insultaría en sus desgracias. Era necesario que, por su parte, los etolios sacrificasen al fin el odio que le tenían y que recordase Nicandro que aquel mismo día le debía la vida.» En seguida le dió una escolta para que le acompañase hasta que estuviese en seguridad, y llegó á Hypata en el momento en que deliberaban acerca de la conclusión de la paz con los romanos.

M. Acilio, después de vender ó abandonar á los soldados el botín de Heraclea, enterado de que la asamblea de Hypata no se inclinaba á la paz, y de que los etolios se habían reconcentrado en Neupacta para dirigir desde allí su plan de resistencia, envió á Appio Claudio con cuatro mil hombres para que se apoderase de las alturas que dominan los pasos difíciles, y él mismo ocupó la cumbre del OEta. Allí ofreció un sacrificio á Hércules, en el punto llamado Pyra, porque, según dicen, allí quemó este dios su cuerpo mortal. En seguida se puso en marcha con todo su ejército, recorriendo con bastante rapidez el resto del camino. Llegado al

monte Corax, que se alza entre Calípolis y Neupacta, perdió muchas bestias de carga que cayeron á los precipicios con lo que llevaban; los soldados también sufrieron mucho. Entonces se convencieron de la inercia de los enemigos con quienes tenían que combatir, porque no habían ocupado aquel desfiladero tan peligroso con fuerzas que impidiesen el paso. Pero no sin mucho trabajo descendió el ejército á Neupacta. El cónsul, después de levantar un fuerte delante de la fortaleza, rodeó los otros barrios de la ciudad, distribuyendo las tropas según la disposición de las murallas. Aquel sitio no costó menos trabajos y fatigas que el de Heraclea.

Por el mismo tiempo dieron principio los aqueos al sitio de Mesena, que se negaba á entrar en su liga. Esta ciudad y la de Elis, eran las únicas del Peloponeso que no formaban parte de la liga aquea, sino que estaban por los etolios. Sin embargo, después de la retirada de Antioco, los eleenos habían contestado con menos altivez á los enviados de los aqueos que una vez fuera de sus murallas la guarnición real, deliberarían acerca de lo que debían hacer. Los mesenios despidieron á los legados sin responderles y tomaron las armas. Pero en seguida, temiendo por sus propiedades, á la vista de las bandas enemigas que recorrían su territorio con la antorcha en la mano, é iban á acampar bajo las murallas de la ciudad, enviaron un mensajero á Calcis, á su libertador T. Quinceio, para decirle que estaban prontos á abrir sus puertas y á rendirse á los romanos, pero no á los aqueos. Al recibir esta noticia, partió Quinceio en el acto, y envió de Megalópolis á Diófanes, pretor de los aqueos, orden de levantar el sitio de Mesena y de reunirse con él. Diófanes obedeció, y después de dar la señal de marcha, partió solo delante, encontrando á Quinceio cerca de Andania, pueblecillo entre Megalópolis y Mesena. Cuando le expuso los motivos que ha-

bían guiado á los aqueos, el general romano le dirigió algunas reconvenciones por haberse comprometido en una empresa de aquella importancia sin autorización suya, le mandó licenciar su ejército y no turbar la paz de que disfrutaban por igual todos los griegos. En cuanto á los mesenios, obligóles á llamar á los desterrados y á acceder á la liga aquea, declarándoles que, si tenían que hacer representaciones, ó que tomar precauciones para lo porvenir, podían ir á verle en Corinto. Exigió á Diófanes que convocase en el acto la asamblea general de los aqueos para que le oyese. Allí se quejó de que se habían apoderado de Zyzintha por traición, y pidió la restitución de esta isla á los romanos. Zyzintha había pertenecido al rey Filipo, que la había cedido á Aminandro para que éste príncipe permitiese el paso por la Athamania á las tropas macedónicas destinadas á invadir la Etolia superior. Esta expedición había abatido el ánimo de los etolios, reduciéndolos á pedir la paz. Aminandro encargó primeramente el mando de la isla á Filipo Megalopolitano; más adelante, cuando se unió con Antioco contra los romanos, llamó al prefecto para emplearlo en la guerra, enviando para que le sucediese al agrigentino Hierocles.

Este último fué el que, después de la fuga de Antioco en las Termópilas y de la de Aminandro, arrojado de la Athamania por Filipo, hizo las primeras indicaciones al pretor Diófanes, y, mediante una cantidad convenida, entregó Zyzintha á los aqueos. Los romanos la pidieron como premio de la victoria, diciendo que «el cónsul M. Acilio y sus legiones no habían combatido en las Termópilas por Diófanes y los aqueos.» Diófanes contestaba, en tanto justificando su conducta y la de sus compatriotas, en tanto debatiendo la cuestión de derecho. Algunos aqueos, por el contrario, protestaban que desde el principio se habían negado á aquella transac-

ción, y atribuían toda la culpa á la obstinación del pretor. Acordóse, pues, acerca de la proposición que T. Quincio decidiese como quisiera. Tan severo como era Quincio cuando le resistían, era amable desde el momento en que se le sometían: dulcificando, pues, la voz, dijo: «Si creyese útil á los aqueos la posesión de Zyzintha, propondría al Senado y al pueblo romano que os la abandonase; pero sois como la tortuga: encogida bajo su concha, se encuentra al abrigo de todo ataque; saca los miembros y todo lo que deja ver es vulnerable y no tiene defensa. Así los aqueos, protegiéndoos por todas partes el mar, podéis tener fácilmente bajo vuestra mano y defender cuanto se encuentra en los límites del Peloponeso; pero si la pasión de las conquistas os saca de ese círculo, todo lo que adquiráis fuera quedará expuesto sin defensa á todos los ataques.» La asamblea aplaudió estas observaciones; el mismo Diófanes no se atrevió á replicar y Zyzintha fué entregada á los romanos.

En el momento en que el cónsul iba á marchar á Neupacta, habiendo pedido y obtenido Filippo su aquiescencia para reducir las ciudades que habían abandonado la causa de los romanos, llevó su ejército contra Demetriades, en la que sabía reinaba profunda agitación. Privados los habitantes de toda esperanza, abandonados por Antioco y no contando ya con los etolios, esperaban día y noche ver presentarse á Filippo, que era su enemigo, ó á los romanos, cuya cólera era tanto más temible cuanto más justificada. En la ciudad permanecía un grupo indisciplinado de soldados de Antioco: la guarnición, poco numerosa al principio, que dejó aquel príncipe, había aumentado después con los fugitivos escapados de la derrota de las Termópilas, la mayor parte desarmados y que carecían de fuerza y valor para sostener un sitio. Así, pues, ante las seguridades que

daban los emisarios de Filipo de que era posible obtener perdón, contestaron que el rey encontraría las puertas abiertas. Al acercarse, salieron de la ciudad algunos habitantes de los más notables; Euriloco se dió la muerte, y los soldados de Antioco, en conformidad con la capitulación, atravesaron la Macedonia y la Tracia escoltados por macedonios que los llevaron á Lysimaquia. También se encontraban en Demetriades algunas naves bajo las órdenes de Isidoro, y también consiguieron libertad de marcharse con su prefecto. Filipo se apoderó en seguida de Dolopia, Apercencia y de muchas ciudades de la Perrhebia.

Mientras realizaba estas cosas Filipo, T. Quinceio, después de conseguir de la asamblea general de los aqueos la restitución de Zyzintha, hizo rumbo á Neupacta. Esta plaza, sitiada dos meses ya, estaba á punto de sucumbir, y si la tomaban por asalto, arrastraría inevitablemente en su ruina toda la nación etolia. Tenía Quinceio justos motivos de resentimiento contra los etolios, porque no había olvidado que ellos solos habían querido arrebatarle la gloria de libertar la Grecia, y no estimaron sus consejos, cuando previendo las desgracias que les abrumaban ahora, procuró disuadirles de su loca empresa. Sin embargo, creyó honroso para él no dejar perecer ninguna nación de aquella Grecia que libertó con su trabajo, y paseó alrededor de las murallas para que le viesen los etolios. Los centinelas avanzados le reconocieron en seguida, y por todas partes circuló la noticia de que Quinceio estaba allí. Los habitantes acudieron en seguida apresuradamente á las murallas, y tendiendo hacia él manos suplicantes, le llamaron por su nombre y le pidieron á una voz que les socorriese y salvase. Aunque muy conmovido por aquellas súplicas, indicó con la mano que nada podía hacer por ellos; pero presentándose al cónsul, le dijo: «Acilio, ¿no ves lo que

pasa?; ó si los hechos hablan con claridad ante tus ojos, ¿crees que no está en juego el interés de la república?» Estas palabras despertaron la atención del cónsul, que respondió: «¿Qué quieres decir? ¡Explicatel!» «¡Cómo! dijo Quinceio, ¿no ves que desde la derrota de Antioco pierdes el tiempo sitiando dos ciudades y que tocas al término de tu mando, mientras que Filipo, sin haberse presentado en el campo de batalla, sin haber visto siquiera al enemigo, ha sometido ya, no ciudades, sino comarcas enteras, la Athamania, la Perrhebia, la Ape-rancia y la Dolopia? Menos nos interesa á nosotros debilitar el poder de los etolios que prevenir el desmesurado ensanche de Filipo, y no puedes resignarte á no haber podido reducir aún dos ciudades como premio de tus triunfos y de tus soldados, cuando Filipo es ya dueño de tantas provincias.»

El cónsul reconocía la exactitud de las observaciones, y le retenía la vergüenza de levantar el sitio; pero concluyó por dejar completa libertad á Quinceio. Regresó éste al punto donde poco antes habían lanzado los etolios su grito de angustia, y en el acto repitieron sus ruegos con mayor instancia, pidiéndole compasión para el pueblo etolio; á la invitación que les hizo de enviar algunos de los suyos, se apresuraron á salir el mismo Feneo y los principales de la ciudad. Cuando les vió á sus pies, les dijo: «Vuestra desgracia me obliga á contener mi enojo y mis palabras. Mis predicciones se han realizado, y ni siquiera tenéis el triste consuelo de decir que no habéis merecido vuestra suerte. Sin embargo, puesto que el destino me ha encargado, por decirlo así, de velar por la Grecia, ni vuestra misma ingratitude me impedirá continuar la serie de mis beneficios. Pedid al cónsul una tregua bastante larga para que tengáis tiempo de enviar á Roma una legación que ofrezca vuestra sumisión al Senado. Yo intercederé por

vosotros y os apoyaré ante el cónsul.» Siguieron el consejo de Quincio: el cónsul recibió con bastante afabilidad á los legados, les concedió una tregua cuyo término fijó en el día en que conociesen la respuesta del Senado, levantó el sitio, envió su ejército á la Fócida, y en seguida hizo vela para Egio con T. Quincio, para asistir á la asamblea general de los aqueos. Ocupáronse allí de los asuntos de los eleenos y del llamamiento de los desterrados lacedemonios (1); no quedando resueltas ninguna de las dos cuestiones, porque los aqueos querían conseguir todo el honor del llamamiento, y los eleenos preferían acceder voluntariamente á la liga aquea que verse obligados á ello por los romanos. Acilio recibió en seguida una legación de los epirotas; de los que se sabía positivamente que habían encontrado fidelidad más que dudosa; sin embargo, no habían suministrado soldados á Antioco. Acusábaseles de haber ayudado con dinero, y ellos no negaban haberle enviado legados. Como pedían la renovación de la antigua alianza, el cónsul les contestó que no sabía aún si debía considerarles como enemigos ó como aliados; que el Senado juzgaría; que les remitía la decisión de su suerte y que para ello les concedía noventa días de tregua. Los epirotas marcharon á Roma y se presentaron al Senado, donde se esforzaron en hacer valer las hostilidades que no habían cometido, más bien que en justificarse de las faltas que les imputaban; así fué que el Senado, en su contestación, más pareció otorgarles gracia que aprobar su apología. Legados de Filipo consiguieron también, por la misma época, audiencia del Senado, le felicitaron por la victoria conseguida sobre Antioco y pidieron permiso para ofrecer en el Ca-

(1) Estos desterrados lacedemonios eran los que Nabis y sus predecesores habían expulsado de su patria.

pitolio un sacrificio y colocar un don gratuito en el templo de Júpiter Optimo Máximo. Este don era una corona de oro de cien libras de peso (1). Contestáronles con benevolencia y además les entregaron al joven Demetrio (2), hijo de Filipo, que estaba en rehenes en Roma, para que lo llevaran á su padre. Así terminó la guerra que el cónsul M. Acilio sostuvo en Grecia contra el rey Antioco.

El otro cónsul, P. Cornelio Escipión, mandaba la provincia de la Galia; antes de marchar para combatir á los boyos, rogó al Senado le concediese la cantidad necesaria para los gastos de los juegos que durante su propretura en España, en medio de un combate dudoso, hizo voto de celebrar. Su petición pareció extraordinaria é infundada, y en consecuencia se decidió «que como había hecho el voto por autoridad propia, sin consultar al Senado, tomase lo necesario de los despojos que sin duda había reservado para aquella solemnidad, ó que la celebrase á sus expensas.» Los juegos duraron diez días. Por el mismo tiempo se dedicó el templo de la diosa Idea Máter. Este mismo P. Cornelio, cónsul ahora, fué quien recibió la diosa en la ribera y la llevó al Palatino, cuando la trajeron del Asia bajo el consulado de P. Cornelio Escipión, llamado después el Africano, y de Licinio. Los censores M. Livio y C. Claudio, bajo el consulado de M. Cornelio y P. Sempronio, emprendieron la construcción del templo en virtud de un *senatus-consulto*. Trece años después hizo la dedicación M. Junio Bruto, celebrándose con este motivo los juegos llamados magalésicos, que, si ha de creerse á Valerio Ancias, fueron los primeros juegos escénicos. El duun-

(1) Cerca de treinta y ocho kilogramos.

(2) Polibio dice que se devolvieron además al rey de Macedonia muchas ciudades y se le perdonó el tributo á que estaba sometido.

viro C. Licinio Lúculo hizo también en el Circo máximo la dedicación del templo de la Juventud, ofrecido diez y seis años antes por el cónsul M. Livio, el día en que destruyó á Asdrúbal y su ejército. Livio también comenzó su construcción, durante su censura, bajo el consulado de M. Cornelio y P. Sémpronio. A esta dedicación, lo mismo que á la otra, acompañaron juegos, y se llenaron estos deberes religiosos con tanto más cuidado cuanto que amenazaba otra guerra con Antioco.

Ya había partido para la guerra el cónsul M. Acilio y su colega permanecía en Roma cuando se verificaron estas cosas. Al principio del año ocurrió, según dicen, que dos bueyes domésticos subieron por las escaleras hasta el techo de una casa en el barrio de las Carenas (1). Por orden de los arúspices los quemaron vivos y arrojaron sus cenizas al Tíber. Súpose que en Terracina y Amiterno cayeron muchas veces lluvias de piedras; que en Minturno había caído el rayo en el templo de Júpiter y las tiendas del Foro, y que el fuego del cielo había consumido dos naves en la desembocadura del Vulturno. Con motivo de estos prodigios, los decenviros consultaron por orden del Senado los libros sibilinos, y declararon «que era necesario establecer en honor de Ceres un ayuno (2), que se observaría cada

(1) Las Carenas eran un barrio de Roma, formado por un valle entre los montes Celio y Esquilino. Allí comenzaba la Vía Sacra.

(2) El uso de los ayunos religiosos remonta á la más apartada antigüedad. Los egipcios ayunaban para purificarse, antes de asistir á los sacrificios. De la misma manera se honraba en la isla de Creta á Júpiter, cuyos sacerdotes no debían comer carne ni ningún manjar cocido. En Roma, además de los juegos públicos, establecidos en honor de Ceres, los había igualmente para otras divinidades. También se ayunaba para preservarse de los males de que se creían amenazaban, para procurarse la pureza del cuerpo ó para conseguir la explicación de un sueño misterioso.

cinco años; ofrecer un sacrificio novendial, y hacer rogativas un día, á las que asistirían todos los ciudadanos con coronas; en fin, que el cónsul P. Cornelio inmolaría á los dioses que le designasen los decenviros las víctimas que les señalasen éstos.» Después de aplacar á los dioses con la ejecución de los votos y la expiación de los prodigios, partió el cónsul para su provincia, donde mandó al procónsul Cn. Domicio que licenciase su ejército y regresase á Roma, entrando él con sus legiones por tierra de los boyos.

Casi por este mismo tiempo, los ligurios, que habían tomado de nuevo las armas y jurado la ley sacra, cayeron una noche de improviso sobre el campamento del procónsul Q. Minucio, quien mantuvo hasta el amanecer formados en batalla sus soldados detrás de las empalizadas, atendiendo á que el enemigo no las forzase por ningún punto. En cuanto fué de día, ordenó doble salida por dos puertas á la vez; pero, contra lo que esperaba, los ligurios no fueron arrollados al primer choque y disputaron la victoria durante más de dos horas. Al fin, viendo salir sin cesar del campamento nuevos refuerzos, atacados por fuerzas frescas que reemplazaban á los soldados cansados, y extenuados ellos además por las vigiliás, emprendieron la fuga. Matáronles más de cuatro mil hombres, perdiendo menos de trescientos los romanos y los aliados. Cerca de dos meses después, el cónsul P. Cornelio dió batalla á los boyos y los venció; y si ha de creerse á Valerio Ancias, les mató veintiocho mil hombres, les hizo tres mil cuatrocientos prisioneros y se apoderó de ciento veinticuatro enseñas militares, de mil doscientos treinta caballos y de doscientos cuarenta y siete carros, no pasando la pérdida de los vencedores de mil cuatrocientos ochenta y cuatro hombres. Aunque creyendo poco en los datos de este escritor, más inclinado que ninguno á la exageración,

no puede dudarse de la importancia de aquella victoria, de la que dan fe la toma del campamento, la pronta sumisión de los boyos inmediatamente después de la batalla, las acciones de gracias que con este motivo decretó el Senado y la inmolación de víctimas mayores.

Por los mismos días, M. Fulvio Nobilior, que regresaba de la España ulterior á Roma, obtuvo los honores de la ovación. Llevaron delante de él doce mil libras de plata en barras, ciento treinta mil de plata acuñada y ciento veintisiete de oro. El cónsul P. Cornelio hizo que los boyos le entregasen rehenes y confiscó casi la mitad de su territorio, con objeto de que el pueblo romano pudiese enviar colonias, si lo consideraba conveniente. En seguida partió para Roma, donde se consideraba seguro de obtener el triunfo, licenció su ejército y lo citó en las puertas de la ciudad para el día de la solemnidad. Al día siguiente de su llegada convocó al Senado en el templo de Belona, dió cuenta de sus actos y pidió autorización para entrar en triunfo en Roma. El tribuno del pueblo, P. Sempronio Bleso, sin querer negar este favor á Escipión, propuso que se aplazase la respuesta, diciendo que «las guerras de Liguria habían estado siempre ligadas con las de la Galia, porque estos dos países vecinos se ayudaban mutuamente. Si P. Escipión, después de la derrota de los boyos, hubiese entrado en persona al frente de su ejército victorioso por el territorio de los ligurios, ó si hubiese enviado parte de sus tropas á Q. Minucio, retenido tres años ya en aquel país por una guerra dudosa, se podría haber concluído con la Liguria. Pero preocupado solamente en prepararse numeroso cortejo para su triunfo, había alejado de la provincia soldados que hubiesen podido prestar grandes servicios á la república, y que aún podrían prestarlos si el Senado quisiera, aplazando el triunfo, reparar el daño causado por la precipitación

del general. Era necesario enviar otra vez al cónsul y sus legiones á la provincia, con orden de trabajar en la sumisión de los ligurios. Mientras no quedase este pueblo bajo la dependencia y dominio de Roma, tampoco permanecerían tranquilos los boyos, y era indispensable resignarse á tener paz ó guerra con las dos naciones. Una vez sometida la Liguria, P. Cornelio triunfaría después de algunos meses, pero como proeónsul, como tantos otros generales que no habían triunfado hasta después de salir del cargo.

El cónsul contestó: «Que la suerte no le había designado la Liguria por provincia, que no había hecho la guerra á los ligurios y que no podía triunfar de ellos. Esperaba que Q. Minucio, vencedor de aquel pueblo, se presentaría muy pronto á solicitar un triunfo que habría merecido y no dejaría de obtenerlo. En cuanto á él, reclamaba este honor por haber derrotado á los galos boyos en batalla campal, forzado su campamento, recibido dos días después del combate la sumisión de la nación entera y asegurado la paz para lo porvenir haciéndoles entregar rehenes. Pero lo que aumentaba la importancia de su victoria era que había matado en aquella batalla tantos galos como ningún general romano había tenido que combatir antes de él. De cincuenta mil hombres que tenía delante habían perecido más de la mitad, tenía en su poder millares de prisioneros y no quedaban á los boyos más que ancianos y niños. ¿Podía extrañarse, en vista de esto, que un ejército victorioso, que no había dejado ni un solo enemigo en su provincia, regresase á Roma para honrar con su presencia el triunfo de su cónsul? Si el Senado quería pedir á aquellos soldados que sirviesen á la república en otra provincia, ¿qué medio sería mejor para hacerles arrostrar con más ardor nuevos peligros y fatigas? ¿el de no disputarles el premio de sus esfuerzos y trabajos

pasados, ó despedirles sin otra cosa que esperanzas, después de haber visto frustradas ya las primeras que formaron? En cuanto á él, bastante gloria se le había concedido para el resto de su vida el día en que el Senado le declaró el romano más virtuoso para recibir á la diosa Idea Máter. Este solo título, á falta del de cónsul y triunfador, bastaría para atraer homenajes y respetos á la imagen de P. Escipión Nasica (1).» El Senado consintió entonces por unanimidad concederle el triunfo y obligó al mismo tiempo al tribuno del pueblo á desistir de su oposición. P. Cornelio triunfó, pues, de los boyos. En este triunfo, el cónsul ostentó sobre carros galos armas, enseñas, vasos de bronce y despojos galos de toda clase, llevando en su comitiva con los prisioneros notables considerable número de caballos cogidos á los vencidos. Hizo llevar delante de él mil cuatrocientos setenta y un collares de oro, doscientas cuarenta y siete libras de este metal, dos mil trescientas cuarenta de plata en barras ó labrada en vasos galos, de trabajo menos rudo que el ordinario, y doscientas treinta y cuatro mil monedas bigatas. Distribuyó ciento veinticinco ases á cada soldado de los que siguieron su carro, doble á cada centurión y triple á cada jinete. Al día siguiente convocó la asamblea del pueblo, dió cuenta de sus actos y se quejó de la injusticia del tribuno que quiso comprometerle en una guerra, encargada á otro general, para arrebatarle el fruto de su victoria; en seguida licenció sus tropas y las disolvió.

Mientras ocurrían estas cosas en Italia, encontrábase Antioco en Éfeso, completamente seguro en cuanto á los proyectos de los romanos, no suponiéndoles la idea de pasar al Asia; infundiéndole esta confianza la mayor

(1) Sabido es que al pie de las imágenes de los varones célebres, se escribían sus títulos, dignidades y acciones gloriosas.

parte de sus cortesanos, por adulación ó ceguedad. Anníbal, más atendido entonces que nunca, era el único que extrañaba no ver ya á los romanos en Asia: «pero no dudaba, decía, de su llegada. Les era más fácil pasar de Grecia al Asia que les había sido de Italia á Grecia, y Antioco era enemigo mucho más importante para despojarle que los etolios. Roma no era menos poderosa por mar que por tierra. Hacía mucho tiempo que la flota romana se encontraba en el cabo Maleo. Había oído decir que recientemente otro ejército naval con nuevo jefe habían llegado de Italia para comenzar las operaciones; debía, por consiguiente, el rey renunciar á sus ilusiones y no confiar en la paz. En Asia y por el Asia tendría que luchar muy pronto por mar y tierra contra los romanos. Era indispensable, ó que despojase de su preponderancia á aquel pueblo que ambicionaba el imperio del mundo, ó que perdiese él mismo su corona.» Antioco comprendió que solamente Anníbal preveía el porvenir con exactitud y lo predecía con franqueza. Embarcóse, pues, y llegó al Quersonero con las naves que estaban listas y equipadas, con objeto de defender aquel país en el caso de que los romanos tomasen el camino de tierra; encargó á Polixenidas que armara y alistase el resto de la flota y envió barcas exploradoras á reconocer todos los parajes de las islas.

C. Livio, prefecto de la flota romana, partió de Roma con cincuenta naves cubiertas, y recaló primeramente en Nápoles, donde había citado las naves sin cubierta que, según los tratados, debían suministrar los aliados de aquella costa: en seguida se dirigió á Sicilia, pasó por el estrecho á Mesina, se le reunieron seis naves auxiliares de Cartago, se hizo entregar las que debían dar Reggio, Locris y otras ciudades aliadas, y después de revistar la flota en Lacinio, se hizo á la mar. Cuando llegó á Corcira, primera ciudad de Grecia á que arribó, qui-

so averiguar dónde estaba la guerra, porque la Grecia no se encontraba completamente pacificada; informándose también de la posición de la flota romana. Al saber que el cónsul y el rey estaban fortificados cerca del desfiladero de las Termópilas, y que la flota se encontraba en el Pireo, comprendió que necesitaba apresurarse, continuó costeando el Peloponeso, después de talar Zyzintha y Sama, por haber seguido el partido de los etolios, tocó en el cabo Maleo, y, gracias á feliz navegación, llegó en pocos días al Pireo donde encontró su antigua flota. Cerca de Scylea vió á Eumeno con tres naves: este príncipe había permanecido mucho tiempo en Egina, vacilando entre regresar á sus estados para defenderlos de Antioco, que reunía en Éfeso sus fuerzas de tierra y mar, y no dejar ni un momento al ejército romano, de cuya suerte dependía la suya. A. Atilio partió del Pireo para Roma después de entregar á su sucesor veinticinco naves cubiertas. Livio se dirigió á Delos con ochenta y una naves rostratas y otras muchas menos importantes, algunas con espolón, pero sin cubierta, otras sin espolón y destinadas á las exploraciones.

Casi por este mismo tiempo sitiaba á Neupacta el cónsul Acilio. Livio estuvo retenido mucho tiempo en Delos por vientos contrarios; la región de las Cicladas es muy propensa á recios vientos, estando estas islas separadas unas de otras por brazos de mar más ó menos anchos. Enterado Polixenidas, por sus barcas exploradoras colocadas de trecho en trecho, de que la flota romana había fondeado en Delos, dió aviso al rey, que, dejando en seguida los asuntos que le habían llevado al Helesponto, partió con sus naves rostratas, regresó á Éfeso y celebró consejo para saber si debía arriesgar un combate naval. Polixenidas opinó que no se debía aplazar, diciendo «que era necesario dar la batalla antes de que se reuniesen con los romanos las naves de Eu-

meno y de los rodios. De esta manera el número era casi igual, siendo superiores en ligereza y por sus diferentes recursos las naves del rey. Las romanas eran masas pesadas toscamente construídas; además, estaban cargadas de provisiones porque venían á país enemigo. Las de Antioco, por el contrario, encontrándose en país amigo, sólo llevarían á bordo armas y soldados; consiguiéndose además mucha ventaja del conocimiento de los parajes, de las costas y de los vientos, cosas todas cuya ignorancia perturbaría al enemigo.» Todos aprobaron esta opinión, de cuya ejecución se encargaba el que la había expuesto. Empleáronse dos días en preparativos, y al tercero, cien naves casi todas menores (1), de las que eran cubiertas setenta y sin cubierta las restantes, hicieron rumbo á Focea. A la noticia de que se acercaba la flota romana, el rey, que no había de tomar parte en el combate naval, se retiró á Magnesia, cerca de Sipylo, para reunir allí sus fuerzas de tierra. Su flota se dirigió á Cysonta, puerto de Erythrea, que parecía posición más ventajosa para esperar al enemigo. Retenidos los romanos durante algunos días por el viento Norte, avanzaron en cuanto pudieron, de Delos á Fanes, puerto de Chio en el mar Egeo, se acercaron á la ciudad, tomaron provisiones en ella y pasaron á Focea. Eumeno, que había ido á buscar su flota en Elea, se presentó pocos días después al frente de veinticuatro naves cubiertas y de mayor número que no lo estaban, reuniéndose á cierta distancia de Focea con los romanos, que tomaban sus disposiciones y se preparaban al combate naval. La flota reunida constando de ciento cincuenta naves cubiertas y cerca de cincuenta descubiertas, habiéndose hecho á la vela, acercáronla prime-

(1) Naves mayores eran las que tenían más de tres órdenes de remos.

ramente á la costa los vientos del Norte que la empujaban de costado, viéndose obligadas las naves á marchar casi una á una y sucesivamente; pero en cuanto calmó algo el viento, procuraron ganar el puerto de Corcira que se encuentra por encima de Cysonta.

Enterado Polixenidas de la aproximación del enemigo, aprovechó apresuradamente la ocasión de combatir, desplegó su ala izquierda hacia la alta mar, mandó á los prefectos de las naves que desplegasen la derecha hacia tierra y avanzó de esta manera en línea. Al verle, el general romano mandó arriar las velas, calar los mástiles y quitar los aparejos, esperando las naves que venían detrás. En cuanto tuvo treinta de frente, trató de oponerlas al ala izquierda, mandólas izar las velas menores y avanzar mar adentro, dejando á las que seguían orden de acercarse á tierra para hacer frente al ala derecha. Eumeno se encontraba á retaguardia, pero cuando oyó el ruido que hacían desarbolando las naves, forzó velas y remos. Las dos flotas se encontraban frente á frente: dos naves cartaginesas, colocadas á la cabeza de la romana, fueron atacadas por tres reales. La lucha era desigual: dos naves abordaron á una cartaginesa, empezando por destrozarles los remos por ambas bandas: en seguida saltaron los sirios espada en mano, y degollaron ó lanzaron al mar la tripulación, apoderándose de la nave. La otra, que había peleado con fuerzas iguales, viendo la primera en poder del enemigo, no esperó que las tres naves sirias acudiesen á atacarla á la vez y retrocedió hacia la flota. Ardiendo Livio en ira, lanzó su nave pretoria contra el enemigo. Las dos que se habían reunido contra la cartaginesa, avanzaron en seguida á su encuentro, esperando conseguir igual resultado. Livio mandó á los romanos bajar los remos en las dos bandas para asegurar la nave, aferrar las enemigas con los garfios de hierro, y que, en

cuanto se trabase el combate á pie firme, que recordasen que eran romanos y no considerasen hombres de valor aquellos esclavos de un rey. Si las dos naves acababan de triunfar sin trabajo de una sola, á su vez y más fácilmente aún quedaron fuera de combate y fueron capturadas por la pretoria. Ya peleaban las dos flotas en toda la línea, habiéndose hecho el combate general. Eumeno, que desde su puesto en la retaguardia no había podido llegar hasta después de comenzar la lucha, viendo que Livio desordenaba el ala izquierda del enemigo, cayó sobre la derecha, que disputaba la victoria.

Poco después, el ala izquierda comenzó la fuga, porque viendo Polixenidas la indudable superioridad que el valor daba á los romanos, mandó arriar las velas menores y huyó en desorden con toda la velocidad posible. En seguida siguieron su ejemplo los del ala derecha que peleaban cerca de la costa con Eumeno. Los romanos y Eumeno se lanzaron en persecución suya forzando los remos, esperando destrozarse por aquel medio la retaguardia. Pero viendo que la ligereza de las naves sirias favorecía su fuga, y que las romanas, cargadas de provisiones, hacían esfuerzos inútiles, se detuvieron al fin; trece naves enemigas, con los soldados y remeros que las tripulaban, cayeron prisioneras y diez fueron á pique; no perdiendo la flota romana más que la nave cartaginesa abordada al principio del combate. Polixenidas no se detuvo en su fuga hasta el puerto de Éfeso y los romanos pasaron el día en la rada, de donde salió á su encuentro la flota real; al siguiente día continuaron persiguiendo al enemigo. Próximamente á la mitad del camino encontraron las naves cubiertas de los rodios, en número de veinticinco, á las órdenes de Pausistrato. Con este refuerzo marcharon á buscar al enemigo en Éfeso y se ordenaron en batalla á la entrada del puerto. Después de arrancar al enemigo la confesión de

su debilidad, despidieron á Eumeno y á los rodios y se dirigieron á Chio, pasando delante de Feniconto, puerto del territorio de los erithres, permanecieron por la noche al ancla, desembarcaron al día siguiente en la isla y entraron en la ciudad. Livio concedió allí algunos días á las tripulaciones para descansar, y en seguida se dirigió á Focea. Dejó cuatro quinqueremes para proteger la ciudad, marchó á Canas con la flota, y como se acercaba el invierno, hizo sacar á tierra las naves y trazó el recinto de un campamento naval. A fines del año se celebraron los comicios en Roma, eligiendo cónsules á P. Cornelio Escipión y C. Lelio, pensándose solamente en la terminación de la guerra con Antioco. Al día siguiente fueron elegidos pretores M. Tuccio, L. Aurunculeyo, Cn. Fulvio, L. Emilio, P. Junio y C. Atilio Labeon.

LIBRO XXXVII.

SUMARIO.

Discusiones entre los cónsules L. Cornelio Escipión y C. Lelio.
—L. Cornelio Escipión es el primer general romano que pasa al Asia.—Derrota de la flota de Antioco cerca de Myonesa.—Cae prisionero el hijo de Escipión el Africano, y Antioco lo devuelve á su padre.—Triunfo de Mancio Acilio Glabrión.—L. Escipión vence á Antioco: paz con Antioco.—Aumento de los estados de Eumeno.—Los rodios reciben algunas ciudades.—Colonia llevada á Boloña.—Triunfo naval de Emilio Regilo.—L. Cornelio Escipión recibe el nombre de Asiático.

El primer cuidado que ocupó al Senado, en cuanto entraron en funciones los cónsules L. Cornelio Escipión y C. Lelio, una vez celebradas las ceremonias religiosas, fué la guerra de los etolios. Sus legados instaban por la resolución, porque solamente disponían de una tregua muy corta; y les apoyaba T. Quinceio, que había regresado por este tiempo de Grecia á Roma. Los etolios, que contaban más con la generosidad del Senado que con la bondad de su causa, emplearon acento suplicante y pidieron que sus antiguos servicios hiciesen olvidar sus faltas presentes. Pero mientras duró la audiencia, los senadores les abrumaron con preguntas, queriendo arrancarles la confesión de su falta, más bien que una apología, y cuando se retiraron, promovieron-

se grandes debates. El enojo se sobreponía á la compasión; odiábaseles no solamente como enemigos, sino como gente indómita é insociable; y después de muchos días de discusión, se concluyó por no concederles ni negarles la paz; ofreciéndoles la alternativa de entregarse completamente á merced del Senado, ó pagar mil talentos (1) y no tener otros amigos ni enemigos que los de los romanos. Quisieron saber qué exigiría el Senado y no consiguieron contestación terminante; despidiéndoles de esta manera sin haber obtenido la paz, y mandándoles abandonar á Roma aquel mismo día y la Italia en el espacio de otros quince. En seguida se ocuparon de designar las provincias á los cónsules. Los dos deseaban la Grecia: Lelio, que tenía mucha influencia en el Senado, cuando la asamblea les invitó á sortear ó á ponerse de acuerdo amistosamente, observó que parecía más conveniente entregarse á la prudencia del Senado que al capricho de la suerte. Escipión contestó al pronto que pensaría en el partido que debía seguir. Pero siguiendo la opinión de su hermano, que le aconsejaba que se entregase confiadamente al Senado, dijo á su colega que aceptaba su proposición. El caso era nuevo, ó por lo menos si había ejemplos, el tiempo había borrado el recuerdo: estaba muy excitada la atención del Senado y se esperaban vivas discusiones, cuando Escipión el Africano dijo que «si su hermano Lucio obtenía la provincia de Grecia, iría él como legado suyo.» Estas palabras produjeron entusiasmo y resolvieron la cuestión (2), porque quiso verse si el rey

(1) Algo más de cuatro millones de pesetas.

(2) Esta deferencia universal, este ascendiente conquistado por un solo hombre, eran muy opuestos á la esencia de un gobierno republicano. En vano lucharon enérgicamente Catón y los tribunos del pueblo para que descendiera Escipión á la categoría de ciudadano; sostenido por la aristocracia, represen-

Antioco encontraría en Aníbal vencido más recursos que el cónsul y sus legiones en el Africano vencedor; designándose casi por unanimidad la Grecia á Escipión y la Italia á Lelio (1).

En seguida sortearon los pretores sus provincias. L. Aurunculeyo obtuvo la jurisdicción urbana, Cn. Fulvio la de los extranjeros, L. Emilio Regilo el mando de la flota, P. Junio Bruto la Toscana, M. Tuccio la Apulia y el Brucio y C. Atinio la Sicilia. El cónsul, á quien se concedió la Grecia, obtuvo, además de las dos legiones que iba á recibir de M. Acilio, un aumento de tres mil peones y cien jinetes romanos y cinco mil hombres de infantería y doscientos caballos suministrados por los aliados latinos; autorizándole desde su llegada á la provincia para que pasase con su ejército al Asia, si lo creía conveniente á los intereses de la república. El otro cónsul tuvo un ejército completamente nuevo, formado por dos legiones romanas y quince mil hombres de infantería con seiscientos caballos suministrados por los aliados latinos. Q. Minucio, que había escrito que nada tenía que hacer ya en su provincia y que toda la nación liguria se había sometido, recibió orden de llevar su ejército de la Liguria al territorio de los boyos y entregarlo allí al procónsul P. Cornelio. Las legiones urbanas alistadas el año anterior abandonaron el territorio confiscado á los boyos vencidos, para pasar bajo el mando del pretor M. Tuccio, con quince mil hombres de infantería y seiscientos jinetes latinos, fuerzas destinadas á guardar la Apulia y el Brucio. A. Cornelio,

tante en Roma de las costumbres é ideas de la Grecia, el vencedor de Zama gozó durante mucho tiempo de autorilad muy semejante á la de Pericles en Atenas y hasta supo trasmitirla á su familia.

(1) Este modo de distribuir las funciones se llamaba *extra ordinem* ó *sine sorte, sine comparatione*.

pretor el año anterior, que había mandado en el Brucio, recibió orden de llevar sus legiones á Etolia, si el cónsul lo consideraba conveniente, y entregarlas á M. Acilio, en el caso de que éste quisiese permanecer allí; si Acilio prefería regresar á Roma, A. Cornelio debería permanecer con su ejército en Etolia. Atilio Labeon recibió encargo de reemplazar á M. Emilio en la provincia de Sicilia y de ponerse al frente de sus tropas, con autorización de levantar, si quería, en la misma provincia un cuerpo de dos mil infantes y doscientos caballos. P. Junio Bruto llevaba á Toscana un ejército nuevo, compuesto de una legión romana, dos mil hombres de infantería y cuatrocientos jinetes latinos. L. Emilio, que mandaba las fuerzas navales, debía recibir de M. Junio, pretor el año anterior, veinte naves largas con sus tripulaciones, y alistar por su parte mil soldados navales y dos mil infantes, con cuyas fuerzas debía partir para el Asia y reemplazar á Livio al frente de la flota. Las dos Españas y la Cerdeña quedaron por otro año, con los mismos ejércitos, bajo la autoridad de los generales que las mandaban. Todos los convoyes de Sicilia debían enviarse al ejército de Etolia; los de Cerdeña se destinaban, en parte á Roma, y en parte á la Etolia, como los sicilianos.

Antes de que partiesen los cónsules para sus provincias recibieron encargo los pontífices para hacer sacrificios por los prodigios que se habían verificado. En Roma había caído el rayo sobre el templo de Juno Lucina destruyendo el techo (*fastigium*) (1) y la puerta. Lo mismo había ocurrido en Puteolos, en una puerta y muchos puntos de la muralla, pereciendo dos hombres. En Nursia, con tiempo sereno, había caído fuego del cielo,

(1) Solamente los techos de los templos tenían *fastigium*, los demás edificios estaban cubiertos con terrazas.

matando dos hombres libres. En el territorio de los tusculanos había llovido tierra y en Reata había parido una mula. Ofreciéronse las expiaciones necesarias y se comenzaron de nuevo las ferias latinas, porque los laurentinos no habían recibido la parte de las víctimas á que tenían derecho. Con este motivo hubo también días de rogativas, habiendo designado los decenviros, después de consultar los libros sibilinos, á qué dioses se había de rogar. Diez mancebos y diez doncellas de condición libre, hijos de matrimonio solemne (1), fueron empleados en estas ceremonias y los decenviros sacrificaron de noche víctimas en la lactancia (2). P. Cornelio Escipión el Africano, antes de ponerse en camino, hizo levantar un arco de triunfo en el Capitolio, en frente de la calle que lleva al templo, lo adornó con siete estatuas doradas y dos caballos é hizo colócar delante dos pilones de mármol. Por aquellos mismos días llegaron á Roma cuarenta y tres etolios de los más notables entre los que se encontraba Damócrito, custodiados por dos cohortes encargadas por Mancio Acilio de escoltarles, y fueron encerrados en las Lautumias (3), mandando en seguida el cónsul L. Cornelio á las dos cohortes, que regresasen al ejército. Una legación de Ptolomeo y Cleopatra (4) reyes de Egipto, llegó para fe-

(1) *Patrimi omnes matrimonique*. Según Festo, se daba este nombre á los hijos cuyos padres estaban casados *per confarreationem*, rito que se consideraba el más solemne. El pontífice máximo ó el sacerdote de Júpiter lo celebraba en presencia de diez testigos por lo menos, pronunciando determinada fórmula y probando una torta llamada *panis ferreus*. Los hijos nacidos de estos matrimonios servían en las ceremonias religiosas, y entre ellos se elegía el sacerdote de Júpiter y las vestales.

(2) No había rogativas sin sacrificios.

(3) Esta cárcel, construída por Julio Hostilio y tan rica en terribles recuerdos, existe aún debajo de la iglesia de *S. Pietro in Carcere*.

(4) Cleopatra era hija de Antioco, quien, por este matrimo-

licitar á los romanos porque M'Acilio había arrojado de la Grecia al rey Antioco y para aconsejar que pasase un ejército al Asia, añadiendo «que el espanto era general, no solamente en Asia, sino en Siria, y que los soberanos de Egipto estaban á disposición del Senado.» Dióse gracias á los reyes y regalaron á cada legado cuatro mil ases.

Libre de los cuidados que le retenían en Roma, el cónsul L. Cornelio, declaró en plena asamblea, que mandaba á los soldados que él mismo había alistado y á los que estaban en el Brucio con el propretor A. Cornelio, que se encontrasen reunidos en Brundisio en los idus de Julio. Al mismo tiempo encargó á tres legados, Sex. Digicio, L. Apustio y C. Fabricio Luscino, que reuniesen en el puerto de aquella ciudad todas las naves de la costa, y, después de tomar estas disposiciones, salió de la ciudad con traje militar. Cerca de cinco mil voluntarios, entre romanos y aliados, que habían servido á las órdenes del Africano, se presentaron al cónsul á su salida y se alistaron. Pocos días después de la salida del cónsul para la expedición, en medio de los juegos apolinarios, el cinco de los idus de Julio, estando el tiempo sereno, obscurecióse de pronto el día por el paso de la luna por delante del disco del sol. L. Emilio Regilo, encargado del mando de la flota, partió en la misma época. L. Aurunculeyo recibió del Senado orden para hacer construir treinta quinqueremes y veinte triremes, porque corría el rumor de que Antioco, después de su derrota naval, equipaba una flota más considerable aún. Enterados los etolios por sus legados de que no podían

nio creyó atraerse á Ptolomeo Epifanio. Parecerá extraño que se asociase á la felicitación por la derrota de su padre; pero sabido es que en Egipto se consideraba el nombre de la reina como inseparable del de el rey y que los dos aparecían unidos en los monumentos y en los actos públicos.

esperar la paz, no se cuidaron de las devastaciones que realizaban los aqueos en toda aquella parte de su costa que da frente al Peloponeso: olvidando sus pérdidas para no pensar más que en el peligro, quisieron cerrar el paso á los romanos y se situaron en el monte Corax, porque no dudaban que comenzarían otra vez el sitio de Neupacta. Sabiéndolo Acilio juzgó mejor dar un golpe imprevisto y sorprender á Lamia. Filipo había puesto á esta ciudad al borde de su pérdida; y como no esperaba nuevo ataque, podían tomarla fácilmente. Acilio partió, pues, de la Etolia, y marchó á acampar primeramente en las orillas del río Sperqueo, en el territorio enemigo; en seguida se puso en marcha durante la noche y rodeó la plaza al amanecer.

Grande fué la alarma de los habitantes atacados tan de improviso; sin embargo, se defendieron con más decisión de la que se esperaba en aquel inesperado peligro: mientras que los hombres acudían á las murallas, las mujeres llevaban piedras y venablos de toda clase. Así fué que, á pesar de estar colocadas ya las escalas en muchos puntos, la ciudad resistió todo el día. Acilio dió la señal de retirada y recogió sus tropas en el campamento hacia medio día para que comiesen y descansasen; anunciando, antes de disolver su consejo, «que estuviesen preparados y armados antes de amanecer y que no se regresaría al campamento sin haber tomado la ciudad.» A la misma hora que el día anterior, dió un asalto general; y los sitiados, no teniendo fuerzas ni valor para combatir, y habiendo agotado los venablos, resistieron pocas horas y fué tomada la plaza. Acilio mandó vender parte del botín, repartió el resto y celebró consejo para decidir lo que haría en seguida. Nadie habló de marchar sobre Neupacta, porque los etolios guardaban los desfiladeros del monte Corax: sin embargo, para no perder el resto del verano, y no propor-

cionar con la inacción á los etolios el goce de la paz, que el Senado les había rehusado, decidió Acilio atacar Amfisa; partiendo de Heraclea y llegando por el monte OEta. Acampó bajo las murallas de la ciudad, pero no la atacó como á Lamia, queriendo reducirla con el auxilio de las máquinas. Hízose jugar el ariete en muchos puntos, y los habitantes, viendo batir en brecha sus murallas, no tomaban ninguna disposición, ni imaginaban ningún recurso para defenderse contra aquel género de ataque, no contando más que con su valor y sus armas; y por medio de frecuentes salidas, llevaban el desorden á los puestos enemigos y entre los soldados empleados en las obras y las máquinas.

Abierta estaba la brecha en muchos puntos, cuando se supo que el sucesor de Acilio había desembarcado en Apolonia con su ejército y que llegaba por el Epiro y la Tesalia al frente de trece mil hombres de infantería y de quinientos caballos, habiendo llegado ya al golfo Maliaco y enviado á Hypata la intimación de rendirse. Los habitantes contestaron que no obrarían sino en virtud de decreto de toda la nación Etolia. Y el cónsul, no queriendo detenerse para sitiar á Hypata antes de haberse apoderado de Amfisa, hizo que se adelantase su hermano el Africano y marchó hacia aquella ciudad, que abandonaron sus habitantes al acercarse los romanos, refugiándose todos, armados ó no, en la fortaleza, que se consideraba inexpugnable. El cónsul acampó á seis millas próximamente, y allí fué una legación ateniense á ver primeramente á P. Escipión, que se había adelantado, como ya dijimos, después al mismo cónsul, con objeto de pedir gracia para los etolios. Recibióla con benevolencia el Africano, que buscaba pretexto para renunciar honrosamente á la guerra de Etolia, porque sus miradas se dirigían sobre el Asia y Antioco. Invitó, pues, á los atenienses á que aconsejasen á los

etolios, así como también á los romanos, que prefiriesen la paz á la guerra; y en seguida, por instigación de los atenienses, partió de Hypata numerosa legación de etolios, y se presentó primeramente al Africano, quien confirmó con sus palabras sus esperanzas. Recordó que, primeramente en España y después en Africa, muchos pueblos y naciones se habían entregado á su buena fe y por todas partes habia dejado pruebas más grandes de su clemencia y de su bondad que de su valor. El asunto parecía concluído cuando el cónsul les dió la misma contestación que les hizo salir del Senado. La mediación de los atenienses y las benévolas palabras del Africano no les habían preparado á aquel golpe imprevisto, quedando tan aturridos, que declararon querer consultar á sus conciudadanos.

En seguida regresaron á Hypata: el consejo no sabia qué decidir, porque estaban muy lejos de poder pagar los mil talentos, y entregándose á discreción, temían exponerse á violencias. Encargaron, pues, á los mismos legados que volviesen á ver al cónsul y al Africano y que le pidiesen, si su intención era concederles realmente la paz y no burlar con crueles ilusiones las esperanzas de un pueblo desgraciado, ó el perdón de parte de la cantidad exigida ó garantía para las personas. Nada pudo cambiar la determinación del cónsul, y esta legación no obtuvo mejor resultado que las anteriores. Los atenienses les siguieron y Equedemo, jefe de la legación, viendo á los etolios, abrumados por tantas negativas, entregarse á estériles lamentaciones acerca de la desgracia de su país, reanimó sus esperanzas aconsejándoles pedir seis meses de tregua para enviar otra legación á Roma. «Esta dilación, decían, no aumentaría sus sufrimientos, cuya medida estaba colmada; mientras que el tiempo podría dar origen á circunstancias que suavizasen los infortunios presentes.» Siguien-

do el consejo de Equedemo, hicieron partir á los mismos legados, y P. Escipión, á quien se dirigieron primeramente, les consiguió del cónsul la tregua que pedían; levantóse, pues, el sitio de Amfisa, y M'Acilio, entregando el mando al cónsul, dejó la provincia. El cónsul partió de Amfisa para la Tesalia con el propósito de pasar al Asia por la Macedonia y la Tracia. El Africano dijo entonces á su hermano: «L. Escipión, apruebo completamente que sigas ese camino, pero el éxito depende por completo de Filipo. Si permanece fiel á la república nos entregará los pasos, nos suministrará víveres y todas las provisiones necesarias para un ejército que recorre largo camino. Si nos abandona, la Tracia no nos ofrecerá ninguna seguridad. Creo que debemos asegurarnos ante todo de las intenciones del rey, y el mejor medio es enviarle en seguida un mensajero que le sorprenda antes de que pueda prevenirse.» Encargaron esta misión á Tib. Sempronio Graco, joven muy activo, que, sirviéndose de relevos preparados de antemano, recorrió el camino con increíble rapidez, llegando á Pela tres días después de su salida de Amfisa. El rey estaba á la mesa, había bebido ya copiosamente, y el mismo abandono en que le ponía la embriaguez, libró á Tiberio de toda sospecha en cuanto á que quisiera cambiar nada á lo convenido. Recibió al huésped con benevolencia, y á la mañana siguiente le enseñó los abundantes convoyes que tenía preparados para el ejército romano, los puentes que había arrojado sobre los ríos, y las reparaciones que había hecho en los malos pasos de los caminos. Graco regresó con igual rapidez para traer la noticia, que el cónsul recibió en Taumacia. El ejército cobró confianza y entró alegremente en Macedonia, donde todo estaba preparado para recibirle. El rey recibió á los Escipiones á su llegada y les trató con esplendidez verdaderamente regia, desplegando Filipo

exquisita cortesía y afabilidad, cualidades que apreciaba mucho el Africano, que, á pesar de su extraordinario mérito, no era enemigo de las atenciones con tal de que no degenerasen en lujo. Atravesaron, pues, la Macedonia y la Tracia, escoltando su marcha Filipo y atendiendo á todo. De esta manera llegaron al Helesponto.

Antioco, después del combate naval de Corico, había tenido todo el invierno para levantar nuevas fuerzas de mar y tierra y se había ocupado principalmente en reparar la flota, para no perder por completo la posesión del mar. «Pensaba que había sido derrotado en ausencia de los rodios, y que si tomaban parte en otra batalla (y no se expondrían á llegar tarde otra vez) necesitaría considerable número de naves para oponer al enemigo fuerzas iguales.» En consecuencia de esto, envió á Anníbal á Siria á buscar la flota fenicia, y recomendó á Polixenidas que no se dejase abatir por el descalabro y que redoblase la actividad para hacer carenar las naves viejas y equipar las nuevas. Por su parte, pasó el invierno en Frigia, reuniendo recursos por todos lados; envió emisarios hasta á la Galogrecia, país habitado entonces por el pueblo más belicoso del Asia, que conservaba todavía la sangre gala y no había degenerado de su estirpe. Antioco había dejado á su hijo Seleuco en Eolida, al frente de un ejército para defender las ciudades marítimas que ambicionaban, Eumeno por el lado de Pérgamo (1) y los romanos por el de Focea y Eritrea. La flota romana, como ya se ha dicho, invernaba en Canas; á mediados de invierno marchó allá Eumeno con dos mil peones y cien caballos, anunciando que podía recogerse considerable botín en territorio enemigo, en las inmediaciones de Thiatira, y á sus

(1) Célebre por la biblioteca de doscientos mil volúmenes que reunió en ella Atalo: fué muy rica en objetos de arte.

instancias se decidió Livio á confiarle cinco mil hombres, que regresaron á los pocos días cargados de ricos despojos.

Entretanto había estallado una sedición en Focea por maquinaciones de algunos que querían llevar los habitantes al partido de Antioco. Quejábanse de la invernada de la flota; se quejaban del tributo de las quinientas togas y quinientas túnicas y se quejaban de la escasez del trigo que obligó al fin á la flota y guarnición romana á salir de la ciudad. Libres de temor entonces, los partidarios del rey arengaron al populacho para sublevarlo. El Senado y los habitantes principales querían que se conservase fidelidad á los romanos, pero triunfaron los revoltosos. Los rodios, para reparar su lentitud en el verano anterior, se apresuraron en el equinoccio de primavera á enviar otra vez á Pausistrato al frente de una flota de treinta y seis naves. Livio, que había partido de Canas con treinta naves y siete cuadriremes, que le había traído Eumeno, se dirigió al Helesponto con objeto de prepararlo todo para el paso del ejército, que suponía había de llegar por tierra. Recaló primeramente en el puerto llamado de los Aqueos; en seguida subió hacia Ilión, ofreció allí un sacrificio á Minerva y recibió bondadosamente las legaciones de Eleonta, Dárdano y Reteo que se presentaban para poner sus ciudades bajo su protección. Desde allí marchó á la entrada del Helesponto, y dejando diez naves en estación delante de Abydos, pasó á Europa con el resto de la flota para sitiar á Sesto. Acercábanse ya sus soldados á los parapetos, cuando se presentó delante de la puerta muchedumbre fanática de galos, con toda la pompa exterior de su culto. Sacerdotes de la madre de los dioses, por orden suya, según dijeron, venían á suplicar á los romanos que no atacasen las murallas de la ciudad; respetaron su carácter sagrado y en seguida se presentó todo

el Senado con los magistrados para entregar las llaves de la plaza. La flota pasó en seguida á Abydos, donde Livio hizo sondear las disposiciones de los habitantes, y no habiendo obtenido más que altivas contestaciones, se preparó para comenzar el sitio de la ciudad.

Mientras ocurrían estas cosas en el Helesponto, el prefecto del rey, Polixenidas, que era un desterrado rodio, supo que sus compatriotas habían sacado su flota al mar, y que Pausistrato, que la mandaba, al arengar al pueblo, había hablado de él con altivez y desprecio. Apoderóse de su ánimo el deseo de venganza, y continuamente pensaba en los medios de contestar con hechos á las arrogancias de su enemigo. Envióle un emisario conocido de los dos, y le dijo: «que Polixenidas podía prestar un gran servicio á Pausistrato y á su patria, si le dejaban obrar, y que Pausistrato, por su parte, podía hacerle regresar á su patria.» Asombrado Pausistrato, quiso saber cómo podría realizarse aquello, y, ante la pregunta del emisario, prometió secundarle y guardar secreto. El emisario añadió entonces: «que Polixenidas le entregaría la flota entera ó en su mayor parte, y que, como recompensa de este servicio, solamente pedía el regreso á su patria.» Tan importante era esta proposición, que Pausistrato, sin darla entero crédito, no quiso tampoco rechazarla con desprecio. Marchó á Panormo, ciudad que pertenecía á los samios, y se detuvo allí para examinar el proyecto que se le había sometido, no persuadiéndose hasta que Polixenidas, en presencia de su emisario, hubo escrito de su mano «que haría lo que había prometido», y entregó al prefecto rodio sus tablillas autorizadas con su sello. Pausistrato pensó que aquella prenda era como una cadena que sujetaba al traidor, porque no era posible que un jefe al servicio del rey se pusiese á dar contra sí mismo pruebas selladas con su propia mano. En segui-

da se concertó el plan de la pretendida traición, ofreciendo Polixenidas abandonar todos sus preparativos, disminuir el número de remeros y tripulantes, barar en tierra la mayor parte de sus naves, so pretexto de carenarlas, enviar otras á los puertos inmediatos y conservar muy pocas en la rada delante de Éfeso, para, si era necesario salir, exponerlas á un combate desigual.» La negligencia que Polixenidas se comprometía á tener con su flota, la tuvo Pausistrato en todas sus disposiciones, enviando parte de sus naves á Halicarnaso en busca de víveres, otra á Samos y quedando preparado para obrar á la primera señal del traidor. Con su disimulo aumentó Polixenidas las ilusiones de Pausistrato: sacó á tierra algunas naves, mandó separar los astilleros como si quisiera sacar otras del mar, y llamó á sus remeros, no de sus cuarteles de invierno, no á Efeso, sino á Magnesia, donde les reunió secretamente.

Hizo la casualidad que un soldado de Antioco, llegado á Samos para asuntos personales, fuese preso como espía y llevado á Panormo ante Pausistrato, que le interrogó acerca de lo que pasaba en Éfeso, y, por temor ó traición á los suyos, lo declaró todo: «la flota, dijo, estaba en el puerto completamente equipada y dispuesta; todos los remeros habían pasado á Magnesia desde Sy-pilo; habían sacado á tierra muy pocas naves y los astilleros estaban cerrados: nunca había habido más actividad en el puerto.» Pausistrato no creyó aquellas noticias, estando demasiado engañado por vanas esperanzas. Entretanto, Polixenidas, que había tomado todas sus medidas, llamó á sus remeros de Magnesia durante la noche, puso á flote prontamente las naves sacadas á tierra, y, después de pasar todo el día, no tomando disposiciones, sino perdiendo el tiempo para ocultar la salida de la flota, partió después de ponerse el sol con setenta naves cubiertas, y á pesar del viento contrario,

llegó muy temprano al puerto de Pygela. Por el mismo motivo pasó allí el día, y durante la noche ganó la costa inmediata, que pertenecía á los samios. Desde allí envió hacia Palinuro á un tal Nisandro, jefe de piratas, al frente de cinco naves cubiertas, para que marchase en el acto á través de los campos y por el camino más corto hasta Panormo para coger al enemigo por la espalda con sus tropas. Entretanto él mismo con la flota, dividida en dos partes, guardaría por ambos lados la entrada del puerto, y para ello marchó á Panormo. Ante este ataque imprevisto, vaciló por un momento Pausistrato; pero como soldado veterano, se repuso en seguida, y, pensando que le sería más fácil rechazar al enemigo por tierra que por mar, envió dos destacamentos á los dos promontorios que proyectándose como dos puntas forman el puerto; esperaba que cogiendo de aquella manera á los sirios entre doble juego de venablos los rechazaría sin trabajo. Pero viendo inutilizado este proyecto por la aparición de Nisandro, que avanzaba por el lado de tierra, cambió en el acto la maniobra y mandó á todos que se embarcasen. Sobrevino entonces grave desorden, empujándose soldados y marineros como para buscar refugio en la flota, porque se veían envueltos á la vez por tierra y por mar. No encontrando Pausistrato otro medio de salvación que forzar la entrada del puerto y ganar el mar, si era posible, en cuanto vió á todos sus soldados embarcados, les mandó seguirle y avanzó el primero á fuerza de remos á la entrada del puerto, y ya atravesaba el paso cuando Polixenidas rodeó su nave con tres quinqueremes. Deshecha la nave por los espolones de las contrarias se fué á pique, acribillada la tripulación por lluvia de venablos, y pereciendo Pausistrato, que peleaba valerosamente. Las demás naves fueron capturadas unas delante del puerto, otras en la rada y algunas por Nicandro en el mo-

mento en que procuraban alejarse de la flota. Solamente escaparon cinco naves de Rodas y dos de Coos, abriéndose paso en medio del combate, gracias al terror que inspiraban los fuegos que llevaban en las proas, en braseros de hierro (1) al extremo de palos largos. Habiendo encontrado cerca de Samos las triremes de Eritrea á las naves de Rodas que iban á reforzar, tomaron el rumbo del Helesponto para reunirse con los romanos. Por el mismo tiempo entró Seleuco en Focea, donde le abrieron una puerta por traición, entregándosele por temor Cima y otras ciudades de la costa.

Mientras tenían lugar estas cosas en la Eolida, Abydos, después de resistir durante muchos días, gracias á la guarnición real que defendía sus murallas, cediendo al fin á las fatigas del sitio, con el consentimiento de Filotas, jefe de la guarnición, envió sus magistrados para que ajustasen con Livio las condiciones de la capitulación; no pudiendo ponerse de acuerdo acerca de si la guarnición real había de salir con armas ó sin ellas. Debatíase este punto, cuando la noticia de la derrota de los rodios vino á arrancar á Livio la presa que creía tener ya en las manos. En efecto, temió que Polixenidas, deslumbrado con aquel importante triunfo, sorprendiese la flota estacionada cerca de Canas; por lo que abandonó el sitio de Abydos y la custodia del Helesponto, botando al agua las naves que había sacado á tierra en la playa de Canas. Eumeno, por su parte, marchó á Elea. Livio, con toda su flota, aumentada con dos triremes mitilenas, puso rumbo hacia Focea; pero enterado de que fuerte guarnición defendía la plaza y que Seleuco acampaba á corta distancia, taló todo el litoral, hizo muchos prisioneros y se reembarcó apresurada-

(1) Dice Appiano que los rodios usaban con frecuencia estos vasos de hierro, cuya invención se debia á Pausistrato, para incendiar las naves enemigas.

mente con el botín, no habiéndose detenido más que el tiempo necesario para esperar á Eumeno y su escuadra y tomó la dirección de Samos. La noticia de la derrota produjo en Roma luto y espanto á la vez, porque, además de las naves y los soldados, los rodios habían perdido la flor de su juventud, habiéndolo abandonado todo multitud de nobles para seguir á Pausistrato que gozaba en su país de merecida reputación; pero pensando en seguida que les habían vencido por astucia y que un compatriota suyo les tendió el lazo, el duelo se trocó en indignación. Inmediatamente pusieron en el mar diez naves, y, pocos días después, otras diez, dando el mando á Eudamo, que si no tenía el genio militar de Pausistrato, era menos impetuoso, y, sin duda alguna, obraría con más prudencia. Los romanos y el rey Eumeno recalaron primeramente en Eritrea, donde pasaron la noche, y al día siguiente llegaron á Coryco, promontorio del país de Teos. Desde allí se prepararon á pasar á las tierras vecinas que pertenecían á los samios, y, sin esperar la salida del sol, que hubiese permitido á los pilotos examinar el estado del cielo, partieron al azar. En medio de la travesía, el aquilón saltó al Norte produciendo inmensa agitación en el mar.

Creviendo Polixenidas que el enemigo tomaría la dirección de Samos para reunirse á la flota rodiana, partió de Éfeso, deteniéndose primeramente en Myonesa y desde allí marchó á la isla Macris para sorprender al paso las naves que se hubiesen separado del grueso de la flota, ó para caer oportunamente sobre su retaguardia. Viendo la flota dispersa por la tempestad, creyó al pronto el momento favorable; pero en seguida la creciente violencia del viento y la agitación más furiosa de las olas le impidieron alcanzar al enemigo, por lo que marchó á la isla de Etalia, para poder atacarle á la mañana siguiente, cuando yiniesen de la alta mar á

Samos. Corto número de romanos abordó por la noche á un puerto abandonado de la costa de Samos, y las otras naves, después de una noche de tormenta en alta mar, vinieron á fondear en el mismo puerto. Enterándose allí por los campesinos de que la flota real se encontraba al ancla delante de la isla de Etalia, celebróse un consejo para decir si se combatiría en el acto ó si se esperaba á la flota rodiana. Optando por esperar, regresaron á Coryco. Polixenidas, por su parte, después de aquella inútil estación, regresó á Efeso, y quedando entonces libre el mar, las naves romanas pasaron á Samos, donde se les reunió pocos días después la flota rodiana. Para demostrar que solamente esperaban aquel refuerzo, inmediatamente partieron para Éfeso, con objeto de trabar combate ú obligar al enemigo, en caso de rehusarlo, á confesar su debilidad; confesión que debía impresionar mucho al ánimo de los aliados. Ordenáronse en batalla á la entrada del puerto; pero viendo que no salía nadie, se dividieron en dos grupos, permaneciendo una parte anclada en la boca del puerto y marchando la otra á desembarcar sus soldados. Aquellas tropas talaron toda la campiña, y ya regresaban cargadas con inmenso botín, cuando el macedonio Andrónico, que mandaba la guarnición de Éfeso, hizo una salida en el momento en que se acercaban á la ciudad, les arrebató considerable parte del botín y les obligó á volver al mar y á embarcarse. A la mañana siguiente, después de preparar una emboscada en medio del camino, los romanos se pusieron en marcha para la ciudad, con objeto de atraer á Andrónico fuera de las murallas; pero sospechando el lazo, nadie se atrevió á salir y los romanos regresaron á sus naves. Viendo entonces que el enemigo rehusaba el combate por mar y tierra, se dirigieron á Samos, de donde habían partido. Desde allí envió el pretor dos triremes de los aliados de Italia y dos

de los rodios, á las órdenes del rodio Epycrates, para que guardasen el estrecho de Cefalonia, porque aquellos parajes estaban infestados por las piraterías del lacedemonio Hybristas, que, al frente de la juventud cefalonia, interceptaba los convoyes de Italia.

Epycrates encontró en el Pireo á L. Emilio Regilo, que acababa de tomar el mando de la flota. A la noticia de la derrota de los rodios, no teniendo consigo más que dos quinqueremes, llevó al Asia á Epycrates y sus cuatro naves, acompañándole también naves atenienses descubiertas. Atravesó el mar Egeo y abordó á Chio. El rodio Timasicrato partió de Samos con dos cuadrirremes y llegó también á aquella isla durante la noche. Llevado delante de Emilio, declaró que le habían enviado para defender aquella costa contra las naves del rey, que salían frecuentemente de los puertos del Helesponto y de Abydos é interceptaban los convoyes. Al pasar Emilio de Asia á Samos, encontró dos cuadrirremes de Rodas, que enviaba Livio, y al rey Eumeno con dos quinqueremes. En cuanto llegó á Samos, recibió de Livio la flota, ofreció según costumbre un sacrificio y celebró consejo. Preguntóse primeramente á C. Livio, quien dijo «que nadie podía aconsejar con más sinceridad á otro que el que decía lo que haría en su lugar. Su proyecto era ganar Éfeso con toda la flota, llevar naves de transporte cargadas de arena y echarlas á pique á la entrada del puerto. Esta barrera podía elevarse con tanta mayor facilidad, cuanto que aquella entrada era, como la desembocadura de un río, larga, estrecha y poco profunda. De esta manera impedía al enemigo salir al mar é inutilizaba sus naves.»

No agradó á nadie el proyecto; y Eumeno preguntó: «¿qué harían después de cerrar el puerto por aquel medio? ¿se alejarían con la flota que ya quedaba libre, para socorrer á los aliados y espantar al enemigo, ó que-

daría toda ella bloqueando el puerto? Si se alejaba, no podía dudarse que el enemigo conseguiría sacar las naves sumergidas y limpiar el puerto con mayor facilidad aún que la que tendrían para cegarle. Si por el contrario, á pesar de todo era necesario permanecer allí, ¿á qué cegar el puerto? El enemigo, resguardado de todo peligro, en una rada segura y en el seno de una ciudad opulenta, recibiría del Asia todo lo que necesitase, pasaría el verano descansando, y los romanos entretanto se encontrarían en plena mar, á merced de las olas y las tempestades, privados de todo y obligados á continua vigilancia; esto sería atarse ellos mismos las manos y reducirse á la impotencia en vez de bloquear al enemigo.» Edamo, prefecto de la flota rodiana, se opuso también al proyecto, pero no propuso ninguno por su propia cuenta. El rodio Epycrates aconsejó «que se abandonase por el momento á Éfeso y que se enviase parte de las naves á Lycia para apoderarse de Patara, capital de aquel país; esta expedición tendría resultados muy importantes: uno de ellos sería permitir á los rodios, por la pacificación de las comarcas inmediatas á su isla, reconcentrar todas sus fuerzas en una sola guerra, la de Antioco; otro, bloquear la flota que se equipaba en Lycia é impedir que se reuniese con Polixenidas.» Este partido pareció más prudente. Decidióse, sin embargo, que Regilo se presentaría con toda la flota delante de Éfeso para infundir terror al enemigo.

Envióse á C. Livio á la Lycia con dos quinqueremes romanas, cuatro cuadríremes de Rodas y dos naves descubiertas de Smirna, con orden de pasar primeramente á Rodas y concertar todas sus operaciones con los rodios. Las ciudades que se encontraban en el camino, Mileto, Mynda, Halicarnaso, Cnido, Coos, obedecieron con igual apresuramiento las instrucciones que se les comunicaron. Cuando llegó á Rodas, Livio dió á

conocer el objeto de su misión y pidió consejo, aprobándose sus planes por unanimidad, y añadiendo entonces á su flota tres cuadrirames, se dirigió á Patara. Al principio viento favorable le impulsó hacia aquella ciudad y se lisonjeó con que, en el primer momento de alarma, estallaría alguna sublevación. Pero el viento cambió muy pronto y dos corrientes opuestas agitaron el mar; sin embargo, á fuerza de remos consiguieron ganar la costa; pero no había en las inmediaciones ninguna rada segura donde poder fondear delante de un puerto enemigo, con mar embravecida y acercándose la noche. Costeó, pues, las fortificaciones de la ciudad y ganó el puerto de Fenicunta, que distaba unas dos millas y que podía ofrecer á la flota abrigo contra el furor de las olas; pero dominan á este puerto altos peñascos, de los que acudieron en seguida á apoderarse los habitantes secundados por los soldados de la guarnición real. Livio, no obstante la desventaja de la posición y las dificultades del terreno, mandó avanzar contra ellos á los auxiliares hiseenos y las tropas ligeras de Smirna. Aquellas fuerzas sostuvieron bastante bien el combate, mientras pelearon con venablos, y el corto número de enemigos convertía la pelea en escaramuza; pero cuando aquéllos salieron en masa y los habitantes se precipitaron fuera de las murallas, temió Livio quedasen envueltos sus auxiliares y que quedasen también expuestas sus naves por el lado de tierra. En seguida, armando apresuradamente sus soldados, tripulaciones y remeros, los llevó al combate. No por eso fué menos dudosa la lucha, pereciendo, además de muchos soldados, L. Apustio. Sin embargo, al fin quedaron vencidos los licios, arrollados y empujados á la ciudad. Cara había costado á los romanos la victoria; embarcáronse y se dirigieron al golfo de Telmiso, que toca por un lado la Lycia y por otro la Caria, y, renunciando á

toda tentativa sobre Patara, despidieron á los rodios para su país. Livio siguió la costa de Asia y pasó á Grecia para conferenciar con los Escipiones, que se encontraban en la proximidad de Tesalia, y regresar en seguida á Italia.

Al enterarse de que Livio había renunciado á la expedición de Lycia y partido para Italia, Emilio, á quien la tempestad había rechazado de Éfeso y obligado á regresar á Samos sin conseguir nada, creyó deshonoroso para sus armas haber fracasado contra Patara, por lo que salió con toda su flota para atacar vigorosamente la plaza. Pasó por Mileto y toda la costa de los aliados y tomó tierra en Yaso, en el golfo de Bargilias. La ciudad tenía guarnición real; los romanos talaron el territorio circunvecino. Emilio hizo sondear en seguida, por medio de emisarios, las disposiciones de los magistrados y ciudadanos principales, quienes le contestaron que no eran dueños de la ciudad, por lo cual se decidió el asalto. En el ejército romano había desterrados de Yaso, que marcharon juntos á rogar á los rodios «que no dejaran sucumbir una ciudad vecina de su patria, que les estaba unida por los lazos de la sangre y que no había merecido su suerte. Decían que la única causa de su destierro era su fidelidad á los romanos. Los soldados del rey, que les habían expulsado, dominaban también por el terror á sus compatriotas, que habían quedado en la ciudad. Todos los habitantes de Yaso deseaban sustraerse al dominio del rey.» Impresionados los rodios por las súplicas y secundándoles Eumeno, á fuerza de repetir que les unían lazos de sangre con los sitiados y de deplorar la desgracia de la ciudad encadenada por la guarnición real, consiguieron hacer levantar el sitio. Alejóse, pues, Emilio, y siguiendo la costa de Asia, donde no encontró enemigos, llegó á Lorima, puerto situado enfrente de Rodas. Allí dió su con-

ducta lugar á murmuraciones que desde la tienda de los tribunos llegaron muy pronto á los oídos del pretor. Censurábanle alejar sus soldados de Éfeso y atender poco á una guerra que se le había confiado, dejando á su espalda enemigos en libertad de obrar impunemente contra tantas ciudades aliadas que tenían á su alcance. Estas quejas impresionaron á Emilio, que llamó á los rodios, se informó de ellos si el puerto de Patara podía albergar toda la flota, y ante su contestación negativa, que le ofrecía pretexto para abandonar la empresa, llevó sus naves á Samos.

Por este mismo tiempo, el hijo de Antioco, Seleuco, que durante el invierno había mantenido su ejército en Eolida, en tanto ayudando á sus aliados, en tanto devastando las comarcas que no podía atraerse, decidió entrar por tierras de Eumeno, ocupado lejos de sus estados en amenazar las costas de la Lycia con los romanos y los rodios. Primeramente avanzó contra Elea con las enseñas altas; en seguida, sin detenerse en el sitio de la ciudad, contentándose con devastar su territorio, marchó hacia Pérgamo, capital del reino y residencia de Eumeno. En el acto se situó Atalo delante de la plaza, y, con excursiones de caballería y tropas ligeras, hostigó más bien que combatió al enemigo. Pero habiendo adquirido en muchas escaramuzas el convencimiento de su inferioridad, se encerró en las murallas y fué sitiado. Por el mismo tiempo, Antioco, que había partido de Apamea, marchó á acampar primeramente en Sardas, cerca de Seleuco y de la fuente de Caico con numeroso ejército, formado de gentes de diferentes pueblos. Su fuerza principal consistía en un cuerpo de cuatro mil galos que había tomado á sueldo, y á éstos envió con corto destacamento á que devastasen en todas direcciones el territorio de Pérgamo. En cuanto llegaron á Samos estas noticias, Eumeno, á quien aquellas

hostilidades llamaban á la defensa de sus estados, se dirigió con su flota á Elea, donde encontró caballería é infantería ligera, y tranquilizado por su presencia, se dirigió á Pérgamo antes de que el enemigo se previniese y pusiese en movimiento; entonces comenzaron otra vez las escaramuzas, evitando cuidadosamente Eumeno todo combate decisivo. Pocos días después las flotas reunidas de los romanos y los rodios llegaron de Samos á Elea para socorrer al rey. Al enterarse de su desembarco en Elea y la reunión de tantas naves en el mismo puerto. Antioco, que recibió al mismo tiempo la noticia de la entrada del cónsul con su ejército en Macedonia y de sus preparativos para atravesar el Helesponto, no creyó deber esperar á que le estrechasen por tierra y por mar, para entablar negociaciones encaminadas á la paz; apoderóse de una altura enfrente de Elea, donde acampó, dejó allí toda su infantería, y, al frente de la caballería, que constaba de cerca de seis mil hombres, descendió á la llanura al pie mismo de las murallas de la plaza y envió á decir á Emilio que quería tratar de la paz.

Emilio llamó á Eumeno de Pérgamo, hizo lo mismo con los rodios y celebró consejo. Los rodios se inclinaban á la paz; Eumeno sostenía que «en las circunstancias en que se encontraban, ni era honroso tratar, ni posible acordar nada. Encerrados como estamos en nuestras murallas y casi sitiados ¿podemos recibir honrosamente las condiciones de paz? ¿Qué efecto tendrá un tratado concluido sin consentimiento del cónsul, sin autorización del Senado, sin orden del pueblo romano? Tendréis que permanecer en Asia, que llevar vuestras tropas á cuarteles de invierno, interrumpir la campaña, extenuar á los aliados con el aprovisionamiento del ejército; después, si tal disponen los que son árbitros, comenzar otra vez la guerra con nuevos gastos; mien-

tras que no suspendiéndola, con el auxilio de los dioses, podemos terminarla antes del invierno.» Prevalciendo esta opinión, contestaron á Antioco que no podía tratarse de la paz antes de la llegada del cónsul. Viendo Antioco rechazadas sus proposiciones, taló los territorios de Elea y de Pérgamo, dejó allí á su hijo Seleuco, cruzó la comarca de Adramitea, realizando iguales estragos, y entró en las ricas comarcas de Tebas, celebradas en los versos de Homero. En ninguna parte de Asia recogieron tan rico botín las tropas reales. Pero Emilio y Eumeno acudieron en socorro de la plaza, habiendo seguido las costas de Adramitea.

Casi por los mismos días hizo la casualidad que un cuerpo de mil infantes y cien caballos á las órdenes de Diófanes viniese de Acaya á abordar á Elea. Al desembarcar, les recibieron los enviados de Atalo, que les llevaron durante la noche á Pérgamo. Eran todos veteranos y excelentes soldados, su jefe era discípulo de Filopemeno, el mejor general de la Grecia en aquel tiempo. Diófanes dió dos días de descanso á sus tropas y caballos, reconociendo entretanto los puestos enemigos y enterándose del punto y hora en que se presentaba y retiraba. Los soldados del rey avanzaban hasta el pie de la colina en que está situada la ciudad, teniendo por consiguiente libertad completa para extender sus devastaciones por la espalda, porque nadie salía de la ciudad, ni siquiera para lanzar algunos venablos sobre los puestos avanzados. En cuanto los aterrados habitantes se encerraron dentro de las murallas, los enemigos les despreciaron, y el desprecio produjo en seguida la negligencia. Casi nunca estaban los caballos ensillados y embridados, y apenas quedaban algunos soldados sobre las armas y en sus puestos; otros se dispersaban aquí y allá en los campos, entregándose á juegos y diversiones propias de jóvenes, ó comiendo á la sombra

de los árboles y hasta acostándose para dormir. Observando Diófanes este desorden desde las murallas de Pérgamo, mandó á los suyos que tomasen las armas y estuviesen dispuestos para ejecutar sus órdenes, marchando á ver á Atalo y diciéndole que quería hacer una tentativa sobre los puestos enemigos. Con dificultad consintió en ello Atalo, viendo que cien caballos tendrían que luchar con trescientos, y mil infantes con cuatro mil. Salió, pues, Diófanes, se detuvo cerca de los puestos enemigos y esperó ocasión propicia. Los de Pérgamo antes consideraban locura que audacia aquella salida; y en cuanto á los sitiadores, después de haber hecho algunos movimientos contra aquella fuerza, cuando la vieron inmóvil, no solamente no abandonaron su acostumbrada negligencia, sino que hasta comenzaron á burlarse de aquel puñado de enemigos. Diófanes mantuvo por algún tiempo sus fuerzas en el mismo sitio, como si solamente las hubiese sacado por curiosidad; pero en cuanto vió desbandados á los sirios, mandó á su infantería que le siguiese con toda la rapidez posible, y colocándose á la cabeza de su turma de caballería, lanzóse á toda brida sobre los puestos enemigos y les atacó bruscamente en medio de los gritos que lanzaban á la vez infantes y jinetes. El terror se apoderó, no solamente de los hombres, sino también de los caballos, que, rompiendo los ronzales, prудujeron desorden y confusión en las filas. Pocos resistían y no podían ensillarlos, embridarlos ni montarlos: tan profundo terror causaba aquel corto número de aqueos. Al mismo tiempo avanzó en buen orden la infantería y cayó sobre los enemigos negligentemente tendidos aquí y allá ó medio dormidos, mató muchísimos y puso á los demás en derrota. Diófanes les persiguió tan lejos como pudo sin peligro y regresó á la ciudad después de cubrir de gloria el nombre aqueo ante los habitantes; que

todos, hombres y mujeres, habían contemplado el combate desde las murallas.

A la mañana siguiente volvieron las tropas del rey á situarse á más de quinientos pasos de la ciudad, pero con más prudencia. En el mismo momento avanzaron los aqueos hacia ellas hasta el mismo sitio. Durante algunas horas estuvieron preparados por una y otra parte para un ataque que consideraban inminente; y al ponerse el sol, en el momento de regresar al campamento, las tropas del rey, levantando las enseñas, se pusieron en marcha, en forma de retirada más bien que en orden de batalla. Diófanes se mantuvo quieto mientras el enemigo estuvo á la vista; y en seguida, lo mismo que la víspera, atacó vigorosamente la retaguardia, produciendo otra vez tal espanto y confusión, que, á pesar del peligro que amenazaba por la espalda, nadie volvió caras para combatir. Los sirios fueron rechazados á su campamento en confusión y en medio del mayor desorden. La audacia de los aqueos obligó á Seleuco á salir del territorio de Pérgamo; y Antioco, habiendo sabido que los romanos y Eumeno habían acudido en socorro de Adramitea, renunció al sitio de la ciudad y taló los campos. Apoderóse de Perea, colonia de Mitilena; tomó á Cotón, Corileno, Afrodicia y Crena, y regresó á Sarda por Thiatira. Habiendo quedado Seleuco en la costa, mantenía en respeto algunas ciudades y cubría otras. Los romanos, escoltados por Eumeno y los rodios, marcharon primeramente á Mitilena, después regresaron á Elea, de donde habían partido. En seguida hicieron vela hacia Focea, abordaron á la isla de Baquio, que domina la ciudad, y después de destruir los templos y las estatuas, que antes habían respetado (la isla estaba admirablemente adornada), se presentaron delante de la ciudad. Distribuyéronse los puntos de ataque; pero viendo que sin máquinas, armas y es-

calas no podían apoderarse de ella, y que habían entrado en la ciudad tres mil hombres de socorro, enviados por Antioco, abandonaron el sitio y se retiraron á la isla sin haber hecho otra cosa que devastar las inmediaciones.

Decidióse en seguida que Eumeno regresaría á sus estados, á fin de preparar al cónsul y al ejército todo lo que necesitaban para el paso del Helesponto; que las flotas romana y rodiana marcharían otra vez á Samos y estacionarían allí para impedir á Polixenidas que saliese de Éfeso. El rey regresó, pues, á Elea; los romanos y los rodios á Samos. Allí murió M. Emilio, hermano del pretor, y acababan los rodios de celebrar sus funerales cuando supieron que venía de Siria una flota, por lo que destacaron trece naves y dos quinqueres, una de Coa y otra de Gnido, para que estacionasen en Rodas. Dos días antes que llegase Eumeno de Samos con la flota, habían partido de Rodas trece naves á las órdenes de Pamfilides, para combatir también la flota siria. Después de reforzarse con otras tres, que guardaban la Caria, marcharon á hacer levantar á las tropas del rey el sitio de Declala y de otros fuertecillos de Perea. Eudamo recibió en seguida orden de salir al mar; aumentóse su flota con seis naves descubiertas; marchó, y haciendo fuerza de vela, alcanzó cerca de Megasto la flota que se le había adelantado. Desde allí marcharon juntas á Faselis, creyendo conveniente esperar allí al enemigo.

La ciudad de Faselis, situada en los confines de la Licia y la Pamfilia, avanza á lo lejos en el mar, siendo el primer punto que se ve marchando de Cilicia á Rodas, permitiendo descubrir desde muy lejos las naves. Por esta razón especialmente la eligieron como puerto para encontrarse al paso de la flota enemiga. Pero no se tuvo en cuenta la insalubridad de aquellos parajes:

los calores del rigor del verano y las pestilentes emanaciones desarrollaron muchas enfermedades, especialmente entre los remeros. El temor del contagio precipitó la marcha y la flota seguía el golfo de Pamfilia y había llegado á la desembocadura del Eurimedón, cuando se supo desde Aspendes que el enemigo se encontraba en Sida. Los vientos etesios, que por extraordinario soplaban en aquella época, en que reina habitualmente el céfiro, habían retrasado la marcha de los sirios. Los rodios tenían treinta y dos cuadriremes y cuatro triremes. La flota real constaba de treinta y siete naves grandes, de las que tres eran hepteras, cuatro hexeras y además diez triremes. Los sirios descubrieron también al enemigo desde su atalaya; y al amanecer el día siguiente, las dos flotas salieron del puerto como para combatir el mismo día. En cuanto los rodios doblaron el cabo Sida, que avanza mucho en el mar, quedaron á la vista del enemigo y ellos también le vieron. El ala izquierda de la flota real, que se extendía hacia alta mar, la mandaba Anníbal, y la derecha Apolonio, cortesano del rey. Ya estaban en línea las naves; los rodios en columna, teniendo á la cabeza la nave pretoria de Eudamo; á retaguardia estaba Carídites; Pamfílides ocupaba el centro. Viendo Eudamo formada en batalla la flota enemiga, y dispuesta á entrar en combate, navegó al mar, ordenando á los que le seguían que marchasen de frente conservando la línea. Esta maniobra produjo al pronto alguna confusión, porque no se había alejado bastante para dejar á sus naves espacio para desenvolverse por el lado de tierra y con precipitado movimiento, encontróse con cinco naves solamente delante de Anníbal. Las demás, que tenían orden de formarse en línea, no podían hacerlo. Las de la retaguardia no tenían por la parte de tierra bastante espacio para maniobrar, y, mientras se agitaban en desor-

den, el ala derecha estaba ya combatiendo con Anníbal.

Pero aquella alarma fué momentánea; los rodios tenían buenas naves y eran hábiles marineros; tranquilizáronse, y ganando rápidamente la alta mar parte de sus naves, dejaron á las que venían detrás libertad para ordenarse por el lado de tierra. Acometiendo con sus espolones las naves enemigas, deshacían sus proas, destrozaban sus remos y pasaban rápidamente entre las filas para atacarles por la popa. Lo que especialmente espantó á los sirios fué sumergirse una heptera al primer choque de una nave rodiana mucho más pequeña. Desde aquel momento ya no fué dudosa la derrota del ala derecha. Por la parte del mar, Anníbal estrechaba á Eudamo, que, superior en otros conceptos, tenía la desventaja del número, y ya iba á verse rodeado, si la señal que dió la nave pretoria no hubiese hecho acudir todas las naves vencedoras del ala derecha. Entonces huyó Anníbal con las suyas, no pudiendo perseguirle los rodianos porque tenían muchos remeros enfermos y no podían soportar por largo tiempo la fatiga. Pero desde la alta mar, donde se habían detenido para tomar alimento y reparar las fuerzas, vió Eudamo que el enemigo remolcaba con naves descubiertas las quebrantadas y rotas; veinte á lo sumo se alejaban sin averías. Al ver aquello, mandó silencio desde su nave, diciendo: «Levantaos y contemplad ese hermoso espectáculo.» Inmediatamente se pusieron en pie todas las tripulaciones, y al ver el desorden y la fuga del enemigo, pidieron á una voz perseguirle. La nave de Eudamo estaba acribillada de golpes, por lo que encargó la persecución á Pamfílides y Carídites, advirtiéndoles que no se expusieran demasiado. Estos siguieron por algún tiempo á los fugitivos; pero cuando vieron que Anníbal se acercaba á la costa, temiendo que el viento les impulsase á tierra y les entregase al enemigo, regresaron con Euda-

mo, llevando con ellos una nave puesta fuera de combate al primer choque, y que con mucho trabajo remolcaron hasta Farélides. Desde allí regresaron á Rodas, olvidando el regocijo de la victoria para reconvenirse mutuamente por no haber echado á pique cuando podían toda la flota enemiga. Abrumado Anníbal por la derrota, no se atrevía á pasar la costa de Lycia, á pesar de su profundo deseo de reunirse con la antigua flota del rey. Para quitarle hasta la posibilidad de ello, los rodianos enviaron á Caríditas con veinte naves rostradas hacia Patara y el puerto Megísto. Eudamo recibió orden de volver á Samos á reunirse con los romanos con las siete naves más grandes de la flota que había mandado y de emplear toda su elocuencia y favor para decidirles á poner sitio á Patara.

Mucho regocijó á los romanos la noticia de la victoria y poco después la llegada de los rodios, pareciendo que si se les libraba del cuidado de Faselis, ellos mantendrían libre el mar en aquellas regiones. Pero la marcha de Antioco, que salió de Sardas, infundió temor por las ciudades marítimas é impidió á los vencedores que se alejasen de la Jonia y de la Eolida; limitándose por tanto á destacar á Pamfílides con cuatro naves cubiertas hacia la flota que se encontraba delante de Patara. Antioco no solamente obtenía refuerzos de las ciudades situadas á su alcance, sino que había enviado legados á Prusias, rey de Bitinia, con cartas en que hablaba enérgicamente de las miras ambiciosas que habían llevado á los romanos al Asia. «Vienen, decía, á destronar á todos los reyes, para que en todo el mundo no subsista más que un solo imperio, el romano. Filipo y Nabis habían sucumbido ya. Ahora la emprendían con él, á semejanza de vasto incendio, que, después de estallar en un punto, se propagase á todos los inmediatos, y, de unos en otros, lo devorase todo. De

sus estados pasarían á Bitinia, puesto que Eumeno por sí mismo había salido al encuentro de la esclavitud.» Vacilante se encontraba ya Prusias, cuando cartas del cónsul Escipión, y especialmente de su hermano el Africano, destruyeron sus sospechas. Recordábase éste la constante costumbre del pueblo romano de honrar la majestad de los reyes aliados suyos, y citaba ejemplos que le eran personales para invitar á Prusias á que se hiciese digno de su amistad. «Reyezuelos españoles se entregaron á su buena fe, y al dejar la provincia, les dejó reyes. No solamente había repuesto á Masinissa en el trono de sus padres, sino que le dió los estados de Sifax, que anteriormente le había despojado. Masinissa había llegado á ser indudablemente el rey más poderoso de África, y hasta en todo el universo no había rey que le igualase en majestad y fuerza. Á Filipo y Nabis, vencidos en guerra por T. Quincio, se les dejó sin embargo en posesión de sus tronos, y el año anterior había conseguido Filipo el perdón del tributo; le habían devuelto su hijo, que entregó en rehenes, y los generales romanos le habían permitido además que recobrase muchas ciudades fuera de la Macedonia. Nabis hubiese conservado también su corona á no ser por la ceguedad y perfidia de los etolios, que le perdieron.» Pero lo que acabó de decidir al rey fué la llegada á su corte de C. Livio, que anteriormente había mandado la flota como pretor. Este legado le hizo ver cuántas más probabilidades de victoria tenían los romanos que Antioco y cuánto más sagrada y respetable sería su alianza con ellos.

Habiendo perdido Antioco la esperanza de atraerse á Prusias, marchó de Sardas á Éfeso á revistar la flota que desde muchos meses hacía preparar y equipar allí, no porque hasta entonces hubiese conseguido ningún triunfo en el mar, ó porque en aquel momento tuviese

confianza y seguridad en sus fuerzas navales, sino porque se veía en la imposibilidad de hacer frente por tierra al ejército romano y á los dos Escipiones. Sin embargo, ahora tenía algún motivo para esperar; sabía que gran parte de la flota rodiana se encontraba delante de Patras, y que Eumeno, con todas sus naves, había marchado á reunirse con el cónsul en el Helesponto; aumentando sus ilusiones la noticia del desastre que había experimentado la flota rodiana sorprendida por traición cerca de Samos. Completamente entregado á estas ideas, envió á Polixenidas con orden de arriesgar á toda costa un combate naval, mientras marchaba él mismo con sus tropas sobre Nocio, ciudad de Colofonia, que domina el mar, á dos millas próximamente del antiguo Colofón. Su deseo era apoderarse de aquella plaza, que tan inmediata está de Éfeso, que no podía hacer ningún movimiento por tierra ó mar sin que le viesen los colofonios y en el mismo momento lo anunciaran á los romanos; no dudaba que, al tener noticia del sitio, acudiría la flota romana en socorro de aquella ciudad aliada; ofreciendo esta circunstancia á Polixenidas ocasión para realizar su intento. Comenzó, pues, los trabajos del sitio, llevó hasta el mar dos líneas de circunvalación, adelantó hasta el pie de las murallas malecones y manteletes, y al abrigo de la tortuga combatió las murallas con el ariete. Aterrados los colofonios, enviaron una legación á Samos, para implorar de L. Emilio su protección y la del pueblo romano. Emilio se impacientaba en Samos por su prolongada inacción, y nada esperaba menos que ver á Polixenidas, á quien había provocado dos veces, venir á presentarle batalla, y considerando como una vergüenza que la flota de Eudamo ayudase al cónsul á pasar sus legiones al Asia, mientras se encontraba él como encadenado delante de Colofón para socorrer quizá inútilmente aquella ciudad

sitiada. El rodio Eudamo, que le detuvo ya en Samos, cuando se disponía á pasar al Helesponto, unió sus ruegos á los de los demás, diciéndoles «que era mucho más ventajoso libertar aliados sitiados, vencer por segunda vez una flota vencida ya, y arrebatarse para siempre al enemigo el imperio de los mares, que hacer traición á los aliados, entregar á Antioco toda el Asia, la tierra y los mares, y abandonar su puesto para marchar al Helesponto, donde bastaba la flota de Eumeno.

Habiendo consumido todos sus víveres, los romanos partieron de Samos para acopiar nuevas provisiones, y se prepararon á pasar á la isla de Chio, de la que habían hecho su almacén, porque allí acudían todos los convoyes enviados de Italia. Dieron vuelta alrededor de la ciudad, y habiendo llegado á la parte opuesta de Samos, por el lado del Norte, enfrente de Chio y de Eritrea, encontrábanse á punto de hacer la travesía, cuando recibió un mensaje el pretor diciéndole que había llegado considerable cantidad de trigo de Italia á Chio y que el mal tiempo había retenido las naves cargadas de vino. Supo al mismo tiempo que los habitantes de Teos se habían apresurado á aprovisionar la flota real y ofrecido cinco mil ánforas de vino. Al recibir estas noticias, el pretor se separó de su camino y dirigió de pronto su flota sobre Teos, decidido á conseguir de buen grado las provisiones destinadas á los sirios ó á tratar á los habitantes como enemigos. Cuando dirigía su flota hacia tierra, presentáronse unas quince naves á la altura del cabo Mioneso, y creyendo al pronto que pertenecían á la flota del rey, se puso en persecución suya, pero muy pronto se convenció de que eran piratas. Estos habían devastado toda la costa de Chio y regresaban con inmenso botín. Cuando vieron la flota romana, emprendieron la fuga, teniendo la ventaja que les daban sus ligeras naves, construidas para la carrera; además,

se encontraban más cerca de tierra. Así fué, que antes de que la flota pudiese alcanzarles, se refugiaron en Mioneso. Esperando el pretor alcanzarlas en el mismo puerto, continuó persiguiéndolas sin conocer aquellas aguas. Mioneso es un promontorio entre Teos y Samos, elevándose en cono sobre ancha base la colina que lo forma. Por el lado del continente se llega por estrecho sendero; y por el mar, rocas minadas por las aguas cierran la entrada; en algunos puntos estas rocas se adelantan sobre el agua sobresaliendo más que las naves que se encuentran en la rada. El pretor no se atrevió á penetrar allí para no aventurarse á los golpes de los piratas colocados en las alturas, y permaneció un día inactivo, hasta que, al fin, al anoche se retiró sin haber conseguido nada, llegando al siguiente día á Teos, y fondeando en el puerto Gerestico, situado detrás de la ciudad, desembarcó para talar las cercanías.

Viendo aquella devastación los teyos, enviaron una legación á los romanos con las cintas y velos de los suplicantes. Estos legados quisieron justificar á sus conciudadanos de todo acto y proyecto hostil á los romanos. Pero el pretor les acusó de haber entregado víveres á la flota enemiga, y hasta especificó la calidad del vino ofrecido á Polixenidas. «Si querían, les dijo, aprovisionar de la misma manera la flota romana, retiraría sus soldados de sus campos; si no, les trataría como enemigos.» Al oír esta dura respuesta, los magistrados reunieron al pueblo para decidir lo que había de hacerse. Quiso la casualidad que aquel día Polixenidas, que había partido de Colofón con la flota real, enterándose de que los romanos habían dejado Samos para seguir á los piratas hasta Mioneso y fondeado en el puerto de Gerestico para talar el territorio de Teos, viniese á fondear enfrente de Mioneso, en un puerto oculto de la isla que los navegantes llaman Macrín. Desde allí observó

de cerca los movimientos del enemigo y concibió al pronto el proyecto de destruir la flota romana con una maniobra semejante á la que le entregó la flota rodiana, cerrando por fuera la entrada del puerto. Las condiciones del paraje eran casi idénticas; acercándose los promontorios, de tal manera estrechaban la abertura del puerto, que apenas podían salir dos naves de frente. Proponíase Polixenidas apoderarse de noche de aquella entrada, colocar diez naves cerca de cada promontorio, para coger al enemigo por los dos costados á la vez á su salida, y marchar con el resto de la flota, como hizo en Panormo, y desembarcar los soldados para sorprender simultáneamente á los romanos por mar y tierra. El proyecto hubiese tenido resultado, si los teyos, al someterse á las exigencias del pretor, no le hubiesen decidido á pasar al puerto situado delante de la ciudad, para recibir los víveres con más facilidad. Dícese que el rodio Eudamo hizo notar lo incómodo del otro puerto con ocasión de un accidente que ocurrió á dos naves cuyos remos se habían enredado y roto en aquel paso tan estrecho; decidiendo también al pretor á trasladar su flota el temor de que le atacase por el lado de tierra Antioco, cuyo campamento distaba poco de allí.

Pasó, pues, la flota á la parte anterior de la ciudad, y como ignoraban la proximidad del enemigo, soldados y marineros desembarcaron para recibir las provisiones y el vino destinado á cada nave. A mediodía, un campesino que llevaron ante el pretor, le dijo que «hacía dos días se encontraba una flota fondeada en la isla Macrín y que acababa de ver ponerse en movimiento parte de las naves como para marchar.» Sorprendido por aquella inesperada noticia, el pretor mandó tocar la bocina para que se replegasen los que podían estar dispersos por los campos, y envió los tribunos á la ciudad para traer á bordo á los marineros y soldados. En seguida

se puso todo en movimiento, pareciendo el desorden de un incendio ó de una ciudad tomada por asalto. Corrían unos hacia Teos para llamar á sus compañeros; otros se precipitaban fuera de la ciudad para ganar las naves. Gritos confusos, cubiertos por el sonido de las bocinas, impedían oír con claridad las órdenes. Al fin acudieron todos en tropel á la playa, pero difícilmente podía reconocer y dirigirse cada uno á su nave, en medio de la confusión general; pudiendo haber ocasionado aquel apresuramiento una catástrofe en tierra ó en el mar, si Emilio, saliendo el primero del puerto, no hubiese ganado la alta mar con su nave pretoria y esperado las otras, que colocaba en línea de batalla á medida que llegaban. Al mismo tiempo Eudamo se situaba con la flota rodiana cerca de la costa, para cuidar de que el embarque se hiciese con orden y hacer salir del puerto cada nave en cuanto se encontraba dispuesta. Así, pues, las primeras ocuparon sus puestos ante la vista del pretor y los rodianos formaron la retaguardia. El ejército naval avanzó en este orden mar adentro, como si ya hubiese visto á los sirios, hallándose entre los cabos Mioneso y Corico cuando encontró al enemigo. Las naves del rey, formadas dos á dos en larga fila, acudieron á desplegar su frente de batalla delante de los romanos, prolongando su ala izquierda de manera que pudiese rebasar y envolver la derecha del enemigo. Al ver esto Eudamo, que estaba en la retaguardia, comprendiendo que los romanos no podían desarrollarse en tan grande extensión, y que iban á quedar envueltos por el lado de la derecha, se lanzó con toda la velocidad de sus naves, las más ligeras de la flota, y, llenando el hueco, opuso su nave pretoria á la de Polixenidas.

El combate se había generalizado ya. Los romanos tenían ochenta naves, siendo veintidós rodianas; el enemigo disponía de ochenta y nueve, y entre ellas tres

hexeras y dos hepteras. Los romanos aventajaban á los sirios por la solidez de sus naves y el valor de los soldados; los rodios tenían la superioridad de la ligereza de sus naves, la experiencia de los pilotos y destreza de sus remeros. Pero aterraban al enemigo las galeras rodianas armadas con sus fuegos en la proa: esta estratagemá, que fué su único medio de salvación en Panormo, contribuyó poderosamente ahora á la victoria. En efecto, por temor á aquellos fuegos amenazadores, las naves del rey separaban la proa para evitar el choque; no podían herir á las enemigas con el espolón y presentaban el costado á sus golpes. Los que intentaban el abordaje, quedaban inundados de llamas, y más cuidaban de precaverse del incendio que de combatir. Sin embargo, el valor de los soldados decidió como siempre la victoria. Los romanos, después de romper el centro enemigo, rodearon sus líneas y vinieron á atacar por la espalda á los que hacían frente á los rodianos, y en un momento las naves de Antioco, envueltas en el centro y en el ala izquierda, fueron echadas á pique. El ala derecha, intacta aún, estaba más aterrada por el desastre de la izquierda que por su propio peligro. Pero cuando vió envuelto el resto de la flota y que la nave de Polixenidas huía forzando los remos, sin cuidarse de las demás, desplegó todas las velas, y aprovechando el viento que la impulsaba hacia Éfeso, emprendió la fuga. Antioco perdió en aquel combate cuarenta y dos naves, de las que quedaron trece en poder de los vencedores; las otras se incendiaron ó sumergieron. Los romanos perdieron dos y algunas quedaron averiadas. Una nave rodiana fué capturada por caso extraño; había clavado el espolón en una galera sidonia, y su ancla, lanzada por la fuerza del choque, clavó su encorvado diente como mano de hierro en la proa de la enemiga. En medio del desorden que produjo este incidente, mientras los sido-

nios procuraban defenderse y los rodianos retenerlos violentamente, estirado el cable del ancla, se enredó en los remos, rompiendo todos los de su lado, y desamparada de esta manera la nave, cayó en poder de la que casualmente había sujetado. Este fué el resultado del combate naval de Mioneso.

Aterrado Antioco por aquella derrota que le quitaba el imperio del mar, desesperó de conservar sus posesiones lejanas, y llamó la guarnición de Lysimaquia, para que no la sorprendiesen los romanos; determinación funesta, como se vió después. En efecto, nada más fácil que defender á Lysimaquia contra un ataque repentino, y hasta sostener un sitio durante todo el invierno, poner en grave aprieto á los sitiadores mismos, ganando tiempo, y hacer oportunamente tentativas para negociar la paz. No se limitó Antioco á entregar Lysimaquia al enemigo después de su derrota naval, sino que abandonó también el sitio de Colofón y se retiró á Sardas. Desde allí envió á pedir socorros al rey de Capadocia Ariarato, hizo levantar tropas por todas partes donde pudo, y sólo pensó en combatir á los romanos por tierra. Emilio Regilo, que había marchado hacia Éteso después de su victoria naval, se presentó con su flota delante del puerto, y, contento con haber arrancado al enemigo la última confesión de su renuncia al imperio de los mares, se hizo á la vela para Chio, cuya dirección había tomado al dejar Samos antes del combate. En cuanto hubo reparado aquellas naves que habían sufrido avería en el combate, envió á L. Emilio Scauro al Helesponto con treinta galeras para transportar las tropas consulares al Asia, y despidió á los rodianos después de distribuirles parte del botín y adornado sus galeras con los despojos navales. Adelantándose éstos á Scauro, marcharon á ayudar al cónsul á realizar el paso de su ejército, y no regresaron á su isla hasta ha-

ber prestado este nuevo servicio. La flota romana pasó de Chio á Focea. Esta ciudad está situada en el fondo de su golfo; su forma es oval; sus murallas abrazan un recinto de dos mil quinientos pasos y se reúnen en los dos extremos formando como una cuña llamada Lamp-tera, de doscientos pasos de ancha; desde allí avanza al mar una lengua de tierra de mil pasos de larga, que corta el golfo por mitad, formando por uno y otro lado dos puertos muy seguros; el que mira á Mediodía se llama Naustatmo, porque es bastante grande para recibir considerable número de naves; el otro está junto á la misma Lamptera.

La flota romana se puso al abrigo en aquellos puertos, y, antes de intentar el asalto ó de comenzar los trabajos de sitio, el pretor quiso hacer sondear las disposiciones de los habitantes principales y de los magistrados. Encontrándoles inquebrantables, dió el asalto por dos lados á la vez, uno de los cuales estaba libre de casas, ocupando templos parte del terreno. Primeramente utilizaron el ariete y derribaron las murallas y torres de aquel punto; en seguida, como los habitantes acudían en tropel para rechazar el ataque, emplearon también el ariete por el otro lado. En los dos puntos estaba ya abierta la brecha, precipitándose los romanos en medio de los escombros, mientras que otros intentaban escalar las murallas. Por todas partes opusieron los habitantes tenaz resistencia, como si confiaran solamente en sus armas y valor y no en sus parapetos. Alarmado el pretor por el peligro que corrían sus soldados, mandó tocar retirada, para no exponerles imprudentemente al furor de un enemigo enloquecido por la desesperación. No descansaron los sitiados por la suspensión del combate, sino que corrieron por todas partes, acudieron á reparar las brechas y levantar las derruidas murallas. Ocupados estaban en estos traba-

jos cuando llegó L. Antonio, enviado por el pretor. Este les reconvino por su resistencia y les dijo «que los romanos se interesaban más que ellos por la conservación de su ciudad, ofreciéndoles, si renunciaban á su ceguedad, la facultad de rendirse con las condiciones que anteriormente consiguieron de C. Livio.» Los sitiados pidieron cinco días para deliberar, y en el intervalo pidieron socorros á Antioco; pero habiendo sabido por los legados encargados de esta misión que no podían esperar nada del rey, abrieron las puertas á condición de que no había de cometerse en la ciudad ningún acto hostil. Los romanos entraron en ella con las enseñas levantadas, y el pretor mandó que se respetase al pueblo que voluntariamente se sometía; pero por todas partes se reclamó contra aquella orden, diciendo «que no era digna porque los foceos, que siempre habían sido aliados infieles, enemigos encarnizados, se burlarían impunemente de los romanos.» Y en el acto, como si el pretor hubiese dado la señal, los soldados se dispersaron por la ciudad para saquear. Emilio les contuvo al pronto, diciéndoles que solamente debían saquearse las ciudades tomadas por asalto y no las que se sometían voluntariamente; y que, hasta en aquel caso, el general decidía el saqueo y no los soldados. Pero cuando vió que el furor y la codicia les hacía sordos á su voz, envió los pregoneros por la ciudad para invitar á todos los ciudadanos libres á que se reuniesen en el Foro, donde encontrarían á su lado ayuda y protección contra la violencia; y en todo lo que dependía de él, se mostró fiel á su palabra, devolviendo á los habitantes su ciudad, su territorio, sus leyes, y, como se acercaba el invierno, eligió los puertos de Focea para la invernada de sus naves.

Por este tiempo fué cuando el cónsul, que había atravesado las tierras de Eros y de Maronea, se enteró de

la derrota de la flota real en Mioneso y del abandono de Lysimaquia. Más le agradó esta noticia que la de la victoria naval, sobre todo cuando, al llegar á Lysimaquia, en vez de verse expuesto á las privaciones y trabajos de un sitio, como esperaba, encontró una ciudad abundantemente surtida de toda clase de provisiones que parecían preparadas para su ejército. Detúvose allí algún tiempo esperando que llegasen los bagajes y los enfermos, que habían quedado repartidos en todos los fuertes de la Tracia, extenuados por los sufrimientos y la extensión del camino. Cuando estuvieron todos reunidos, volvió á ponerse en marcha por el Quersonero y llegó al Helesponto, donde, gracias á los preparativos que había hecho el rey Eumeno para la travesía, pasaron las tropas el estrecho, sin dificultad ni confusión, como en playas amigas. Nada inspiró tanta confianza á los romanos como encontrar libre un paso que habían temido les disputasen tenazmente. En las orillas del Helesponto hicieron alto: era la época de la procesión solemne de los escudos sagrados, que obligaba á suspender la marcha. Esta obligación era más imperiosa aún para P. Escipión, que era saliano, y que en aquel momento estaba separado del ejército (1), siendo la detención también para esperarle.

Por estos días, un legado de Antioco, Heraclides Bizancio, vino al campamento á tratar de la paz; creyendo el rey poder conseguirla, porque había visto á los romanos detenerse y perder tiempo, en vez de marchar apresuradamente sobre su campamento, como supuso harían en cuanto pusieran el pie en Asia. El legado no quiso presentarse al cónsul hasta después de ver á P. Escipión, según las órdenes de su señor. Esperaba

(1) P. Escipión había permanecido en Europa, porque durante los días de aquella procesión solemne, los salianos no podían abandonar el punto donde se encontraban.

mucho de aquel varón eminente, que generoso por carácter y saciado ya de gloria, parecía deber mostrarse menos inflexible: todos los pueblos del universo conocían la moderación del vencedor de España y Africa, y además, su hijo (1) estaba prisionero en poder del rey. El paraje, la época y las circunstancias de la captura de aquel joven, así como la mayor parte de los hechos, los exponen de diferente manera los historiadores. Colócanlas unos al comenzar la guerra, diciendo que, al pasar de Calcis á Orea, le sorprendieron las naves sirias. Refieren otros que, después del paso de los romanos al Asia, fué enviado al frente de una turma de fregelanos á reconocer el campamento enemigo, y que, obligado á batirse en retirada ante fuerzas superiores, cayó del caballo en medio de la pelea, fué cogido con otros dos jinetes y llevado al rey. Pero lo cierto es que, si Antioco hubiese estado en paz con los romanos y en relaciones particulares de hospitalidad con los Escipiones, no habría tratado al prisionero con más atención y miramiento. Tales eran los motivos que hacían esperar al legado el regreso de P. Escipión; y en cuanto llegó se presentó al cónsul, pidiéndole audiencia.

Reunióse numeroso consejo para oír al mensajero, que dijo «habíanse presentado ya inútilmente muchas legaciones para tratar de la paz, y precisamente el mal éxito de todas ellas le hacía esperar conseguirla; porque Smirna, Lampsaco, Alejandría de Troada y Lysimaquia en Europa, habían sido otros tantos obstáculos para un arreglo. Ahora el rey había evacuado Lysimaquia y no se le podía decir que conservaba algo en Europa: en

(1) Escipión el Africano tuvo dos hijos: el primero, L. ó Cn. Cornelio Escipión, no conservó la gloria de su padre y fué excluido del Senado durante su pretura; el otro, P. Escipión, hombre de gran talento, pero de salud delicada, adoptó al hijo de Paulo Emilio, que fué el segundo Escipión el Africano.

cuanto á las tres ciudades del Asia, dispuesto estaba á abandonarlas, con aquellas que los romanos quisieran sustraer á su autoridad por haber adoptado su partido, y se obligaba también á entregar á los romanos la mitad de los gastos de la guerra.» Estas fueron las proposiciones del rey. Heraclides terminó exhortando á los romanos á recordar la fragilidad de las cosas humanas, á usar moderadamente de sus ventajas y á no abrumar al enemigo en la desgracia. «Debían limitar su imperio á Europa, les dijo, con lo que sería aún enorme. Menos trabajo les había costado conquistar cada parte, que tendrían para conservar el todo. ¿Querían arrebatárles también alguna región del Asia? Con tal de que los límites quedasen bien determinados, el rey, en su moderación, haría aquel sacrificio á la ambición romana, por amor á la paz.» Estos ofrecimientos, de los que tanto esperaba el legado, parecieron pequeños á los romanos, que exigían al rey el reembolso íntegro de los gastos de la guerra que había provocado, que sus guarniciones evacuasen la Jonia y la Eolida y hasta que diese libertad á todas las ciudades del Asia, como los romanos la habían dado á toda la Grecia, cosa que no podía realizarse sin que abandonase toda el Asia del lado acá del monte Tauro.

Viendo el legado que nada podía conseguir del consejo, trató, según se le había mandado, de atraerse á Escipión en particular. Ante todo le aseguró que el rey le devolvería su hijo sin rescate; en seguida, desconociendo el carácter de Escipión y las costumbres de los romanos, le prometió cantidades considerables, si Antio-co conseguía la paz por su mediación. Escipión le contestó: «No conoces á los romanos ni al hombre con quien hablas; no me asombra, puesto que te veo tan extraordinariamente engañado acerca de la posición del que te envía. Debió conservar Lysimaquia para cerrarnos la en-

trada del Quersoneso, ó detenernos en las orillas del Helesponto é impedirnos pasar al Asia, si tenáis en cuenta nuestras inquietudes relativamente al resultado de la guerra, para hacernos proposiciones de paz; pero ahora que nos habéis dejado penetrar en el Asia, que os encontráis sometidos al freno y hasta el yugo, ¿podéis tratar bajo el pie de igualdad con un pueblo cuya ley tenéis que soportar? Por mi parte aceptaría la libertad de mi hijo como el don más precioso que podría concederme la munificencia del rey; pero en cuanto á los demás dones, no permitan los dioses que los apetezca jamás; mi corazón no los apetecerá seguramente. En cambio de tan gran beneficio, sabré demostrar al rey que no ha obligado á un ingrato, si por un favor personal, solamente pide agradecimiento personal; pero como hombre público ni recibo ni le concedo nada. Lo único que puedo hacer actualmente es darle un consejo leal. Dile de mi parte [que deponga las armas, que no rechace ninguna condición de paz.] El consejo no agradó al rey: en la guerra veía al menos alguna probabilidad de salvación, cuando le imponían ya condiciones como á vencido. Renunciando, pues, por el momento á toda idea de negociación, ocupóse exclusivamente de los aprestos de guerra.

Habiéndolo preparado todo el cónsul para la realización de sus planes, dejó los cuarteles y entró primeramente en Dardana, después en Ahecia, en medio de un pueblo que salía apresuradamente á recibirle. Desde allí marchó á Ilión, acampó en una llanura al pie de las murallas, subió á la fortaleza y ofreció un sacrificio á Minerva, diosa tutelar de la plaza, en medio de las atenciones de los ilineses, que agasajaban á los romanos como á descendientes suyos, y la alegría de éstos al considerar su origen. Desde allí llegó en seis días de marcha á la fuente del Caico, donde se le reunió Eume-

no, que después de vana tentativa para llevar su flota del Helesponto á Elea, donde debia invernar, viéndose detenido durante muchos días por vientos contrarios, sin poder doblar el cabo Lectuno, había desembarcado, y temiendo faltar al comienzo de las operaciones, había acudido, por el camino más corto, al campamento del cónsul con corto número de soldados. Enviado á Pérgamo para la expedición de provisiones, entregó los trigos á los enviados del cónsul y regresó al campamento. Allí prepararon víveres para muchos días, y el ejército se disponía á marchar contra el enemigo, antes de que llegase el invierno; pero el rey, que acampaba cerca de Thyatira, habiendo sabido que P. Escipión estaba enfermo y se había hecho trasladar á Elea, le envió una legación para entregarle su hijo. Esta atención, tan grata para un padre, produjo además mucho efecto en la salud del enfermo. Después de entregarse á las expansiones de la ternura, dijo á los legados: «Marchad, y asegurad al rey mi agradecimiento: ahora solamente puedo manifestárselo aconsejándole que no presente batalla hasta que se haya enterado de mi regreso al campamento.» Antioco tenía sesenta y dos mil hombres de infantería y más de doce mil caballos; fuerzas que podían inspirarle alguna confianza en el resultado del combate. Sin embargo, cediendo á los consejos de aquel varón eminente, su último recurso en caso de derrota, se retiró, pasó el río Frigio, y marchó á acampar cerca de de Magnesia del Sipilo. Para poner sus fortificaciones al abrigo de toda tentativa por parte de los romanos, si quería ganar tiempo, las rodeó con un foso de seis codos de profundidad y doce de anchura, clavando al otro lado doble empalizada: en la parte interior consruyó una muralla apoyada en numerosas torres, para impedir fácilmente al enemigo que atravesase el foso.

El cónsul, que creía al rey en Thyatira, continuó su

marcha sin detenerse, y al quinto día entró en la llanura de Hircania. Enteróse entonces de su marcha, siguió sus huellas, y acampó al lado de acá del río Frigio, á cuatro millas del enemigo. Entonces un cuerpo de mil jinetes galo-grecos en su mayor parte, con algunos dahos y arqueros de diferentes naciones, atravesando con mucho estrépito el río, cayó sobre los puestos romanos. Al pronto produjo alguna confusión la sorpresa; pero prolongándose el combate, como los romanos se encontraban cerca de su campamento, recibieron refuerzos; la caballería del rey, rendida de cansancio y cediendo al número, volvió bridas, pero le alcanzó en las orillas del río el enemigo que la perseguía y perdió muchos hombres antes de poder intentar el paso. En seguida pasaron dos días en la inacción, sin que ninguno de los dos bandos se aventurase á pasar el río. Al día tercero, los romanos cruzaron á la otra orilla y acamparon á dos mil quinientos pasos del enemigo. Mientras trabajaban en sus fortificaciones, atacáronles con espantoso estrépito tres mil infantes y jinetes escogidos del ejército real. Dos mil hombres protegían los trabajos, y, á pesar de su inferioridad numérica, sostuvieron al principio el combate con igualdad, sin llamar á ningún trabajador en su auxilio; animándose en seguida conforme arreciaba el combate, concluyeron por rechazar el ataque, matando cien hombres y haciendo otros tantos prisioneros. Los cuatro días siguientes permanecieron en batalla los dos ejércitos delante de sus campamentos. El quinto avanzaron los romanos al centro de la llanura. Antioco no hizo ningún movimiento, aunque el enemigo solamente distaba una milla de su campamento.

Viendo el cónsul que los sirios rehusaban el combate, celebró consejo al día siguiente, preguntando «qué debía hacer, si Antioco no le consentía la posibilidad de

combatir. Acercábase el invierno y era necesario mantener á los soldados en las tiendas, ó si se quería invernar, aplazar la guerra hasta el verano siguiente.» Jamás despreciaron los romanos tanto á sus enemigos; exclamando todos á una voz «que era necesario marchar directamente contra los sirios y aprovechar el ardor de los soldados.» Los romanos no veían en aquellas masas de hombres más que rebaños que degollar y no enemigos que combatir, y estaban dispuestos á penetrar en el campamento, á pesar de los fosos y las empalizadas, si Antioco no salía de sus fortificaciones. Al día siguiente, después de los datos positivos que dió Cn. Domicio, enviado para reconocer el terreno y los puntos más accesibles de las fortificaciones enemigas, el cónsul marchó á situarse más cerca aún. Al día tercero, ostentaban las enseñas en medio de la llanura, y el ejército se formó en batalla. Antioco por su parte, renunciando á sus vacilaciones, temiendo desalentar á sus tropas con nuevos aplazamientos y aumentar la confianza de los romanos, salió al fin del campamento, pero se contentó con hacer creer que estaba decidido á combatir. El ejército romano presentaba aspecto casi uniforme en hombres y armas; formábanlo dos legiones romanas y dos de aliados del nombre latino, cada una de cinco mil cuatrocientos hombres. Los romanos ocupaban el centro y los latinos las dos alas, al frente los hastatos, detrás los príncipes y en tercera fila los triarios. Fuera de esta línea de batalla, que era por decirlo así, completa, el cónsul colocó á la derecha y en el mismo frente la caballería auxiliar de Eumeno, que ascendía á unos tres mil hombres, mezclados con cetratos aqueos; más lejos estaban tres mil caballos, de los que Eumeno había suministrado y todos los demás romanos; en tercera fila quinientos tralos y cretenses. Parecía que el ala izquierda no necesitaba refuerzos, estan-

do apoyada en el río y cubierta por caminos escarpados. Sin embargo, colocáronse allí cuatro turmas de caballería. Tal era el conjunto de las fuerzas romanas, añadiendo dos mil voluntarios macedonios y tracios que quedaron para guardar el campamento. Diez y seis elefantes formaban la reserva detrás de los triarios; porque, además de que no podían oponerlos con éxito á los del rey, que tenía cincuenta, los elefantes de África, aun en número igual, no pueden hacer frente á los de la India, que les aventajan en tamaño y quizá en valor.

El ejército del rey, mezcla confusa de diferentes pueblos, presentaba aspecto más variado, por la diversidad de armas y de cuerpos auxiliares. Constaba de diez y seis mil peones, armados á la macedonia y llevando el nombre de falange. Estos ocupaban el centro en la primera línea, estando divididos en diez grupos, separados cada uno por dos elefantes. La profundidad era de treinta y dos hombres. Esta infantería era la fuerza principal del rey y presentaba aspecto formidable, tanto por su arrogante actitud, como por los elefantes que dominaban toda la línea. Aquellos animales, extraordinariamente grandes, parecían mayores aún por sus flotantes penachos; sobre el lomo llevaban una torre (1) en la que se colocaban cuatro combatientes y además el conductor. En el ala derecha de esta falange, estaban colocados mil quinientos jinetes galo-grecos, sostenidos por tres mil coraceros (que llaman catafractos) (2) y un cuerpo de mil caballos, llamado *agema* (3). Estos eran

(1) Algunas veces armaban los colmillos de los elefantes con hierros agudos, para aumentar su fuerza.

(2) Estos combatientes llevaban armadura completa. Sus caballos iban defendidos con frontal y malla.

(3) Créese que la *agema* era un cuerpo escogido de infantería, caballería y elefantes, que marchaba delante de los reyes de Macedonia.

lo mejor de los medos y de los diferentes pueblos de aquella comarca. Inmediatamente después se encontraba un grupo de diez y seis elefantes formando reserva. Más á la derecha, y en la prolongación de esta ala, se encontraba la cohorte real, que llevaba el nombre de argyráspides (1) á causa de sus escudos de plata. Venían en seguida mil doscientos arqueros á caballo, de la nación de los dahos; después tres mil hombres de tropas ligeras, cuerpo formado de tralos y cretenses por partes casi iguales, y dos mil quinientos arqueros misios. El extremo del ala lo cubrían cuatro mil hombres entre honderos, cirteyos y arqueros elimenos. En el ala izquierda sostenían la falange mil quinientos jinetes galo-grecos, y dos mil capadocios armados lo mismo, enviados al rey por Ariarato. Después dos mil setecientos auxiliares de diferentes naciones, tres mil jinetes catafractos y otros mil cubiertos, tanto ellos como sus caballos, con armaduras más ligeras, pero que tenían el mismo aspecto: este cuerpo, llamado ala regia, estaba formado de sirios, frigios y lidios. Delante de esta caballería estaban formadas las cuadrigas armadas de hoces, y los camellos llamados dromedarios, montados por arqueros árabes, que llevaban espadas de hoja estrecha y cuatro codos de largas, para poder alcanzar al enemigo desde lo alto de su montura. En seguida la multitud de auxiliares, sobre poco más ó menos como en el ala derecha; en primer lugar los tarentinos (2); en seguida dos mil quinientos jinetes galo-grecos, mil neocreteneses y mil quinientos carios y silicios con iguales armas, así como los tralos; en fin, tres mil cetratos pisidianos, pamfilios y licienos. Más á la derecha, los auxiliares cir-

(1) Estos soldados llevaban escudos adornados con láminas de plata ó de otro metal brillante.

(2) Estos eran jinetes que acababan con el venablo en la mano.

tenses y elimenos, en igual número que en el ala izquierda, y diez y seis elefantes colocados á cierta distancia.

El rey en persona mandaba el ala derecha, su hijo Seleuco y su sobrino Antipatro estaban encargados de la izquierda; el centro quedó confiado á tres jefes, Mión, Zeuxis y Filipo, maestro de los elefantes. La niebla que se había levantado por la mañana y que subió al avanzar el día, produjo mucha obscuridad; el viento del Mediodía trajo en seguida lluvia que inundó toda la llanura. Los romanos no recibieron incomodidad por esto, pero el ejército del rey sufrió mucho. Los primeros ocupaban muy poco terreno para que la obscuridad les impidiese ver toda la extensión de sus líneas, y, como casi todos estaban pesadamente armados, la lluvia no enmohecía sus espadas y venablos. Por el contrario, en el ejército real, cuyo frente presentaba tan inmenso desarrollo, no podían distinguirse las alas desde el centro y mucho menos se veían uno á otro los dos extremos; la humedad había aflojado los arcos, las hondas y las correas de los venablos. Hasta las mismas cuadrigas, armadas de hoces, con las que contaba Antioque para introducir el desorden en las filas enemigas, sólo sirvieron para perturbar las suyas. Su construcción era sobre poco más ó menos la siguiente: diez picas, de un codo de largas, partían del yugo en medio de la lanza, como cuernos destinados á traspasar cuanto encontrasen; á cada lado del yugo iban atadas hacia afuera dos hoces, una á la altura del yugo, para cortar cuanto se encontrase por el costado, y la otra más baja y vuelta hacia el suelo para alcanzar los soldados caídos y los que tratasen de deslizarse por debajo. En el extremo de los ejes iban adaptadas igualmente dos hoces en igual disposición. Como hubiese sido necesario abrir las filas para dejar paso á aquellas cuadrigas, si hubie-

ran estado colocadas en la retaguardia ó en el centro, el rey, como ya hemos dicho, las había colocado delante en dos líneas. Al verlas Eumeno, que estaba familiarizado con aquella clase de aparatos y que sabía cuán dudoso recurso eran, cuando se limitaban á asustar los caballos en vez de dirigir contra ellos ataque regular, mandó á los arqueros cretenses, á los honderos y á los jinetes armados con venablos, que se acercasen, no en masa, sino lo más dispersos que pudieran, y que arrojasen sobre el enemigo una granizada de venablos. Aquella mortífera lluvia, acompañada de gritos discordantes, produjo tal espanto á los caballos, que se desbocaron corriendo en direcciones diferentes. Fácil fué á las tropas ligeras, á los honderos y ágiles cretenses, libertarse de aquel desordenado ataque, mientras que la caballería, que perseguía á los fugitivos, acabó de introducir el desorden y el terror entre los caballos y camellos, igualmente asustados por los confusos gritos que resonaban en derredor suyo. Hicieron, pues, desaparecer los carros del centro de la llanura, y cuando terminó aquella escaramuza, á una señal dada, los dos ejércitos se pusieron en movimiento para un combate en regla.

Pero aquel pánico produjo muy pronto verdadera derrota. Los auxiliares de la reserva, colocados á corta distancia, se contagiaron con el miedo y el espanto que habían dispersado á las cuadrigas, y emprendiendo la fuga, desguarnecieron todas las líneas hasta los catafractos. Viéndose éstos descubiertos y atacados por la caballería romana, ni siquiera sostuvieron el primer choque; unos se desbandaron; otros, abrumados por el peso de la coraza y de las armas, cayeron prisioneros ó fueron muertos. En breves momentos quedó derrotada toda el ala izquierda, y el desorden de los auxiliares, colocados entre la caballería y la falange, difundió el

terror hasta el centro. Rompiéronse las filas, y el movimiento retrógrado de los fugitivos impidió á la infantería hacer uso de las largas picas, que los macedonios llaman sarissas (1). Los elefantes, colocados entre las filas, no pudieron detener tampoco al soldado romano, acostumbrado por las guerras de África á evitar el ataque de estos animales, bien clavándoles los venablos en los costados, bien cortándoles el jarrete con la espada, cuando podían acercarse. La primera línea del centro estaba casi completamente arrollada, y destrozada la reserva, envuelta por los romanos, cuando se enteraron de la derrota de su ala izquierda y oyeron los gritos de los fugitivos, rechazados hasta las puertas del campamento. Antioco, que mandaba el ala derecha, habiendo observado que el cónsul, creyéndose bastante cubierto por el río, no había dejado en aquel punto más que cuatro turmas de caballería, aprovechó la circunstancia de que las turmas habían abandonado la ribera para reunirse á los otros cuerpos y atacó á la cabeza de sus auxiliares y catafractos. Y no solamente atacó á los romanos de frente, sino que rebasó su ala por el lado del río, los cogió de flanco, arrolló primeramente la caballería y obligó en seguida á los peones más cercanos á huir en desorden hacia el campamento.

Mandaba en el campamento el tribuno militar M. Emilio, hijo de M. Lépidio, que pocos años antes había sido nombrado pontífice máximo. Testigo de la derrota, corrió con todos los suyos á cortar el paso á los fugitivos, los detuvo y en seguida les hizo volver al combate, reconviniéndoles por su miedo y cobarde deserción y amenazándoles con la muerte si no obedecían. En el acto mandó á los suyos que matasen á los que huían y

(1) Estas lanzas tenían, según unos, veintiún pies de largas, y según otros, veinticuatro, excediendo en diez y ocho pies á la altura del hombre.

que obligasen con la espada á que volviesen caras los que les seguían. Colocados entre dos peligros, los fugitivos eligieron el menor; y cediendo ante la dura alternativa, detuviéronse primero, y en seguida volvieron espontáneamente al combate. Emilio, con los dos mil valientes que formaban sus fuerzas, resistió valerosamente al rey, que venía á toda brida detrás de los fugitivos. Atalo, hermano de Eumeno, colocado en el ala derecha, que al primer choque había arrollado la izquierda enemiga, en cuanto vió la izquierda de los romanos en fuga y las inmediaciones del campamento en la mayor confusión, acudió á tiempo con doscientos caballos. Antioco que vió volver al combate á los que acababa de perseguir y que acudían refuerzos desde el campamento y del campo de batalla, volvió bridas y emprendió la fuga á su vez. Vencedores así los romanos en las dos alas, franquearon los montones de cadáveres, hacinados especialmente en el centro, donde el valor del enemigo y el peso de sus armas le habían detenido, y corrieron á saquear el campamento sirio. Los jinetes de Eumeno, seguidos inmediatamente por el resto de la caballería, se lanzaron por la llanura en persecución de los fugitivos, matando á los primeros que pudieron alcanzar. Pero lo más funesto para los sirios fué la confusión de los carros, elefantes, camellos y multitud de fugitivos, que arrollándose aterrados y en desorden unos á otros, quedaban aplastados bajo las pisadas de los animales. En el campamento fué más horrible la matanza que en el campo de batalla. Allí habían buscado refugio los primeros fugitivos, y, esperando les sostuviesen los encargados de custodiarlo, combatieron con furor delante de los parapetos. Viéndose detenidos los romanos á la entrada del campamento y de las empalizadas, que esperaban tomar al primer choque, se vengaron de aquella resistencia haciendo tremen-

da matanza en cuanto consiguieron forzar la entrada.

Dícese que el rey perdió en aquella batalla cerca de cincuenta mil peones y tres mil caballos, cogiéndole mil quinientos hombres y quince elefantes con sus conductores. Los romanos tuvieron muchos heridos, pero sus pérdidas no pasaron de trescientos peones y veinticuatro jinetes; las de Eumeno, veinticinco hombres. Los vencedores saquearon aquel día el campamento enemigo, y regresaron al suyo con inmenso botín. Al siguiente despojaron los muertos y reunieron los prisioneros. Llegaron legados trayendo la sumisión de Thyatira y de Magnesia del Sipilo. Antioco, con débil escolta, pero reuniéndosele en la fuga los restos de su ejército, se retiró á Sardas hacia la media noche con aquel puñado de hombres. Habiendo sabido allí que su hijo Seleuco y algunos amigos marchaban hacia Apamea, á la cuarta vigilia se dirigió á aquel punto con su esposa é hija, dejando á Zenón la custodia de la ciudad y á Timón el mando de la Lidia; pero despreciando la autoridad de éstos, los habitantes y la guarnición, de común acuerdo, enviaron legados al cónsul.

Por este mismo tiempo los enviados de Trales, de Magnesia del Meandro y de Éfeso trajeron la sumisión de estas ciudades. Polixenidas había evacuado Éfeso á la noticia del combate, llevando su flota á Patara, en Lycia; pero temiendo le atacase la escuadra rodiana que se encontraba en Megisto, desembarcó y tomó el camino de Siria con débil destacamento. Entretanto las ciudades del Asia se apresuraban á entregarse á discreción al cónsul, reconociendo la autoridad de Roma. El cónsul se encontraba ya en Sardas; P. Escipión partió de Elea en cuanto se encontró en estado de soportar el viaje y marchó á reunirse con él. Poco después, un emisario de Antioco pidió por medio de P. Escipión y obtuvo permiso del cónsul para que su señor enviase le-

gados; y algunos días después llegaron á Sardas Zeuxis, gobernador de la Lidia, y Antipatro, sobrino del rey. Dirigiéronse primeramente á Eumeno, á quien, por razón de sus antiguas querellas con el rey, creían muy opuesto á la paz, y habiéndole encontrado más propicio de lo que esperaban, hicieron que P. Escipión les presentase al cónsul; obteniendo, ante numerosa asamblea, la audiencia que solicitaban para dar cuenta de sus instrucciones. «No venimos, dijo Zeuxis, á justificarnos, ¡oh romanos!, sino á preguntaros los medios de expiar la falta del rey y conseguir de nuestros vencedores la paz y el perdón. Vuestra magnanimidad ha perdonado siempre á los príncipes y á los pueblos vencidos; ¡cuánto más magnánimos y más clementes debéis mostraros después de una victoria que os hace dueños del mundo! Renunciando en adelante á combatir á los mortales, solamente tenéis que proteger al género humano y velar, como los dioses, por su reposo.» Los romanos habían decidido la contestación antes de la llegada de los legados. El Africano habló en estos términos: «Los romanos han recibido de la bondad de los dioses lo que los dioses podían concederles. En cuanto á los sentimientos que dependen de nosotros, siempre han sido y siempre son iguales; la prosperidad no exalta nuestro orgullo, ni la desgracia abate nuestro ánimo. Omitiendo otros ejemplos, solamente os citaré Anníbal, vuestro amigo, si no pudiese citaros á vosotros mismos. Después de atravesar el Helesponto, antes de ver el campamento del rey y su ejército en batalla, cuando todas las probabilidades permanecían aún iguales é incierto el resultado de la lucha, oímos vuestras proposiciones de paz y fijamos las bases de un tratado de igual á igual; hoy que somos vencedores y vosotros estáis vencidos, nada cambiamos de aquellas condiciones. Renunciad á toda posesión en Europa, abandonad

toda el Asia del lado acá del monte Tauro. Para los gastos de la guerra nos daréis quince mil talentos euboi-cos, cinco mil al contado, dos mil quinientos cuando el Senado y el pueblo romano hayan ratificado la paz, y los doce mil restantes en doce plazos anuales. Pagaréis además cuatrocientos talentos á Eumeno, y le entregareís el resto del trigo debido á su padre. Aceptadas estas condiciones, como garantía de vuestra fidelidad para observarlas nos entregareís veinte rehenes á nuestra elección; por otra parte, jamás se nos podrá demostrar suficientemente que el pueblo romano puede confiar en la paz allí donde se encuentre Anníbal. Por esta razón os lo pedimos ante todo. Tambien nos entregareís al etolio Thoas, promovedor de la guerra de Etolia, que á unos y á otros os ha cegado en cuanto á vuestras fuerzas respectivas para armaros contra nosotros, y con él, el acarnanio Mnasiloco y los calcidios Filón y Eubulido; vuestro rey se ha colocado para tratar de la paz en posición muy desfavorable, porque ha tardado mucho en hacerlo. Si vacila aún, que sepa es más difícil hacer bajar á los reyes las primeras gradas del trono, que precipitarlos de las últimas.» Los legados tenían orden de aceptar todas las condiciones; y por tanto, solamente se ocuparon de enviar una legación á Roma. El cónsul estableció sus cuarteles en Magnesia del Meandro, Trales y Éfeso. En este punto recibió pocos días después los rehenes del rey, con los legados encargados de marchar á Roma. Eumeno partió para Roma al mismo tiempo que los legados, á los que siguieron diputaciones de todos los pueblos del Asia.

Mientras ocurrían en el Asia estos acontecimientos. regresaron á Roma casi á la vez de sus provincias dos procónsules con la esperanza de conseguir el triunfo, Q. Minucio venía de la Liguria y M. Acilio de la Etolia. Uno y otro dieron cuenta de sus actos, pero Minucio

sufrió una negativa, mientras que Acilio recibió por unanimidad el honor que solicitaba, triunfando del rey Antíoco y de los etolios, haciendo que le precediesen doscientas treinta enseñas, tres mil libras de plata en barras, ciento trece mil tetradacmas áticas, doscientos cuarenta y ocho mil cistóforos (1) y numerosos vasos de plata cincelada de considerable peso. También hizo llevar delante de su carro los adornos de plata del rey y ricos vestidos, cuarenta y cinco coronas de oro, ofrecidas por las ciudades aliadas, despojos de toda clase y treinta y seis prisioneros distinguidos, todos generales etolios y sirios. Damócrito, jefe de los etolios, que consiguió evadirse de su prisión durante la noche y al que persiguieron sus guardas por la orilla del Tíber, se hirió con su espada para no caer de nuevo en sus manos. Solamente faltó detrás del carro del procónsul su ejército; por lo demás, el triunfo fué magnífico, por la pompa del espectáculo y por la importancia de las hazañas de Acilio. Pero turbó la alegría la triste noticia de una derrota experimentada en España. En un combate librado en el territorio de los bastetanos, cerca de la ciudad de Licón, contra los lusitanos, el procónsul L. Emilio había perdido seis mil hombres. Los restos del ejército, dominados por el terror y rechazados á sus párapetos, se defendieron en ellos con mucha dificultad, ganando á marchas forzadas y con toda la precipitación de la derrota el territorio de los aliados. Estas eran las noticias recibidas de España. En la Galla, las colonias de Placencia y de Cremona habían enviado legados, que presentó en el Senado el pretor

(1) Los cistóforos eran monedas del Asia, del peso y valor de la tetradracma, y cuyo cuño representaba á los sacerdotes llevando sobre la cabeza las cestas en que guardaban los objetos misteriosos que servían para los sacrificios de Cibele, Baco y Ceres.

L. Aurunculeyo. Quejábanse de la miseria de sus colonias, cuyos habitantes habían sido diezmados por la guerra ó por las enfermedades, ó ahuyentados por la peligrosa vecindad de los galos. El Senado decretó que se rogaría al cónsul C. Lelio que alistase seis mil familias para distribuir las en aquellas colonias, y que el pretor L. Aurunculeyo nombrase triunviros encargados del establecimiento de los nuevos colonos. Estos triunviros fueron M. Atilio Serrano, L. Valerio Flaco, hijo de Publio, y Valerio Tappo, hijo de Cayo.

La proximidad de la época de los comicios hizo venir de la Galia poco después al cónsul C. Lelio. En virtud del senatus-consulto que se dió en su ausencia, alistó los colonos destinados á repoblar Placencia y Cremona; propuso además la formación de otras dos colonias en el territorio que había pertenecido á los boyos, y el Senado aprobó la proposición. Por este mismo tiempo llegaron las cartas de L. Emilio que anunciaban la victoria alcanzada en las alturas de Mioneso y el paso del cónsul L. Escipión con su ejército al Asia. Decretóse un día de acciones de gracias en honor de aquella victoria y otro en celebración del primer campamento construido por un ejército romano en Asia, con objeto de conseguir buen resultado en aquella empresa. El cónsul recibió orden de inmolar veinte víctimas mayores en cada una de aquellas ceremonias. En seguida celebró los comicios consulares, que se distinguieron por vivos debates. M. Emilio Lépido, uno de los candidatos, había suscitado contra él desagradables prevenciones, por haber abandonado su provincia de Sicilia, sin consentimiento ni permiso del Senado. Competían con él M. Fulvio Nobilior, Cn. Manlio y M. Valerio Mesala; resultando nombrado solamente Fulvio por no haber obtenido votos los otros; á la mañana siguiente tomó por colega á Cn. Manlio, excluyendo á Lépido, que fué

desechado, y á Mesala, que se retiró. En seguida crearon pretores á Q. Fabio Labio, Q. Fabio Pictor, que aquel mismo año había sido nombrado sacerdote de Quirino; M. Sempronio Tuditano, Sp. Postumio Albino, L. Plautio Hypseo y Bebio Dives.

Siendo cónsules Fulvio Nobilior y Cn. Manlio Vulso, divulgóse en Roma, si ha de creerse á Valerio Ancias, una noticia que produjo mucho ruido y que casi se consideró como cierta. Decíase que Antioco había atraído á una entrevista al cónsul y á su hermano, so pretexto de entregarles al joven Escipión, y que se había apoderado de ellos; que inmediatamente después de la captura había marchado al campamento romano, lo había tomado por asalto y había destruído por completo el ejército; que al tener noticia del suceso, los etolios se habían levantado y rechazado las cláusulas del tratado; que sus jefes habían marchado á Macedonia, Dardania y Tracia para alistar mercenarios; que el propretor A. Cornelio había enviado de la Etolia á Roma á A. Terencio Varrón y M. Claudio Lépido para que llevaran tan tristes noticias. Añade el mismo historiador que, entre otras cosas, preguntó el Senado á los legados etolios de quién habían recibido la noticia de la prisión de los generales romanos en Asia por el rey Antioco y de la destrucción del ejército, y que «declararon haberles informado sus propios emisarios que habían visto al cónsul.» No habiendo repetido este relato ningún otro historiador, ni lo doy como cierto, ni lo rechazo como falso.

Los legados etolios recibieron entonces audiencia del Senado. Su posición y desgracias les imponían la necesidad de procurar, con honrosa confesión, el perdón de su falta y de sus errores. Todo lo contrario; hablaron primeramente de sus servicios al pueblo romano, y casi se atribuyeron el éxito de la guerra contra Filipo, ofen-

diendo á los senadores con su arrogante lenguaje; la poca oportunidad con que citaban hechos antiguos y casi olvidados, no tuvo otro resultado que avivar los recuerdos de sus ofensas, mucho más numerosas que sus servicios; y, cuando necesitaban inspirar compasión, solamente supieron excitar cólera y odio. Un senador les preguntó si se entregaban á merced del pueblo romano; otro si se comprometían á no tener otros amigos ni enemigos que los del pueblo romano; y como guardaron silencio, se les mandó salir de la curia. Entonces todos los senadores exclamaron á una voz: «que los etolios eran aún adictos á Antioco y fijaban todas sus esperanzas en aquel príncipe; que con aquellos obstinados enemigos no podía decidirse otra cosa que la guerra, y que era indispensable acabar de someter aquellos caracteres indomables.» Otro motivo vino á aumentar el enojo de los romanos: en el mismo momento en que los etolios pedían la paz, atacaban la Dolopia y la Athamania. A propuesta de M. Acilio, el vencedor de Antioco y de los etolios, un senatus-consulta mandó á los legados salir de Roma aquel mismo día y de Italia en el plazo de quince días. A. Terencio Varrón quedó encargado de escoltarlos, y se les advirtió que, en lo sucesivo, toda legación etolia que se presentase en Roma sin venir autorizada por el general que tuviese el mando de Grecia, y sin que la acompañase alguno de sus legados, sería tratada como enemiga. De esta manera despidieron á los etolios.

Ocupáronse en seguida los cónsules de la repartición de las provincias, habiéndose decidido que sortearían la Etolia y el Asia. El que obtuviese el Asia mandaría el ejército de L. Escipión, añadiéndole cuatro mil hombres de infantería romana, doscientos caballos y ocho mil hombres de infantería latina, con cuatrocientos caballos, y con estas fuerzas continuaría la guerra contra Antioco.

El otro cónsul mandaría el ejército de Etolia, autorizándosele para que le uniese un número de ciudadanos y de aliados igual al que se concedía á su colega. El mismo cónsul tenía orden de armar las naves construídas anteriormente y llevarlas consigo; porque su misión era, no solamente atacar la Etolia, sino presentarse también en la isla de Cefalonia. Debía además, si el interés de la república lo permitía, volver á Roma para los comicios. Además de la elección de los magistrados anuales, habíase decidido nombrar también censores. Si algún obstáculo detenía al cónsul, debía poner en conocimiento del Senado que no podría estar de regreso para la época de los comicios. Obtuvo la Etolia M. Fulvio y el Asia Cn. Manlio. Los pretores procedieron en seguida á la repartición de sus provincias, obteniendo Sp. Postumio la jurisdicción urbana y de los extranjeros; M. Sempronio Tuditano, la Sicilia; Q. Fabio Labeon, el mando de la flota; L. Plaucio Hipseo, la España citerior, y L. Bebio Dives, la España ulterior. Designóse al nuevo pretor de Sicilia una legión y la flota que se encontraba en su provincia, y había de tomar de los sicilianos dos diezmos de trigo, uno para el Asia y otro para la Etolia. El pretor de Cerdeña recibió orden de cobrar igual impuesto á su provincia y de enviarlo también á los ejércitos del Asia y de la Etolia. L. Bebio llevó á España un refuerzo de mil infantes y cincuenta jinetes romanos, á más seis mil peones latinos y doscientos caballos; además de estos refuerzos cada una de las dos Españas debía tener una legión. Entre los magistrados del año anterior, prorrogóse por un año á C. Lelio el mando de su provincia, así como también á P. Junio en la propretura de la Etruria, con el ejército que se encontraba en su provincia, y á M. Tuccio en la propretura del Brucio y de la Apulia.

Antes de la marcha de los pretores para sus provin-

cias, suscitóse entre el pontífice máximo P. Licinio y Q. Fabio Pictor, flamín quirinal, una discusión igual á la que medió en otro tiempo entre L. Metelo y Postumio. Este último era cónsul y se disponía á pasar á Sicilia con su colega C. Lutacio para ponerse al frente de la flota, cuando el pontífice máximo Metelo le retuvo para las ceremonias religiosas. P. Licinio detuvo también la marcha del pretor Fabio para la Cerdeña. El asunto se debatió con viveza en el Senado y delante del pueblo; hubo conflicto de autoridades, cauciones presentadas, multas impuestas, apelación á los tribunales, recursos dirigidos al pueblo. Al fin triunfó la religión (1) y el flamín tuvo que obedecer al pontífice; entonces se perdonaron las multas por orden del pueblo. El pretor, disgustado por haber perdido su provincia, quiso renunciar sus funciones, pero cedió á las instancias de los senadores, que le asignaron la jurisdicción de los extranjeros. Pocos días bastaron en seguida para hacer las levadas, que no eran muy considerables; hecho lo cual, los cónsules y los pretores marcharon á sus provincias. Entonces fué cuando corrieron aquellos rumores sin fundamento relativamente á la campaña del Asia; pocos días después se recibieron en Roma noticias positivas y cartas del general, que hicieron suceder la alegría á aquel reciente temor, desmentido ya además por la derrota de Antioco en Eolia. Aquellos datos desterraron de los ánimos los siniestros presentimientos que habían inspirado al principio de la guerra el formidable poder de Antioco y la cooperación de Anníbal, encargado de dirigir las hostilidades. Sin embargo, no se cambió el destino del cónsul en-

(1) Los flamines llamados mayores, elegidos solamente entre los patricios, no podían ausentarse de Roma. El flamín Dial, como ya se ha dicho, ni siquiera podía pasar una noche fuera de la ciudad.

viado al Asia, ni se creyó conveniente disminuir su ejército, por el temor de tener que combatir á los galogrecos.

Poco después, M. Aurelio Cotta, legado de L. Escipión, llegó á Roma con los legados de Antioco, Eumeno y los rodios. Cotta relató primeramente en el Senado y después ante el pueblo, por orden de los senadores, los detalles de la campaña de Asia. Decretáronse tres días de acciones de gracias y un sacrificio de cuarenta víctimas mayores. El primero que obtuvo audiencia del Senado fué Eumeno, quien dió gracias en breves palabras á los senadores por haberle libertado, lo mismo que á su hermano, de un sitio y haber puesto sus estados á cubierto de los ataques de Antioco. En seguida felicitó al pueblo romano por haber obtenido victorias por mar y por tierra, haber derrotado y puesto en fuga al rey Antioco, haberle despojado de su campamento y arrojado primeramente de Europa y después de toda el Asia del lado acá del monte Tauro: «en cuanto á sus propios servicios, prefería que el Senado se enterase de ellos por boca de sus mismos generales ó de sus legados que por la suya.» Todos aprobaron estas palabras y le rogaron que él mismo dijese, prescindiendo de modestias, lo que creía tener derecho á esperar de la gratitud del Senado y pueblo romano; asegurándole que, en caso necesario, se le recompensarían sus servicios en más aún de lo que él los apreciase. A esta benévola seguridad contestó el rey que «si otros que los romanos le dejasen la elección de recompensa, se apresuraría á consultar al Senado romano y á seguir el consejo de aquella augusta asamblea, con objeto de que no se le pudiese acusar de salir de los límites de la moderación en sus deseos, ni de ser inmodesto en sus pretensiones; pero que habiéndole de proceder el don del Senado, el mismo Senado debía ser el único árbitro de

su munificencia para con él y sus hermanos» (1). Estas razones no cambiaron la determinación de los Padres conscriptos, y le instaron de nuevo para que él mismo pidiese; y al fin, después de una lucha de instancias y modestia, en la que se cedían la decisión unos á otros con una complacencia que parecía interminable, Eumeno salió de la curia. El Senado persistió en su opinión, diciendo «que era imposible hubiese venido el rey á Roma sin saber lo que quería y lo que había de pedir. Mejor que nadie comprendía lo que era conveniente á su reino, conociendo el Asia mucho mejor que el Senado. Necesario era, pues, llamarle y [obligarle á que expusiese lo que deseaba y esperaba.»

El cónsul volvió á introducir al rey y se le concedió la palabra. «Padres conscriptos, dijo, habría perseverado en mi silencio, si no supiese que muy pronto va á presentarse ante vosotros la legación de los rodios, y después de su discurso, me vería obligado á hablar. La explicación será tanto más difícil, cuanto que sus peticiones no parecerán en manera alguna dirigidas contra mí, ni afectan en lo más mínimo á mis intereses. Van en efecto á defender la causa de las ciudades griegas y á deciros que deben recibir la libertad. Obtenido este punto, ¿quién duda que consigan sustraerme, no solamente aquellas ciudades cuya libertad se haya proclamado, sino que también las que desde mucho tiempo están sometidas á mi autoridad, mientras que ellos mismos se aprovecharán de tan inmenso servicio para mantenerlas á todas, bajo el espacioso pretexto de aliadas, en verdadera dependencia y servidumbre? Y mientras dan rienda suelta á esta desmesurada ambición, se presentarán, ¡oh dioses!, como completamente desinteresados; dirán que es una determinación digna del pue-

(1) Los hermanos de Eumeno eran Atalo y Ateneo.

blo romano, una consecuencia del pasado. Tendréis, por consiguiente, que preveniros contra este artificioso lenguaje; no querréis establecer entre vuestros aliados ofensiva desigualdad, rebajando á unos para levantar excesivamente á otros; no querréis que los que empuñaron las armas contra vosotros resulten mejor tratados que vuestros aliados y amigos. En cualquiera otra circunstancia hubiese preferido perder algo de mis derechos á mostrar demasiada obstinación en defenderlos; pero cuando se trata de disputar vuestra amistad, el honor de haberos servido y las distinciones concedidas por vuestra gratitud, no puedo resignarme á ceder la victoria. Esta es la herencia más preciosa que me dejó mi padre, aquel príncipe que fué el primero de todos los habitantes de la Grecia y del Asia; que se honró con vuestra amistad, y que, con su fidelidad constante é inquebrantable, supo conservarla hasta el último día de su vida. Porque no se limitó á seros fiel y adicto, sino que tomó parte en todas las guerras que habéis sostenido en Grecia, tanto en tierra como en el mar; mostró celo sin igual entre todos vuestros aliados para suministraros toda clase de provisiones, y exhortando estaba á los beocios para que abrazasen vuestra alianza cuando perdió el conocimiento en medio de su oración, dejando de existir á los pocos momentos. Yo he seguido sus huellas; no he podido mostraros más celo, ni más adhesión que él, porque su cariño hacia vosotros no tenía límites. Si mis servicios han sido más eficaces, si mis sacrificios han sido más grandes, es porque la fortuna, las circunstancias, Antioco, la guerra del Asia han sido para mí ocasiones favorables. Antioco, soberano del Asia y de parte de Europa, dábame su hija por esposa; me devolvía en el acto las ciudades que se habían sustraído á mi obediencia, y me hacía esperar para lo venidero considerables aumentos de poder, si

quería unirme con él para haceros la guerra: no alegaré mi fidelidad como mérito; prefiero recordar títulos dignos de esta antigua amistad que une á mi familia con la república. Más que ningún aliado vuestro, sin excepción, he puesto ejércitos y flotas á disposición de vuestros generales; les he suministrado víveres por tierra y mar; he asistido á todos vuestros combates navales, y ha habido muchos; no he retrocedido ante ninguna fatiga, ante ningún peligro personal. He sufrido la más cruel de todas las calamidades de la guerra cuando me encontré sitiado en Pérgamo y amenazado con perder el trono y al mismo tiempo la vida. Apenas libre de este sitio, dejé á Antioco á un lado, al otro á Seleuco, acampando bajo las murallas de mi capital, y, sordo á las voces de mis intereses particulares, marché con toda mi flota al Helesponto para reunirme con vuestro cónsul L. Escipión, para ayudarle á hacer pasar su ejército al Asia. Desde el momento en que vuestros soldados pisaron el continente, no me separé del cónsul un solo instante. Ningún soldado romano ha sido más asiduo en el campamento que mis hermanos y yo. No ha habido expedición, ni se ha librado combate de caballería en que no me haya encontrado. En el campo de batalla he permanecido en el puesto que me designaba el cónsul. No exclamaré, Padres conscriptos, ¿quién puede comparar en esta guerra sus servicios con los míos? No; pero me atreveré á colocarme al lado de los pueblos y de los reyes á quienes más honráis. Masinissa fué enemigo vuestro antes de convertirse en aliado; no acudió en todo el esplendor de su poder á ofreceros socorros; después de destronado y próscrito, después de perder todas sus fuerzas, fué á buscar asilo en vuestro campamento con corto número de jinetes. Sin embargo, como premio del celo y fidelidad con que os sirvió en África contra Sifax y los cartagineses, no solamente le resta-

blecisteis en el trono de sus padres, sino que aumentasteis su reino con la parte más rica de los estados de Sifax, haciéndole el más poderoso de los reyes de África. ¿Qué recompensa, qué honor mereceremos nosotros que jamás hemos sido enemigos vuestros? Fieles siempre á vuestra alianza mi padre, mis hermanos y yo, hemos combatido por vosotros por mar y tierra; en Asia como lejos de nuestros hogares, en el Poloponeso, en Boecia, en Etolia; contra Filipo, contra Antioco, contra los etolios. Preguntaráseme ¿qué pretendes? Padres conscriptos, puesto que queréis absolutamente que lo diga, debo obedeceros. Si al arrojar á Antioco al otro lado del monte Tauro, os proponéis ocupar vosotros aquellas tierras, ninguna vecindad puede serme más agradable que la vuestra, ninguna fortaleza podría defender mejor y preservar mis estados. Pero si habéis decidido abandonar aquellas comarcas y retirar vuestros soldados, me atrevo á decir: nadie merece mejor que yo entrar en posesión de vuestras conquistas. Pero se me dirá: es muy hermoso libertar ciudades esclavas. Indudablemente, así opino yo también, en el caso de que esas ciudades no hayan realizado contra vosotros ningún acto hostil. Pero si abrazaron el partido de Antioco, ¿no es mucho más digno de vuestra prudencia y de vuestra justicia favorecer aliados fieles que enemigos?»

El discurso del rey agradó á los Padres, que parecían muy dispuestos á tratarle con munificencia. Como no estaban presentes todos los legados de Rodas, se recibió á los de Smirna, cuya audiencia no fué larga. Elogióseles mucho por haberse resignado á sufrirlo todo antes que rendirse al rey, y en seguida se hizo entrar á los rodios, cuyo jefe, después de recordar el origen de su alianza con el pueblo romano y los servicios que le prestaron primeramente en la guerra contra Filipo y después en la sostenida contra Antioco, continuó de

esta manera: «Padres conscriptos, si hay en nuestra misión algo enojoso y aflictivo contra nosotros, es tener que discutir con Eumeno, único rey con quien está unida nuestra república por los lazos de la hospitalidad particular, y por los más sagrados aún de la hospitalidad pública. Pero no nos dividen hoy nuestros sentimientos, Padres conscriptos, sino otra cosa mucho más grave: la diferencia de nuestras instituciones. Libres nosotros, pedimos libertad para los demás; los reyes quieren avasallarlo todo y someterlo á su despotismo. Sea como quiera, nuestro apuro procede de las consideraciones que debemos á Eumeno, y no de la naturaleza misma del asunto, cuya discusión no nos ofrece más dificultades que tendrá para vosotros la decisión. En efecto, si para recompensar á un príncipe aliado y amigo vuestro, para reconocer sus servicios en esta misma guerra, cuyas utilidades se trata de repartir, no tuvieseis otro medio que el de sacrificarle la libertad de muchas ciudades, podríais vacilar y temer privar á un rey, amigo vuestro, del testimonio de vuestra gratitud, ó separaros de vuestros principios y empañar con la esclavitud de tantas ciudades la gloria que habéis conquistado combatiendo á Filipo; pero la fortuna os libra de esta triste alternativa. Por la benignidad de los dioses, vuestra conquista es tan rica como gloriosa y os pone en disposición de pagar fácilmente vuestra deuda. En vuestro poder están la Lycaonia, las dos Frigias, toda la Pisidia, el Quersoneso y las regiones de Europa que le rodean. Cualquiera de estas comarcas añadida á los estados de Eumeno puede casi duplicar su reino; puestas todas en su poder, le colocaría al nivel de los monarcas más poderosos. Podéis, pues, enriquecer á vuestros aliados con el fruto de vuestras victorias, sin separaros de vuestros principios, sin olvidar los compromisos que habéis contraído atacando á Filipo y An-

tioco, ni la conducta que observasteis después de la derrota de Filipo y la que se espera de vosotros, no como consecuencia de vuestra conducta pasada, sino como acto digno de vosotros mismos. Las demás naciones tienen motivos más ó menos honrosos y plausibles para tomar las armas. Unas veces se trata de conquistar su territorio, otras de apoderarse de algunos pueblos, de algunas ciudades, de algunos puertos, de alguna parte de costas. Jamás habéis tenido esos deseos antes de vuestras conquistas: ¿acaso hoy que os pertenece el mundo podréis sentirlos? Siempre habéis peleado por la honra, por la gloria de extender vuestro nombre por todo el universo, que desde hace mucho tiempo venera vuestro nombre como el de los dioses inmortales. Si mucho os costó elevaros á este grado de poder, quizá os cueste más aún manteneros en él. Habéis tomado bajo vuestra protección una nación famosa por su antigüedad, por sus grandes hazañas, por su amor á las letras y á la civilización; os habéis constituido en defensores de su libertad contra el despotismo de los reyes: ahora que está toda entera bajo vuestra salvaguardia y patronato, deber vuestro es no abandonarla jamás. Las ciudades construídas sobre el antiguo suelo de la Grecia no son las únicas ciudades griegas; también debe darse este nombre á las antiguas colonias que pasaron en otro tiempo de Grecia al Asia; el cambio de clima no ha cambiado la sangre ni las costumbres. Cada colonia ha considerado como piadoso deber rivalizar con la madre patria, con sus fundadores en valor, y el cultivo de las bellas artes. Habéis visto casi todas las ciudades de Grecia; habéis visto las de Asia. La única desventaja que tenemos, es que nos encontramos más lejanos de vosotros. Dícese que los de Marsella gozan por parte vuestra de igual estima y consideración que si se encontrasen en medio de Grecia; y es porque han

sabido conservar sin mezcla ni alteración el idioma, el traje exterior de los griegos, y especialmente las costumbres, las leyes, el carácter nacional que han preservado del contacto de sus vecinos. Vuestro imperio tiene ahora por límite el monte Tauro; todo lo comprendido en este límite no puede pareceros lejano. Desde aquí, como desde un centro común, haced penetrar vuestras instituciones allí donde han penetrado vuestras armas. Que los bárbaros, que jamás han tenido otras leyes que los caprichos de un amo, conserven sus reyes, puesto que así lo quieren; los griegos, en su humilde fortuna, piensan como vosotros. En otro tiempo sus propias fuerzas les dieron también el imperio; así, pues, todos sus deseos son que el imperio del mundo quede perpetuamente en las manos que lo tienen. Contentáanse con ver su libertad garantida por vuestras armas, puesto que no pueden defenderla con las suyas. Pero se dirá: algunas ciudades de esas abrazaron el partido de Antioco, y otras se declararon anteriormente por Filipo, como los tarentinos por Pirro. Y sin citar multitud de pueblos, Cartago goza de sus leyes y de su libertad. Considerad, Padres conscriptos, hasta qué punto os obliga este ejemplo. No concederéis á la ambición de Eumeno lo que negasteis á vuestro justo enojo. Los de Rodas en esta guerra, como en todas las que habéis hecho en aquella costa, os han secundado con todas sus fuerzas; vosotros mismos podréis juzgarlo. Hoy que la paz está hecha, nos atrevemos á aconsejaros, y si os dignáis seguir el consejo, demostraréis al mundo que si sabéis vencer, mejor aún sabéis usar con magnificencia de la victoria.» Esta oración pareció digna de la grandeza romana.

Después de los de Rodas, entraron los legados de Antioco, que emplearon el tono ordinario de los suplicantes, confesaron el error de su señor y rogaron al Sena-

do que atendiese más á su clemencia que á las faltas del rey, ya bastante y hasta demasiadamente castigado. Concluyeron pidiendo que ratificase la paz concedida ya por el general L. Escipión y que confirmase las condiciones. En efecto, el Senado las aprobó y pocos días después las sancionó el pueblo. Antipatro, jefe de la legación y sobrino del rey Antioco, firmó el tratado en el Capitolio. En seguida recibieron igualmente las demás legaciones venidas del Asia y á todas les contestaron lo mismo. «Enviaríanse, según costumbre, diez comisarios para examinar y arreglar los asuntos del Asia. Tomarían en suma las disposiciones siguientes: concederían á Eumeno todas las provincias al lado acá del monte Tauro que hubiesen estado comprendidas en los límites de los estados de Antioco, exceptuando la Lycia y la Caria, hasta el Meandro, que se entregarían á Rodas. Entre las demás ciudades del Asia, las que habían sido tributarias de Atalo pagarían el tributo á Eumeno, y las que lo habían sido de Antioco quedarían libres é independientes.» Los comisarios elegidos fueron: Q. Minucio Rufo, L. Furio Purpúreo, Q. Minucio Thermo, Ap. Claudio Nerón, Cn. Cornelio Mérula, M. Junio Bruto, L. Aurunculeyo, L. Emilio Paulo, P. Cornelio Léntulo y P. Elio Tuberón.

Estos recibieron plenos poderes para todos los asuntos que exigían inmediata resolución, estableciendo el Senado lo esencial de sus operaciones. «Deberían entregar á Eumeno la Laconia entera, las dos Frigias, la Misia, los bosques reales, todas las ciudades de la Lidia y de la Jonia, exceptuando las que eran libres el día de la batalla contra el rey Antioco, y especialmente Magnesia del Sipilo y Caria, denominada Hydrela, con la parte de su comarca que se extiende hacia la Frigia, la fortaleza y el pueblo situado al otro lado del Meandro, todas las plazas, exceptuando las que eran libres antes

de la guerra, entre otras Telmisia, y las fortalezas de su territorio, que habían pertenecido anteriormente á Ptolomeo Telmisio. Los de Rodas debían recibir la Lycia, exceptuando la misma Telmisia, sus fortalezas y territorio, que habían pertenecido á Ptolomeo Termisio y que no los concedían ni á Eumeno ni á los rodios. Éstos debían recibir también la parte de la Caria inmediata á la isla de Rodas al lado allá del Meandro, las plazas, los pueblos, las fortalezas y las tierras que se extendían hacia la Pisidia, con la misma excepción de la ciudades que eran libres la víspera de la batalla. Los de Rodas, después de dar las gracias al Senado por estos favores, reclamaron en cuanto á la ciudad de Solis, en Cilicia, diciendo: «Que, lo mismo que Rodas, era originaria de Argos, habiendo establecido este parentesco cariño paternal entre los pueblos; y como gracia extraordinaria pedían que la libertasen del despotismo del rey.» Mandaron llamar á los legados de Antioco y les dieron cuenta de la petición; pero nada pudieron conseguir de Antipatro, que invocaba la fe de los tratados y acusaba á los de Rodas de quebrantarlos al reclamar, no solamente la ciudad de Solis, sino también la Cilicia, franqueando el monte Tauro. El Senado llamó de nuevo á los de Rodas y les dió á conocer la tenaz resistencia del legado sirio; añadiendo que si los rodios creían interesado el honor de la república, el Senado emplearía todos sus esfuerzos en vencer la obstinación de los enviados de Antioco. Los de Rodas renovaron entonces con mayor ahinco sus demostraciones de agradecimiento, y declararon que preferían ceder al orgullo de Antipatro, que ser causa de rompimiento; por cuya razón nada se cambió en cuanto á Solis.

Por estos mismos días llegó una legación de los marseleses anunciando que los ligurios habían sorprendido al pretor L. Bebio en marcha para su provincia de

España; que considerable parte de sus tropas habían sucumbido, y que se había refugiado en Marsella herido, con débil escolta y sin liectores, habiendo muerto tres días después. Al recibir esta noticia, el Senado mandó por un decreto á P. Junio Bruto, propretor de la Etruria, que entregase el gobierno y el ejército á un legado, elegido por él entre los que tenía, y que marchase á la España ulterior para ponerse al frente de aquella provincia. El pretor Sp. Postumio envió este senatus-consulta á la Etruria, con un mensaje de su mano, y el propretor P. Junio Bruto partió para España. Algún tiempo antes de su llegada, Paulo Emilio, á quien iba á reemplazar y que más adelante se cubrió de gloria con la derrota del rey Perseo, había querido vengar sus derrotas del año anterior, y reuniendo apresuradamente un ejército, dió batalla á los lusitanos, los venció y puso en derrota, matándoles diez y ocho mil hombres, haciéndoles tres mil trescientos prisioneros y tomándoles el campamento. La noticia de esta victoria restableció la tranquilidad en España. Aquel mismo año, tres días antes de las kalendas de Enero, los triunviros L. Valerio Flaco, M. Atilio Serrano y L. Valerio Tappo llevaron una colonia latina á Bolonia. Formábanla tres mil personas, recibiendo los caballeros setenta yugadas y los demás colonos cincuenta. Habíanse tomado aquellos terrenos á los galo-boyos, quienes á su vez los habían conquistado á los etruscos. En el mismo año muchos varones distinguidos aspiraron á la censura, y sus candidaturas, que por sí mismas eran ya motivo de vivos debates, excitaron discusiones más graves aún. Los candidatos eran T. Quincio Flaminio, P. Cornelio Escipión, hijo de Cneo, L. Valerio Flaco, M. Porcio Catón, M. Claudio Marcelo y M. Acilio Glabrió, el vencedor de las Termópilas. Este último que, por medio de numerosos congiarios, se había atraído considerable nú-

mero de ciudadanos, tenía á su favor las simpatías del pueblo. Indignados los nobles al ver que les preferían un hombre nuevo, hicieron que los tribunos Q. Sempronio Graco y C. Sempronio Rutilo le acusasen por no haber hecho llevar delante de él en su triunfo ni entregado al tesoro público parte de la plata y del botín cogido en el campamento de Antioco. Los legados y los tribunos de los soldados dieron declaraciones contradictorias. Al frente de los testigos estaba Catón; pero su candidatura quitaba autoridad á su palabra, ordinariamente tan respetada á causa de su intachable conducta. Aseguraba éste no haber visto en el triunfo los vasos de oro y de plata que, después de la toma del campamento enemigo, vió entre los otros despojos. Glabrión renunció su candidatura para que toda la odiosidad cayese sobre su acusador; declarando que dejaba el campo libre á su contrincante, hombre nuevo como él, que, para triunfar, había recurrido á un perjurio monstruoso, sin irritar como él á los nobles.

Habíase impuesto á Glabrión una multa de cien mil ases, y el asunto se discutió dos veces. A la tercera, habiendo desistido de su petición el acusado, el pueblo no quiso sancionar la multa, y los tribunos abandonaron el asunto. Fueron nombrados censores T. Quinceio Flaminio y M. Claudio Marcelo. En la misma época L. Emilio Regilo, que había vencido por mar al prefecto de Antioco, recibió audiencia del Senado, fuera de la ciudad, en el templo de Apolo. Dió cuenta de sus actos, describió la fuerza de las flotas que tuvo que combatir, el número de naves que había capturado ó echado á pique, y casi todos los senadores le concedieron el triunfo naval. La ceremonia se verificó en las kalendas de Febrero, y en ella hizo llevar delante cuarenta y nueve coronas de oro, pero una cantidad de dinero muy pequeña relativamente al poder del rey vencido; treinta y cua-

tro mil setecientas tetradracmas áticas y ciento treinta y un mil trescientos cistóforos. El Senado decretó en seguida acciones de gracias por las victorias de L. Emilio en España; y pocos días después regresó á Roma L. Escipión, quien, para rivalizar en gloria con su hermano, se hizo dar el nombre de Asiático (1). Dió cuenta de su conducta al Senado y delante del pueblo; pero algunos observaron que se había dado á aquella guerra mucha más importancia que dificultades ofrecía, cuando una sola batalla campal había bastado para terminarla; además, la gloria de aquel triunfo la había desflorado de antemano la batalla de las Termópilas. Pero á decir verdad, en las Termópilas se combatió á los etolios, más bien que al rey Antioco, que comprometió escasísimas fuerzas; mientras que en Asia había luchado Escipión con todas las fuerzas de aquel país, y contra los auxiliares de las diversas naciones llamados de todas las regiones del Oriente.

Con razón, pues, se tributaron á los dioses inmortales los honores más grandes por haber facilitado una victoria tan importante, y se decretó el triunfo al general, quien triunfó en el mes intercalario, la víspera de las kalendas de Marzo. La pompa que desplegó fué más notable que la del triunfo de su hermano el Africano; pero atendiendo á los hechos, la grandeza de los peligros y las dificultades de la empresa, este triunfo no era más comparable al otro, que un general al otro general, que Antioco á Anníbal. Lucio hizo llevar delante de él doscientas treinta enseñas, ciento treinta y cuatro

(1) Desde que P. Escipión tomó el nombre de Africano, con mucha frecuencia se vió á los orgullosos patricios aspirar, en circunstancias análogas, á un distintivo que les elevase sobre sus conciudadanos y hasta sobre los demás miembros de su familia. De aquí los epítetos de Macedonio, Baleárico, Numídico, etc.

efigies de ciudades, doscientos treinta y un colmillos de elefantes, doscientas treinta y cuatro coronas de oro, ciento treinta y siete mil cuatrocientas veinte libras de plata, doscientas veinticuatro mil tetradracmas y trescientos treinta mil setenta cistóforos, ciento cuarenta mil filipos de oro, mil cuatrocientas libras de plata en vasos cincelados y mil veinticuatro en vasos de oro. Delante del carro marchaban treinta y dos generales sirios, prefectos y cortesanos. Los soldados recibieron veinticinco dineros cada uno (1), el doble los centuriones y el triple los caballeros, duplicándose el sueldo y la ración de trigo. Después de la victoria en Asia, se había distribuido doble gratificación. Lucio celebró el triunfo cerca de un año después de la terminación de su consulado.

Por el mismo tiempo llegó al Asia el cónsul Cn. Manlio, y el pretor Q. Fabio Labeon se reunió á la flota. Los galo-grecos podían poner á prueba el valor del cónsul, pero el mar estaba libre desde la derrota de Antioco. Después de meditar Fabio hacia qué lado llevaría sus armas, porque no quería permanecer ocioso en su pretura, se decidió á pasar á la isla de Creta. Cidonia estaba en guerra con los gortinios y guorios, y decíase que considerable número de prisioneros romanos ó italianos estaban reducidos á la esclavitud en varios puntos de la isla. El pretor partió de Éfeso con la flota, y al llegar á la playa de Creta, mandó á las ciudades que depusieran las armas, que buscasen cuantos prisioneros

(1) Esta fué la primera vez que el triunfador repartió esta clase de moneda á los soldados. Antes de Escipión el Asiático, solamente recibían cierta cantidad de ases ó monedas de bronce. Dos años después hizo Fulvio á sus tropas igual donativo, elevándose de año en año estas distribuciones hasta Paulo Emilio que, después de la derrota de Perseo, llegó á dar cuatrocientos dineros á cada jinete y doscientos á cada peón, sin contar el valor del botín.

hubiese dentro de las murallas ó en los campos y que los enviasen con legados que se ocuparían con él de los intereses comunes á los cretenses y á los romanos. No asustaron mucho estas órdenes á los cretenses; siendo Gortina la única que devolvió los prisioneros. Pretende Valerio Ancias que el temor de la guerra hizo entregar cuatro mil prisioneros de todos los puntos de la isla; y que, á falta de otro título, esta sola consideración decidió al Senado á conceder el triunfo naval á Fabio. De Creta regresó el pretor á Éfeso, desde donde destacó tres naves hacia la costa de Tracia para expulsar de Enos y Maronea las guarniciones de Antioco y devolver la libertad á las dos ciudades.

FIN DEL LIBRO XXXVII.

LIBRO XXXVIII.

SUMARIO.

El cónsul M. Fulvio pone sitio á Ambracia, en el Epiro, y la recibe bajo capitulación.—Somete la isla de Cefalonia, termina la conquista de Etolia y concede la paz á los etolios.—Su colega En. Manlio derrota á los galogrecos, tolistoboyos, tectosagos, y troncmianos, que habían pasado al Asia sin reconocer la autoridad de los romanos.—Los censores cierran el lustro.—Tratado de alianza con Ariaratho, rey de Capadocia.—Cn. Manlio obtiene los honores del triunfo.—Acusación contra Escipión el Africano.—Su retirada á Literno.—Acusación contra Escipión el Asiático.—Generoso rasgo del Africano.

Mientras combatían en el Asia, no estaba tranquila la Etolia por efecto de otro movimiento nuevo que había partido de los athamanos. La Athamania (1), desde la expulsión de Aminandro, estaba gobernada por prefectos de Filipo, ocupándola guarniciones reales cuya insolente tiranía había hecho deplorar á Aminandro. Este príncipe se encontraba entonces refugiado en Etolia, donde por cartas de sus súbditos se enteró del estado de las cosas en Athamania, por lo que alentó esperanzas de recobrar el trono: envió, pues, emisarios á los principales de la nación, á Argithea, capital de la Athamania, anunciando que una vez bien decididas las dis-

(1) La Athamania era un reino pequeño de la región del Pindo.

posiciones de sus compatriotas, sostenido por un cuerpo de etolios, entraría en Athamania, con los magistrados etolios (*cum delectis Etolorum*) (1) que formaban el consejo de la nación y el pretor Nicandro; y cuando les vió dispuestos á todo, les enteró del día en que se presentaría en Athamania al frente de un ejército. Solamente cuatro hombres formaron al principio la conjuración contra las tropas macedónicas: en seguida buscaron seis cómplices cada uno; pero no confiando en tan corto número, más á propósito para guardar el secreto que para obrar, lo duplicaron, reuniéndose cincuenta y dos. Entonces se dividieron en cuatro grupos; uno marchó á Heraclea, otro á Tetrafilia, donde ordinariamente estaba el depósito del tesoro real, el tercero á Teudosia y el cuarto á Argithea. Habíase convenido que al principio permanecerían tranquilos y que se presentarían en público como para asuntos particulares; pero que en un día dado sublevarían á la multitud para expulsar á los macedonios de las fortalezas. Cuando llegó el día, presentóse Aminandro con mil etolios en las fronteras, y, según lo convenido, en los cuatro puntos á la vez fueron expulsadas las guarniciones macedónicas y enviáronse cartas á las demás ciudades para que sacudiesen la intolerable tiranía de Filipo y reconociesen á su rey nacional y legítimo. De todas partes fueron expulsados los macedonios. Solamente la fortaleza de Theio, gracias á haber interceptado las cartas Zenón, jefe de los que la guarnecían, resistió durante algunos días; pero, lo mismo que las otras, muy pronto fué entregada á Aminandro y toda la Athamania reconoció al rey, exceptuando la fortaleza de Ateneo situada en las fronteras de la Macedonia.

(1) Estas palabras *cum delectis Etolorum* designan sin duda el cuerpo de magistrados etolios que Tito Livio llama *Apocleti*.

Al enterarse Filipo del levantamiento de la Athamania, partió con seis mil hombres y, con increíble rapidez, llegó á Gonfos, y dejando allí la mayor parte de su ejército, que no hubiese podido resistir aquellas marchas tan largas (1), se trasladó con dos mil hombres á Ateneo, única plaza que había quedado en poder de su guarnición. Algunas tentativas que hizo en los alrededores le convenció de que todo el país le era hostil, por lo que regresó á Gonfos, y, al frente de todas sus tropas, volvió á la Athamania. Adelantóse Zenón al frente de mil hombres de infantería, con orden de ocupar la Ethopia, altura que domina á Argitheá. Una vez en poder de su legado aquella posición, Filipo fué á acampar cerca del templo de Júpiter Acreo (2). Espantosa tempestad le retuvo allí un día, y al siguiente marchó sobre Argitheá. Al acercarse vió acudir á los athamanos á las alturas que dominan el camino, y en seguida se detuvo la vanguardia y todo el ejército se conmovió y se asustó, preguntándose qué sería de él si bajaban á los valles al pie de aquella roca. Esta agitación obligó al rey, que tenía prisa por temor de que le siguiese el enemigo, á salir de aquellos desfiladeros, á retirar los que marchaban á la cabeza y á retroceder. Los athamanos se habían contentado al principio con seguir á cierta distancia; pero á la llegada de los etolios, les dejaron atacar al enemigo por la espalda y se diseminaron por los costados. Algunos se adelantaron por senderos que conocían y se colocaron á la entrada de los pasos, apoderándose entonces horrible confusión de los macedonios,

(1) Para llegar al fuerte Ateneo había tenido que atravesar Filipo los desfiladeros de la parte superior del Pindo.

(2) Ya se ha dicho que se daba el nombre de *Acræus* ó *Acræa* á las divinidades que tenían su templo sobre una altura. En Siciona se adoraba á la Fortuna con este nombre y á Juno en Argos.

pronunciándose en desordenada fuga más bien que en retirada regular, atravesando el río y dejando en la otra orilla las armas y considerable número de hombres. Allí se detuvo la persecución, y sin nuevas inquietudes, regresaron á Gonfos, repasando á Macedonia. Los athamanos y los etolios, para caer sobre Zenón y los mil macedonios, marcharon por todos los caminos á Etopia. Los macedonios, intranquilos por su posición, ganaron apresuradamente un punto muy elevado y al mismo tiempo escarpado; pero los athamanos pudieron llegar por muchos senderos y desalojaron al enemigo. Los macedonios se dispersaron sin poder en medio de aquellas rocas impracticables y desconocidas encontrar salida para huir, y cayeron en manos ó bajo la espada de los vencedores. Muchos, cegados por el terror, rodaron á los precipicios, consiguiendo solamente Zenón con muy pocos refugiarse al lado del rey. Al día siguiente se concedió á los vencidos una tregua para enterrar sus muertos.

Una vez en el trono Aminandro envió legados, uno á Roma, al Senado, y otro al Asia, á los Escipiones, que se habían detenido en Éfeso después de la gran batalla contra Antioco. Pedía la paz, se excusaba por deber á los etolios la conquista de sus estados hereditarios y se quejaba de Filipo. Al salir los etolios de la Athamania, marcharon contra los amfloquios, y, gracias á la sumisión voluntaria de la mayor parte de sus pueblos, hicieron reconocer sus leyes y su autoridad á toda la nación. Tomada Amfloquia (que en otro tiempo perteneció á la Etolia), marcharon con iguales esperanzas á la Aperancia, comarca que también se sometió casi sin resistencia. La Dolopia no había obedecido jamás á los etolios, sino que pertenecía á Filipo. El primer impulso de los habitantes fué correr á las armas; pero ante la noticia de la sumisión de los amfloquios, de la huida de

Filipo fuera de la Athamania y del desastre de su ejército, abandonaron también el partido de los macedonios por el de los etolios. Con estas conquistas sucesivas creían los etolios tener otros tantos baluartes por el lado de Macedonia, cuando supieron que Antioco había sido vencido en el Asia por los romanos, y poco después sus legados regresaron de Roma sin esperanzas de paz, anunciando que el cónsul Fulvio había pasado ya el mar al frente de un ejército. Aterrados los etolios, pidieron á los de Rodas y á los atenienses que intercediesen por ellos, confiando en el apoyo de estos dos pueblos para que volviesen á darles audiencia en el Senado, cerrado antes á sus ruegos, y enviaron á Roma los principales de su nación para intentar otro esfuerzo: por temor de atraerse la guerra, no habían tomado ninguna disposición y tenían el enemigo casi en las puertas. M. Fulvio, que había desembarcado en Apolonia, se ponía ya de acuerdo con los habitantes más notables del Epiro para acordar por dónde había de dar comienzo á las operaciones. Los epirotas querían atacar Ambracia, que acababa de entregarse á los etolios. «Si los etolios acudían en defensa de la plaza, las llanuras inmediatas eran á propósito para una batalla. Si no se presentaban, no sería difícil tomar la ciudad. Habían llevado muchos materiales para levantar calzadas y demás obras para el sitio; allí tenían el Arethón, río navegable, cómodo para los transportes, que corría al pie de las murallas y además la estación era excelente» (1). Estas razones decidieron á Fulvio á encaminarse al Epiro.

Cuando llegó el cónsul delante de Ambracia, vió que

(1) La llanura de Arta, tan rica y fértil, no es practicable más que en estío. En la época de las lluvias queda inundada, y solamente presenta hondonadas y charcas que la hacen inhabitable para un ejército.

el sitio exigía grandes trabajos. La ciudad está situada al pie de una altura escarpada, que los habitantes designan con el nombre de Perantho. Por la parte de la llanura y el río mira la ciudad á Occidente; por el Oriente se encuentra la fortaleza que se ve en las alturas. El río Arethón, que nace en la Athamania, viene á desembocar en un golfo de la costa, llamado, del nombre de la ciudad inmediata, Golfo Ambraciano. La plaza, cubierta de un lado por el río y del otro por las alturas, encuéntrase además rodeada de buenas murallas, en extensión de tres mil pasos, algo más del circuito. Fulvio estableció por el lado de la llanura dos campamentos, á corta distancia uno de otro, y elevó un fuerte sobre una eminencia enfrente de la fortaleza. El conjunto quedó reunido por una empalizada y un foso, de manera que cerrase toda salida á los sitiados y toda entrada de socorros del exterior. A la noticia del sitio de Ambracia, un edicto del pretor Nicandro reunió á los etolios en Estrato. Su primer movimiento fué acudir con todas sus fuerzas para hacer levantar el sitio; pero cuando vieron la ciudad casi completamente bloqueada, y á los epirotas acampados al otro lado del río en la llanura, se decidieron á dividir sus fuerzas. Eupolemo partió para Ambracia con mil hombres armados á la ligera, atravesó las líneas, que no estaban cerradas aún y penetró en la ciudad. Nicandro, con el resto de las fuerzas, pensó primeramente atacar el campamento de los epirotas, colocado fuera del alcance de los romanos, separados de sus aliados por el río; pero en seguida le pareció el proyecto demasiado peligroso, en el caso en que los romanos descubriesen el movimiento y le cortasen la retirada; renunciando por tanto á él y marchó á devastar la Acarnania.

Habiendo terminado el cónsul los trabajos de circunvalación y los necesarios para aproximarse á la ciudad,

mandó atacar por cinco puntos á la vez: tres de estos ataques, en tres puntos de acceso más fácil, que daban á la llanura, se dirigían contra el barrio llamado Pirrheo, otro al barrio de Esculapio y el quinto contra la fortaleza. El ariete batía las murallas y los maderos armados con guadañas arrancaban las almenas(1). El espanto y el vértigo se apoderaron pronto de los habitantes al ver y oír el formidable ruido de los golpes que descargaban contra las murallas. Pero viendo, contra lo que esperaban, que las murallas resistían, recobraron valor, descargaron por medio de máquinas masas de plomo y grandes piedras sobre los arietes; con anclas de hierro cogían las guadañas, las atraían al interior y las rompían, y con salidas, nocturnas contra los que custodiaban á los trabajadores y de día contra los puestos avanzados, infundieron espanto al enemigo. Así estaban las cosas delante de Ambracia, cuando los etolios, después de devastar la Acarnania, regresaron á Estrato. El pretor Nicandro, esperando hacer levantar el sitio por medio de una tentativa atrevida, envió desde allí á un tal Nicodamo, al frente de quinientos etolios, para que penetrase en Ambracia. Fijóse noche y una hora para atacar la ciudad y las obras levantadas por el enemigo delante de Pirrheo, mientras que el pretor acudiría personalmente á difundir espanto en el campamento de los romanos, confiando en esta doble alarma y en la noche que aumenta el terror, para dar un golpe notable. En efecto; Nicodamo, á favor de la obscuridad, consiguió burlar los primeros puestos, pasó por medio de otros á fuerza de resolución, forzó una parte de las líneas y penetró en la ciudad devolviendo la audacia y

(1) Se daba el nombre de guadaña, por la forma de su hierro, á un madero armado con un gancho para arrancar las piedras de las murallas. Estas máquinas, lo mismo que los arietes, quedaban cubiertas por una tortuga ó mantelete.

esperanza á los sitiados; en seguida, cuando llegó la noche, según las órdenes recibidas, atacó de pronto las obras. La tentativa fué más atrevida que afortunada, no estando sostenida en el exterior, porque el pretor de los etolios no acudió, por temor ó porque esperase ser más útil socorriendo á los amfiloquios recientemente sometidos al dominio etolio, y que Perseo, hijo de Filippo, encargado de conquistar la Dolapia y el territorio de Amfiloquia, tenía estrechados con todas sus fuerzas.

Como ya se ha dicho, sobre tres puntos á la vez habían levantado sus máquinas los romanos contra el Pirrheo, pero con armas y vigor poco uniformes; los etolios atacaron con antorchas, estopas, pez, haces inflamados (*malleolos*) (1), avanzando todo el ejército brillando con los fuegos. En el primer ataque perecieron muchos guardias; pero en seguida se propaga al campamento el ruido y el tumulto, el cónsul da la señal, acuden á las armas y por todas las puertas salen corriendo los soldados, rechazando en un punto el hierro y las llamas; y en los otros antes hubo escaramuza que combate, retirándose los etolios. Todo el ardor de la pelea se reconcentró por tanto en un solo punto; allí, cada uno por su lado, Eupodemo y Nicodamo animaban á los combatientes, excitándoles con la esperanza de que en seguida iban á ver á Nicandro acudir, según lo convenido, y caer sobre la espalda del enemigo. Esta esperanza sostuvo por algún tiempo los ánimos, pero lejos de ver la señal convenida, el enemigo aumenta sin cesar. El

(1) Los había de dos clases: unos eran cuerdas de junco embadurnadas con pez, que se arrojaban encendidas sobre el enemigo ó sobre sus obras; otros eran flechas inflamadas, que se lanzaban algunas veces con balistas. Estas armas se parecían bastante á las filáricas, lanzas rodeadas con estopas empapadas en pez, azufre y resina.

ardor va cediendo, y al fin retroceden, se repliegan con bastante peligro y son rechazados, huyendo hacia la ciudad, después de haber incendiado parte de las obras y dado muerte á mayor número de los que ellos perdieron. Si hubiesen cumplido lo acordado, indudablemente las obras, al menos sobre un punto, hubiesen podido quedar en gran parte destruídas y rechazados los romanos con grandes pérdidas. Los habitantes de Ambracia y los etolios que se encontraban en la ciudad renunciaron aquella noche, no solamente á sus tentativas, sino que desde aquel momento, creyendo que sus compañeros les habían hecho traición, perdieron mucha energía. En adelante no volvieron á hacer salidas contra los puestos enemigos, no combatiendo más que desde lo alto de las murallas, desde las torres y en puntos seguros.

Cuando Perseo supo la llegada de los etolios, abandonó el sitio, se contentó con talar los campos de los amfiloquios, salió de ellos y regresó á Macedonia. Los etolios fueron á su vez llamados por la devastación de sus costas. Pleurato, rey de Iliria, había entrado con sesenta naves en el golfo de Corinto, de acuerdo con la flota aquea, que se encontraba en Patras y devastaba todo el litoral de la Etolia. Un cuerpo de mil etolios, enviado contra el enemigo, siguiendo la marcha de la flota, que recorría todas las sinuosidades de la costa, acudía por los senderos más cortos á todos los puntos amenazados. Por otra parte, los romanos, delante de Ambracia, á fuerza de batir las murallas con el ariete en muchos puntos, habían concluído por abrir brecha, sin poder sin embargo penetrar en la ciudad; porque, en cuanto caía una muralla, levantaban otra en su lugar, y los combatientes, de pie sobre las ruinas, formaban parapeto con sus cuerpos. Cansados del poco éxito de la viva fuerza, el cónsul resolvió abrir una mina, seña-

lando la dirección con manteletes (1). Aunque el trabajo continuó día y noche y después de las excavaciones tenían que trasportar las tierras, el enemigo no sospechó nada. Pero aquellos grandes montones de tierra descubrieron al fin el trabajo á los ojos de los sitiados. Temiendo que sus minadas murallas diesen paso ya al enemigo, comienzan á abrir una contramina desde la ciudad enfrente del sitio cubierto ya con los manteletes. Cuando llegaron á la profundidad á que suponían la mina, guardan silencio, aplican el oído al suelo (2) y procuran escuchar el ruido de la excavación. Óyenlo y en seguida horadan en línea recta: la obra fué muy ligera. En pocos momentos llegaron á la parte hueca y á los puntales con que el enemigo sostenía el suelo (3). Encuéntrense los trabajadores, ábrese comunicación entre la mina y la contramina, y emplean como armas las herramientas: en el acto penetran soldados bajo tierra, y en la obscuridad se traba un combate que cede muy pronto, porque los sitiados ciegan la mina con sacos de tierra y materiales arrojados apresuradamente. Inventóse también una máquina nueva, fácilmente manejable, para oponerla al enemigo. Era ésta un tonel, horadado por el fondo para dejar paso á un tubo muy delgado, construído de hierro, lo mismo que la cubierta

(1) Según Polibio, el mantelete que protegía á los trabajadores estaba paralelo á las murallas y era muy largo.

(2) Refiere el mismo historiador, que, cuando los sitiados llegaron á cierta profundidad, colocaron en el fondo del Foro unos como calderos de bronce muy delgados, cuyo sonido les señalaba los trabajos de los minadores. Otras ciudades sitiadas apelaron á los mismos aparatos.

(3) Cuando los minadores llegaban al pie de la muralla, la zapaban en considerabe extensión, apuntalándola con madera, que algunas veces rodeaban de materias combustibles. Después de ordenar las tropas para el asalto, prendían fuego, y la muralla se derumbaba de pronto, dejando ancha brecha.

del tonel (1), horadada también en muchos puntos. Llenaron el tonel de plumas muy ligeras y volvieron la cubierta contra la mina. Por los agujeros de la cubierta salían largas picas ó sarissas destinadas á mantener alejados á los enemigos; arrojaron un tizón á la pluma, y por medio de un fuelle adaptado á la abertura del tubo, la prendieron fuego. En seguida brotaron nubes de humo, y tal olor á pluma quemada llenó la mina, que era imposible resistir.

Así estaban las cosas delante de Ambracia cuando se presentaron al cónsul provistos de plenos poderes, en virtud de un decreto de la nación, Feneas y Damoletes, legados etolios. Viendo su pretor, por un lado Ambracia sitiada y por otro toda la costa talada por una flota enemiga, y en fin la Dolapia y el territorio de los amfiloquios devastado por los macedonios, y comprendiendo que los etolios no podían hacer frente á tres enemigos á la vez, había convocado el consejo y consultado á los principales de la nación acerca de lo que era necesario hacer, contestando todos á una voz: «La paz con condiciones ventajosas, si era posible; en todo caso, tolerables; las promesas de Antioco eran las que habían arrastrado á la guerra. Habiendo sido derrotado Antioco por mar y tierra, y arrojado casi fuera del mundo, al otro lado de la cordillera del Tauro, ¿qué esperanzas podían tener para continuar la guerra? Era necesario encargar á Feneas y á Damoletes que obrasen según su conciencia, como creyesen conveniente, atendido el estado de los negocios del país. ¿Qué otra cosa podían hacer cuando no les dejaba elegir la fortuna?» Tales eran las instrucciones de los embajadores, quienes rogaron al cónsul «que perdonase á la ciudad, que se compade-

(1) La parte que miraba á la mina era la protegida con la cubierta de hierro. Por lo demás la anchura del tonel se ajustaba á la de la mina.

ciese de una nación, antigua aliada de Roma, extraviada, si no por la insolencia, al menos por la miseria. Las faltas de los etolios en la guerra contra Antioco no eran mayores que sus servicios en la sostenida contra Filipo, y no habiendo sido exagerada la recompensa, tampoco debía ser excesivo el castigo.» El cónsul contestó: «Que las súplicas de los etolios eran más frecuentes que sinceras: que debían pedir la paz como Antioco, puesto que ellos le habían arrastrado á la guerra. Antioco no había abandonado, añadió, aquellas ciudades cuya libertad fué causa de la guerra, sino toda el Asia á este lado del monte Tauro, todo un reino opulento. Mientras los etolios no abandonasen las armas, no escucharía sus proposiciones de paz; era necesario que entregasen las armas y los caballos; en seguida, que pagasen al pueblo romano mil talentos de plata, la mitad al contado, si querían conseguir la paz; y en fin, que por cláusula expresa del tratado, se comprometiesen á no tener otros amigos ni enemigos que los del pueblo romano.»

Aunque las condiciones eran duras, los legados, que conocían el carácter indómito y variable de sus compatriotas, no contestaron y volvieron para pedir consejo al pretor y á los principales de la nación, sin hacer nada por su parte, siendo recibidos con gritos amenazadores. «¿Por qué dilataban las negociaciones cuando llevaban orden de terminarlas á toda costa?» Mandáronles regresar á Ambracia, y en el camino cayeron en una emboscada de acarnanios, á la sazón en guerra con la Etolia, llevándoles á Thurio para encarcelarles; retrasando la paz este nuevo obstáculo. Pero los legados de Atenas y de Rodas, que habían llegado para interceder en favor de los etolios, estaban ya allado del cónsul, y Amnandro, rey de los athamanos, provisto de un salvoconducto, había llegado al campamento de los roma-

nos, para rogar, no tanto en favor de los etolios, como de la ciudad de Ambracia, donde había pasado la mayor parte de su destierro. Supo el cónsul por su boca lo ocurrido á los dos legados y les hizo traer de Thurio, comenzando de nuevo las negociaciones á su llegada. Aminandro, que se había encargado de atraer á los ambracianos á capitulación, desplegaba para ello toda su actividad; pero las entrevistas que celebraba con los habitantes principales al pie de las murallas, no producían ningún resultado; al fin obtuvo permiso del cónsul para penetrar en la ciudad, y allí por medio de ruegos y consejos decidió á los sitiados á rendirse á los romanos. También consiguieron los etolios poderoso intercesor en C. Valerio, hijo de Levino, que fué el primero que tuvo relaciones de amistad con esta nación y hermano uterino del cónsul. Los ambracianos abrieron las puertas bajo la condición de que sus auxiliares etolios podrían salir con toda seguridad; después los etolios tendrían que pagar quinientos talentos euboicos, doscientos al contado y los restantes en seis plazos anuales por cantidades iguales; que devolver á los romanos los prisioneros y los desertores, y renunciar á toda pretensión sobre las ciudades que, desde el paso de T. Quincio á Grecia, habían tomado los romanos, ó voluntariamente habían ajustado amistad con ellos; en fin, la isla de Cefalonia debía quedar fuera del tratado. Aunque estas condiciones eran menos rigurosas de lo que esperaban, los legados etolios pidieron y obtuvieron permiso para consultar al consejo. El artículo concerniente á las ciudades encontró alguna oposición. Aquellas ciudades habían estado algún tiempo bajo las leyes de la Etolia, y era duro para la nación consentir en su desmembramiento. Sin embargo, reinó unanimidad para que se aceptase la paz. Los ambracianos ofrecieron al cónsul una corona de oro que pesaba ciento cincuenta

libras (1); estatuas de bronce y de mármol, obras maestras de pintura, que decoraban aquella ciudad, antigua residencia del rey Pirro, contándose allí en mayor número que en cualquiera otra de la comarca, todo fué arrebatado y llevado. De lo demás, á nada tocaron ni á nadie vejaron.

El cónsul partió de Ambracia, penetró en el interior de la Etolia y fué á acampar delante de Argos de Amfiloquia, á veintidós millas de Ambracia. Allí fueron á buscarle los legados etolios cuya larga ausencia comenzaba á causar extrañeza. Dijéronle que el consejo de la nación había aprobado la paz, y el cónsul les envió á Roma, acompañados por los rodios y los atenienses, sus intercesores, y por su hermano C. Valerio, pasando él á la isla de Cefalonia. Los legados encontraron en Roma prevenidos los ánimos de los patricios por las acusaciones de Filipo; quien, á fuerza de quejarse por medio de legados y de cartas de la liberación de la Dolopia, de la Amfiloquia y de la Athamania, de la expulsión de sus guarniciones y de su hijo Perseo del país de los amfiloquios, había preparado al Senado para que rechazase las súplicas de los etolios. Sin embargo, el legado ateniense León, hijo de Icesias, consiguió impresionar á la asamblea con su elocuencia, sirviéndose de la acostumbrada imagen, del mar tranquilo agitado en seguida por los vientos, comparó este mar con el pueblo etolio (2) «que, mientras guardó fidelidad á la república romana, permaneció en el estado de calma natural á la nación; después, dijo, cuando sopló del lado

(1) Sabido es que *corona* no significa siempre corona, sino algunas veces regalo, ofrenda, recompensa. Una corona de oro de 150 libras hubiese tenido peso exorbitante, porque la libra romana era de trescientos veinticuatro gramos.

(2) Escipión compara también á la multitud á un mar que los agitadores conmueven.

del Asia el viento de Thoas y de Dicearco, y del lado de Europa el de Menestas y Damócrito, se levantó aquella tempestad que impulsó la nación hacia Antioco como sobre un escollo.»

Después de muchas dificultades, los etolios consiguieron al fin un tratado de paz con estas condiciones: «La nación Etolia reconocerá sinceramente el imperio y majestad del pueblo romano; no concederá paso á ningún ejército que marche contra sus aliados y amigos; no le suministrará ningún socorro; considerará enemigos á los que lo sean del imperio romano, tomará las armas contra ellos, y les hará también la guerra; devolverá los desertores, los esclavos fugitivos y los prisioneros á los romanos y á sus aliados, exceptuando aquellos prisioneros que, después de haber sido devueltos á su patria, hubiesen sido capturados de nuevo, ó los que se hayan encontrado entre los enemigos de Roma en época en que los etolios formaban parte de los ejércitos romanos. Fuera de estos, entregarán á los magistrados de Corcira, en el término de cien días, todos aquellos que se encuentren en su poder; los que hayan desaparecido se entregarán á medida que se les encuentre: la nación entregará á elección del cónsul romano cuarenta rehenes de doce años por lo menos y de cuarenta á lo más. No se comprenderán en este número el pretor, el jefe de los caballeros, el escribano público, ni ninguno de los que ya hubiesen sido entregados como rehenes al pueblo romano. Cefalonia no quedará comprendida en el tratado.» En cuanto á las cantidades que debían pagar y forma de los pagos, no se cambió nada á lo dispuesto por el cónsul. Sin embargo, los etolios podrían pagar en oro, si lo preferían, con tal de que cada moneda de oro no valiese más de diez de plata (1). «En cuanto á las

(1) Antes de Solón, el valor del oro entre los griegos era de

ciudades, territorios ó habitantes que habían estado bajo la dominación etolia, pero que bajo el consulado de T. Quinceio y de Cn. Domicio ó posteriormente quedaron sometidas por las armas romanas ó voluntariamente se colocaron bajo el dominio del pueblo romano, prohibiéndose á los etolios tratasen de recobrarlas. Las OEn-ciadas con su ciudad y territorio se devolverían á los acarnanios.» Tales fueron las condiciones del tratado ajustado con los etolios.

En el mismo verano, y casi en los mismos días en que tuvieron lugar las operaciones del cónsul M. Fulvio en Etolia, el otro cónsul Cn. Manlio hacía en la Galogrecia (1) la guerra que vamos á referir. Al principio de la primavera llegó el cónsul á Éfeso, tomó el mando que dejaba L. Escipión, revistó el ejército y arengó á los soldados. Alabó aquel valor que solamente había necesitado una batalla para terminar la guerra contra Antioco, y en seguida les exhortó á emprender otra guerra contra los galogrecos, auxiliares de Antioco, nación de carácter indómito, que hacía inútil la expulsión del rey al otro lado del monte Tauro, mientras no se destruyesen sus fuerzas. Finalmente habló de sí mismo con pocas palabras, sin jactancia ni exageración. Los soldados oyeron con suma complacencia al cónsul, pensando que los galogrecos habían formado parte del ejército de Antioco, y que habiendo sido vencido el rey, debían ser enemigos poco temibles. La ausencia de Eumeno en aquel momento (encontrábase en Roma) pareció al cón-

doce veces y media el de la plata en igualdad de peso. Pero Solón aumentó el peso de las monedas nuevas, y desde entonces el oro valió diez veces su peso de plata.

(1) Los gálatas habían suministrado socorros á Antioco y no se les comprendió en el tratado de paz como á los demás auxiliares de aquel rey. Manlio aprovechó este pretexto para atacarles, porque era el único pueblo que, por su valor y fuerza, era terrible aún en el Asia Menor.

sul un contratiempo desagradable, porque conocía el terreno y las costumbres de aquellas gentes, y estaba interesado en la ruina de los galogrecos. No pudiendo tenerle á su lado, llamó de Pérgamo á su hermano Atalo y le invitó á unir sus fuerzas con las romanas: Atalo ofreció su auxilio y el de sus compatriotas, y regresó á Pérgamo para hacer sus preparativos. Pocos días después Atalo, á la cabeza de diez mil peones y doscientos caballos, se reunió al cónsul que se había alejado de Éfeso: Atalo había dado orden á su hermano Ateneo para que le siguiese con el resto de las fuerzas, dejando la guarda de Pérgamo á hombres cuya abnegación por su hermano y el estado le inspiraba completa confianza. El cónsul elogió al joven príncipe, y avanzó con todas sus fuerzas hasta el Meandro, donde acampó, en la dificultad de vadear el río, esperando barcas para efectuar el paso. Cruzado el Meandro, llegó á Hieran Comen.

Posee esta ciudad un templo de Apolo y un oráculo, cuyas respuestas, según se dice, las dan los sacerdotes en elegantes versos. En dos días de marcha llegó el ejército romano hasta el río Harpaso: donde acudieron legados de Alabanda para rogar al cónsul que de grado ó por fuerza hiciese someterse al dominio de sus antiguos señores una fortaleza que acaba de sustraerse á su obediencia. Allí se reunió al ejército Ateneo, hermano de Eumeno y de Atalo, acompañado por el cretense Leuso y por el macedonio Corrago: estos traían mil infantes y trescientos jinetes de diferentes pueblos. El cónsul destacó un tribuno militar con algunas fuerzas para que se apoderase de la fortificación y lo devolviese á los habitantes de Alabanda. Por su parte, sin separarse de su camino, marchó á acampar cerca de Antioquía sobre el Meandro. Nace este río en Calenas, antigua capital de la Frigia: los habitantes habían abandonado la ciudad, y á corta distancia habían construído otra, llamada

Apamea, del nombre de la hermana del rey Seleuco. Cerca de la fuente del Meandro está también la del río Marsyas, que se reúne al Meandro: la fábula refiere que en Celenas tuvo lugar el certamen de flauta entre Marsias y Apolo. El Meandro nace en las alturas de Celenas, pasa por medio de la ciudad, atraviesa la Caria, después la Jonia, y desemboca en una ensenada entre Prieno y Mileto. Por aquellos días llegó al campamento de Antioquía Seleuco, hijo de Antioco, que, según el tratado ajustado con Escipión, venía á entregar trigo al ejército. Tratóse ligera discusión relativamente á los auxiliares de Atalo, diciendo Seleuco que Antioco solamente estaba obligado á entregar trigo al ejército romano solo. La firmeza del cónsul terminó la cuestión, mandando á los soldados romanos, por medio de un tribuno, que no tomasen nada hasta que los auxiliares de Atalo hubiesen recibido su parte. El ejército marchó en seguida al punto llamado Gordiutico, bastándole tres días de marcha para llegar desde allí á Thabas, situada en las fronteras de la Pisidia, por el lado que mira al mar de Pamfilia. En los tiempos de su prosperidad, aquella comarca tenía carácter belicoso, y hasta en las actuales circunstancias su caballería atacó al ejército romano, introduciendo el desorden en los primeros momentos; pero los que atacaban no tardaron en convencerse de su inferioridad en número y valor, y volvieron precipitadamente á su ciudad, pidiendo perdón y ofreciendo abrir sus puertas. Impusieronles una multa de veinticinco talentos de plata y diez mil medimnos de trigo, y con esta condición les perdonaron.

En tres días de marcha llegaron á las orillas del río Chaus, y desde allí se dirigió el ejército á la ciudad de Eriza, apoderándose de ella al primer asalto. En seguida llegaron al pie del fuerte de Thabusio, que domina el río Indo, llamado así porque precipitó en sus aguas á

un indio su elefante. Encontrábanse en las inmediaciones de Cibira, y no llegaba ninguna legación de Maogeto, tirano de aquellas comarcas, hombre pérfido y cruel. Para conocer sus disposiciones, el cónsul mandó adelantarse á C. Helvio con cuatro mil infantes y quinientos caballos; y ya había atravesado la frontera este cuerpo, cuando llegaron legados anunciando que el rey estaba pronto á someterse; pidiendo únicamente que los romanos entrasen como amigos en su país, y no hiciesen daños en sus tierras, ofreciendo una corona de oro de quince talentos que traían. Helvio les prometió que respetarían sus tierras, y les envió al cónsul, á quien hablaron lo mismo. El cónsul les contestó: «Los romanos no han recibido todavía de vuestro señor ninguna demostración de su buena voluntad, y el odio que generalmente inspira, antes debe hacernos pensar en castigarle que en concederle nuestra amistad.» Aterrados por esta respuesta, los legados se limitaron á rogarle que aceptase la corona y que permitiese al tirano presentarse ante él para explicarse y justificarse.

Concediólo el cónsul, y á la mañana siguiente llegó el tirano al campamento, con el traje y acompañamiento de un particular de mediana posición. Con voz humilde y entrecortada exageró la escasez de sus recursos, y se quejó de la pobreza de las ciudades de su dependencia. Su dominio se extendía sobre las ciudades de Cibira, Sileo y Alimna. Todo lo intentaría, dijo, agotando su tesoro y arruinando á sus súbditos para reunir veinticinco talentos.» «Verdaderamente, contestó el cónsul, eso es llevar demasiado lejos la irrisión: no contento con burlarte de nosotros desde el fondo de tus estados, mandando mentir á tus legados, tú mismo vienes á hacer gala de tu impudencia. ¡Veinticinco talentos agotarían los tesoros acumulados por tu tiranía! Pues bien: si antes de tres días no me has entregado

quinientos, cuenta con ver taladas tus campiñas y sitiada tu capital.» Aunque aterrado por la amenaza, no dejó el tirano de continuar asegurando su pretendida pobreza; y después de regatear mucho, á fuerza de argucias, de ruegos é hipócritas lágrimas, consiguió salir del apuro con cien talentos y diez mil medimnos de trigo. Estas cosas ocurrieron en el espacio de seis días.

De Cibira pasó el ejército al territorio de los sidenses, atravesó el río Caular, y acampó en la otra orilla. A la mañana siguiente costegó el lago de Caralites; hizo alto cerca de Mandropolis, y después avanzó hasta Lacón, que era la ciudad más cercana, cuyos habitantes huyeron asustados. Encontrando desierta la plaza, los soldados saquearon sus innumerables riquezas. Desde allí, en menos de un día se trasladaron desde las fuentes del río Lisis á las orillas del Cobulato. Sitiaban entonces los termeses la ciudadela de los isiondesios, habiendo caído ya la ciudad en su poder: los sitiados, que no esperaban socorro, enviaron á implorar el apoyo del cónsul. «Mujeres y niños, toda la población estaba encerrada en la fortaleza, esperando todos los días perecer por hierro ó por hambre.» El cónsul, que buscaba un pretexto para entrar en la Pamfilia, aprovechó la ocasión. Su llegada hizo levantar el sitio de Isionda, y los habitantes de Termeso obtuvieron la paz mediante cincuenta talentos de plata: con iguales condiciones trataron con los de Aspendio y con las demás ciudades de la Pamfilia. A su regreso de la Pamfilia, el cónsul acampó primeramente en las orillas del río Tauro, y al día siguiente cerca de la ciudad de Xilino, que llaman Come. En seguida continuó su marcha sin interrupción hasta la ciudad de Cormata. La primera ciudad que se encontraba después era Darsa, de donde el terror había ahuyentado á los habitantes, encontrándola desierta y abundantemente provista. Cuando caminaba entre las lagunas inmedia-

tas, el cónsul recibió legados de Lisinoe, que venían á traer la sumisión de su ciudad. Entraron en seguida en el rico y fértil territorio de los sagalasenios, comarca habitada por los pisidas, los más belicosos de todos los habitantes del país; carácter guerrero que tienen, tanto por la fertilidad de sus tierras, como por lo nutrido de su población y posición ventajosa de su ciudad, única fortificada en el país. No viendo el cónsul presentarse legación á su entrada en las fronteras, envió á talar los campos. La tenacidad de los habitantes cedió al fin, cuando vieron devastado su territorio. Entonces enviaron legados y consiguieron la paz mediante la entrega de cincuenta talentos, veinte mil medimnos de trigo y veinte mil de cebada. El ejército avanzó en seguida hacia las fuentes del Ocrima y acampó cerca de un caserío llamado Aporis. Al día siguiente llegó Seleuco de Apmee. A esta ciudad enviaron los enfermos y bagajes inútiles, dirigiéndoles guías que suministró Seleuco: aquel mismo día marcharon los romanos á los campos de los metropolitanos (1), y al siguiente avanzaron hasta Dinias en Frigia. Desde allí pasaron á Symnada (2); el temor había hecho abandonar todas las poblaciones de las cercanías, siendo entregadas al pillaje, y el ejército, cargado de botín, apenas pudo recorrer cinco millas en todo el día para llegar á Beudos, llamado el Viejo. Al siguiente día acamparon cerca de Anabura, y al otro, en las fuentes de Alandro, y al tercero, cerca de Abaso: donde se detuvieron muchos días, porque habían llegado á las fronteras de los tolistoboyos.

(1) Metrópolis debía su nombre á la madre de los dioses.

(2) Esta ciudad era célebre por el mármol blanco manchado de rojo que se extraía en sus inmediaciones, con el que se decoraban los edificios principales de Roma, adonde lo traían con grandes gastos.

Estos eran galos á quienes la falta de tierras ó avidez de botín habían hecho emigrar en masa; y persuadidos de que no podrían resistirles los pueblos por donde atravesasen, bajo el mando de Breno, entraron en la Dardania (1). Allí estalló una sedición, y cerca de veinte mil hombres, poniéndose á las órdenes de Leonorio y de Lutario, se separaron de Breno, dirigiéndose hacia la Tracia. Combatiendo entonces cuando encontraban resistencia, exigiendo impuestos cuando pedían la paz, llegaron á Bizancio, y, sacando dinero de toda la costa de la Propontida, se establecieron en las ciudades. Más adelante desearon pasar al Asia á fuerza de oír celebrar en derredor suyo la maravillosa fertilidad de aquel país. Apoderáronse de Lysimaquia por sorpresa, sometieron por las armas todo el Quersoneso, y bajaron hacia el Helesponto. Viendo allí que solamente les separaba del Asia un estrecho, se encendió en ellos más que nunca el deseo de cruzar á la otra orilla, y pidieron el paso á Antipatro, jefe de aquella costa. Siendo la negociación demasiado lenta para lo que ellos querían, estalló otra disensión entre los dos jefes. Leonorio retrocedió por el mismo camino con la mayor parte de los guerreros, y llegó á Bizancio: Lutario, aprovechando la presencia de espías macedonios, enviados por Antipatro con el nombre de legados, les arrebató dos naves cubiertas y tres barcas. Embarcóse, trasladó sus bandas una á una de día y de noche, y al cabo de algunos días tuvo toda su gente al otro lado. Por la misma época, algo después, Leonorio, con el auxilio de Nicomedes, rey de Bithinia, se embarcó también en Bizancio. Reuniéronse de nuevo los galos y dieron socorros á Nicomedes, en guerra entonces contra Zibetas, dueño de parte de la Bithinia.

(1) Habían devastado toda la Iliria á lo largo del mar. La Dardania es hoy la Servia.

Gracias á su apoyo, Zibetas quedó vencido, y toda la Bithinia reconoció el dominio de Nicomedes. Saliendo de Bithinia, penetraron los galos más en el interior del Asia. De veinte mil guerreros, no eran ya más que diez mil, y sin embargo, tal espanto causó su nombre entre los pueblos de este lado del monte Tauro, que todos, invadidos ó no, lejanos ó vecinos, se sometieron á sus leyes. En fin, los tres pueblos que se habían reunido, tolistoboyos, trocmios y tectosagos, se dividieron el Asia. Los trocmios ocuparon la orilla del Helesponto; los tolistoboyos la Eolida y la Jonia; los tectosagos, las tierras del interior; toda el Asia del otro lado del Tauro les pagaba tributo. Establecieron su colonia principal en las orillas del río Halys; y tal era el terror unido á su nombre, sobre todo después del enorme crecimiento de su población, que al fin los mismos monarcas sirios no se negaron á pagarles tributo. El primer príncipe asiático que sacudió su yugo fué Atalo, padre del rey Eumeno, y contra lo que todos esperaban, el éxito coronó su audacia: peleó y triunfó; pero no les abatió la derrota hasta el punto de perder el imperio del Asia, quedando su poder intacto hasta la guerra de los romanos contra Antioco. Y entonces también, después de la expulsión de Antioco, se lisonjearon con la idea de que, gracias á su alejamiento de las costas, el ejército romano no penetraría hasta ellos.

Teniendo enfrente un enemigo tan temido en toda la comarca, el cónsul reunió á sus soldados y les habló de esta manera. «Bien sé, ¡oh soldados!, que se considera á los galos como los más belicosos de todos los pueblos del Asia. En medio de gentes pacíficas, se ha establecido una nación indómita, después de recorrer el mundo entero. Estatura gigantesca, roja cabellera (1), anchos

(1) Los galos y germanos tenían naturalmente el cabello

escudos (1), enormes espadas (2), cantos guerreros en el momento de atacar al enemigo, ruido de armas y escudos golpeados, según costumbre nacional, todo parece combinado en ellos para inspirar terror. Pero dejemos á los griegos, los casios y los frigios que se asusten con aquellos cuyo bárbaro aspecto nos es familiar: los romanos, acostumbrados á ese ruido, solamente lo consideran como vano aparato. Una sola vez, en otro tiempo, en las orillas del Alia, derrotaron á nuestros mayores; desde entonces, hace ya cerca de doscientos años, nuestros padres los expulsaron y degollaron como á verdaderos rebaños, habiéndonos proporcionado más triunfos los galos que el resto del mundo. Nuestra propia experiencia nos prueba que, una vez sostenido su primer ataque tan enérgico y ruidoso, sudorosos y jadeantes se les caen las armas de las manos: blandos de cuerpo, de ánimo sin energía, en cuanto se debilita su arrebato, á falta del hierro abátenlos el sol, el polvo y la sed. No solamente nuestras legiones combatiéndonos los han dado á conocer; romanos han peleado cuerpo á cuerpo con ellos, y T. Manlio y M. Valerio demostraron la superioridad del valor romano sobre la foga-sidad gala. M. Manlio solo contra un ejército de galos, les rechazó en el escalamiento del Capitolio; y aquellos eran verdaderos galos nacidos en la Galia. Estos de hoy son galos degenerados, cuya sangre está mezclada; galogrecos, en fin, según se les llama; porque sucede con los hombres como con las plantas y animales: no sostiene tanto el germen primitivo su excelente natu-

rojo; pero procuraban darle aspecto más imponente aún tiñéndolo con agua de cal ó con una mezcla de jabón y de ceniza.

(1) El ejército de Breno atravesó el Sperquio sirviéndose de estos anchos escudos como de barcas.

(2) Estas espadas se llamaban *spatha*.

raleza como les hace degenerar la influencia del terreno y del clima en que viven. Los macedonios, que fundaron Alejandría en Egipto, Seleucia y Babilonia, y multitud de colonias en todo el mundo, han venido á ser sirios, parthos y egipcios; Marsella, en las Galias, ha llegado á tomar el carácter de sus vecinos. Los tarentinos nacidos bajo la ruda y áspera disciplina de Esparta, ¿qué han conservado de ella? La tierra natal es un foco de vida; todo lo que se traslada á otra se transforma y degenera. Bajo esas armaduras galas vais á combatir frigios, y á degollarlos como en la batalla contra Antioco; son vencidos á quienes van á aplastar los vencedores. Lo único que temo es que se recoge poca gloria allí donde hay poco que hacer. El rey Atalo los ha derrotado muchas veces. Solamente las fieras recientemente encadenadas conservan el carácter salvaje de los bosques; á fuerza de recibir su alimento de manos del hombre, se domestican. De la misma manera se dulcifica la barbarie en los hombres; no lo dudéis. ¿Creéis acaso que esos galos son como sus padres y abuelos? Obligados á emigrar por la falta de tierras, siguieron la áspera costa de la Iliria, atravesaron la Peonía y la Tracia combatiendo contra naciones belicosas, y vinieron á establecerse aquí. Endurecidos, irritados por mil privaciones, encontraron esta comarca para entumecerse en la abundancia; suelo fértil, belleza de clima, dulzura en los habitantes, toda aquella firmeza salvaje que tenían al llegar, no ha podido resistir. ¡Hijos de Marte, huíd; huíd cuanto antes, á fe mía, de esta pérfida languidez del Asia! ¡Estas voluptuosidades de otro cielo enervan los ánimos! La vida, las costumbres de estos pueblos son contagiosas. Lo único bueno que hay es que, por poco que valgan para vosotros los galos, conservan aún en la opinión de los griegos la reputación de valor que tenían al llegar, y por esta razón el triunfo os dará, ante

los ojos de los aliados, tanta gloria como si fuesen galos antiguos los que venciéseis.»

Disuelta la asamblea, el cónsul envió emisarios á Eposognato, único príncipe del Asia (1) que había permanecido fiel á Eumeno, negando socorros á Antioco contra los romanos, y se puso en marcha. El primer día llegó á las orillas del Aladro, el segundo al pueblo de Tiscos, donde se le presentaron legados de Oroandes pidiendo la paz y exigiéndoles doscientos talentos; los legados pidieron con insistencia permiso para consultar á sus conciudadanos y se les consintió. El cónsul marchó en seguida á Plitendo, y después acampó en tierras de los aliados. Allí se le presentó la legación que había enviado á Eposognato, acompañada por embajadores del reyezuelo, que rogaba á los romanos no atacasen á los tectosagos. «Él mismo iba á visitarles, decía, para decidirles á que se sometiesen.» Accedió el cónsul y se puso en marcha por la comarca llamada Axylon, nombre que tiene por la absoluta falta de maderas, de leñas y de toda materia á propósito para encender fuego, por lo que los naturales emplean para este uso el estiércol de bueyes (2). Cerca de Cubalo (3), fortificación de la Galogrecia, donde habían acampado los romanos, vieron llegar con mucho estrépito la caballería enemiga, ocasionando desorden en los puestos romanos y matando algunos hombres; propagándose la

(1) Cada una de las tres naciones que formaban el pueblo de los gálatas estaba dividida en cantones ó tetrarquias, y la Galacia entera estaba sometida á un gobierno aristocrático y militar. Eposognato era sin duda uno de los doce tetrarcas. En tiempo de guerra, un consejo de trescientos miembros designaba uno ó muchos tetrarcas, á quienes encargaba el mando de las tropas y la dirección de los negocios.

(2) En muchas partes del Asia están reducidos aún á este combustible.

(3) *Cuballum*, probablemente parque de vacas.

alarma al campamento, por todas las puertas á la vez se lanzó la caballería romana contra los galos, los arrojó y derrotó, matando algunos en la persecución. Viéndose ya el cónsul en terreno enemigo, cuidó de llevar exploradores y del buen orden de la marcha. Hasta el Sangario caminó sin detenerse, y allí, no habiendo vado para pasar, construyó un puente sobre el río. El Sangario nace en el monte Adoreo, atraviesa la Frigia, y á su entrada en Bithinia, se reúne con el Tymbreto; duplicadas sus aguas, atraviesa la Bithinia y se pierde en la Propontida; este río no es tan notable por su caudal como por la cantidad de pescado que suministra á los pueblos ribereños. El ejército pasó el puente y seguía la ribera, cuando vieron llegar de Pesinunto los sacerdotes galos de la Gran Madre (1), con todo el aparato de su culto, profetizando con acento inspirado que la diosa concedía á los romanos buen camino y una victoria que les aseguraría el dominio del país. El cónsul contestó que aceptaba el augurio y acampó en aquel mismo paraje. Al siguiente día llegaron á Gordio, plaza que sin ser grande, constituía rico mercado, á pesar de su posición en el interior de las tierras, teniendo tres mares casi á igual distancia, el Helesponto, la costa de Sinope y la Cilicia marítima. Encuéntrase además en las fronteras de muchas naciones importantes, á las que sirve de punto de contratación. Halláronla desierta, porque los habitantes habían huído, pero abundantemente provista, por lo que se detuvieron allí recibiendo á los legados de Eposognato. Estos dijeron «que su señor había visitado á los galos sin poder conseguir nada; hombres, mujeres y niños habían abandonado las ciudades y los campos, llevándose los ganados y cuanto

(1) Los fanáticos sacerdotes de Cibeles debían el nombre de *Galli* al río *Gallus*, en Frigia, cuyas aguas, según los antiguos, enloquecían á quien las bebía.

podían transportar, dirigiéndose la población al monte Olimpo para defenderse con las armas en posición ventajosa.»

Muy pronto trajeron noticias más terminantes los legados de los oroandenses; quienes dijeron «que los tolistoboyos habían trasladado su morada al monte Olimpo; los tectosagos habían tomado otro camino, refugiándose en una montaña llamada Magaba; y los trocmos habían dejado sus esposas é hijos con los tectosagos para reunirse armados con los tolistoboyos.» Estos tres pueblos tenían por jefes á Ortiagón, Combolomaro y Gautolo. Habían adoptado aquel plan de defensa por la esperanza de que, al verles dueños de las montañas más altas del país y provistos de todo lo necesario para sostenerse por tiempo indefinido, los enemigos concluirían por cansarse. «No era probable, decían, que quisieran aventurarse en medio de aquellas alturas inaccesibles, bastando en todo caso un puñado de hombres para detenerles y precipitarles; y que tampoco se ducidirían á permanecer quietos al pie de aquellas heladas montañas para perecer de frío ó de hambre.» A pesar de la altura del paraje, que para ellos era una fortaleza, rodearon de un foso y otras fortificaciones los picos en que se habían establecido, cuidando poco de proveerse de armas arrojadizas, contando con las piedras, que abundaban en el terreno.

Previendo el cónsul que no combatirían cuerpo á cuerpo y que tendría que atacar desde lejos, proveyóse abundantemente de dardos, lanzas de vélites, flechas, pelotas de plomo y piedras á propósito para las hondas, marchando con estos aprestos contra el monte Olimpo y acampando á unas cinco millas de distancia. A la mañana siguiente, acompañado de Atalo y de quinientos caballos, avanzó para reconocer la montaña y la posición de los galos; pero les atacó un cuerpo de ca-

ballería, dos veces más fuerte que el suyo, y les puso en fuga, teniendo algunos muertos en la persecución y bastantes heridos. Al tercer día salió el cónsul con todas sus tropas para practicar reconocimientos y ningún enemigo se atrevió á salir de los parapetos, por lo que dió tranquilamente vuelta á la montaña, observando que por la parte del Mediodía había muchas colinas arenosas que se elevaban con suave pendiente hasta cierta altura; que por el lado del Norte las rocas eran abruptas, cortadas á pico y la posición inaccesible, exceptuando en tres puntos, uno en medio de la montaña, en el que había tierra vegetal, y los otros dos más escarpados por la parte de Levante en invierno y Poniente en verano. Hechas estas observaciones, el mismo día trasladó el campamento al pie de la montaña. A la mañana siguiente mandó celebrar un sacrificio, y en seguida dividió el ejército en tres partes y se dirigió al enemigo. Poniéndose al frente del cuerpo más numeroso, intentó la ascensión por el terreno menos escarpado. Su padre, L. Manlio, debía subir cuanto pudiese por la parte de Levante de invierno, obrando con prudencia, ni obstinarse en caso de peligros y obstáculos insuperables en luchar contra un terreno y un enemigo inexpugnables; en este caso debía acercarse al cónsul, siguiendo oblicuamente por la montaña hasta reunirse con él. C. Helvio, al frente del tercer cuerpo, tenía orden de rodear insensiblemente por la base de la montaña para subir en seguida por el Poniente de verano. Los auxiliares de Atalo quedaron divididos también en tres cuerpos de igual fuerza; el cónsul conservó á su lado al joven príncipe, quedando en la meseta más próxima á las alturas la caballería y los elefantes; teniendo orden los prefectos de atender á todas partes para acudir apresuradamente adonde fuesen necesarios.

Contando los galos con el terreno para la defensa de

sus flancos, solamente atendieron á ocupar el paso del Mediodía, y para este efecto destacaron unos mil hombres á una altura que dominaba el camino, á menos de una milla de su campamento, creyendo que tenían allí como una fortaleza para cerrar el paso. Obsérvanlo los romanos y se preparan al combate. Algunos pasos delante de las enseñas marchan los vélites, los arqueros cretenses de Atalo y los honderos tralos y tracios; la infantería, según las exigencias del terreno, marchaba despacio, recogida detrás de los escudos, para guarecerse de las armas arrojadizas, no tratándose de combatir cuerpo á cuerpo. Trabóse, pues, la batalla desde lejos, equilibrada al principio; teniendo los galos en su favor las ventajas del terreno, y los romanos la abundancia y variedad de sus armas; pero cuanto más se prolonga el combate, más desaparece la igualdad; los largos pero estrechos escudos (1) de los galos les protegen mal; y además, muy pronto quedan sin otras armas que las espadas, que no peleándose cuerpo á cuerpo, són inútiles en sus manos; vense, pues, reducidos á las piedras, y no habiendo hecho provisión de antemano, solamente las encuentran enormes, ni tienen otras que las que la casualidad pone á su alcance, y, faltos de experiencia, no saben dirigir las ni darles fuerza; entretanto llueven sobre ellos flechas, pelotas de plomo y dardos por todas partes; no sabían qué hacer, cegados como estaban por el furor y el espanto, empeñados en una lucha para la que no son aptos: porque mientras se pelea de cerca, mientras que sucesivamente se pueden recibir y descargar golpes, les fortalece la cólera; pero cuando se ven heridos desde lejos por li-

(1) Estos escudos eran de madera ó de corteza de árbol; los galos los adornaban con pieles de animales ó con bronceos representando cabezas de animales también. Llamábanles, según Pausanias, *thyreos*.

geros venablos, sin saber de donde partían, no pudiendo dar curso á su ardiente furor, se arrojan unos sobre otros como fieras atravesadas á flechazos (1). Sus heridas están á la vista, porque pelean desnudos (2), y sus cuerpos son carnosos y blancos, no estando descubiertos jamás sino en los combates; así es que la sangre escapa con mayor abundancia de aquellas macizas carnes; las heridas son más horribles y la blancura de los cuerpos hace parecer más negra la sangre que los inunda. Pero aquellas abiertas llagas no les infunden pavor, y algunos hasta se rasgan la piel cuando la herida es más ancha que profunda y se glorifican con ello. Si penetra en sus carnes una flecha ó un venablo, dejando en la superficie ligera abertura, sin que á pesar de sus esfuerzos puedan arrancar el hierro, se enfurecen avergonzados de morir de herida tan pequeña, arrojándose al suelo como si sucumbiesen de muerte vulgar. Otros se lanzan contra el enemigo y caen bajo granizada de dardos, ó bien llegando al alcance de los brazos, los atraviesan los vélites con las espadas. Los vélites llevan en la mano izquierda un escudo de tres pies de largo y en la derecha venablos que arrojan á lo lejos, á la cintura una espada española, y si tienen que pelear cuerpo á cuerpo, pasan los venablos á la mano izquierda y empuñan la espada. Muy pocos galos quedaban en pie: viéndose abrumados por las tropas ligeras y á punto de que los rodeasen las legiones, que continuaban avanzando, se desbandaron regresando precipitadamente á su campamento, dominados ya por

(1) Refiere Pausanias que los galos de Breno se arrancaban las flechas de las heridas y las arrojaban con ira contra los griegos.

(2) Los galos cisalpinos, auxiliares de Annibal en la batalla de Cannas, combatieron también desnudos hasta la cintura, lo mismo que los cimbrios contra Mario.

el terror y la confusión. Allí solamente había mujeres, niños y ancianos. Los romanos vencedores se apoderaron de las alturas abandonadas por el enemigo.

Al mismo tiempo L. Mánlio y C. Helvio, después de haber subido cuanto pudieron, no encontrando ya paso en la montaña, volvieron hacia el único punto accesible, y de común acuerdo siguieron á las fuerzas del cónsul; esto era lo mejor que pudieron hacer desde el principio, y la necesidad llevó á ello. Lo indispensable de una reserva se hace sentir vivamente en parajes tan escarpados, porque si cede la primera línea, la segunda cubre la derrota y se presenta descansada al combate. Viendo el cónsul cerca de las alturas que ocupaban sus fuerzas las enseñas del tirano, dejó que sus soldados recobraran aliento descansando un instante, y mostrándoles los cadáveres de los galos tendidos en las alturas, dijo: «Si las tropas ligeras han peleado con tanto éxito, ¿qué debo esperar de mis legiones, completamente armadas, de mis mejores soldados? Que se apoderen del campamento, donde tiembla el enemigo arrojado por las tropas ligeras.» Sin embargo, dispuso que marchasen delante las fuerzas ligeras que durante la detención de las legiones no habían permanecido ociosas, sino recogiendo las armas sembradas en las alturas para no carecer de venablos. Acercábanse ya al campamento donde los galos, temerosos de que no les defendiesen bastante los parapetos, permanecían delante de las empalizadas con la espada en la mano; pero agobiados por una nube de venablos, que rara vez se perdían en aquellas filas compactas, viéronse obligados en seguida á entrar en sus fortificaciones, dejando solamente fuerte guardia. Arrojada la multitud al campamento, abrumánla allí á fuerza de venablos, y todos los golpes que hieren producen gritos á los que se mezclan los gemidos de las mujeres y de los niños. La guar-

dia que quedó en las puertas recibe los venablos de los primeros legionarios, que, si no hieren, atraviesan los escudos de parte á parte, uniéndolos y fijándolos unos con otros, siendo imposible resistir por más tiempo el ataque de los romanos.

Las puertas quedan abandonadas, pero antes de que el vencedor se precipite por ellas, huyen los galos en todas direcciones, corriendo como ciegos hacia los puntos accesibles é inaccesibles sin que les detengan asperezas ni precipicios, porque solamente temen al enemigo. Multitud de ellos se sepultan en precipicios insondables donde se quebrantan ó mueren. Dueño del campamento el cónsul, prohíbe el pillaje á los soldados y los lanza en persecución de los galos, para acabar de aterrarlos con el encarnizamiento. En aquel momento llegó con sus fuerzas L. Manlio, cerrándosele igualmente la entrada del campamento y recibiendo orden de salir inmediatamente en persecución de los fugitivos. El mismo cónsul, dejando á los prisioneros en poder de los tribunos, partió también un momento después, creyendo que era terminar la guerra de un solo golpe aprovechar la consternación del enemigo para matar ó coger el mayor número posible. Apenas había marchado el cónsul cuando llegó C. Helvio con el tercer cuerpo, siéndole imposible impedir el pillaje del campamento, y el botín, por injusta casualidad, vino á ser presa de los que no habían tomado parte en el combate. La caballería permaneció mucho tiempo en su puesto, ignorando el combate y la victoria de los romanos, concluyendo, en la manera que pudo maniobrar, por lanzarse en persecución de los galos desparramados al pie de la montaña, matando muchos y haciendo considerable número de prisioneros. No puede calcularse el número de muertos, porque degollaron en todas las escabrosidades de la montaña, porque rodaron multitud de fugitivos desde lo alto de

las rocas á profundos abismos y porque en los bosques, en los matorrales, en todas partes mataron. El historiador Claudio, que habla de dos batallas en el monte Olimpo, pretende que perecieron cerca de cuarenta mil hombres. Valerio Ancias, de ordinario tan exagerado en los números, se limita á diez mil. Lo positivo es que el número de prisioneros se eleva á cuarenta mil, porque los galos habían llevado consigo multitud de todo sexo y edad, porque sus expediciones eran verdaderas emigraciones. El cónsul quemó en un solo montón las armas del enemigo, mandó depositar el resto del botín, vendió parte de él en provecho del tesoro público, y de la manera más cuidadosa y equitativa distribuyó el resto á los soldados. En seguida tributó elogios á su ejército y distribuyó las recompensas merecidas, siendo la primera para Atalo con general aplauso; porque el joven príncipe había mostrado tanto valor é ingenio en medio de las fatigas de la guerra, como modestia después de la victoria.

Quedaba otra guerra con los tectosagos: el cónsul marchó contra ellos, y á los tres días llegó á Ancira, ciudad muy grande de aquella comarca, de la que solamente distaban diez millas los enemigos. Durante la parada que allí hizo, distinguióse una cautiva por una acción memorable. Era esta la esposa del reyezuelo Ortiagón; mujer extraordinariamente hermosa, encontrábase con otros muchos prisioneros, como ella, bajo la custodia de un centurión, hombre codicioso y libertino, verdadero soldado. Viendo que sus deshonestas proposiciones la causaban horror, violó á la desgraciada cautiva que los trances de la guerra habían puesto en su poder, y en seguida, para cubrir aquella infamia, lisonjeó á su víctima con la esperanza de que la devolvería á los suyos, pero sin darle gratuitamente aquella esperanza, como habría hecho un amante, sino que fijó

cierta cantidad de oro, y, para no enterar á ninguno de los suyos, permitió á la prisionera que eligiese entre sus compañeros de desgracia uno que fuese á tratar de su rescate con sus parientes. Dióse cita en las orillas del río, y allí debían acudir dos amigos de la cautiva, dos solamente con el oro, la noche inmediata para hacer el canje. Por casualidad fatal para el centurión, precisamente en la misma prisión que la mujer se encontraba un esclavo suyo; eligióle, y al cerrar la noche, el centurión le llevó fuera de las guardias. A la siguiente noche acudieron á la cita los dos parientes y el centurión con su cautiva; enseñáronle el oro, y mientras se cercioraba de que estaba completa la cantidad pedida, que ascendía á un talento ático, la mujer mandó en su lengua (1) que desenvainasen las espadas y matasen al centurión, inclinado sobre la balanza. Matáronle, le cortaron la cabeza y envolviéndola en su ropa, la cautiva marchó en busca de su marido Ortiagón, que, escapado del monte Olimpo, se había refugiado en su casa. Antes de abrazarlo, arrojó á sus pies la cabeza del centurión. Sorprendido, preguntóla qué cabeza era aquella, qué significa aquella acción tan extraordinaria en una mujer. Violación, venganza, todo lo confesó á su marido; y se dice que todo el tiempo que vivió después, la pureza y austeridad de su conducta sostuvieron hasta su último momento la gloria de aquella acción de matrona.

El cónsul recibió en su campamento de Ancira una legación de los tectosagos, que le rogaron no se pudiese en movimiento hasta que se entendiera con los jefes de su nación, asegurándole que, con cualquier clase de condiciones, preferían la paz á la guerra. Citáronse para

(1) Los gálatas habían adoptado la lengua griega sin abandonar la suya.

el día siguiente, conviniéndose en que se celebraría la entrevista en el espacio que separaba Ancira del campamento de los galos. A la hora indicada marchó allá el cónsul con quinientos caballos de escolta, y no viendo acudir á nadie, regresó á su campamento; poco después llegaron los mismos legados galos para excusar á sus jefes, retenidos, según decían, por motivos religiosos; iban á venir los principales de la nación (1) y podría tratar con ellos. El cónsul dijo que, por su parte, enviaría á Atalo, y por una y otra parte acudieron ahora, escoltando á Atalo trescientos caballos. Establecieronse las condiciones; pero no pudiendo terminarse el convenio en ausencia de los jefes, decidióse que al día siguiente el cónsul y los príncipes galos se avistarían en el mismo sitio. La falta de puntualidad de los galos tenía doble objeto; primero, ganar tiempo para poner en seguridad sus objetos con sus mujeres é hijos al otro lado del río Haly, y segundo, hacer caer al cónsul, que no estaba prevenido contra la perfidia de la conferencia, en el lazo que le tendían. Con este objeto eligieron mil jinetes cuya audacia era conocida, y la traición habría triunfado si la fortuna no hubiese defendido al derecho de gentes que trataban de violar. Un destacamento romano que había salido en busca de forraje y de leña, se dirigió al punto donde debía celebrarse la entrevista, creyéndose en seguridad los tribunos bajo la protección de la escolta del cónsul y á la vista del cónsul mismo; pero no por esto dejaron de colocar cerca del campamento otro cuerpo de seiscientos caballos. El cónsul, ante las seguridades de Atalo de que acudirían á la entrevista los jefes galos y que se podría con-

(1) Según Strabón, cada tetrarca tenía á sus órdenes un juez, un comandante y dos tenientes de este comandante. Estos cuatro jefes formaban un consejo aparte del general de los trescientos, que entendía en todos los hechos criminales.

venir, salió del campamento y se puso en marcha con la misma escolta de caballería que la primera vez. Había recorrido cerca de una milla y distaba muy poco del punto de la cita, cuando de pronto vió venir á toda brida á los galos, que le atacan como enemigos. Hizo alto, mandó á sus jinetes preparar la lanza y el ánimo y sostuvo valerosamente el combate sin retroceder; pero agobiado por el número, al fin cede despacio y sin confusión en sus filas. Al fin, llegando á ser más peligrosa la resistencia que saludable el buen orden, todos se desbandan y emprenden precipitada fuga. Los galos persiguen á los fugitivos con la espada levantada y matan muchos; casi todos iban á quedar exterminados, cuando se presentan de pronto los forrajeros y seiscientos jinetes, quienes á los angustiosos gritos de sus compañeros habían montado á caballo y empuñado las lanzas. Presentáronse descansados á hacer frente á enemigos victoriosos, y en seguida cambió la fortuna; el espanto pasó de los vencidos á los vencedores y el primer ataque pone á los galos en derrota. Al mismo tiempo acuden forrajeros de toda la campiña. Los galos se encuentran rodeados de enemigos; quedan ocupados los caminos, la fuga es casi imposible, estrechados como están por una caballería descansada y encontrándose ellos fatigados; así fué que escaparon muy pocos, no haciendo prisioneros porque todos pagaron su perfidia con la muerte. Inflamados de cólera los romanos, marcharon á la mañana siguiente con todas sus fuerzas en busca del enemigo.

Dos días empleó el cónsul en reconocer personalmente la montaña, para no dejar escapar nada: el tercer día, después de consultar los auspicios y sacrificado víctimas, dividió sus fuerzas en cuatro cuerpos: dos debían subir por el centro de la montaña y dos marcharían por los costados sobre los flancos de los galos. La fuerza

principal de los enemigos la formaban los tectosagos y los trocmios, que ocupaban el centro en número de cinco mil. La caballería, inútil en medio de peñascos y precipicios, había desmontado en número de diez mil hombres y tomado posición en el ala derecha. Los auxiliares de Ayarato, rey de Capadocia, y de Morzo, ocupaban la izquierda, en número de cuatro mil próximamente. El cónsul, como en el monte Olimpo, colocó delante las tropas ligeras, cuidando de que tuviesen al alcance provisión de dardos de toda clase. Cuando llegaron á las manos todo pasó al principio como en la primera batalla; solamente estaban cambiados los ánimos, enardecidos en unos por la victoria y abatidos los otros porque, no habiendo sido vencidos ellos mismos, los enemigos se asociaban en la derrota á sus compañeros, y el combate trabado bajo los mismos auspicios tuvo idéntico resultado. Como caía sobre el ejército galo una nube de ligeros venablos, y avanzar fuera de las filas era exponerse al descubierto á los golpes, ninguno se atrevió á hacerlo. Estrechados los unos contra los otros, cuanto más compacta era la masa, mejor servía de blanco á los tiradores y todos los golpes herían. Viendo el cónsul casi derrotado al enemigo, creyó que bastaba mostrar las enseñas de las legiones para que en seguida se declarase la fuga, y mandando volver á las filas á los vélites y demás auxiliares, hizo avanzar las legiones.

Perseguidos los galos por el recuerdo de los tolistoboyos degollados, con el cuerpo acribillado de dardos clavados en la carne, ni siquiera resistieron contra el primer choque y gritos de los romanos. Todos huyeron hacia el campamento, pero muy pocos se refugiaron detrás de los parapetos, sino que la mayor parte, dominados por el aturdimiento, corrieron por derecha é izquierda. Los vencedores empujaron al enemigo hasta el

campamento, pero la codicia les retuvo allí, quedando completamente abandonada la persecución. En las alas resistieron más tiempo los galos, porque les alcanzaron más tarde, pero no esperaron ni la primera descarga de dardos. No pudiendo el cónsul arrancar del pillaje á los que habían entrado en el campamento, puso en seguida las alas en persecución del enemigo. Siguiéronle durante algún tiempo, pero no hubo más de ocho mil hombres muertos en la persecución, y no diré combate porque no lo hubo. El resto cruzó el Halys. La mayor parte de los romanos pasó la noche en el campamento enemigo y otros regresaron con el cónsul á su campamento. A la mañana siguiente se hizo el recuento de prisioneros y botín: éste era inmenso, constituyéndolo todo lo que una nación ávida, dueña durante mucho tiempo por derecho de conquista de toda la comarca á este lado del monte Tauro, había podido reunir. Los galos dispersos se reunieron en un mismo punto, heridos casi todos, sin armas y sin ningún recurso. Desde allí enviaron á pedir la paz al cónsul. Manlio los citó en Efeso, y como se encontraban ya á mediados de otoño, teniendo prisa por abandonar un país helado por la proximidad del monte Tauro, llevó su ejército victorioso hacia las costas para invernar allí.

Mientras ocurrían en el Asia estas cosas, reinaba tranquilidad en las otras provincias. En Roma, los censores T. Quincio Flaminio y M. Claudio Marcelo hicieron el censo del Senado (1). Nombróse por tercera vez prin-

(1) Cada cinco años, los censores leían en alta voz en el Senado la lista de los senadores. Los que se habían hecho indignos de aquel rango, ó habían disminuido su caudal á menos de lo exigido, se consideraban excluidos cuando no se citaba su nombre. Estas exclusiones, algunas veces arbitrarias, daban lugar en muchas ocasiones á odios implacables; pero no deshonoraban, sin embargo, como una condenación por juicio, ni eran irrevocables sus efectos.

cipe del Senado á P. Escipión el Africano: solamente se borraron cuatro nombres y ninguno de ellos había gozado de los honores curules. El orden de los caballeros se sometió también á una censura muy suave. Contratose la construcción de un edificio en la plaza Equimelia, que lleva al Capitolio, y el pavimento del camino que va desde la puerta Capena (1) á la de Marte. Los campanios pidieron al Senado que se hiciese su censo (2), y el Senado decretó que se hiciese en Roma aquel censo de los campanios. En este año ocurrieron considerables avenidas: el Tíber inundó doce veces el campo de Marte y los barrios bajos de la ciudad. Habiendo terminado Cn. Manlio la guerra de Asia contra los galos, y estando sometida la Etolia, el otro cónsul M. Fulvio pasó á la isla de Cefalenia, y mandó preguntar á las ciudades si preferían entregarse á los romanos ó correr las vicisitudes de la guerra. El terror hizo que por todas partes se adoptase el partido de la sumisión, y se exigieron rehenes en proporción de la debilidad del país, dándolos en número de veinte Nesiota, Cranio, Palense y Samea. Comenzaba á reinar en Cefalenia inesperada paz, cuando una ciudad, Samea, sin saber por qué, se separó de pronto de los romanos. «La ventajosa posición de su ciudad, decían los habitantes, les hacía temer que los romanos les obligasen á abandonarla.» Ignórase si aquel temor se les ocurrió naturalmente, si por imaginario escrúpulo renunciaban á la paz, ó si era un rumor que de Roma había llegado hasta ellos; pero sea como quiera, apenas habían entregado

(1) Esta puerta no llevaba á Capena, sino á la Vía Appia. Hoy es la puerta de San Sebastián.

(2) Desde que Capua quedó sometida al yugo, no formaba ya cuerpo municipal, ni tenía Senado, ni asamblea del pueblo, encontrándose en el número de las ciudades llamadas *præfectura*.

los rehenes, cerraron las puertas, sin que los ruegos de aquellos desgraciados, enviados por el cónsul al pie de las murallas para que interesasen á sus parientes y amigos, pudieran hacerles cambiar de resolución. El cónsul puso sitio cuando vió que rechazaban la paz. Máquinas y aparatos de guerra, todo lo había hecho venir desde Ambracia, y los soldados terminaron muy pronto los trabajos necesarios. El ariete comenzó en seguida á trabajar en dos puntos.

Nada omitieron los sameos de cuanto podía contrarrestar á las máquinas ó sitiadores, dándoles resultado principalmente dos medios: el primero reemplazar inmediatamente una muralla destruída con otra nueva colocada á la espalda é igualmente fuerte; el otro hacer repentinas salidas, en tanto contra las obras, en tanto contra los puestos enemigos, consiguiendo ventajas casi siempre en estos ataques. Para mantenerles en respeto acudieron á un expediente que no tiene grande importancia; trajeron cien honderos de Egio, de Patras y de Dimo, gentes acostumbradas desde la infancia, según el uso de su país, á lanzar con hondas sobre la superficie del mar los guijarros que se encuentran en las playas entre la arena. Estos manejan la honda desde más lejos, con vista más segura y brazo más firme que los honderos baleares; además la honda no está formada de una sola correa, como en las islas Baleares y otros puntos, sino de tres tiras de cuero reunidas con muchas costuras, para que la piedra no se incline al borde ni se mueva en el momento de lanzarla, sino que quede bien sentada en el movimiento de rotación y salga como una flecha. Acostumbrados á tirar desde lejos á blancos pequeños, no solamente herían al enemigo en la cabeza, sino en el punto de la cara á que apuntaban. Aquella terrible arma impidió á los sameos hacer sus frecuentes y audaces salidas, llegando hasta suplicar desde lo

alto de las murallas á los aqueos que se mantuyesen á distancia y permaneciesen tranquilos espectadores de sus combates con los romanos. Durante cuatro meses resistió el sitio Samea. El número de los sitiados, poco considerable ya, aminoraba diariamente por la muerte y las heridas, y los que quedaban estaban extenuados de cuerpo y de espíritu. Al fin escalaron los romanos una noche la fortaleza llamada Cyatis (porque la ciudad, inclinada sobre el mar, mira á Occidente) y desembocaron en el Foro. Viendo los sameos una parte de su ciudad en poder del enemigo, se refugiaron con sus mujeres é hijos en la fortaleza principal, rindiéndose al día siguiente. La ciudad fué saqueada y los habitantes vendidos en subasta.

Habiéndolo terminado todo el cónsul en Cefalonia, puso guarnición en Samea y pasó al Peloponeso, donde desde mucho antes le llamaban los habitantes de Egio y Lacedemonia: desde el principio de la liga aquea había sido siempre Egio el punto de reunión de las asambleas nacionales, privilegio concedido á la dignidad ó favorable posición de la ciudad. Filopemeno quería, por primera vez aquel año, separarse de la costumbre, y preparaba una ley para que todas las ciudades de la confederación aquea fuesen sucesivamente punto de reunión de la asamblea. Antes de la llegada del cónsul, mientras los damiurgos, magistrados principales de las ciudades, convocaban para Egio, Filopemeno, pretor entonces, citaba en Argos. Previendo el cónsul que la asamblea se reuniría en esta última ciudad, marchó á ella, aunque muy inclinado en favor de Egio. Discutióse, y viendo que iba á triunfar Filopemeno, desistió de su proyecto. También llamaron su atención los debates de los lacedemonios. Muy inquieta tenían á esta ciudad los desterrados, cuya mayor parte habitaban fortificaciones por el lado de Laconia, recientemente arrebatada al do-

minio lacedemonio. Impacientes los de Lacedemonia, y queriendo tener por algún lado libre salida al mar, para el caso de que tuviesen que enviar legaciones á Roma ó á otros puntos, y al mismo tiempo para tener un puerto, un mercado de géneros extranjeros que necesitaban, marcharon de noche á un pueblo marítimo llamado Las, apoderándose de él por sorpresa. Los habitantes del pueblo y los desterrados que moraban allí quedaron al pronto consternados; pero al amanecer se reunieron, y después de débil resistencia, arrojaron á los lacedemonios. Sin embargo, el terror se apoderó de toda la costa, y fortaleza, pueblos, desterrados establecidos en aquel país, todos juntos enviaron legados á los aqueos.

El pretor Filopemeno, partidario desde muy antiguo de la causa de los desterrados, y que no cesaba de exhortar á los aqueos á disminuir el poder é influencia de los lacedemonios, recibió en el consejo las quejas de los legados é hizo decretar «que habiendo sido encargados los aqueos por T. Quincio y los romanos de custodiar las fortificaciones y pueblos de la costa de Laconia, y debiendo los lacedemonios, según el tratado, respetar aquella costa, habiendo sitiado el pueblo de Las y degollado á los habitantes, deberían ser entregados á los aqueos los autores y cómplices del atentado, sin lo cual quedaría violado el tratado.» En seguida se envió una legación á Lacedemonia para reclamar los culpables. Los lacedemonios vieron en esto una orden tan arrogante y tiránica, que si se hubiesen encontrado en los tiempos de su antiguo esplendor, indudablemente en el acto habrían acudido á las armas. Atormentábaseles especialmente el temor de que, obedeciendo á las primeras órdenes, recibían el yugo y facilitaban el proyecto que desde mucho antes tenía Filopemeno de entregar Lacedemonia á los desterrados. Dominados por el te-

ror, degollaron treinta conciudadanos suyos que mantenían inteligencias con Filopemeno y los desterrados, renunciaron por un decreto á la alianza de los aqueos y enviaron en seguida legados á Cefalonia para entregar Lacedemonia á los romanos y rogar al cónsul M. Fulvio que fuese al Peloponeso á recibir su sumisión.

Oído el relato de sus legados, los aqueos, de acuerdo con las ciudades de la liga, declararon la guerra á los lacedemonios, impidiendo solamente el invierno que entrasen en campaña en el acto. Sin embargo, excursiones, tanto terrestres como marítimas, que antes parecían latrocinios que hostilidades, llevaron la desolación á las fronteras enemigas. Estas turbulencias trajeron al cónsul al Peloponeso; convocóse por orden suya la asamblea en Elis, y á su seno se llamó á los lacedemonios para que defendiesen su causa; ocurriendo, no discusión, sino verdadero altercado. El cónsul que, con su destreza para manejar los dos partidos, había contestado hasta entonces con evasivas, cortó el debate con el mandato terminante de no apelar á las armas hasta que se hubiesen enviado legados al Senado romano. Enviáronlos por ambas partes, entregando también su causa y su defensa á los aqueos los desterrados de Lacedemonia. Diófanes y Lycortas, ambos megalopolitanos, marcharon al frente de los legados aqueos; pero divididos en su patria, en aquella circunstancia su lenguaje fué también contradictorio. Diófanes hacía al Senado árbitro soberano del litigio, siendo quien mejor podía dirimir las cuestiones entre los aqueos y los lacedemonios. Lycortas, siguiendo las instrucciones de Filopemeno, pedía que los aqueos, según los términos del tratado y en conformidad con sus leyes, fuesen libres, después de haber dado un decreto, para asegurar su ejecución, reclamando plena y completa la libertad que tenían del mismo Senado. Considerable era entonces en Roma

el crédito de la liga aquea, pero no querían cambiar nada en la situación de Lacedemonia. Por esta razón dieron una respuesta bastante obscura para que los aqueos imaginasen que todo se les permitía relativamente á los lacedemonios, y á los lacedemonios que no se les permitía todo. Los aqueos abusaron insolentemente de aquella libertad.

Filopemeno continuó en su magistratura, y al comenzar la primavera reunió el ejército y marchó á acampar en las fronteras de los lacedemonios; en seguida envió legados para reclamar los autores de la ruptura, prometiendo dejar la ciudad en paz, si obedecían la intimación, ni hacer nada contra los delincuentes sin escucharles. El miedo impuso silencio: los acusados, designados nominalmente, declararon que irían bajo la palabra de los legados de que no se pondría mano en ellos hasta que hubiesen presentado su defensa. Con ellos marcharon algunos ciudadanos ilustres, defensores de una causa que consideraban como de la república. Hasta entonces jamás habían llevado con ellos los aqueos á los desterrados al territorio de Lacedemonia, convencidos de que nada como esto podía enajenarles las voluntades; pero ahora, casi todo el frente del ejército lo formaban los desterrados. Al llegar los lacedemonios, corrieron á su encuentro á las puertas del campamento y comenzaron por llenarlos de denuestos; promovióse un altercado y los desterrados más fogosos, ardiendo en cólera, se lanzaron sobre los lacedemonios. Invocan éstos á los dioses y la palabra de los legados, y los legados y el pretor separan á la multitud, rechazando las cadenas con que quieren cargarles, pero el desorden y el tumulto aumentan. Al pronto acuden los aqueos para enterarse; los desterrados recuerdan á gritos todo lo que han sufrido, piden rigor, aseguran que jamás se presentará tan excelente ocasión si no aprovechan aque-

lla; que los lacedemonios habian hollado el tratado que se juró en el Capitolio, en Olimpia y en la fortaleza de Atenas, y que antes de sujetarles con otro tratado, era necesario tomar venganza de su primer crimen. Estos gritos enardecieron á la multitud: exclama una voz que es necesario herir: vuelan piedras, y diez y siete desgraciados, sujetos entre la multitud, perecen bajo los golpes; otros sesenta y tres fueron presos á la mañana siguiente: eran éstos los que libró el pretor de la violencia, no porque quisiera salvarles, sino para impedir que les matasen sin oirles. Entregados á una multitud exasperada, apenas pronuncian algunas palabras, no les escuchan, les condenan á todos y los llevan al suplicio.

Infundido el terror, mandaron á los lacedemonios que derribasen sus murallas, que expulsaran de la Laconia á todos los mercenarios extranjeros á sueldo de los tiranos, y que devolvieran también en un plazo que se fijaba todos los esclavos libertados por los tiranos (el número era considerable): si permanecían allí los aqueos podrían prenderles, venderles ó llevárselos: que abrogasen las leyes y las instituciones de Licurgo y se conformasen con las leyes é instituciones de los aqueos, para que toda la liga formase un solo cuerpo y pudieran convenir mejor en todas las cuestiones. Lo que menos les costó fué la destrucción de las murallas, y lo más difícil para ellos el llamamiento de los desterrados. Un decreto que dió en Tegea la asamblea general de los aqueos dispuso su restablecimiento. Enterados de que los mercenarios despedidos y los esclavos puestos en el número de los ciudadanos (designábase así á los esclavos manumitidos por los tiranos) al salir de la ciudad se habían desparramado por los campos, el pretor, antes de disolver el ejército, partió con las fuerzas ligeras, se apoderó de aquella gente y la vendió como

por derecho de guerra. Tantos fueron los vendidos, que por confesión de los aqueos, el producto sirvió para levantar en Megalópolis el pórtico que los macedonios habían derribado. El territorio de Belbinato, injustamente acaparado por los tiranos de Lacedemonia, se devolvió á la misma ciudad, en virtud de un decreto antiguo de los aqueos, dado bajo el reinado de Filipo, hijo de Amyntas. Desmembrada de esta manera, la ciudad de Lacedemonia permaneció mucho tiempo bajo la dependencia de los aqueos; pero nada la quebrantó tanto como la abolición de las leyes de Licurgo, bajo cuyo imperio había vivido durante setecientos años.

Al salir de la asamblea en que, ante el cónsul se había debatido el asunto de los aqueos y lacedemonios, M. Fulvio, cuya amabilidad tocaba ya á su fin, marchó á Roma para los comicios, é hizo nombrar cónsules á M. Valerio Messala y C. Livio Salinátor, con exclusión de M. Emilio Lépedo, que era enemigo suyo y candidato aquel año. Nombraron en seguida pretores á Q. Marcio Filipo, M. Claudio Marcelo, C. Stertinio, C. Atinio, P. Claudio Pulquer y L. Manlio Acidino. Terminados los comicios, recibió orden el cónsul M. Fulvio de regresar á su provincia y ponerse al frente de su ejército, prorrogándosele el mando por un año, lo mismo que á su colega Cn. Manlio. Aquel mismo año colocó P. Cornelio, por acuerdo de los decenviros, en el templo de Hércules, una estatua de este dios y en el Capitolio un carro dorado con seis caballos. Como decía la inscripción, la ofrenda era del cónsul. Los ediles curules P. Claudio Pulquer y Ser. Sulpicio Galba ofrecieron doce escudos dorados con el producto de las multas impuestas á los proveedores por haber acaparado el grano. El edil plebeyo Q. Fulvio Flaco consagró también dos estatuas doradas con el dinero procedente de una sentencia. A. Cecilio no había condenado á nadie

(acusaban separadamente) (1). Celebráronse tres veces los juegos romanos y cinco los plebeyos. Los cónsules M. Valerio Messala y C. Livio Salinátor, que entraron en funciones en los idus de Marzo, pusieron á deliberación los asuntos de la república, las provincias y los ejércitos. En cuanto á la Etolia y al Asia no hubo cambio alguno. Los cónsules debían recibir como provincias, el uno Pisa con la Liguria y el otro la Galia, distribuyéndolas amistosamente ó por sorteo; en cuanto á las tropas, recibieron orden de levantar cada uno dos legiones nuevas y tomar de los aliados del nombre latino quince mil hombres de infantería y mil doscientos caballos cada cónsul. A Messala tocó la Liguria, á Salinátor la Galia. Los pretores sortearon las suyas en seguida, tocando á M. Claudio la jurisdicción urbana, á P. Claudio la de los extranjeros, á Q. Marcio la Sicilia, á C. Stertinio la Cerdeña, á L. Manlio la España citerior y á C. Atinio la ulterior.

Los ejércitos quedaron repartidos de esta manera: las legiones de la Galia que habían servido bajo C. Lelio pasaron al Brucio á las órdenes del propretor M. Tuccio; el ejército de Sicilia quedó licenciado, y el propretor M. Sempronio llevó la flota á Roma. Las dos legiones que se encontraban en España debían continuar en ella, recibiendo cada una un aumento de tres mil peones y doscientos caballos, estando autorizados los pretores para tomarlos de los aliados y llevarlos con ellos. Antes de la marcha de los nuevos magistrados para sus provincias, el colegio de decenviros decretó tres días de rogativas en todas las enercujadas á causa de un eclipse de sol que ocurrió entre la tercera y cuarta hora del día. También decretó un novendial por una lluvia de piedras que cayó en el monte Aventino. Los cam-

(1) Ordinariamente los ediles acusaban juntos.

panios, á quienes había obligado un *senatus-consulto* del año anterior á ingresar en el censo de Roma (1), porque hasta entonces habían ignorado dónde inscribirse, pidieron el derecho de casarse con romanas, la validez de los matrimonios contraídos antes de aquella época y el reconocimiento de los hijos nacidos de estos matrimonios, como tales hijos y herederos legítimos: accedióse á las dos peticiones. El tribuno del pueblo C. Valerio Tappo propuso conferir el derecho de sufragio á los municipios de Formiano, Fundano y Arpino, que hasta entonces no habían tenido el derecho de ciudadanía. Los cuatro tribunos del pueblo combatieron esta proposición porque no había recibido el consentimiento del Senado; pero se les demostró que pertenecía al pueblo y no al Senado la facultad de conceder el derecho de sufragio á quien quisiera, y desistieron de la oposición. Decretóse, pues, que los de Formiano y Fundano votarían con la tribu Emilia y los de Arpino con la Cornelia, en virtud de la ley Valeria; clasificándose por primera vez á unos y á otros en estas dos tribus. El censor M. Claudio Marcelo, preferido por la suerte á T. Quincio, tuvo el honor de cerrar el lustro (2). El censo arrojó ciento cincuenta y ocho mil trescientos diez y ocho ciudadanos. Después de la clausura del lustro, los cónsules marcharon á sus provincias.

Durante el invierno en que ocurrieron estas cosas en Roma, C. Manlio, primeramente cónsul y después pro-

(1) Al inscribir el Senado á los *campanios* en la lista de los habitantes de Roma, había tenido por objeto reparar las pérdidas que había hecho experimentar á la población la guerra y el envío de numerosos colonias establecidas los años anteriores.

(2) Terminado el censo, uno de los censores, y anteriormente los dos á la vez, cerraba el lustro ofreciendo el sacrificio expiatorio llamado *suovetaurilia*, cuyas víctimas eran un macho cabrío, un carnero y un toro. Este sacrificio se hacía siempre en el Campo de Marte.

cónsul, invernando en Asia, recibió legaciones de todas las ciudades y pueblos de este lado del monte Tauro; porque si la victoria conseguida sobre Antioco era más brillante y gloriosa para los romanos, la derrota de los galos era más agradable para los aliados que la de Antioco. El despotismo real había sido más tolerable que la salvaje dominación de aquellos bárbaros indómitos que tenían alarmada siempre el Asia y cuyos estragos recorrían los campos como el huracán. Debían, pues, la libertad á la expulsión de Antioco, y la paz á la sumisión de los galos, y se presentaban á traer con sus solicitudes coronas de oro, cada cual según sus medios. Antioco y los mismos galos habían enviado también legados para recibir las condiciones del vencedor, y Ariarato, rey de Capadocia, para humillarse y pagar con dinero la falta que había cometido al prestar socorros á Antioco. Pidiéronle seiscientos talentos de plata; y á los galos contestaron que á la llegada del rey Eumeno sabrían á qué atenerse; los legados de las ciudades obtuvieron contestaciones benévolas, regresando más contentos que vinieron. En cuanto á los legados de Antioco, recibieron orden de hacer llevar los granos y las cantidades que fijó L. Escipión á la Pamfilia, adonde iba á trasladarse el ejército. En efecto, en los primeros días de la primavera, el procónsul revistó sus tropas y se puso en marcha, llegando á Apamea al cabo de ocho días. Detúvose allí tres días, y en otros tres se trasladó desde Apamea á la Pamfilia, adonde había citado á los legados del rey con los granos y el dinero. Entregáronle mil quinientos talentos de plata, que mandó llevar á Apamea, distribuyendo el trigo á los soldados. Desde allí marchó á Perga, único punto de aquel país donde había guarnición. Al acercarse el ejército, el prefecto se presentó á pedir treinta días de plazo para recibir las órdenes de Antioco; concediéron-

selos y cuando terminó el plazo, se marchó la guarnición. Desde Perga envió el procónsul á su hermano L. Manlio con cuatro mil hombres á Oroanda para reclamar el resto de las cantidades estipuladas en el tratado; y él mismo, á la noticia de la llegada de Eumeno y de diez comisarios romanos á Éfeso, mandó á los legados de Antioco que le siguiesen y llevó su ejército á Apamea.

Por acuerdo de los diez comisarios se firmó allí un tratado con Antioco, en estos términos: «Ajústase alianza entre el rey Antioco y el pueblo romano en estas condiciones: A ningún ejército que marche contra el pueblo romano ó sus aliados concederá el rey paso por sus tierras ni por las de los pueblos que de él dependan, ni viveres ni socorros de ningún género; obligándose á lo mismo los romanos y sus aliados relativamente al rey Antioco y pueblos que de él dependan. Prohibiáse á Antioco hacer la guerra á los habitantes de las islas y pasar á Europa. Antioco evacuaría las ciudades, campos, pueblos y fortalezas de este lado del monte Tauro hasta el río Halys y desde el valle del Tauro hasta la cadena que mira á la Licaonia. No sacaría ningún arma de las plazas, territorios y fortalezas que tenía que evacuar; si sacaba alguna, tendría que restituirla. No recibiría en sus estados ningún soldado ni súbdito del rey Eumeno. En un plazo marcado deberían regresar á Apamea todos los habitantes de las ciudades separadas que se encontrasen con Antioco ó en sus estados. Los súbditos de Antioco que se encontrasen en Roma ó en territorio de sus aliados, quedaban en libertad para marchar ó quedarse. Deberían devolverse á los romanos y sus aliados los esclavos fugitivos ó prisioneros de guerra, prisioneros ó desertores de condición libre. Entregaría el rey todos sus élefantes sin poder adquirir otros. Habría de entregar también todas sus naves

largas, y no podría tener más de diez actuarias (1) y ninguna de más de treinta remos y ninguna *menore* en la guerra en que fuese agresor. No podría navegar más allá de los promontorios Calycadno y Serpedón, exceptuando el caso en que las naves llevasen dinero, tributos, legados ó rehenes. Prohibíase al rey Antioco que levantase tropas mercenarias en las naciones sometidas al dominio del pueblo romano y hasta recibir voluntarios de estas naciones. Las casas y edificios que los rodios y sus aliados poseen en territorio de Antio-co, pertenecerán, como antes de la guerra, á los que tienen derecho sobre ellos, á los rodios y á sus aliados. Los acreedores podrán reclamar las cantidades que se les adeudan; en caso de sustracción, cada cual podrá buscar, reconocer y reclamar lo que le pertenezca. Si alguna ciudad de las que tiene que entregar Antioco se encuentra en poder de los pretores á quienes las ha confiado, deberá hacerlas evacuar por las guarniciones para entregarlas con arreglo á lo estipulado. Deberá pagar en buena moneda doce mil talentos áticos (2) en el espacio de doce años por cantidades iguales (cada talento del peso de ochenta libras romanas) y suministrar quinientos cuarenta mil modios de trigo. En el espacio de cinco años pagará al rey Eumeno trescientos cincuenta talentos, y en vez del trigo que le debe, ciento veintisiete talentos, según aprecio. Entregará á los romanos veinte rehenes que se renovarán cada tres años, no teniendo los mas jóvenes menos de diez y ocho años, ni más de cuarenta y cinco los mayores. Si algu-

(1) Las naves llamadas menores eran las más pequeñas de las largas y solamente tenían una fila de remos. Las actuarias tenían menos fuerza aún y carecían de cubierta.

(2) Escipión no había exigido en su tratado más que talentos euboicos, cuyo valor probablemente era menor que el talento ático.

na nación aliada del pueblo romano declara la guerra al rey Antioco, éste podrá rechazar la fuerza con la fuerza, con la obligación de no posesionarse de ninguna ciudad por derecho de conquista, ni contraer ninguna alianza. Las cuestiones deberán dirimirse entre los partidos por las vías jurídicas, y si lo prefieren, por las armas.» Annibal el cartaginés, el etolio Thoas, el acarnanio Mnasiloco, los calcidios Eubilides y Filón quedaban reclamados por condición separada; por otra cláusula se permitían adiciones, supresiones y modificaciones ulteriores sin perjuicio de lo convenido.

El cónsul juró el tratado y envió á Q. Minucio Thermo y á L. Manlio, que había regresado á Oroando, para que recibiesen el juramento del rey; y escribió también á Q. Fabio Labeón, jefe de la flota, para que marchase inmediatamente á Patara para destruir y quemar las naves sirias que se encontrasen allí. Labeón salió de Éfeso y se dirigió á Patara, donde destruyó y quemó cincuenta naves cubiertas. En la misma expedición se apoderó de Telmisio, donde la repentina llegada de la flota había producido espanto; de la Lycia, siguiéndole las naves que había dejado en Éfeso, pasó en seguida desde las islas á Grecia. Detúvose algunos días en Atenas, para que las naves pudieran llegar de Éfeso al Pireo y en seguida tomó con toda la flota el camino de Italia. C. Manlio, entre las otras cosas que debía entregar Antioco, había recibido los elefantes, que regaló al rey Eumeno; ocupándose en seguida de las quejas de las ciudades y de las turbulencias que habían ocasionado las últimas conmociones. El rey Ariarato debió entonces el perdón de la mitad de la cantidad que se le había exigido á la protección de Eumeno, que acababa de casarse con su hija y fué recibido en la amistad del pueblo romano. Examinadas las quejas de las ciudades, los dos comisarios arreglaron su suerte; aquellas que,

habiendo sido tributarias del rey Antioco, se habían declarado por el pueblo romano, consiguieron la exención de tributos; las que habían seguido el partido de Antioco, ó habían pagado tributo al rey Atalo, tuvieron que pagar también tributo á Eumeno. Exceptuáronse nominalmente de todo tributo á los colofonios de Nocio, los cimenos y los milasenios. Los claromenos, además de esta excepción, obtuvieron la isla de Drymusa como regalo; y los milesianos, la restitución del territorio llamado sagrado, agrandándolo con los territorios de Reata y Gergitho, no tanto como recompensa como á título de cuna del pueblo romano. Por igual consideración recibieron los dardanios la libertad. Los habitantes de Chio, de Esmirna y de Eritreo, en recompensa de la inalterable cohesión que habían mostrado al pueblo romano en aquella guerra, recibieron tierras y todo género de distinciones honoríficas. Los foceos quedaron en posesión de los terrenos que ocupaban antes de la guerra y autorizados para conservar sus antiguas leyes. Los rodios consiguieron la confirmación de los privilegios que les concedió el primer decreto, y les dieron la Lycia y la Caria hasta el Meandro, exceptuando la ciudad de Telmisio. Concediéronse al rey Eumeno el Quersoneso de Europa, la Lysimaquia, fortalezas, pueblos y territorios que habían pertenecido á Antioco; en Asia, se le entregaron las dos Frigias (la del Helesponto y la mayor), la Misia, que le había arrebatado el rey Prusias, la Licaonia, la Miliada, la Lidia y nominalmente las ciudades de Trales, Éfeso y Telmisio. La Pamfilia fué objeto de larga discusión entre Eumeno y los legados de Antioco, porque una parte se encuentra á este lado y la otra al otro del monte Tauro, decidiéndose llevar el asunto al Senado.

Ratificados estos tratados y decretos, Manlio, con los diez comisarios y todo su ejército, se dirigió al He-

Iesponto, donde había citado á los jefes de los galos y les enteró de las condiciones que les mantendrían en paz con Eumeno; amonestóles para que cesasen en aquella vida de vagancia armada y se encerrasen en los límites de su territorio. En seguida reunió naves en toda la costa, las unió con la flota de Eumeno, que su hermano Atalo había traído de Elea, y regresó á Europa con todas sus fuerzas, caminando por el Quersoneso á cortas jornadas á causa del inmenso botín que embarazaba su marcha. En Lysimaquia se detuvo para dar descanso á sus bestias de carga y se repusieran por completo, para atravesar en seguida la Tracia, cuyo paso generalmente era temido. El mismo día en que salió de Lysimaquia, llegó á las orillas del río Melana, y al siguiente á Cipsela. Desde este punto corría el camino, por espacio de diez millas, por medio de bosques, angosturas y escabrosidades, decidiéndole aquellas dificultades á dividir el ejército en dos cuerpos, haciendo adelantarse al primero y cerrando el segundo la marcha á considerable distancia; en medio avanzaban los bagajes, carros cargados con el dinero público y el botín más precioso. Entraron de esta manera en las angosturas y de pronto se presentan en las orillas del desfiladero, cerrando el paso, diez mil tracios de cuatro pueblos, alsienos, caenios, maduetanios y corelios. Creíase generalmente que Filipo tenía parte en aquella perfidia, porque estaba enterado de que los romanos regresarían por la Tracia y sabía cuanto dinero llevaban. En el primer cuerpo iba el general, inquieto por los peligros de su posición. Los tracios no se movieron hasta que pasaron las fuerzas armadas; pero cuando vieron fuera del desfiladero al primer cuerpo y lejos todavía el segundo, se lanzaron sobre los bagajes, degollaron á los que los custodiaban, saquearon los carros y arrebataron las bestias con sus cargas. A los gritos, que prime-

ramente llegaron á las fuerzas que habían penetrado ya en el desfiladero y en seguida á las que marchaban delante, acudieron por ambos lados, trabándose desordenado combate en varios puntos á la vez. Los tracios, abrumados con el botín, y que habían acudido para robar, es decir, ligeros y sin armas, cayeron en seguida bajo las espadas; pero los romanos tienen que luchar con las dificultades del terreno, mientras que los bárbaros acuden por senderos conocidos y desaparecen en las hondonadas. Los bagajes y los carros, diseminados aquí y allá, estorban á todos y son obstáculos para el combate; ladrones y robados caen confundidos. Las ventajas ó desventajas del terreno, el valor de los combatientes, el número casi constantemente igual de los que traban pelea, vencen sucesivamente, pereciendo muchos por ambas partes. Ya cerraba la noche cuando los tracios abandonaron el campo, no ahuyentándoles los golpes ni la muerte, sino que se marchaban porque estaban satisfechos del botín.

El primer cuerpo de los romanos salió al fin del desfiladero y acampó cerca del templo de Diana, en paraje descubierto; el segundo cuerpo permaneció en el desfiladero para guardar los bagajes detrás de doble empalizada. A la mañana siguiente reconoció el terreno, y en seguida se puso en marcha para reunirse con el primer cuerpo. En el combate perdieron los romanos parte del bagaje, criados del ejército y soldados en toda la extensión del terreno en que se sostuvo; la pérdida más sensible fué la de Q. Minucio Thermo, varón inteligente y esforzado. Aquel mismo día llegaron á las orillas del Hebrum; en seguida pasaron las fronteras de los aenios, cerca del templo de Apolo, llamado cerrintiano. En seguida encontraron los nuevos desfiladeros de Tempira (así llaman á aquel paraje) tan ásperos como los primeros; afortunadamente, como no hay arbolado en de-

redor, las emboscadas son más difíciles. Sin embargo, la avidez de botín había hecho acudir á los trausios (1) otro pueblo tracio; pero aquellos valles descubiertos permitían descubrir al enemigo apostado en el desfiladero, reinando por consiguiente menos terror y confusión entre los romanos; porque á pesar de la desventaja del terreno, podían pelear ordenadamente, en batalla campal llevando al frente las enseñas. Avanzaron, pues, en apretadas filas, lanzando fuertes gritos, y al primer choque, rechazan al enemigo, le hacen volver la espalda, le persiguen y pasan á cuchillo en aquellos desfiladeros, que le son fatales también. Vencedores los romanos, marcharon á acampar cerca del pueblo de los maronitas, llamado Sarren; y al día siguiente, por camino despejado, entraron en la llanura priática, donde pasaron tres días para recibir trigo de los maronitas, que se mostraban muy obsequiosos, y de sus propias naves que venían detrás con toda clase de provisiones. En un día de marcha se trasladaron desde aquel campamento á Apolonia; y desde allí, por el territorio de Abdera, pasaron á Nápoles. Todo este camino, en medio de colonias griegas, se recorrió tranquilamente. En todo el resto de la Tracia, á pesar de que no les inquietaron, permanecieron vigilantes día y noche hasta la entrada de las tropas en Macedonia. Los tracios se habían mostrado mucho más pacíficos con aquel mismo ejército cuando pasó Escipión por aquel camino. La razón era muy sencilla; no llevaba tanto botín para tentarles. Sin embargo, según refiere Claudio, presentáronse entonces cerca de mil quinientos tracios al número Mutino, que marchaba delante reconociendo el terreno; Mutino

(1) Según Herodoto, éste era el pueblo al que singular filosofía hacía entregarse al llanto por el nacimiento de los niños y celebraba con regocijo los funerales. Habitaba la parte occidental de Rhodopo.

llevaba cuatrocientos jinetes númeradas y algunos elefantes. Su hijo, seguido por ciento cincuenta jinetes escogidos, se abrió paso por en medio del enemigo, y poco después, en el momento en que Mutino, con sus elefantes en el centro y la caballería en las alas, trababa combate con el enemigo, volvió cayendo sobre su espalda con mucho estrépito, aterrándole en términos que no se atrevieron á acercarse á la infantería. Cn. Manlio pasó de la Macedonia á la Tesalia, después al Epiro y llegó á Apolonia, donde inverná, no atreviéndose á embarcarse en aquella estación.

Al terminar el año dejó la Liguria el cónsul M. Valerio para trasladarse á Roma y nombrar los nuevos magistrados, no habiendo hecho nada en su provincia que justificase tan larga ausencia y tardío regreso. Celebráronse los comicios consulares antes del doce de las kalendas de Marzo, siendo nombrados cónsules M. Emilio Lépido y C. Flamínio. Al día siguiente nombraron pretores á Ap. Claudio Pulquer, Serv. Sulpicio Galba, Q. Terencio Culeón, L. Terencio Masiliota, Q. Fulvio Flaco y M. Furio Cassipo. Terminados los comicios, el cónsul sometió al Senado la distribución de provincias entre los pretores. Decidióse que permaneciesen dos en Roma para la administración de justicia; dos fuera de Italia, en la Sicilia y Cerdeña; otros dos en Italia, en Tarento y la Galia. Inmediatamente después, y antes de entrar en funciones, invitóse á los pretores á que sortearan sus provincias. Serv. Sulpicio obtuvo la jurisdicción urbana; Q. Terencio, la de los extranjeros; L. Terencio la Sicilia; Q. Fulvio, la Cerdeña; Ap. Claudio, Tarento, y M. Furio la Galia. En este año L. Minucio Mirtilo y M. Manlio, acusados de haber maltratado á los legados cartagineses, fueron entregados por orden del pretor urbano M. Claudio y por medio de los faciales á los legados y llevados á Cartago. Entretanto co-

rrían rumores, cada vez más alarmantes, acerca de sulevación en la Liguria. En consecuencia de esto, los dos cónsules, el día que pusieron á deliberación sus provincias y los negocios de la república, recibieron juntamente por provincia la Liguria. El cónsul Lépidó combatió aquel senatus-consulta. «Era indigno, decía públicamente, encerrar dos cónsules en los valles de la Liguria. Dos años hacía que M. Fulvio y Cn. Manlio, uno en Europa y otro en Asia, reinaban en cierta manera como sucesores de Filipo y de Antioco. Si se quería tener ejércitos en aquellas comarcas, el mando pertenecía á los cónsules y no á ciudadanos particulares. Su ocupación era pasear intimidando pueblos á quienes no se había declarado la guerra, vendiendo la paz por dinero. Si era necesaria en aquellas provincias la presencia de dos ejércitos, M. Acilio había tenido por sucesor á L. Escipión y éste á M. Fulvio y Cn. Manlio; á Fulvio y Manlio debieron reemplazar C. Livio y M. Valerio. Ahora que estaba terminada la guerra de los etolios, conquistada el Asia de Antioco y vencidos los galos, debía enviarse á los cónsules á mandar los ejércitos, ó llamar las legiones y devolverlas á la república.» A pesar de estas quejas, el Senado perseveró en su decisión acerca de que los dos cónsules tuviesen por provincia la Liguria; Manlio y Fulvio recibieron orden de dejar sus provincias, reunir sus ejércitos y regresar á Roma.

M. Fulvio y el cónsul M. Emilio estaban enemistados, siendo la principal queja de Emilio haber llegado al consulado dos años después de haberlo pretendido, atribuyendo el fracaso á trabajos de M. Fulvio. Para hacerle odioso, sobornó á los legados de Ambracia, y les llevó al Senado: «Los ambracianos, dijeron, vivían en paz; habíanse sometido á las órdenes de los cónsules anteriores, estaban igualmente dispuestos á obedecer á M. Fulvio, y sin embargo, éste les había declarado la

guerra; había talado sus campos, difundiendo en su ciudad el terror del pillaje y la matanza, y por este temor le cerraron las puertas; en seguida se vieron atacados y sitiados; y la guerra había agotado contra ellos todos sus rigores, muertes, incendios, ruinas y pillajes, habiéndoles arrancado de los brazos á sus mujeres é hijos, vendiéndolos como esclavos; habíanles arrebatado los bienes, y para mayor desdicha, habían saqueado todos sus templos; las estatuas de sus dioses y sus dioses mismos, arrancados de sus santuarios y arrebatados; paredes y postes desnudos era cuanto quedaba á los ambracianos para elevar sus adoraciones, sus votos y sus ruegos.» Después de estas quejas, el cónsul, con preguntas pérfidas, convenidas de antemano, provocaba explicaciones que parecían arrancadas. El Senado estaba vacilante; pero el otro cónsul, C. Flaminio, salió á la defensa de M. Fulvio. «Caminos antiguos y conocidos emprenden los ambracianos, exclamó. Esos mismos emprendieron los siracusanos contra Marcelo, y los campanios contra L. Fulvio. Iguales acusaciones podrían escucharse de Filipo contra T. Quincio, de Antioco contra M. Acilio y L. Escipión, de los galos contra Cn. Manlio, de los etolios y pueblos de la Cefalonia contra M. Fulvio. Que Ambracia fuese sitiada, tomada por asalto, arrebatadas las estatuas y ornamentos; que los vencidos hayan experimentado todas las desgracias que acompañan á la captura de las ciudades, ¿creéis, Padres conscriptos, que vaya yo á negarlo á nombre de M. Fulvio, como él tampoco lo negaría? Precisamente por estas hazañas os pedirá el triunfo; y la imagen de Ambracia capturada, esas mismas estatuas de cuya sustracción se le acusa, esos mismos despojos de Ambracia los llevará delante de su carro y con ellos adornará la fachada de su casa. En cuanto á la pretensión que se os manifiesta de separarse de los etolios, no tiene

valor alguno: ambracianos y etolios son lo mismo. Así, pues, que mi colega espere mejor ocasión para satisfacer sus odios; si á toda costa quiere aprovechar ésta, que retenga á sus amigos los ambracianos hasta la llegada de M. Fulvio. Por mi parte declaro que no se decidirá nada en cuanto á los ambracianos y etolios mientras permanezca ausente M. Fulvio; no lo consentiré.»

Emilio arguyó sobre la conocida mala fe de su enemigo, diciendo que á fuerza de aplazamientos conseguiría no regresar á Roma mientras se encontrase en ella un cónsul á quien temía. El altercado de los dos cónsules duró dos días, pareciendo obstáculo para toda decisión la presencia de Flaminio. Aprovechóse una indisposición repentina de éste, que le obligaba á ausentarse, y á petición de Emilio, dió el Senado un decreto disponiendo «que se restituyese á los ambracianos todo lo que les pertenecía; que se les devolviesen también su libertad y sus leyes; que se les permitiese establecer según su voluntad peajes por tierra y por mar, á condición de no imponerlos á los romanos y aliados del nombre latino. En cuanto á las estatuas y demás adornos que decían haber sido arrebatados de sus templos, al regreso de M. Fulvio se consultaría al colegio de los pontífices, y su decisión tendría fuerza de ley.» No quedó contento de su victoria el cónsul, y en una sesión poco numerosa hizo añadir al decreto: «Que no parecía que Ambracia había sido tomada por asalto.» Por disposición de los decenviros se ordenaron después tres días de rogativas públicas por la salud del pueblo, azotado en la ciudad y los campos por una peste espantosa. En seguida se celebraron las ferias latinas; y terminadas las ceremonias, se ocuparon los cónsules de las levadas (queriendo los dos tener soldados nuevos) y en seguida partieron para sus provincias y licenciaron á todos los veteranos. Después de la marcha de los cónsules, llegó

á Roma el procónsul Cn. Manlio, y el Senado, convocado por el pretor Serv. Sulpicio le concedió audiencia en el templo de Belona. Allí dió cuenta de su expedición, y pidió que se tributasen á los dioses acciones de gracias y que se le permitiese entrar en triunfo en la ciudad; pero se opusieron casi unánimemente los diez comisarios que le acompañaban, y entre otros, L. Furio Purpúreo y L. Emilio Paulo.

«Al darles como legados á Cn. Manlio, dijeron, solamente se había atendido á la conclusión de la paz con Antioco y la fijación definitiva de las condiciones del tratado incoadas por L. Escipión. Cn. Manlio había hecho todo lo posible por turbar aquella paz, y si hubiera podido, para hacer caer por traición á Antioco en sus manos; pero este rey, que conocía la perfidia del cónsul, á pesar de las numerosas entrevistas á que había querido atraerle, había evitado todo encuentro y hasta la presencia del cónsul. Manlio había querido cruzar el monte Tauro, y con sumo trabajo cedió á los ruegos de los diez comisarios y á las palabras de la Sibila, que no predecían más que desastres fuera de aquellos límites fatales; sin embargo, nada pudo impedir que se acercase con su ejército, que acampase sobre la misma cumbre del monte, cerca de las fuentes de los ríos, y á falta de motivos para atacar los estados de Antioco, donde no encontraba más que paz, por medio de largo rodeo marchó á buscar los galogrecos, y sin autorización del Senado, sin orden del pueblo, llevó la guerra á aquella nación. ¿Quién se atrevió jamás á obrar así? Las guerras de Antioco, de Filipo, de Anníbal, de los cartagineses, guerras recientes aún, habían sido discutidas por el Senado y ordenadas por el pueblo. Casi siempre se había comenzado por enviar legados para pedir reparación; solamente en último extremo se declaraba la guerra. Tú, Cn. Manlio, ¿has observado alguna forma-

lidad de éstas para que veamos en ello una guerra pública del pueblo romano y no un bandidaje tuyo? ¿Al menos llevaste directamente el ejército contra los enemigos que elegías? O tomando por todas las asperezas del camino, deteniéndote en todas las bifurcaciones de los senderos; tú, cónsul mercenario, al frente de un ejército romano, ¿no has seguido paso á paso á Atalo, hermano de Eumeno, por todos los recodos de la Pisidia, de la Licaonia y de la Frigia, buscando por todas partes tiranos y fortalezas para obligarlas á rescate? ¿Qué tenías que ver con los oroandos y con tantos otros pueblos inofensivos? Y esa misma guerra que alegas como título para recibir los honores del triunfo, ¿cómo la has hecho? ¿Has elegido tú mismo el tiempo y el terreno? Razón tienes para pedir que se tributen acciones de gracias á los dioses inmortales, mucha razón: en primer lugar, porque no ha perecido el ejército en algún desastre ocasionado por la temeridad del jefe que sin derecho alguno hacía guerra á los pueblos, y además por habernos opuesto bestias más bien que hombres.

»No os fijéis solamente en que el nombre de galogrecos tiene mezcla; en su cuerpo y en sus armas es donde hay más mezcla y alteración. ¿Creéis acaso que si hubiésemos tenido que luchar con aquellos galos que hemos combatido mil veces en Italia, con suerte diversa, teniendo un general como Manlio, habría regresado ni siquiera un mensajero para anunciar nuestro desastre? Dos veces les dió batalla y las dos veces comprometió al ejército en terreno pésimo, en profundo valle, casi á los pies de los galos; tanto, que desde las alturas, sin necesidad de dardos, le hubiese bastado al enemigo dejarse caer para aplastarnos. ¿Qué ocurrió? ¡Mucha fortuna tiene el pueblo romano; su nombre es muy poderoso! La reciente ruina de Anníbal, de Filipo y Antioco les tenía casi aturdidos. Flechas y hondas basta-

ron para poner en fuga á aquellos corpulentos guerreros; ninguna espada se manchó con sangre en la guerra con los galogrecos. Como bandada de aves, el silbido del primer venablo les hizo levantar vuelo; pero ¡oh dioses!, la fortuna nos ha hecho ver lo que habría acontecido á tener enfrente verdaderos enemigos. A nuestro regreso, habiendo encontrado bandidos tracios, fuimos batidos, derrotados, despojados. Q. Minucio Thermo, cuya pérdida es por lo menos tan deplorable como lo hubiese sido la de Cn. Manlio, que todo lo había comprometido por su temeridad, murió con multitud de valerosos soldados. El ejército, cargado con los despojos del rey Antioco y disperso en tres puntos, en uno la vanguardia, en otro los bagajes, más lejos la retaguardia, pasó una noche entera oculto en los tallares, en guaridas de fieras. Estas son las hazañas por que se pide el triunfo. Pero aunque no hubiésemos sido derrotados quedando cubiertos de ignominia en la Tracia, ¿de qué enemigos pides triunfar? Supongo será de aquellos que el Senado y el pueblo romano te encargaron combatir. A este título se concedió el triunfo á L. Escipión y M. Acilio, que nos oyen, los dos vencedores de Antioco; y antes que á ellos á T. Quincio, vencedor del rey Filipo, á P. Escipión el Africano, vencedor de Anníbal, de los cartagineses y de Sifax. Y aunque el Senado había votado la guerra, tuviéronse en cuenta hasta las formalidades más pequeñas: ¿á quién debían declarar la guerra? ¿La declararían á los reyes personalmente, ó bastaría proclamarla en alguna ciudad suya? ¿Queremos, pues, profanar, abolir estas costumbres? ¿destruir la ley de los faciales? ¡Destruyamos (perdónenme los dioses) la religión, arrojad los dioses de vuestros pechos! ¿Acaso consentiremos que se despoje al Senado del derecho de decidir acerca de la guerra, y al pueblo del de disponer si quiere que se haga guerra á los ga-

los? Hace muy pocos días, los cónsules deseaban vivamente por provincias la Grecia y el Asia; persististeis en asignarles la Liguria y han obedecido. Así, pues, tendrán derecho, si terminan felizmente la guerra, para venir á pedirnos el triunfo, apoyados en vuestra previa autorización.»

Tal fué la oración de Furio y Emilio. Dícese que Manlio contestó de esta manera: «Hasta ahora, Padres conscriptos, los tribunos del pueblo solían presentarse como adversarios á las peticiones de triunfo; y les agradezco que, bien por consideración á mi persona, bien por la importancia de mis hazañas, no solamente hayan aprobado mi petición con su silencio, sino que se hayan mostrado dispuestos para hacer ellos mismos la petición al Senado, en caso necesario. Los adversarios los encuentro en los diez legados que nuestros mayores unían á los generales como consejo, para regularizar y legitimar lá victoria. Opónense L. Furio y L. Emilio á que monte en el carro triunfal, y me arrebatan la honrosa corona; precisamente los mismos á quienes hubiese invocado como testigos de mis hechos, en caso de oposición por parte de los tribunos. A nadie envidio, Padres conscriptos, los honores que ha conseguido; pero recientemente, vosotros mismos, cuando tribunos del pueblo, varones esforzados é inteligentes, se oponían al triunfo de Q. Fabio Labeón, les hicisteis ceder ante la autoridad de vuestros votos, y Labeón consiguió el triunfo, á pesar de acusarle públicamente sus enemigos, no de haber hecho guerra injusta, sino de no haber visto siquiera al enemigo. ¡Y yo que tantas veces he peleado en batalla campal contra cien mil enemigos de los más indomables, yo que les he cogido ó muerto más de cuarenta mil hombres, yo que dos veces me he apoderado de su campamento, yo que lo he dejado todo á este lado del monte Tauro en una paz tan profunda

como la que goza la misma Italia, no solamente me veo defraudado del triunfo, sino en la necesidad de defenderme delante de vosotros, Padres conscriptos, acusado por mis propios legados! Como habéis visto, Padres conscriptos, la acusacion descansa sobre dos puntos: en primer lugar no tenía ningún derecho para hacer la guerra á los galos, y además me he mostrado temerario é imprudente. ¡Los galos no eran enemigos, vivían en paz, se sometían á nuestras disposiciones! ¡Les has hecho violencia, me dicen! Nos os pediré, Padres conscriptos, que atribuyáis á los galos del Asia la reconocida barbarie de esta raza, su implacable odio al nombre romano y todo lo demás que de ella sabéis. No; prescindamos del odio proverbial de los galos en general, y juzgad á éstos por lo que ellos son. ¡Ojalá estuviesen aquí el rey Eumeno y todas las ciudades del Asia y que pudieseis escuchar sus quejas más bien que mis acusaciones! Enviad en seguida legados á todas las ciudades del Asia, preguntadles cuál era el yugo más pesado de las que se han visto libertadas por la expulsión de Antioco al otro lado del monte Tauro ó por la derrota de los galos; que digan cuántas veces han visto talados y saqueados sus campos; que digan si podían rescatar sus cautivos, si oían hablar con frecuencia de sacrificios humanos, de sus hijos inmolados. Sí, sabedlo; vuestros aliados han pagado tributo á los galos, y hoy, libres como están, gracias á vosotros, del dominio real, continuarían pagando tributo, si yo hubiese permanecido ocioso.

Estando más lejos Antioco, con mayor despotismo habrían dominado los galos en Asia, y todo lo que hay á este lado del monte Tauro se hubiese agregado á su imperio y no al vuestro. Así será, diréis; pero en otro tiempo saquearon esos mismos galos á Delfos, ese oráculo del mundo entero, ese centro del universo, sin que por

ello les hiciese la guerra el pueblo romano. Confieso que creía encontrar alguna diferencia entre el tiempo en que la Grecia y el Asia, independientes de vuestro dominio, no os daban derecho alguno para mezclaros en sus negocios, y esta época en que habéis dado por límites al imperio romano el monte Tauro; en que concedéis libertad, inmunidad á las ciudades; en que agrandáis, estrecháis ó imponéis tributos á los estados; en que extendéis, desmembráis, distribuís ó confiscáis reinos; en que os creéis encargados de asegurar á todos la paz por tierra y por mar. Decid, si Antioco no hubiese retirado sus fuerzas de las ciudades donde permanecían sin embargo perfectamente tranquilas, ¿habríais creído que estaba segura la libertad del Asia? Si los ejércitos de los galos llevaban á todas partes los estragos, ¿que dones creeríais haber hecho á Eumeno, qué libertad la que habríais dado á las ciudades del Asia? ¿Pero á qué raciocinar como si no tuviese por vosotros sino por mí solo á los galos por enemigos? A ti apelo, L. Escipión, á ti á quien yo he reemplazado y cuyo valor y fortuna no en vano he pedido á los dioses inmortales; á ti, P. Escipión, que con el título de legado encontraste en el cónsul tu hermano y en todo el ejército la deferencia que se debe á un colega; decid: ¿reconocéis que en el ejército de Antioco había legiones galas? ¿Habéis visto á los galos en las filas, en las dos alas del enemigo, cuya fuerza más robusta constituían? ¿Les combatisteis, matasteis y despojasteis como á enemigos reconocidos? Y sin embargo, contra Antioco y no contra los galos decretó el Senado y ordenó el pueblo la guerra. Però no, el decreto y la orden comprendían á cuantos se encontraban en las filas de Antioco; y todos aquellos, exceptuando solamente Antioco, con quien trató L. Escipión, á quien vosotros otorgasteis terminantemente la alianza, todos eran enemigos, porque todos tomaron las ar-

mas por Antioco contra nosotros. Ahora bien: entre todos estos, encontrábanse en primer lugar los galos, algunos reyezuelos y tiranos; habiendo dado satisfacción estos últimos á la dignidad de vuestro imperio, habiendo expiado duramente su falta, les concedí la paz; en cuanto á los galos, lo he intentado todo por dulcificar si era posible su agreste carácter; pero encontrándoles indómitos é implacables, tuve al fin que emplear la fuerza de las armas para reducirles. Ahora que me he justificado de la acusación de haber emprendido esta guerra, debo dar cuenta de mi expedición; y en este punto confiaría igualmente en mi causa si me encontrase, no delante del Senado romano, sino delante de los cartagineses que, según dicen, crucifican á sus generales, á pesar de sus victorias, cuando los planes han sido malos. Pero en una república que, al frente de cuanto emprende y cuanto hace, coloca el nombre de los dioses, para que la calumnia ceda ante la aprobación del cielo; en una república que se sirve de estas palabras solemnes al decretar un triunfo ó solemnes acciones de gracias: «Por haber servido bien y fielmente á la república»; aunque no quisiera, por humildad y modestia, celebrar mi valor, y cuando por mi ventura y la de mi ejército, por haber vencido sin la pérdida más pequeña una nación formidable, pidiese dar gracias á los dioses y subir en triunfo al Capitolio, donde, según costumbre, hice votos al salir, ¿me lo negaríais y al mismo tiempo á los dioses inmortales? Que batallé en mal terreno. Dí, ¿dónde podía encontrar sitio mejor? El enemigo era dueño de la montaña; habíase encerrado en una posición fortificada, y era necesario ir á buscarle para combatirle. ¡Cómo! Si hubiese tenido una ciudad en las alturas, si hubiese estado guarecido detrás de murallas, ¿no habría tenido que sitiarse? ¿Tenía M. Acilio en las Termópilas la ventaja del terreno cuando dió

batalla á Filippo? ¿Y Filippo no estaba igualmente situado por encima del Aous en las alturas, cuando le precipitó T. Quincio? A la verdad no comprendo qué idea se han formado de los galos ó quieren que os forméis vosotros. Si era un pueblo degenerado, afeminado por las delicias del Asia, ¿qué peligro había en comprometerse en un terreno difícil? Si era un enemigo temible por su fiereza, por su corpulencia, por su vigor, la victoria es grande: ¿me negaréis el triunfo? La envidia es ciega, Padres conscriptos; no sabe otra cosa que desacreditar el mérito, envenenar los honores y las recompensas que obtiene. Os ruego, Padres conscriptos, que perdonéis la extensión de mi discurso, en el que no entra por nada la vanidad, y de la que solamente son responsables mis acusadores. En cuanto á mi paso por la Tracia, ¿podía yo ensanchar los caminos, allanar las cumbres; reemplazar con llanuras los bosques, impedir á los bandidos tracios conocer las guaridas de su país, emboscarse en ellas, robarnos algunos efectos, arrebatarnos algunas de nuestras mil bestias de carga, herir algunos de los nuestros y entre ellos á un varón esforzado é inteligente, Q. Minucio? Insístese mucho en la desgraciada circunstancia que nos ha hecho perder un buen ciudadano. Pero acerca de que, á pesar de lo embarazoso de nuestra marcha, en medio de senderos peligrosos, atacados por el enemigo, nuestra vanguardia y retaguardia envolviesen el ejército de los bárbaros, cebados en nuestros bagajes, que destrozasen á muchos miles en la jornada, que cogiesen ó matasen muchos más en pocos días, no se dice ni una palabra, como si creyesen que podíais ignorarlo, cuando todo un ejército entero puede confirmar mis palabras. Aunque no hubiese empuñado la espada en Asia, aunque no hubiese visto siquiera al enemigo, no merecería menos el triunfo como procónsul por mis dos comba-

tes en la Tracia. Pero ya he hablado bastante; si lo he hecho con más extensión que quería, si os he cansado con mi oración, os ruego me perdonéis, Padres conscriptos.»

Aquel día hubiese podido más la acusación que la defensa si no se hubiese prolongado hasta muy tarde la controversia; el Senado se disolvió inclinado á negar el triunfo. Al siguiente día redoblaron sus esfuerzos los parientes y amigos de Cn. Manlio, favoreciéndoles la autoridad de los ancianos. «No había ejemplo, decían estos últimos, de que un general vencedor, que había derrotado á los enemigos, cumplido su misión y traído su ejército, entrase en la ciudad sin carro, sin laureles y como un ciudadano particular.» Aquellas austeras voces avergonzaron á la malignidad y se votó el triunfo por considerable mayoría. No tardó en borrarse el recuerdo de esta discusión ante asunto mucho más grave y en el que figuraba el nombre de un varón inmensamente más ilustre. Según Valerio Ancias, P. Escipión el Africano fué citado para comparecer en juicio por los dos Q. Petilio. Este acontecimiento dió lugar á diferentes interpretaciones según los caracteres; sublevábanse unos, no contra los tribunos del pueblo, sino contra la ciudad entera, que consentía aquel ultraje. «Las dos ciudades más grandes del mundo, decían, mostraban casi al mismo tiempo igual ingratitud contra los dos ciudadanos más ilustres; pero Roma era la más ingrata; Cartago vencida, había expulsado, desterrado á Anníbal vencido; pero Roma victoriosa expulsaba al Africano vencedor.» Los otros decían: «Jamás debe ser un ciudadano superior á las leyes; nada tan á propósito para sostener la igualdad en una república, como la obligación de los más poderosos de responder á las acusaciones. ¿Qué garantía tendrían al confiar á un ciudadano un cargo sencillo, y con mayor razón la autoridad

suprema, si no se le podían pedir cuentas? No es injusto el empleo de la fuerza contra todo el que es enemigo de la igualdad.» Tales fueron las discusiones hasta el día de la comparecencia; jamás ciudadano alguno, jamás el mismo Escipión se presentó en el Foro con cortejo más vario y numeroso que se presentó en aquel día el acusado. Intimidado para que contestase, sin decir ni una palabra acerca de las imputaciones que se le hacían, habló con tanta nobleza de sus hechos, que por unánime opinión, nunca se oyó panegírico más elocuente y verdadero. Y era que lo pronunciaba con el corazón y el ánimo que impulsaron al guerrero, y no podía extrañar á los oídos un relato que se inspiraba en el peligro y no en la vanidad.

Los tribunos del pueblo reprodujeron las antiguas acusaciones de la molicie en la invernada de Siracusa y las turbulencias que ocasionó Pleminio en Locros; el delito de venalidad lo fundaron en sospechas más bien que en pruebas. «Habíasele entregado sin rescate su hijo prisionero, y en toda circunstancia habíase dirigido Antioco á Escipión solo, como si los romanos le hubiesen constituido único depositario de la paz y la guerra; el cónsul había tenido en él un dictador y no un legado, y si había seguido á su hermano fué solamente para conseguir, como en otro tiempo en España, en la Galia, en Sicilia y en Africa, que se persuadiesen los reyes, las naciones y todo el Oriente que un solo hombre era la cabeza y el brazo del imperio romano; que aquella ciudad, dueña del mundo, vivía á la sombra de Escipión; que un gesto suyo valía tanto como los decretos de los Padres y los mandatos del pueblo.» De esta manera se esforzaban por hacerle sospechoso, ya que no podían declararlo criminal: hablóse hasta la noche y el juicio quedó aplazado. En el día señalado, los tribunos ocuparon su puesto en los Rostros al amanecer y

llamaron al acusado, quien atravesó la multitud seguido de numeroso cortejo de amigos y clientes, reinando profundo silencio en cuanto llegó á la tribuna. «En tal día como hoy, tribunos del pueblo, y vosotros, ciudadanos, delante de Annibal y Cartago combatí bien y afortunadamente en Africa. En este día, pues, debe darse tregua á las acusaciones y litigios; y en este momento mismo marcho al Capitolio á ofrecer á Júpiter Optimo Máximo, á Juno, á Minerva y á todas las divinidades tutelares del Capitolio y la fortaleza el homenaje de mi gratitud; voy á tributarles gracias por haberme dado en aquel día y en otros muchos, medios para merecer bien de la república. Vosotros, á quienes las ocupaciones dejan libres, venid conmigo, ciudadanos, y pedid á los dioses que os den jefes que os parezcan. Sí; porque si desde la edad de diez y siete años, vuestros honores se han adelantado á mi edad, fué porque mis servicios se adelantaron á vuestros honores.» Al bajar de la tribuna subió al Capitolio, siguiéndole toda la multitud, escribanos, viatores, todos, dejando solos á los tribunos con sus esclavos y el pregonero que citaba al acusado desde lo alto de la tribuna. No se limitó Escipión al Capitolio, sino que recorrió todos los templos de la ciudad, siguiéndole el pueblo romano. Aquel día brilló el favor de los hombres y su justa estimación por la verdadera grandeza, tal vez más que aquel en que, sobre carro triunfal, entró en Roma vencedor del rey Sifax y de los cartagineses.

Este fué el último día hermoso de P. Escipión. No viendo para lo sucesivo otras cosas que ataques de la envidia y discusiones con los tribunos, aprovechó el aplazamiento y se retiró á Linterno, decidido á no presentarse para responder. La naturaleza le había dado ánimo demasiado elevado y la fortuna costumbre de puesto demasiado brillante para que pudiera resignar-

se al de acusado y descender hasta la justificación. Cuando llegó el día de la citación faltó el acusado, atribuyendo su ausencia L. Escipión á causa de enfermedad. Los tribunos no aceptaron la excusa y atribuyeron su silencio al mismo orgullo que le llevó á abandonar el tribunal, á los tribunos del pueblo y á la asamblea entera, para arrebatár á los jueces el derecho y la libertad de juzgar, para arrastrarles en cierto modo detrás de él, para triunfar del pueblo romano y para insurreccionarle en el Capitolio contra los tribunos. «Esta es la consecuencia de vuestro ciego arrebató, dijeron. Nos abandonasteis por seguirle, por obedecerle, y ahora él os abandona. Tanto ha decaído en nuestros días el espíritu público, que aquel á quien, cuando se encontraba en Sicilia al frente de un ejército y una flota nos atrevimos á enviar un edil para que le prendiese y trajese á Roma, encontrándose hoy simple ciudadano, no nos atrevemos á sacarle de su casa de campo y traerle delante de sus jueces.» Los tribunos del pueblo á quienes apeló L. Escipión, declararon «que si la enfermedad era una excusa, la aceptaban y pedían á sus colegas que aplazasen el juicio» Era entonces tribuno del pueblo Tib. Sempronio Graco, enemigo personal de P. Escipión. Negóse éste á suscribir el decreto de sus colegas, y cuando todos esperaban verle adoptar temperamento de rigor, dijo «que declarando L. Escipión que la enfermedad retenía á su hermano, aceptaba la excusa; y por su parte, mientras P. Escipión no regresase á Roma, no consentiría que se le encausara; y que si, acusado, apelaba á él, le prestaría su apoyo para dispensarle de contestar. Tal era la altura á que se había elevado P. Escipión por sus hazañas, por los honores conseguidos del pueblo romano, por el consentimiento de los dioses y de los hombres, que llevarle al pie de la tribuna, exponerle á los arrebatos de los jóve-

nes, era más vergonzoso para el pueblo romano que para el mismo acusado.»

Con indignación añadió: «¡Ver á vuestros piés, oh tribunos, al dominador de África, á Escipión! ¿Acaso no derrotó y arrojó de España á cuatro famosos generales cartagineses, no hizo prisionero á Sifax, anonadó á Anníbal, hizo tributaria nuestra á Cartago, arrojó á Antioco (porque L. Escipión reconoce á su hermano como compañero de gloria) al otro lado del monte Tauró, si no para sucumbir bajo el odio de los Petilios, para formaros una corona con la deshonra de P. Escipión el Africano? ¡Pues qué! ¿ni los servicios, ni los honores merecidos, no asegurarán jamás á los grandes hombres asilo inviolable y sagrado, donde puedan descansar en la vejez, si no rodeados de homenajes, al menos tranquilos?» Estas manifestaciones y el tono con que las hizo produjeron efecto, tanto en la asamblea como en los mismos acusadores, quienes contestaron que meditarían acerca de lo que exigían de ellos el derecho y el deber. Disuelta la asamblea del pueblo, reunióse el Senado y todos los senadores, especialmente los consulares y los ancianos tributaron grandes alabanzas á Tib. Graco por haber sacrificado sus enemistades personales al interés general; á los Petilios les censuraron amargamente por haber querido brillar desacreditando á otro, triunfar del Africano y engalanarse con sus despojos. Desde entonces no se volvió á hablar ya del Africano, que terminó su vida en Linterno sin echar de menos la ciudad. Murió en el campo, disponiendo, según se dice, que le sepultasen en aquel mismo paraje, y que se elevase en él su monumento, para que su ingrata patria no poseyese sus restos. Varón ilustre siempre, lo fué mucho más sin embargo en la guerra que en la paz; la primera parte de su vida brilló más que la segunda, porque pasó toda su juventud en los campamentos; con

la vejez, todo se marchitó en derredor suyo y su genio careció de alimento. ¿Qué fué, con relación á su primer consulado, el segundo aun añadiendo la censura? Aquella legación del Asia, inutilizada por el mal estado de su salud, y después de su regreso, por la necesidad de soportar un juicio y de romper con su patria, ¿de qué sirvió? Pero la gloria de haber terminado la segunda guerra púnica, la más importante y peligrosa de cuantas sostuvieron los romanos, le pertenece por completo.

La muerte del Africano enardecíó el valor de sus enemigos, distinguiéndose á su frente M. Porcio Catón, quien durante su vida no cesó de reclamar contra su grandeza. Créese que por instigación suya atacaron en vida los Petilios al Africano, y después de su muerte presentaron una proposición en estos términos: «¿Queréis y mandáis que se abra una información acerca del dinero cogido, tomado, arrebatado al rey Antioco y á los pueblos de su dependencia y que acerca de la cantidad que no se haya entregado al Tesoro público dé cuenta al Senado el pretor urbano Serv. Sulpicio? ¿que el Senado elija en seguida, para continuar la información, al que quiera de los pretores actuales?» Q. y L. Mumio combatieron primeramente esta proposición; que el Senado se contentase con buscar á los detentores de fondos públicos, como siempre se había hecho, lo consideraban muy justo. Los Petilios censuraban el rango eminente, el reinado de los Escipiones en el Senado. El censual L. Furio Purpúreo, uno de los diez comisarios del Asia, quería dar mayor alcance á la información, que, en opinión suya, no debía limitarse al dinero tomado de Antioco, sino de todos los reyes y pueblos de Oriente. Este era enemigo de Cn. Manlio. L. Escipión, que antes parecía deber defenderse que atacar la ley, se levantó á combatirla. «Después de la muerte de su hermano P. el Africano, el varón más ilustre de todos, se

proponía aquella investigación! ¡Era poco haber dejado morir á P. el Africano sin haber hecho su elogio en la tribuna: era necesario además calumniarle! Los cartagineses se limitaron á desterrar á Anníbal; y al pueblo romano no bastaba la muerte de Escipión; ¡era necesario que la calumnia bajase hasta su tumba; era necesario que su padre compartiese con él los golpes de la envidia y fuese su segunda víctima!» M. Catón hizo aprobar el proyecto (consérvase aún su oración acerca del dinero del rey Antioco), y la autoridad de su palabra venció á los Mummio, quienes desistieron de su oposición. Suprimido el obstáculo, todos los tribunos votaron la investigación.

Serv. Sulpicio habló en seguida para preguntar quién recibiría el encargo de ejecutar la ley Petilia, y el Senado designó á Q. Terencio Culeón. Ante este pretor, fiel amigo de la familia Cornelia, puesto que en los funerales de P. Escipión, muerto y enterrado en Roma (según otra tradición) con el gorro de liberto en la cabeza, como en el día del triunfo del Africano, marchó, según dicen, delante del féretro, y cerca de la puerta Capena hizo distribuir vino y miel (1) á todos los que habían acompañado al cadáver, hechos que demostraban su gratitud por haberle rescatado aquel general en Africa; ó bien encarnizado enemigo de aquella familia, porque solamente un odio muy conocido pudo hacer que los enemigos de los Escipiones le eligiesen para dirigir la investigación; ante este pretor, demasiado prevenido en pro ó en contra, compareció L. Escipión. Con él fueron denunciados y encausados sus legados A. y L. Hostilio, los Catones, su cuestor C. Furio Aculeón, y como participantes en la defraudación, sus dos escribanos y el mi-

(1) Los romanos gustaban mucho de esta mezcla de vino y miel. Los generales hacían distribuirla á sus soldados en los días del triunfo.

nistro. L. Hostilio, los dos escribanos y el ministro fueron absueltos antes de que se decidiese acerca de Escipión. Este y su legado A. Hostilio fueron condenados. «Para conceder á Antioco paz ventajosa, Escipión se había hecho entregar seis mil libras de oro y cuatrocientas ochenta de plata, más de las que había entregado al tesoro; A. Hostilio, ochenta libras de oro y cuatrocientas tres de plata; el cuestor Furio, ciento treinta libras de oro y doscientas de plata.» Estas cantidades escribe Valerio Ancias. Por lo que se refiere á L. Escipión, creo que debe haber error de copia, más bien que equivocación por parte del historiador, en la cantidad de oro y de plata; porque es muy probable que la de plata fuese mayor que la de oro, y que la multa fuese de cuatro y no de veinticuatro millones de sextercios; tanto más, cuanto que, según se dice, esta cantidad fué la que se reclamó á P. Escipión en el Senado: por lo cual Escipión hizo que su hermano Lucio llevase su libro de cuentas, y ante los ojos de los senadores lo rompió con sus propias manos, indignado porque, después de haber entregado al tesoro público doscientos millones de sextercios, le reclamasen cuatro millones. Fuerte en su conciencia, y convencido de que los cuestores no se atreverían á sacar dinero del tesoro en contra de la prohibición de la ley, pidió las llaves y dijo que iba á abrir el tesoro, puesto que él lo había hecho cerrar.

Las tradiciones varían muchísimo acerca de algunas particularidades de los últimos años de Escipión, de su juicio, de su muerte, de sus funerales y de su sepultura, y no sé ni á quién creer, ni á qué escrito referirme. No se conviene acerca del nombre del acusador: unos citan á M. Nevio y otros á los Petilios; iguales dudas hay en cuanto á la época de la acusación, el año de su muerte, el punto donde ocurrió y el de su sepultura. Según unos, murió y fué sepultado en Roma, según

otros en Literno: en uno y otro punto se enseña su sepulcro y su estatua. En Literno se encuentran su tumba y sobre ella una estatua que el tiempo ha derribado: hace poco que yo mismo la vi. En Roma también, fuera de la puerta Capena, sobre el monumento de los Escipiones, se levantan tres estatuas, que son, según dicen, las dos primeras de P. y L. Escipión, y la tercera del poeta Q. Ennio. Si los historiadores no convienen en estos hechos, en las oraciones atribuidas á P. Escipión y á Tib. Graco se encuentra igual contradicción. Al frente de la de P. Escipión se pone el nombre de M. Nevio, tribuno del pueblo, y en el resto del discurso no se encuentra el nombre del acusador, llamándole solamente miserable y mentiroso. La oración de Graco tampoco habla ni una palabra de los Petilios, como acusadores del Africano, ni siquiera menciona su juicio. Es necesario hacer otras suposiciones para comprender el discurso de Graco, y seguir á los historiadores que pretenden que en la época del juicio y sentencia de L. Escipión por delito de defraudación, el Africano se encontraba como legado en Etruria; que á la noticia del golpe que hería á su hermano, fué á Roma, marchó derechamente al Foro, al saber que llevaban á su hermano á las prisiones, rechazó al licitor, y por movimiento muy hermoso en un hermano, pero muy censurable en un ciudadano, alzó la mano sobre los tribunos que estaban desempeñando sus funciones. Sin duda por esta razón se queja Graco de que un simple ciudadano haya violado la autoridad tribunicia. Al terminar, su discurso, al mismo tiempo que promete su apoyo á L. Escipión, añade que el ejemplo sería menos peligroso si fuese un tribuno y no un simple particular quien hubiese alcanzado aquella manera de victoria sobre la autoridad tribunicia y sobre la república. Pero al mismo tiempo que reclamaba enérgicamente contra aquel

delito, cita como compensación los brillantes elogios tributados en otro tiempo á su modestia y circunspección. El Africano habia reprendido en otra ocasión al pueblo, según decia, porque quiso hacerle cónsul y dictador vitalicio; habíase negado á que le levantasen estatuas en la plaza de los Comicios, delante de los Ros-tros, en el Senado, en el Capitolio, sobre el altar de Júpiter; y habíase opuesto á que, por un decreto, sacasen del templo de Júpiter Optimo Máximo su imagen con todo el aparato del triunfo.

Estas cosas, hasta en un discurso de alabanzas demostrarían admirable grandeza de ánimo en la moderación del que no quiere salir de los hábitos de ciudadano; siendo el testimonio más glorioso en la boca del enemigo que acusa. Según dicen todos los historiadores, á este mismo Graco dió Escipión en matrimonio su hija menor: la mayor habia casado con P. Cornelio Nasica: esto está averiguado; pero no lo está tanto si la menor casó con Graco después de la muerte de su padre, ó si se debe creer la siguiente tradición. En el momento en que llevaban á las prisiones á L. Escipión, viendo Graco que no acudía en su auxilio ningún colega suyo, exclamó «que desde muy antiguo era enemigo de los Escipiones y que no buscaba hacer méritos ante ellos; pero la prisión á que he visto llevar por el Africano reyes y generales enemigos, no se abrirá para su hermano. Esto no lo consentiré.» El Senado, que casualmente comía aquel día en el Capitolio, se levantó en masa, y en medio de la comida excitó al Africano á que diese su hija en matrimonio á Graco: la promesa se hizo por tanto en medio de aquella ceremonia, y cuando Escipión regresó á su casa, comunicó á su esposa Emilia que habia desposado á su hija menor. Sufrió la esposa arrebató mujeril, quejándose porque no la habia consultado para disponer de su hija, diciendo que, aun-

que la hubiere prometido á Tib. Graco, no debía despreciarse la voz de una madre. Contento Escipión por aquella dichosa coincidencia de elección, dijo que precisamente era aquél el prometido. Debían consignarse estas cosas, á pesar de las diferencias de las tradiciones y monumentos literarios, por referirse á varón tan eminente.

Habiendo terminado el proceso el pretor Q. Terencio y sido condenados Hostilio y Furio, los dos prestaron caución aquel mismo día á los cuestores de la ciudad. Escipión aseguró que cuanto dinero había recibido lo entregó al Tesoro; que no había malversado nada, y se dió orden para que le encerrasen en las prisiones. P. Escipión Nasica apeló á los tribunos y pronunció un discurso laudatorio, no solamente de la estirpe Cornelia en general, sino de su propia familia en particular. «P. Escipión el Africano y L. Escipión, á quien iban á llevar á las prisiones, descendían, lo mismo que él, de los preclaros varones Cn. y P. Escipión. Estos dos ilustres ciudadanos combatieron durante muchos años en las Españas multitud de ejércitos y generales cartagineses, realzando el brillo del nombre romano, y, después de demostrar su valor en la guerra, hicieron admirar en aquella comarca la moderación y la buena fe romana; muriendo al fin los dos por la república. Permanecer dignos de tan hermosa herencia, era ya una gloria para sus hijos; y P. Escipión el Africano, de tal manera había sobrepujado la gloria de su padre, que se le había considerado, no como hijo de un mortal, sino como oriundo de raza divina. L. Escipión el acusado (prescindiendo de sus hazañas en España, en África, como legado de su hermano) había sido digno de que el Senado, sin consultar la suerte, le designase para el mando en Asia y guerra contra Antioco; y su hermano, después de dos consulados, de la censura y del triunfo,

en tan alta estimación le tenía, que no desdeñó servirle de legado en Asia. Era de temer que la gloria y grandeza del legado enturbiasen la del cónsul, pero la fortuna quiso que el día en que triunfaba en Magnesia del rey Antioco, la enfermedad retuviese á P. Escipión en Elea, á mucha distancia del campo de batalla. Ahora bien: aquel ejército no era menor que el que tenía Anníbal en la gran batalla de África; el mismo Anníbal era uno de los numerosos generales del rey, aquel Anníbal que fué el jefe de la guerra púnica. Y sin embargo, de tal manera dirigió L. Escipión la guerra de Asia, que nadie pudo atribuir la victoria á la fortuna. En la paz se fija, pues, la calumnia; en la paz ve una venta. ¡Como si esto no fuese complicar en ella á los diez comisarios con cuyo consentimiento se ajustó! Más aún: entre los diez comisarios, algunos acusaron á Cn. Manlio, y lejos de conmover la opinión, ni siquiera consiguieron retrasar el triunfo del general.

»Pero se dice: Escipión es sin duda sospechoso por las condiciones tan ventajosas que otorgó á Antioco. Este ha conservado su reino entero: después de la derrota se le dejó dueño de cuanto poseía antes de la guerra. Tenía riquezas inmensas: nada ha ingresado en el Tesoro; todo ha sido arrebatado. ¿Pero no vieron todos pasar en el triunfo de L. Escipión más cantidades en oro y plata que el producto reunido de otros diez triunfos? En cuanto á la extensión de los Estados de Antioco, ¿qué contestaré? ¿No le pertenecía el Asia entera, todas las costas vecinas de Europa? ¿No es considerable parte del mundo la región que se extiende desde el monte Tauro al mar Egeo, con todas las ciudades, digo mal, con todas las naciones que abraza? Pues bien: ¡toda esa región, de treinta días de marcha en su longitud y diez en su anchura, entre los dos mares; toda, hasta el monte Tauro, se ha quitado á Antioco,

dejándole relegado á un rincón del mundo! ¿Era posible, aunque no se le hubiese hecho comprar la paz, quitarle más? Filipo, vencido, quedó en posesión de la Macedonia; Nabis, de la Lacedemonia. Jamás se acusó por esto á Quincio: y fué porque no era hermano de Escipión el Africano, cuya gloria, en vez de aprovechar á su hermano, ha sido para él herencia de envidia. Vendiendo todos los bienes de L. Escipión no se podría reunir la cantidad que se pretende guarda en su casa. ¿Dónde está el oro del rey? ¿Dónde tantas riquezas heredadas? En una casa que no se ha arruinado por el lujo, debería notarse el aumento de caudal; pero no, esa cantidad que todos los bienes de L. Escipión no podrían representar, quieren realizarla sus enemigos en su persona, en su cuerpo, por medio de afrentas y de ultrajes. Quiere verse en la prisión, entre ladrones nocturnos y bandidos, á ese varón ilustre; quieren hacerle morir entre la obscuridad para ver en seguida su cadáver desnudo arrojado á la puerta de la cárcel. ¡La familia Cornelia no debe avergonzarse más que la ciudad de Roma!»

En contra de esta oración opuso el pretor Terencio la ley Petilia, el senatus-consulto y la sentencia pronunciada contra L. Escipión, declarando que si no se entregaba al Tesoro la cantidad á que ascendía la multa, había que prender y llevar á la cárcel al sentenciado. Los tribunos se retiraron para deliberar, y poco después C. Fannio anunció en su nombre y en el de sus colegas, exceptuando Graco, «que los tribunos no se oponían al pretor, y le dejaban en libertad de ejercer sus funciones.» Tib. Graco declaró entonces: «Que no se oponía á la venta de los bienes de L. Escipión para hacer efectiva la multa impuesta; pero que L. Escipión, después de haber vencido al rey más poderoso de la tierra, ensanchado las fronteras del imperio romano hasta los extremos del mundo, uniendo la república al rey Eume-

no, á los rodios y á tantas ciudades del Asia, por medio de beneficios á nombre del pueblo romano, fuese arrojado á un calabozo, encadenado en medio de los enemigos del pueblo romano, no lo consentiría, y que por tanto, mandaba ponerle en libertad.» El unánime asentimiento con que el auditorio recibió esta declaración, la general alegría que brotó al ver puesto en libertad á L. Escipión, apenas hacía creíble que fuese aquella la misma ciudad en que se había dictado la sentencia. El pretor envió en seguida á los cuestores para que se incautasen á nombre del Estado de los bienes de L. Escipión, y lejos de encontrar ni el menor rastro de las generosidades del rey, el producto de la venta no alcanzó á satisfacer la multa. Hízose una colecta entre sus parientes, amigos y clientes; si la hubiese aceptado, su caudal habría sido mayor que antes del golpe que le había herido. Pero nada quiso aceptar fuera de los objetos de primera necesidad que le rescataron sus parientes más próximos, y el odio que persiguió á los Escipiones cayó sobre el pretor, los jueces y acusadores.

LIBRO XXXIX.

SUMARIO.

El cónsul Emilio reduce á los ligurios: sus obras.—Propágase el lujo en Roma.—Sumisión de parte de la Liguria.—Las bacanales.—Castigo de considerable número de culpables.—Los censores L. Valerio Flaco y M. Porcio Catón excluyen del Senado á L. Quincio Flaminio, hermano de T. Quincio: su delito.—Muerte de Escipión en Literno.—Envenénase Aníbal.—Prisión del jefe de los aqueos.—Colonias establecidas en Potencia, Pisaura, Módena y Parma.—Feliz expedición contra los celtíberos.—Causas y principios de la guerra de Macedonia.

Mientras ocurrían estas cosas en Roma (si realmente acontecieron en este año), los dos cónsules hacían la guerra en Liguria. Parecía que estos enemigos eran los encargados de mantener la disciplina militar entre los romanos, en los intervalos de las grandes guerras, no ejercitando tanto ninguna provincia el valor del soldado. El Asia, con las delicias de sus ciudades, sus abundantes recursos de mar y tierra, la molicie de sus defensores y los tesoros de sus reyes, más enriquecía á los ejércitos que los acostumbraba á guerrear. Bajo el mando de Cn. Manlio especialmente, se llevaron al exceso el relajamiento y la negligencia; así fué que las tropas, al repasar la Tracia, encontraron más penoso

el camino, se vieron atacadas por enemigo más aguerrido y sufrieron sangrienta derrota. En la Liguria, todo contribuía á ejercitar al soldado; el terreno áspero y montañoso hacía difícil apoderarse de las alturas, como arrojar al enemigo de sus posiciones; los caminos eran escarpados, angostos y estaban llenos de emboscadas; el enemigo era vigilante y ágil y sus bruscas apariciones no dejaban momento de reposo á los romanos, ni les permitían creerse seguros en parte alguna; había que sitiarse fortalezas arrojando innumerables fatigas y peligros; y en fin, la pobreza del suelo imponía á los soldados privaciones y solamente les ofrecía escaso botín. Así era que no se veía en pos del ejército el ordinario cortejo de criados y bestias de carga que prolongaba las columnas; no habiendo más que combatientes con sus armas, que constituían su único recurso. Nunca faltaba ocasión ó pretexto para atacar á los ligurios; porque la pobreza de su país les llevaba á invadir los territorios inmediatos. Sin embargo, evitaban con mucho cuidado combates decisivos.

El cónsul C. Flaminio, después de combatir repetidas veces á los ligurios friniatos en su propio terreno, recibió su sumisión y les quitó las armas. Pero la mala fe con que las entregaron atrajo sobre ellos la severidad del vencedor, por lo que abandonaron sus caseríos y se refugiaron en el monte Augino, poniéndose el cónsul en seguida en su persecución. La mayor parte de ellos se dispersaron otra vez desarmados, huyendo por senderos impracticables y peñascos cortados á pico por donde los romanos no podían seguirles. De esta manera se retiraron al otro lado de los Apeninos. Los que quedaron en el campamento fueron rodeados y cogidos. En seguida pasaron las legiones el Apenino, defendiéndose durante algún tiempo el enemigo, que se había situado en una posición muy elevada, concluyendo al

fin por rendirse. Entonces se ocuparon con más actividad en buscar las armas y todas quedaron recogidas. Acto continuo se trasladó la guerra al territorio de los ligurios apuanos, cuyas frecuentes incursiones por tierras de Pisa y de Bolonia habían impedido las labores agrícolas. El cónsul los sometió también y restableció la paz en todas las cercanías. Pero después de restablecer de esta manera la paz en su provincia, no quiso dejar ociosos á sus soldados y les dedicó á construir un camino desde Bolonia á Arrecio. Su colega M. Emilio, viendo que los ligurios se habían retirado á los montes de Balista y Suismoncio, entró á sangre y fuego por sus campos y caseríos de la llanura y de los valles. En seguida atacó á los enemigos en sus montañas, les hostigó con ligeros combates y les obligó al fin á bajar al llano, librándoles batalla y derrotándoles; aquel día votó un templo á Diana. Estando sometidos todos los pueblos de este lado del Apenino, Emilio marchó para atacar á los que habitaban al otro lado, entre ellos los ligurios friniatos, donde C. Flaminio no había penetrado. Sometiéndoles á todos, les quitó las armas y les hizo bajar de sus montañas á la llanura. Después de pacificar la Liguria, dirigióse al territorio galo é hizo que su ejército construyese un camino desde Placencia á Ariminio para enlazar con la Vía Flaminia. En la última batalla campal que libró á los ligurios, votó un templo á la diosa Juno Reina. Esto fué lo que ocurrió aquel año en Liguria.

En la Galia, el pretor M. Furio, que en medio de la paz buscaba un pretexto de guerra, había quitado las armas á los cenomanos, que no habían dado ningún motivo de queja. Los cenomanos fueron á Roma á quejarse, y el Senado les envió al cónsul Emilio, á quien encargó el conocimiento de aquel asunto. Después de debates muy animados, los cenomanos ganaron su causa;

mandándose al pretor que les devolviese las armas y abandonase la provincia. El Senado recibió en seguida á los legados de los aliados latinos, que habían acudido á Roma desde todos los puntos del Lacio, quejándose de que considerable número de conciudadanos suyos se habían establecido en Roma y habían sido incluidos en el censo. Encargóse al pretor Q. Terencio Culeón que hiciese una investigación sobre el asunto y obligase á regresar á su patria á todos aquellos que probasen los aliados habían sido comprendidos en el censo durante y después de la censura de C. Claudio y de M. Livio. Esta medida alcanzaba igualmente á los padres y á los hijos. La investigación envió á doce mil latinos á sus hogares y libertó á Roma de un número de extranjeros que ya era pesado.

Antes que regresasen los cónsules á Roma, vino de Etolia el procónsul M. Fulvio; y en la audiencia que le concedió el Senado en el templo de Apolo, dió cuenta de sus hechos en Etolia y en la isla de Cefalenia, rogando á los Padres conscriptos que, en atención á sus servicios y trabajos, dispusiesen sacrificios á los dioses inmortales y le concediesen el triunfo. El tribuno del pueblo M. Aburio declaró que se opondría á toda decisión que se tratase de tomar relativamente á aquel asunto antes de la llegada del cónsul M. Emilio, diciendo «que el cónsul se proponía combatir la petición, y que, al partir para su provincia, le encargó hacer aplazar la discusión hasta su regreso. Fulvio no perdería más que un poco tiempo, porque el Senado podría, aun estando presente el cónsul, decretar lo que tuviese por conveniente.» M. Fulvio contestó: «Aunque se ignorase el odio personal que le tenía M. Emilio, la insolencia y el orgullo casi regio con que daba rienda suelta á sus venganzas, no habría razón para permitir á un cónsul que estorbase con su ausencia los sacrificios en honor

de los dioses inmortales, aplazase un triunfo justamente merecido y retuviese en las puertas de Roma, con calculadas dilaciones, á un general que había realizado grandes hazañas y á un ejército victorioso, que esperaba con el botín y los prisioneros que se dignase el cónsul regresar á la ciudad. Pero siendo demasiado conocidas sus enemistades particulares, ¿qué justicia podía esperarse de un hombre que no había vacilado en depositar en el Tesoro un decreto arrancado por sorpresa al Senado en sesión poco numerosa, haciéndole declarar que no creía en la toma de Ambracia, cuando había sido necesario emplear contra la ciudad fosos y manteletes, reconstruir trabajos de sitio destruidos por el incendio, combatir durante quince días en derredor de las murallas, dar asaltos y abrir minas, sostener, hasta después de escalar las murallas, lucha tenaz desde el amanecer hasta la noche y matar en fin más de tres mil enemigos? La misma acusación que Emilio había presentado contra él al tribunal de los pontífices, por haber despojado los templos de los dioses inmortales después de la toma de Ambracia, ¿no era también una calumnia? ¿Podía creerse que se permitiese embellecer á Roma con las obras arrebatadas en Siracusa y en otras ciudades conquistadas, y que se exceptuase solamente Ambracia de aquel derecho común de la guerra? Rogaba, pues, á los Padres concritos y al mismo tribuno que no permitiesen fuese objeto de la burla de su soberbio enemigo.»

Los senadores se dirigieron entonces al tribuno, rogándole unos y afeando otros su conducta. Pero la oración de su colega Tib. Graco fué la que más conmovió. «Era dar muy mal ejemplo abusar de las propias prerrogativas para satisfacer odios personales; pero era vergonzoso é indigno del carácter y de la inviolabilidad del tribuno hacerse instrumento de venganza ajena.

Cada cual debía amar ú odiar, aprobar ó reprobar según su propio juicio, sin esperar á que otro le hiciese seña con la cabeza ó el rostro, sin dejarse llevar por los impulsos de las pasiones ajenas. No convenía que un tribuno del pueblo sirviese ciegamente á la cólera de un cónsul, recordar las instrucciones particulares que le había dado M. Emilio, y olvidar que había recibido del pueblo el tribunado para proteger á los ciudadanos y garantizar su libertad, y no para sostener la tiranía de los cónsules. No pensaba que la historia diría en adelante á la posteridad que en el mismo colegio de tribunos se habían encontrado dos, uno para sacrificar á la república sus resentimientos particulares, y otro para favorecer una venganza extraña.» Cediendo á estas convenciones, salió Aburio del Senado, y por informe del pretor Ser. Sulpicio, consiguió M. Fulvio el triunfo. Habiendo dado gracias á los Padres conscriptos, añadió que el día en que se apoderó de Ambracia, hizo voto de ofrecer grandes juegos á Júpiter Óptimo Máximo, y que para ello le habían entregado los griegos cien libras de oro, y pedía, pues, que se separase esta cantidad del dinero que había de depositar en el Tesoro, después de llevarlo en el triunfo. El Senado mandó consultar el colegio de los pontífices, para saber si debía dedicarse todo aquel oro á la celebración de los juegos. Los pontífices dijeron que no afectaba á ningún interés religioso la decisión que se tomase en aquel punto, y se autorizó á Fulvio para que fijase la cantidad, pero sin que pudiese exceder de ochenta mil ases. Había decidido Fulvio triunfar en el mes de Enero, cuando supo que el cónsul M. Emilio, enterado por carta de Aburio del desistimiento de este tribuno del pueblo, había partido para Roma con objeto de oponerse personalmente al triunfo. Temiendo que aquel honor le costase más combates que la misma victoria, aprovechó la deten-

ción de su enemigo en el camino por causa de enfermedad, y adelantó el día de la ceremonia, triunfando de los etolios y cefalénicos el día diez de las kalendas de Enero. Hizo llevar delante de su carro cien coronas de oro de doce libras de peso cada una, mil ochenta y tres libras de plata, doscientas cuarenta y tres de oro, ciento diez y ocho mil tetradaemas áticas, doce mil cuatrocientos veintidós filipos, doscientas ochenta y cinco estatuas de bronce, doscientas treinta de mármol, prodigiosa cantidad de armas ofensivas y defensivas y otros despojos del enemigo, y además catapultas, balistas y otras clases de máquinas. El cortejo de prisioneros lo formaban veintisiete generales ó legados que Antioco había dejado en Grecia. Aquel mismo día, antes de entrar en la ciudad, distribuyó en el circo Flaminio recompensas militares á los tribunos, á los prefectos, á los caballeros y á los centuriones, así romanos como aliados, recibiendo cada soldado, por su parte de botín, veinticinco dineros, el doble cada centurión y el triple cada caballero.

Acercábase el tiempo de los comicios consulares, y no pudiendo ir á Roma M. Emilio, á quien había designado la suerte para presidirlos, le reemplazó C. Flaminio, quien creó cónsules á Sp. Postumio Albino y Q. Marcio Filippo. En seguida nombraron pretores á T. Menio, P. Cornelio Sila, C. Calpurnio Pisón, M. Licinio Lúculo, C. Aurelio Scauro y L. Quinceio Crispino. Al terminar este año, después del nombramiento de los magistrados, tres días antes de las nonas de Marzo, Cn. Manlio Vulso triunfó de los galos del Asia. El motivo que le había hecho aplazar su triunfo fué el temor de verse citado, en virtud de la ley Petilia (1) ante el

(1) Este era un medio para asegurarse de si los generales vencedores sustraían algo del botín cogido al enemigo; pero

tribunal del pretor Q. Terencio Culeón y envuelto en la sentencia de proscripción con que se condenó á L. Escipión. Sabía que los jueces serían tanto más severos con él, cuanto que había relajado con toda clase de licencias la disciplina militar que tan rigurosamente mantuvo su antecesor. Decíase además que no se le debía censurar únicamente por los desórdenes que cometieron sus soldados en aquella lejana provincia, sino mucho más por los alborotos á que se entregaba diariamente ante los ojos de sus conciudadanos. En efecto; el lujo de las naciones extranjeras entró en Roma con el ejército del Asia; éste fué quien introdujo en la ciudad lechos adornados con bronce, preciosos tapices, velos y tejidos delicados, mesas de comedor (*monopodia*) (1), bufetes (*ábacos*) (2) que se tenían como elegantes piezas de mobiliario. En esta época aparecieron por primera vez en los festines cantoras y arpistas (*psaltria*, *sambucistriaeque*) (3) para divertir á los comensales; se desplegó más cuidado y magnificencia en los preparativos de los banquetes, y los cocineros, que para los antiguos eran los últimos y menos importantes esclavos, comenzaron á encarecer mucho, y lo que era un

este medio fué con frecuencia ineficaz porque era posible eludirlo aplazando el triunfo.

(1) Las mesas de los pobres eran cuadradas, sostenidas por tres pies, algunas veces cojas y construidas con madera basta. Las de los ricos, por el contrario, eran redondas, sostenidas por un pie de plata ó marfil en forma de garra de leopardo ó de león. El tablero era de madera fina adornado con laminillas de plata.

(2) Bufetes sostenidos en pies cincelados de piedra ó metal.

(3) *Psaltria* era nombre genérico de todos los que pulsaban instrumentos de cuerda; *Sambucistriae* el de las mujeres que tocaban la sambyca ó sambyx, instrumento triangular con cuerdas desiguales, muy parecido al arpa moderna. También se daba este nombre á una máquina de guerra que se empleaba en los sitios de las ciudades marítimas.

oficio comenzó á considerarse como arte. Sin embargo, estas innovaciones apenas eran semilla del lujo venidero.

Cn. Manlio presentó en su triunfo doscientas coronas de oro, pesando doce libras cada una, doscientas veinte mil libras de plata, dos mil ciento tres de oro, ciento veintisiete mil tetradracmas áticas, seis mil trescientos veinte filipos de oro, y considerable cantidad de armas y despojos galos amontonados en carros. Delante de la carroza marchaban cincuenta y dos jefes enemigos. Cada soldado recibió cuarenta y dos dineros y cada centurión ochenta y cuatro; duplicóse el sueldo á los de á pie y se triplicó á los de á caballo. Multitud de soldados de toda clase, adornados con las recompensas militares, marchaban en pos de la carroza y los cantos que entonaban en honor de su jefe demostraban claramente la calculada complacencia del general y manifestaban que el triunfo agradaba más al ejército que al pueblo. Pero los amigos de Manlio consiguieron atraerle también el favor popular; á instancias de éstos decretó el Senado que se separarían del dinero llevado en el triunfo las cantidades necesarias para pagar lo que no se había devuelto aún de los adelantos hechos por el pueblo á la república, y los cuestores urbanos pagaron con escrupulosa exactitud á los acreedores á razón de veinticinco ases y medio por mil. Por aquel tiempo llegaron de las Españas dos tribunos militares con cartas de C. Atinio y de L. Manlio, que mandaban en aquellas dos provincias. Las cartas anunciaban que los celtíberos y los lusitanos habían tomado las armas y devastaban los territorios de los aliados. No quiso el Senado abrir discusión sobre este asunto y lo remitió á los nuevos magistrados. En los juegos romanos que aquel año celebraron P. Cornelio Cethego y A. Postumio Albino, cayó un mástil del circo mal clavado en el suelo sobre

la estatua de la diosa Polencia y la derribó. Alarmados los Padres conscriptos por aquel suceso, decidieron que se prorrogasen por un día los juegos y que se reemplazase la estatua con dos nuevas, de la que una fuese dorada. Los ediles C. Sempronio Bleso y M. Furio Lusco hicieron también representar por dos días seguidos los juegos plebeyos.

En el año siguiente, los cónsules Sp. Postumio Albino y Q. Marcio Filipo descuidaron la organización de sus ejércitos, los preparativos de guerra y el gobierno de sus provincias para ocuparse únicamente en sofocar una conspiración intestina. Los pretores sortearon sus departamentos; obteniendo T. Menio la jurisdicción urbana; M. Licinio Lúculo, la de los extranjeros; C. Aurelio Scauro, la Cerdeña; P. Cornelio Sila, la Sicilia; L. Quincio Crispino, la España citerior, y C. Calpurnio Pisón, la ulterior. Un decreto encargó á los dos cónsules proceder contra las sociedades secretas (1). Un griego, de oscuro linaje, había pasado á la Etruria; carecía de todo conocimiento adecuado para la educación de la mente y del cuerpo con que nos ha enriquecido la admirable civilización griega; siendo una especie de sacerdote y adivino, no de los que predicán públicamente su doctrina y que mostrando que se dedican á la ilustración del pueblo, le imbuyen temores supersticiosos, sino ministro de una religión misteriosa que se rodea de las tinieblas de la noche. Al principio inició en sus misterios á corto número de personas; pero muy pronto admitió indistintamente hombres y mujeres, y para atraerse mayor número de prosélitos, unió los placeres del vino y de la mesa á las prácticas religiosas. La embriaguez, la obscuridad de la noche,

(1) Este es el primer ejemplo de las sociedades secretas en Roma.

la mezcla de sexos y de edades, desterraron en seguida el pudor, abandonándose sin freno á todo género de excesos, porque cada uno encontraba á su alcance los deleites que más le agradaban. No era solamente el infame comercio de hombres y mujeres el único escándalo de aquellas orgías, sino que además salían de ellas, como de semillero impuro, testigos falsos, firmas supuestas, testamentos apócrifos, denuncias calumniosas y á veces envenenamientos y asesinatos tan secretos, que no se encontraban los cadáveres de las víctimas para darles sepultura. La astucia y más frecuentemente la violencia dominaban en estos atentados, y con gritos salvajes y ruido de tímpanos y címbalos ahogaban los gritos de los que eran violados ó asesinados.

Esta asquerosa mancha pasó como una epidemia de Etruria á Roma, permitiendo su extensión que se albergasen fácilmente aquellos desórdenes y ocultarlos á las miradas; pero al fin se puso el cónsul Postumio sobre las huellas de los culpables. P. Ebucio, hijo de un caballero romano, habiendo perdido á su padre y después á sus tutores, había sido educado bajo la tutela de su madre Duronía y del segundo marido de ésta, T. Sempronio Rutilo. Duronía estaba prendada de su esposo, y Rutilo, que había desempeñado la tutela de tal suerte, que no podía rendir cuentas, procuraba deshacerse del pupilo ó mantenerle bajo su dependencia por medio de algún lazo poderoso. El único medio de corromperle era iniciarle en las bacanales. La madre le llamó y le dijo: «que cuando estuvo enfermo hizo voto de iniciarle en los misterios de Baco, inmediatamente después de su curación, y puesto que los dioses se habían dignado escucharla, quería cumplir su voto. Era necesario para ello que durante diez días observase escrupulosa castidad, y pasado este tiempo lo llevaría al santuario, después de comer y tomar un baño para pu-

rificarse (1).» Existía entonces una famosa cortesana, la liberta Hispala Fecenia, mujer muy superior al oficio á que se había entregado cuando era esclava, y que después de su manumisión había continuado por necesidad. La vecindad había dado origen á relaciones entre ella y Ebucio, que no perjudicaban al caudal ni á la reputación del joven. Ella era la que le había amado y buscado primeramente, y la generosidad de la cortesana le daba lo que le negaba la avaricia de los suyos. La meretriz había concluido por prendarse de tal manera de Ebucio, que después de la muerte de su patrón, pidió un tutor á los tribunos y al pretor para que se la autorizase á contratar y redactó un testamento instituyendo heredero á Ebucio.

Después de tales prendas de amor, nada hubo secreto entre ellos. Un día le dijo el joven en chanza que no extrañase la dejase sola algunas noches; añadiendo «que le obligaba á ello un motivo religioso para cumplir un voto que hicieron por su curación, y que quería hacerse iniciar en los misterios de Baco.» La meretriz, al oír aquello, exclamó asustada: «¡Que los dioses no lo permitan! ¡Antes la muerte para ti y para mí!» Y en seguida comenzó á lanzar imprecaciones y amenazas contra los que le habían aconsejado aquello. Asombrado el joven por las palabras y la emoción de su amante, la instó para que moderase su arrebato, puesto que no hacía otra cosa que obedecer órdenes que le había dado su madre con el consentimiento de su padrastro. «¿Acaso tu padrastro, replicó ella (porque no me atrevería á acusar á tu madre) tiene prisa por arrebatarle á la vez el honor, la fama, el porvenir y la vida? Mas admirado el joven, la estrechó para que se explicase; y ella, des-

(1) A muchas ceremonias religiosas precedían abstinencias y abluciones.

pués de pedir á los dioses y á las diosas perdonasen á su inmenso amor la revelación de aquellos secretos que debería callar, le dijo que, siendo esclava, había entrado en aquel santuario con su amo; pero que después de su manumisión, no había vuelto á él. Sabía que era escuela de todas las abominaciones y era cosa cierta que desde dos años antes no se había iniciado á nadie que pasase de veinte años. En cuanto entraba allí uno, lo entregaban como víctima en manos de los sacerdotes y lo llevaban á un paraje donde terribles aullidos, el sonido de instrumentos, el ruido de címbalos y tímpanos ahogaban los gritos del pudor ultrajado.» En seguida le exhortó y le rogó para que rompiese á toda costa el compromiso y á no precipitarse en un abismo donde soportaría primeramente todas las infamias, para ejercerlas á su vez en otros, y no le dejó partir hasta que el joven le prometió que no consentiría la iniciación.

Cuando regresó á su casa, su madre le enteró de lo que debía hacer aquel día y los siguientes para prepararse á la ceremonia; pero el joven contestó que no haría nada ni quería hacerse iniciar. El padrastro estaba presente. La madre exclamó en seguida: «¿No puedes prescindir de tu concubina Hispala durante diez noches? Embriagado por las envenenadas caricias de esa víbora, ¿no respetas ya á tu madre, á tu padrastro ni á los mismos dioses?» De las reconvenciones que á la vez le dirigían Rutilo y Duronia, llegaron á expulsarle de su casa con cuatro esclavos. El joven se retiró á casa de Ebucia, su tía paterna, y le refirió por qué le había expulsado su madre. Por consejo de Ebucia fué al día siguiente á ver al cónsul Postumio y le enteró de todo sin testigos. El cónsul le mandó volver á los tres días y le despidió. En seguida se informó personalmente de su suegra Sulpicia, que gozaba de mucha reputación, si conocía á una señora anciana llamada Ebucia

que habitaba en el Aventino. Sulpicia contestó que sí, que era mujer honrada, que había conservado toda la rigidez de las costumbres antiguas. «Necesito verla, dijo el cónsul. Envíala un mensajero para que venga.» Ebucia acudió á la invitación de Sulpicia, y el cónsul, presentándose poco después como por casualidad, hizo recaer la conversación sobre Ebucio. Al oír su nombre, la anciana echó á llorar y á lamentar la suerte de su sobrino, que despojado de su caudal por sus protectores naturales, había sido expulsado por su madre y obligado á buscar asilo en su casa, porque se negaba (¡los dioses le protejan!) á que le iniciasen en misterios obscenos, según la fama.

Convencido el cónsul por aquellos informes que Ebucio no le había engañado, despidió á Ebucia y rogó á su suegra llamase á la liberta Hispala, que habitaba también en el Aventino y que era muy conocida en el vecindario: también tenía que dirigirla algunas preguntas. El mensaje de Sulpicia turbó al pronto á la cortesana, porque ignoraba los motivos que hacían llamarla á la casa de una señora de tan alto rango y tan respetable; pero cuando vió en el vestibulo á los lictores, la comitiva del cónsul y al cónsul mismo estuvo á punto de perder el conocimiento. Postumio-la llevó á una habitación apartada, y delante de su suegra la aseguró «que nada tenía que temer si se decidía á manifestar la verdad; que la daba por garantía su palabra ó la de Sulpicia, cuya virtud conocía.» En seguida la exhortó «para que revelase lo que pasaba en el bosque sagrado de Simila, en los misterios nocturnos de las bacanales.» Al oír esto, sobrecogida de terror Hispala, la acometió tal convulsión que permaneció mucho tiempo sin poder desplegar los labios. Cuando pudo hablar, aseguró «que era demasiado joven aún, cuando su ama la hizo iniciar con ella; pero que desde muchos

años, desde la época de su manumisión, ignoraba lo que ocurría en aquellas fiestas.» Alabóla el cónsul por no haber negado que fué iniciada, y la exhortó para que completase sus revelaciones con igual franqueza; y como persistía en sus negativas, añadió: «que si se llegaba á convencerla por testimonio de otro, no conseguiría el perdón y la indulgencia que alcanzaría por confesiones voluntarias, y que todo lo sabía por boca de aquel á quien ella había hecho la revelación.

No dudando aquella mujer que Ebucio había revelado su secreto, como así era en verdad, se arrojó á los pies de Sulpicia y la suplicó primeramente «que no consideraran asunto grave y hasta capital la conversación de una liberta con su amante: aquel relato se lo había hecho para asustarle y no porque supiese algo.» Postumio la interrumpió encolerizado, diciéndola «que sin duda creía aún estar bromeando con su amante Ebucio y no delante del cónsul y en casa de una señora respetabilísima.» Pero Sulpicia acudió en auxilio de su timidez, animó á la joven y procuró calmar á su yerno. Hispala se tranquilizó al fin, y después de quejarse de la perfidia de Ebucio, que de tal manera había pagado un favor tan importante, declaró «que temía mucho á los dioses, cuyos secretos misterios revelaba; pero más aún á los hombres, que se vengarían de su revelación desgarrándola con sus propias manos. Suplicaba, pues, al cónsul y á Sulpicia que le hiciesen la gracia de relegarla fuera de Italia, á algún rincón desconocido donde pudiese pasar el resto de su vida en seguridad.» Postumio la tranquilizó y le prometió velar para que pudiese habitar en Roma sin peligro. Entonces reveló Hispala el origen de los misterios, diciendo que «al principio no se abrió el santuario más que á las mujeres, no admitiéndose ordinariamente en ellos á ningún hombre. En el año había tres días señalados

para la iniciación, que se hacía á la luz del sol. Las matronas quedaban investidas alternativamente del sacerdocio. La llamaba Pácula Annia, de Campania, lo cambió todo durante su sacerdocio, como si se lo hubiesen mandado los dioses. Ella fué la primera que inició hombres llevando sus dos hijos Minio y Herenio Cerrinio, sustituido la noche al día para la ceremonia, y dispuesto que, en vez de tres días al año, hubiese cinco por mes para las iniciaciones. Desde la admisión de los hombres y la mezcla de sexos, desde que se adoptó la noche, tan favorable para el desorden, no había exceso ni infamia que no se hubiese realizado, entregándose más los hombres al desorden entre sí que con las mujeres. Si alguno repugnaba aquellos monstruosos excesos ó se mostraba poco dispuesto á cometerlos, era inmolado como víctima; siendo la mejor señal de religiosidad no negarse á ningún crimen. Los hombres, como si hubiesen perdido la razón, profetizaban y se entregaban á fanáticas contorsiones; las mujeres, vestidas de bacantes y con el cabello suelto, bajaban corriendo al Tíber con antorchas encendidas, que metían en el agua, sacándolas inflamadas, porque aquellas antorchas contenían una mezcla de cal y azufre vivo. Suponíase que los dioses arrebatában á los desgraciados, á quienes ataban á una máquina, precipitándolos en oscuras cavernas. Para esto elegían á los que se habían negado á obligarse por juramento á asociarse á crímenes ó dejarse deshonorar. Tan numerosa era ya la secta, que casi formaba un pueblo, perteneciendo á ella hombres y mujeres de nobles familias. Hacía dos años que se había decidido no recibir á nadie que excediese de veinte años, porque á esta edad se prestaban más fácilmente á la seducción y á la deshonra.

Terminada la declaración, arrojóse otra vez de rodillas, y pidió con iguales instancias que le alejasen de

Italia. El cónsul rogó á su suegra que diese á aquella mujer alojamiento en su casa, destinándola Sulpicia una habitación en el último piso; cerróse la escalera que conducía desde aquel piso á la calle y abrieron entrada por el interior de la casa. En el acto trasladaron todo el mobiliario de Fecenia y también á sus esclavos. A Ebucio se le mandó retirarse á casa de un cliente del cónsul. Cuando tuvo en su poder Postumio á los dos denunciadores, dió cuenta al Senado, exponiendo sucesivamente las revelaciones que había recibido y el resultado de los trabajos que había realizado. Alarmáronse profundamente los Padres conscriptos, tanto por la seguridad pública, que podía verse comprometida por efecto de alguna pérfida conjuración que se tramase en aquellas reuniones nocturnas, como por la tranquilidad de sus propias familias, en las que temían encontrar algún culpable. El Senado dió gracias al cónsul por haber realizado la investigación con desusada vigilancia y profundo misterio; encargándole en seguida informase por extraordinario contra las bacanales y sacrificios nocturnos, que vigilase á los denunciadores Ebucio y Fecenia, y que provocase nuevas revelaciones ofreciendo recompensas. Acordóse además que se buscase en Roma y en todas las ciudades inmediatas á los sacerdotes ó sacerdotisas que presidian aquellos sacrificios para que quedasen á disposición de los cónsules, y que se publicase un edicto en la ciudad y en toda Italia, prohibiendo á los iniciados en los misterios de Baco que se reuniesen para celebrar aquella ceremonia ni ninguna otra parecida. Debía ante todo perseguirse á los que se reuniesen ó comprometiesen bajo juramento para atentar á la honra ó la vida de los ciudadanos. Tal fué el decreto del Senado. Los cónsules ordenaron á los ediles curules que buscasen á los sacerdotes de aquella religión, y cuando les hubiesen

cogido, que les guardasen encerrados en parajes á propósito para poder interrogarlos. A los ediles plebeyos se les mandó que vigilasen para que no se realizara ninguna ceremonia secreta. Encargóse á los triunviros capitales que estableciesen guardias en todos los barrios é impidiesen las reuniones nocturnas. En fin, para evitar los incendios, unióse á los triunviros quinqueviros, que debían vigilar, cada uno en su barrio, las casas situadas á este lado del Tíber.

Después de enviar todos aquellos magistrados á sus respectivos puestos, subieron los cónsules á la tribuna, y ante la asamblea general del pueblo, habiendo pronunciado Postumio la fórmula solemne de invocación, con la que comienzan siempre los magistrados sus arengas, continuó de esta manera: «Para ninguna oración, ¡oh, ciudadanos!, fué nunca tan oportuna y necesaria la solemne invocación que acabamos de hacer, que viene á recordaros cuáles eran los dioses que vuestros mayores adoraron siempre, tributándoles su culto y dirigiéndoles sus oraciones; porque jamás reconocieron esas divinidades extranjeras, cuyo infame culto obscurece los ánimos y los empuja como por delirio fanático á un abismo de maldades y deshonras. No sé en este momento qué deba callaros y hasta qué punto deba hablar, porque temo faltar á mi deber si os oculto algo, y asustaros mucho si os lo revelo todo. Sea lo que quiera lo que diga, pensad que no llegaré nunca á toda la verdad en este tremendo asunto. Procuraré, sin embargo, decir bastante para que en lo sucesivo viváis prevenidos. Sabéis que se celebran las bacanales desde hace mucho tiempo en toda Italia, y actualmente hasta en muchos barrios de Roma. A falta de la fama que os habrá instruído de ello, estoy seguro de que lo habréis sabido por esos discordantes sonidos, por esos aullidos que resuenan de noche, en toda la ciudad; pero ignoráis

seguramente en qué consisten esos misterios. Creen algunos que son un rito particular, otros que son divertimientos y placeres permitidos, y todos, que esas reuniones, cualquiera que sea su objeto, son poco numerosas. En cuanto al número, cuando os diga que asciende á muchos miles, os aterraréis si os los doy á conocer. En primer lugar, considerable parte lo forman mujeres, y este fué el origen del mal, y en seguida hombres afeminados, corrompidos ó corruptores, fanáticos embrutecidos por las vigiliias, la embriaguez, el ruido de los instrumentos y gritos nocturnos. Hasta ahora es una asociación sin fuerza, pero que amenaza hacerse muy temible, porque diariamente recibe nuevos adeptos. Vuestros antepasados no creyeron deber permitir vuestras reuniones, sino cuando el estandarte ondeando sobre la fortaleza, llamaba á las centurias fuera de Roma para votar en los comicios, ó bien cuando los tribunos convocaban las tribus, ó cuando algun magistrado deseaba arengar al pueblo. Dispusieron además que, doquiera se celebrase la reunión, hubiera para dirigirla una autoridad reconocida por la ley. ¿Qué pensaréis de esas reuniones que se celebran de noche, y en las que se confunden hombres y mujeres? Si supieseis á qué edad se inicia á los hombres, no os limitaríais á compadecerles, os avergonzaríais por ellos. ¿Creéis, ciudadanos, que debe admitirse en vuestros ejércitos á jóvenes iniciados en esa religión? ¿sacarles de infames guaridas para entregarles las armas? ¿encargar á esos miserables manchados con prostituciones en que han sido actores ó víctimas, el cuidado de combatir por el honor de vuestras esposas é hijos?

»Poco sería aún si sus desórdenes no tuviesen otro efecto que enervarles y deshorrarles personalmente, si sus brazos no se empleasen en el crimen y sus ánimos en la perfidia. Pero jamás atacó á la república azo-

te más terrible y contagioso. Todos los excesos del libertinaje, todos los atentados cometidos en estos últimos años, sabedlo bien, proceden de esa nefanda guarida; y todavía no han brotado á la luz los crímenes cuya realización se ha jurado. Los miembros de esa impía asociación se limitan aun á delitos privados, porque no son bastante fuertes para abrumar á la república. Diariamente crece y se extiende el mal, y ya ha hecho demasiados progresos para encerrarse en el círculo de las violencias particulares, proponiéndose atacar al estado entero. Si no atendéis á ello, ciudadanos, á esta reunión que se celebra á la luz del día, y que el cónsul ha convocado legalmente, reemplazará muy pronto otra nocturna igualmente numerosa. Esos culpables os temen ahora porque se encuentran aislados y vosotros estáis reunidos en asamblea; pero en cuanto os separéis para regresar á vuestras casas ó á vuestros campos, se reunirán á su vez; deliberarán acerca de los medios de asegurar su salvación y nuestra pérdida; entonces os encontraréis solos y deberéis temerles, porque estarán reunidos. Cada uno de vosotros debe desear que todos los suyos se hayan librado del contagio. Si hay alguno á quien el libertinaje y la locura hayan arrastrado á ese abismo, se le debe considerar, no como perteneciente á la familia, sino á esa banda de criminales á la que se ha ligado por juramento. Que nadie se engañe; yo no estoy tranquilo por vosotros. Nada contribuye tanto á extraviar al hombre como la superstición. Cuando el crimen se comete á nombre de los dioses, se teme violar algunos derechos de la divinidad castigando los delitos de los hombres. Que no os detengan estos escrúpulos: muchos decretos de los pontífices, senatus-consultos y respuestas de los arúspices deben libertaros de ellos. ¿Cuántas veces nuestros padres y abuelos encargaron á los magistrados que se

opusiesen á toda ceremonia de culto extraño; que prohibiesen el Foro, el circo y la ciudad á los sacerdotes y adivinos; que buscasen y quemasen los libros de las profecías; que proscribiesen todos los ritos y sacrificios que no fuesen los de los romanos? Aquellos hombres tan versados en las cosas divinas y humanas, creían, en efecto, que nada tendía tanto á destruir el culto nacional como la introducción de prácticas extranjeras. Por esta razón he creído deber preveniros para que desechéis de vuestros ánimos todo temor supersticioso cuando nos veáis destruir las bacanales y disolver esas nefandas reuniones. En todo esto obraremos con el auxilio y protección de los dioses, que indignados al ver el crimen y el desenfreno profanar su majestad con la hediondez, han hecho salir á los malvados de la obscuridad en que se ocultaban, y les han traído á plena luz, no para dejarles impunes, sino para abrumarles con el peso del castigo. El Senado me ha encargado, así como á mi colega, que procedamos por modo extraordinario en este asunto, y cumpliremos con celo la misión que se nos ha confiado. Hemos ordenado á los magistrados inferiores que vigilen por la noche en la ciudad. Por vuestra parte, cumplid con los deberes de vuestra posición; que cada cual ejecute puntualmente, en el puesto que se le designe, las órdenes que reciba y evite con su vigilancia los peligros y turbulencias á que pudiese dar lugar la traición.»

Mandaron en seguida los cónsules que se leyese el *senatus-consulto* y se ofreciese recompensa á todo aquel que les presentase ó descubriese algún culpable. «Si algún acusado, dijeron, huía, señalarían día para que compareciese, y si no respondía á la citación, se le condenaría en contumacia. Si entre los acusados había alguno que se encontrase en aquel momento fuera de Italia, se le concedería plazo más largo para que pudie-

se acudir á defenderse.» Prohibieron en seguida vender ó comprar nada que pudiese favorecer la fuga, acoger, ocultar ó ayudar de alguna manera á los fugitivos. Apenas se había disuelto la asamblea, cuando circularon por toda la ciudad profundos temores, que no se concretaron al recinto de Roma, ni tampoco á su territorio, sino que se propagaron muy pronto á toda Italia, cuando se recibieron las cartas de los ciudadanos que comunicaban á sus huéspedes de las ciudades el senatus-consulta, la oración de Postumio y el edicto de los cónsules. En la noche del mismo día en que se expuso el asunto al pueblo, las guardias que los triunviros habían colocado en las puertas, detuvieron á muchos fugitivos, obligándoles á retroceder; otros fueron denunciados, y algunos, hombres y mujeres, se mataron. Hacíase subir el número de conjurados á más de siete mil entre hombres y mujeres: sabíase que los jefes eran los plebeyos Marco y Cayo Atinio, el falisco L. Opiternio y el campanio Minio Cerrinio. Estos eran los que habían comenzado la serie de crímenes y torpezas, siendo los grandes sacerdotes y fundadores de la religión nueva. Cuidaron de apoderarse de ellos en seguida, lleváronles delante de los cónsules, lo confesaron todo, y los ejecutaron en el acto.

Pero habían huído tantos, que para librar de condenación á muchos ciudadanos procesados, los pretores T. Minio y M. Licinio se vieron obligados á conceder treinta días de plazo y esperar á que los cónsules hubiesen terminado la investigación. La circunstancia de no presentarse en Roma muchos acusados ni poder encontrarles, obligó á los cónsules á recorrer los caseríos inmediatos para buscar á los que perseguían y juzgarles. Aquellos que solamente habían sido iniciados y que no habían hecho más que repetir con el sacerdote la fórmula sagrada, comprendiendo el compromiso infame

de entregarse á todos los excesos del crimen y del libertinaje, pero que no habían sufrido ni ejecutado ninguna torpeza de aquellas que les imponía el juramento, quedaron en prisión. Todos los iniciados culpables de prostitución y de muerte, de testimonios falsos, de firmas falsificadas, de testamentos supuestos, ó de cualquier otro delito igualmente deshonroso, fueron decapitados. El número de los condenados á muerte fué mayor que el de presos; en las dos clases hubo muchos hombres y mujeres. Entregaban las mujeres condenadas á sus parientes ó á aquellos en cuyo poder estaban, para que las hiciesen ejecutar en secreto; si nadie podía encargarse de su suplicio, se las ejecutaba públicamente. Encargóse en seguida á los cónsules que se ocupasen en destruir primeramente las bacanales en Roma y después en toda Italia, y que no respetaran más que los altares y estatuas dedicados desde lo antiguo á Baco. Por un *senatus-consulto* se dispuso que en adelante no habría bacanales en Roma ni en Italia; que si alguno estaba convencido de la importancia y necesidad de aquellos misterios, si no creía poder excusarse de celebrarlos sin experimentar escrúpulos y temer desgracias, lo declararía así al pretor, que lo pondría en conocimiento del Senado; y si cien senadores por lo menos le concedían autorización, podría celebrar la ceremonia en presencia de cinco personas á lo sumo, sin contribuir en común á los gastos y sin acudir á sacerdote ó sacrificador.

Otro *senatus-consulto*, dado á propuesta del cónsul Q. Marcio, aplazó hasta la terminación de las causas y el regreso de Sp. Postumio á Roma la cuestión de las recompensas ofrecidas á los denunciadores. Opinóse enviar al campanio Minio Cerrinio á las prisiones de Ardea, y recomendar al magistrado de aquella ciudad que le vigilasen estrechamente con objeto de impedir

su evasión y que se matase. Poco después regresó á Roma Sp. Postumio, y, á propuesta suya, dió el Senado un decreto para recompensar á P. Ebuicio y á Hispala Fecenia, por haber descubierto los secretos de las bacanales. «Los cuestores urbanos entregarían á cada uno cien mil ases tomados del tesoro público. El cónsul se pondría de acuerdo con los tribunos para que éstos propusiesen al pueblo, en el plazo más breve posible, una ley que concediese á P. Ebuicio los privilegios de los veteranos y el derecho de no servir contra su voluntad ni como infante ni como jinete. Hispala Fecenia quedó autorizada para disponer de sus bienes en todo ó en parte, á pasar por matrimonio á familia más noble que la suya, á elegir tutor, que sería tan legítimo como el tutor testamentario, y á casarse con hombre libre, sin que el matrimonio afectase á la honra ó caudal del esposo. Los cónsules y pretores actuales, lo mismo que sus sucesores, quedaban obligados á proteger á aquella mujer contra toda injuria y á velar por su seguridad. Así lo disponía el Senado: lo consideraba justo y quería que se hiciese.» El pueblo, al que se sometió el senatus-consulta, lo sancionó. En cuanto á los demás denunciadores, dejóse libertad á los cónsules para concederles la impunidad ó recompensarles.

Habiendo terminado Q. Marcio la investigación de que estaba encargado, se preparó para marchar á la Liguria, que era su provincia; había recibido como refuerzo tres mil hombres de infantería romana y ciento cincuenta jinetes, cinco mil de infantería latina y doscientos caballos. A su colega designaron la misma provincia é iguales fuerzas. Tomaron el mando del ejército que el año anterior había servido á las órdenes de los cónsules C. Flaminio y M. Emilio, y un senatus-consulta les mandó además alistar dos legiones nuevas. Exigieron á los aliados del nombre latino veinte mil infan-

tes y mil trescientos caballos, y entre los ciudadanos alistaron tres mil peones y doscientos jinetes. Estas fuerzas, exceptuando las legiones, estaban destinadas á reforzar los ejércitos de España. Como los cónsules tenían fija la atención en las investigaciones relativas á las bacanales, encargaron á T. Menio que cuidase de las levás. Después de la investigación, Q. Marcio partió el primero para atacar á los ligurios apuanos, y persiguiéndoles en la espesura de los bosques, donde siempre se guarecían, penetró en un desfiladero, donde le esperaba el enemigo, quedando envuelto en posición desventajosa. Allí perdió cuatro mil hombres; tres enseñas de la segunda legión y once de los aliados cayeron en poder de los ligurios, así como también considerable cantidad de armas, que arrojaban los soldados en la fuga, porque les estorbaban para correr por los senderos de los bosques. Todavía seguían huyendo los romanos cuando los ligurios habían suspendido ya la persecución. En cuanto salió el cónsul del territorio enemigo y llegó á país aliado, licenció á los soldados para que se notase menos la pérdida, pero no consiguió ahogar el ruido de la derrota; el desfiladero donde le ahuyentaron los ligurios recibió el nombre de Marcio.

Habíase recibido en Roma la noticia del fracaso en la Liguria, cuando llegaron cartas de España trayendo alegrías y tristezas. C. Atinio, que hacía dos años partió para aquella provincia en calidad de pretor, había librado batalla á los lusitanos en la comarca de Asta, les había matado cerca de seis mil hombres, ahuyentando el resto y tomado el campamento enemigo; pero al acercarse á las murallas con poca precaución, recibió una herida, de la que murió pocos días después. Leída la carta que anunciaba la muerte del propretor, el Senado envió un mensajero con encargo de alcanzar al pretor C. Calpurnio en el puerto de Luna y darle la orden

de pasar inmediatamente á España, para que aquella provincia no quedase sin magistrado. El mensajero llegó al cuarto día á Luna; pero Calpurnio había salido del puerto algunos días antes. También en la España citerior, L. Manlio Acidino, que había sido investido del mando al mismo tiempo que C. Atinio, peleó con los celtíberos. La victoria quedó indecisa; sin embargo, el enemigo levantó el campo á la noche siguiente y los romanos pudieron enterrar sus muertos y recoger los despojos del campo de batalla. Pocos días después, los celtíberos, que habían reunido un ejército más considerable, volvieron á presentar batalla á los romanos cerca de Calagurim (Calahorra). Ignórase por qué razón, siendo superiores en fuerzas, opusieron menos resistencia que antes; el hecho es que quedaron vencidos. Acidino les mató cerca de doce mil hombres, hizo más de dos mil prisioneros, se apoderó de su campamento, y si la llegada de su sucesor no le hubiese detenido en medio de sus progresos, sin duda habría sometido á los celtíberos. Los nuevos pretores llevaron sus ejércitos á invernar.

En los días en que llegaron estas noticias de España, celebrábanse por motivos religiosos, los juegos Taurios (1), que duran dos días. Después hizo representar M. Fulvio, durante otros diez, con pomposo aparato, los juegos que había votado durante la guerra de Etolia. Con esta ocasión vinieron de Grecia á Roma muchos artífices: siendo también la primera vez que los romanos presenciaron el espectáculo del combate de

(1) Llamábanse así estos juegos, según algunos, porque en ellos se sacrificaban toros. Según Festo, tiene otro origen su nombre: estableciéronse en honor de los dioses infernales, bajo el reinado de Tarquino el Soberbio, á consecuencia de una epidemia que atacaba á las mujeres en cinta y que se creyó proceder de la carne de toro, que por mucho tiempo se había consumido en Roma.

atletas y la cacería de leones y panteras; la magnificencia y variedad de aquellas fiestas fueron propias del lujo de la época. Ofrecióse en seguida un sacrificio novendial, porque durante tres días habían llovido piedras en el Piceno, y según se decía, habíanse visto en muchos puntos fuegos fatuos, cuyas ligeras llamas habían quemado las ropas á varias personas. En virtud de un decreto de los pontífices, añadióse á estas fiestas un día de rogativas, porque había caído un rayo en el templo de Opis en el Capitolio. Los cónsules inmolaron víctimas mayores para conjurar aquellos prodigios y purificaron la ciudad. Súpose al mismo tiempo que se había encontrado en la Umbría un hermafrodita de cerca de doce años de edad. Asustados por aquél prodigio, dispusieron los magistrados que se sacase al niño del territorio romano y le matasen en el acto. Aquel mismo año los galos transalpinos pasaron á Venecia, y sin devastaciones ni actos hostiles eligieron cerca del punto donde se encuentra hoy Aquilea emplazamiento adecuado para construir una ciudad. Roma envió legados al otro lado de los Alpes para que se quejasen de aquella invasión, y se les contestó: «Que aquella emigración no se había realizado por consentimiento de la nación y que ignoraban lo que hacían los galos en Italia.» Entonces fué cuando L. Escipión celebró durante diez días los juegos que decía haber votado durante la guerra con Antioco, pagando los gastos con el dinero que el rey y las ciudades del Asia le enviaron para ello. Según el relato de Valerio Ancias, después de su condenación y la venta de sus bienes, le enviaron como legado al Asia para arreglar las cuestiones que habían surgido entre los reyes Antioco y Eumeno, aprovechó su misión para recoger impuestos y reunir artifices de todas las comarcas del Asia, y solamente después de su regreso enteró al Senado de su intención de realizar un voto

que no mencionó al terminar la guerra en que pretendía haberlo hecho.

Tocaba ya el año á su fin, y Q. Marcio, que se encontraba ausente, iba á cumplir en el cargo. Sp. Postumio, después de terminar la investigación con tanto celo como prudencia, recibió encargo de celebrar los comicios. Fueron creados cónsules Ap. Claudio Pulquer y M. Sempronio Tuditano. Al siguiente día se eligieron pretores á P. Cornelio Cethego, A. Postumio Albino, C. Afranio Stelio, C. Atilio Serrano, L. Postumio Temp-sano y M. Claudio Marcelino. El cónsul Sp. Postumio, al regresar á Roma después de la investigación, manifestó que en su viaje por las costas de Italia había encontrado dos colonias desiertas, la de Siponto en el mar superior, y la de Buxento en el inferior. Al terminar el año, un senatus-consulto dispuso que los triunviros llevasen nuevos colonos, y el pretor urbano T. Menio encargó esta misión á L. Scribonio Libón, M. Tucio y Cn. Bebio Tamfilo. La guerra que iba á estallar entre los romanos y Perseo, rey de Macedonia, no tuvo por causa los motivos á que generalmente se atribuye, ni tampoco la promovió Perseo. El mismo Filipo comenzó los preparativos, y la habría hecho si hubiese vivido más tiempo. Entre las condiciones que le habían impuesto después de la victoria, la más humillante para él fué que el Senado le prohibió vengarse de aquellos macedonios que le abandonaron durante la guerra, y esto cuando, después de haber visto á Quincio aplazar la discusión de aquella cláusula, había esperado conseguir satisfacción en aquel punto. Más adelante, después de la derrota de Antioco en las Termópilas, el ejército victorioso se dividió en dos cuerpos, y mientras el cónsul Acilio sitiaba Heraclea, Filipo atacaba á Lamia. Pero el cónsul, una vez dueño de Heraclea, le mandó alejarse de las murallas de Lamia,

rindiéndose esta ciudad á los romanos. Todo esto le disgustó profundamente; pero Acilio mitigó algo su disgusto, cuando obligado á pasar á Neupacta, donde se habían refugiado los etolios derrotados, permitió á Filipo llevar la guerra á la Athamania contra Aminandro y añadir á sus estados las ciudades que los etolios habían arrebatado á los tesalios. No costó mucho trabajo á Filipo arrojar á Aminandro de la Athamania y recobrar muchas ciudades, llegando hasta someter á su autoridad la plaza fortificada de Demetriades, que ofrecía tantas ventajas por muchos conceptos, y los pueblos de los magnetos. Aprovechó en seguida los desórdenes que el abuso de una libertad completamente nueva y los manejos de algunos nobles habían producido en algunas ciudades de la Tracia, y, uniéndose al partido que llevaba la peor parte en aquellas guerras intestinas, consiguió someterlas á su autoridad.

Estas conquistas calmaron por lo pronto la irritación del rey contra los romanos; pero no dejó de ocuparse en reunir fuerzas durante la paz, para poder hacer la guerra, si se presentaba ocasión. Aumentó las rentas estableciendo nuevos tributos sobre las tierras y el comercio marítimo, y haciendo abrir nuevas minas en muchos puntos ó continuar la explotación de las antiguas, que habían abandonado. Para devolver á sus estados su antigua población diezmada por los desastres de la guerra, no solamente aseguró el nacimiento de una generación nueva, obligando á sus súbditos á casarse y á criar á sus hijos, sino que llevó á Macedonia numerosa colonia de tracios; empleando, en fin, todo el tiempo que estuvo en paz en aumentar sus recursos y sus fuerzas. Nuevas quejas avivaron de nuevo su odio á los romanos. Los tesalios y los perrhebios habían ido á quejarse al Senado de que Filipo se había apoderado de sus ciudades, y los legados del rey Eumeno

habían denunciado las conquistas que había hecho en la Tracia y el arrebató de colonos que había trasladado á Macedonia. La benevolencia con que escucharon aquellas quejas demostrababa claramente que se pensaba hacer justicia. Lo que principalmente había producido inquietudes en el Senado, era las pretensiones de Filipo sobre Enos y Maronea; de la Tesalia se ocupaba menos. También habían llegado á quejarse legados athamanos, no de que hubiesen conquistado alguna provincia suya ó invadido su territorio, sino de que toda la Athamania había caído bajo el yugo de Filipo. Desterrados de Maronea, expulsados de su patria por haber querido defender su libertad contra la guarnición macedónica, decían que Maronea y hasta Enos estaban en poder del rey. Filipo envió por su parte legados para justificar su conducta y sostener que no había hecho nada sin consentimiento de los generales romanos. «Las ciudades de la Tesalia, de la Perrhebia y de Magnesia, decían, se habían encontrado, así como los athamanos y su rey Aminandro, en la misma posición que los etolios. Después de la forzosa retirada de Antioco, ocupado el cónsul en rendir las ciudades de la Etolia, encargó á Filipo que sometiese las otras ciudades, trayéndolas á su poder el derecho de conquista.» No queriendo el Senado decidir nada sin oír al rey, envió á Q. Cecilio Metelo, M. Bebio Tamfilo y Tib. Sempronio para dirimir aquella cuestión; y en cuanto llegaron los comisionados, todas las ciudades que disputaban con Filipo, fueron convocadas á una asamblea general en Tempe, de Tesalia.

Quando cada cual ocupó su puesto, los comisarios romanos como árbitros, los tesalios, perrhebios y athamanos como acusadores, y Filipo como acusado, para oír los cargos que le hacían; los jefes de los legados hablaron con más ó menos acritud, cada cual según su

carácter y su enemistad ó adhesión á Filipo. Las ciudades en cuestión eran Filipópolis, Tricca, Faloria, Eurymenes y otras plazas inmediatas, y se discutía si habían de pertenecer á los tesalios, aunque habían sido tomadas por la fuerza y poseídas por los etolios, á quienes las había arrebatado en seguida Filipo, como se sabía, ó si habían de considerarse como antigua dependencia de la Etolia, porque Acilio no las había abandonado al rey más que en el caso de que hubiesen pertenecido á los etolios y seguido su causa voluntariamente, sin que se les obligase por la fuerza y las armas. Lo mismo se discutía relativamente á las ciudades de la Perrhebia y Magnesia; porque los etolios, aprovechando todas las ocasiones de engrandecerse, habían confundido los derechos de propiedad. A estas cuestiones litigiosas se unían las quejas de los tesalios, que decían: «No les devolvería el rey sus ciudades sino despojadas y desiertas, en el caso de que se las devolviese. Además de las pérdidas que les había hecho experimentar la guerra, tenían que lamentar la de quinientos jóvenes de las principales familias, que Filipo había llevado á Macedonia y empleado en su servicio como esclavos. Cuando se había visto obligado á alguna restitución, había cuidado de que no aprovechase á los tesalios. Thebas Phitia había sido en otro tiempo su único mercado marítimo; era un puerto muy rico, del que obtenían considerables utilidades. El rey se había apoderado de las naves de carga llevándolas al puerto de Demetriades, adonde había trasladado, con perjuicio de Thebas, todo el comercio marítimo. Ni siquiera había respetado, á pesar del derecho de gentes, la persona sagrada siempre de los legados, y había tendido asechanzas á los que iban á hablar con T. Quincio. De esta manera había aterrado tanto á los tesalios, que ninguno se atrevía á desplegar los labios, ni en su pro-

pia ciudad, ni en las asambleas generales de la nación; porque los romanos, libertadores de la Grecia, estaban lejos, y la Tesalia tenía en sus puertas un tirano temible que le impedía gozar de los beneficios del pueblo romano. ¿Qué libertad tenían si la palabra no era libre? En aquel mismo momento, en que estaban seguros por la presencia y protección de los comisarios, antes gemían que hablaban. Si los romanos no tomaban algunas medidas para aminorar los temores de los griegos establecidos en las inmediaciones de Macedonia, y para reprimir la audacia de Filipo, de nada servía que hubiesen vencido á aquel príncipe y libertado la Grecia. Filipo era como el caballo obstinado é indócil; era necesario domarle apretándole el freno.» Estas fueron las recriminaciones de los últimos que hablaron, mientras que los otros, empleando tono moderado, habían querido mitigar la cólera del rey, rogándole dispensase á hombres que defendían su libertad; que abandonase el acento duro y altanero del amo y que se acostumbrase á ser para ellos amigo y aliado, imitando al pueblo romano, que prefería atraerse á los pueblos más por afecto que por temor. Después de los tesalios, los perrhebios pidieron, como perteneciente á su país, Gonocondylo, á la que Filipo había dado el nombre de Olimpíada. Lo mismo pretendieron acerca de Mabo y Ericinia. Los athamanos reclamaban su libertad y las fortalezas de Ateneo y Petneo.

Queriendo aparecer Filipo como acusador y no como acusado, comenzó también con recriminaciones. Quejóse de que los tesalios habían conquistado por la fuerza de las armas Menelaida y Dolopía, ciudad perteneciente á sus dominios; apoderándose, de acuerdo con los perrhebios, de Petra, en la Pieria; hecho ingresar en su confederación á Xynias, que era evidentemente ciudad etolia, y reducido á su dominio Paraqueloida, so-

bre la que ningún derecho tenían, puesto que dependía de la Athamania. «En cuanto á las reconvenções que le dirigían, añadió, de haber puesto asechanzas á los legados y enriquecido un puerto á expensas de otro, lo primero repugnaba á su carácter, y en cuanto á lo segundo, era ridículo pedirle cuentas por que los mercaderes y navegantes frecuentasen un puerto y no otro. En tantos años en que no se cesaba de enviar, ora á Roma, ora á los generales romanos, legados para calumniarle, ¿podían citar ni uno solo á quien hubiese ofendido? Hablábase sin duda de una tentativa dirigida contra los que iban á ver á L. Quinceio, pero no se decía qué les había sucedido. Aquel lenguaje, ¿no era propio de hombres que, no pudiendo hacerle cargos fundados, buscaban acusaciones imaginarias? Los tesalios abusaban por extraño modo y excesivamente de la indulgencia del pueblo romano; parecía que habían bebido con demasiada avidez en la copa de la libertad, como para apagar devoradora sed. Como esclavos manumitidos, cuando menos podían esperarlo, querían usar libremente de su voz y lenguaje, y tenían por honor calumniar é insultar á sus amos.» Dejándose en seguida dominar por los arrebatos de la cólera, añadió que «el sol no se había ocultado para siempre.» Esta amenaza, que los tesalios y hasta los romanos se aplicaron, levantó fuerte murmullo en la asamblea; y cuando cesó el rumor, contestó á los legados de los perrhebios y athamanos que las ciudades de que hablaban se encontraban en el mismo caso; que el cónsul Acilio y los romanos se las habían dado porque pertenecían á los enemigos de Roma. «Si los que le hicieron el don querían recobrarlo, bien sabía que no podía hacer otra cosa que ceder; pero se cometería injusticia con un aliado bueno y fiel, en favor de aliados inconstantés é inútiles. De todos los beneficios, el de la libertad era el que se re-

cordaba menos tiempo, sobre todo cuando se abusaba de ella y se perdía todo su fruto.» Después de oír á las partes, los legados romanos decidieron «que las guarniciones macedónicas evacuasen las ciudades y que el rey se encerrase en los antiguos límites de Macedonia. En cuanto á las reconvenções que recíprocamente se dirigían, había de convenirse una manera de proceder para que Filipo y sus adversarios discutiesen sus diferencias.

Disgustando mucho al rey esta decisión, partieron en seguida para Tesalónica, donde los comisarios se proponían acordar acerca de las ciudades de la Tracia. Allí hablaron los legados de Eumeno, diciendo: «Si Roma quería asegurar la libertad de Enos y Maronea, el honor les impedía hacer ninguna observación, invitándoles solamente á que procurasen que aquella libertad fuese real y no ilusoria y á no consentir que se anulase su beneficio. Pero si no se interesaba tanto por las ciudades de la Tracia, Eumeno tenía muchos más derechos que Filipo para recibir los despojos de Antioco como recompensa de los servicios que su padre Atalo había prestado á los romanos en la guerra contra Filipo, ó de los trabajos y peligros que personalmente había arrosado por tierra y mar en la guerra de Antioco. Favorecía también á Eumeno la primera decisión de diez comisarios que, al darle el Quersoneso y la Lysimaquia habían querido sin duda comprender en ella Enos y Maronea, porque estas dos ciudades, por razón de su proximidad, eran como accesorio del dón principal. ¿Con qué derecho había puesto Filipo guarnición en ellas? ¿Acaso por haber prestado algún servicio al pueblo romano, ó en virtud de los derechos de su corona? Para esto, ¿no estaban aquellas ciudades demasiado lejos de las fronteras de Macedonia? Que se llamase á los maronitas, y por ellos se obtendría conocimiento exacto

acerca de la situación de las dos ciudades.» Llamóse á los legados de Maronea, y éstos dijeron que la guarnición macedónica no ocupaba como en todas partes un barrio solo, sino que estaba repartida en muchos puntos á la vez, encontrándose Maronea llena de macedonios. «Así, pues, dijeron, los partidarios del rey eran dueños allí. Ellos solos tenían derecho para hablar, bien en el Senado, bien en las asambleas del pueblo, y ellos solos disponían de todos los honores para ellos ó para sus favorecidos. Todos los hombres honrados, todos los amigos de las leyes y de la libertad, veíanse obligados á vivir fuera de la patria, ó á condenarse á la obscuridad y someterse en silencio á los malvados.» Para aclarar la cuestión de límites, añadieron estas palabras: «Q. Fabio Labeón, cuando estuvo en el país, fijó por límites á los estados de Filipo el antiguo camino real, que se dirigía hacia la parte montañosa de la Tracia, sin acercarse nunca al mar. Después había trazado Filipo otro camino que encerraba las ciudades del territorio de los maronitas.»

Filipo adoptó un sistema muy distinto para contestar á estas reconvenções del que empleó poco antes con los tesalios y perrhebios, diciendo: «No debo discutir yo con los maronitas ó con Eumeno, sino con vosotros, ¡oh, romanos!; con vosotros que, como veo, desde mucho tiempo os negáis á hacerme justicia. Había considerado equitativo que me devolviesen las ciudades de Macedonia que abandonaron mi causa durante la tregua; no porque la restitución hubiese de ensanchar mucho mi reino (son ciudades muy poco importantes y están situadas en los últimos confines), sino porque era ejemplo necesario para contener al resto de los macedonios: se me ha negado. En la guerra de Etolia recibí del cónsul M. Acilio orden de sitiar á Lamia; después de rudos trabajos y mortíferos combates, iba á asal-

tar las murallas y apoderarme de la plaza, cuando me llamó el cónsul y me obligó á alejarme con mis fuerzas. Para indemnizarme de esta afrenta, se me permitió recobrar en Tesalia, en Perrhebia y en Athamania algunas fortalezas, más bien que ciudades. Y tú mismo, Q. Cecilio, me has arrebatado esas fortalezas hace pocos días. Y ahora, ¡oh, dioses!, los legados de Eumeno aseguran como cierto que los despojos de Antioco pertenecen á su amo con más justicia que á mí. Opino todo lo contrario. Eumeno no hubiese podido permanecer en sus estados, no diré si los romanos no hubiesen vencido, sino en el caso de no haber hecho la guerra. Él es quien os debe estar agradecido, y no vosotros quienes le debéis gratitud. En cuanto á mí, lejos de ver amenazada ni la parte más pequeña de mis estados, deseché las proposiciones de Antioco, que me ofrecía, por premio de mi alianza, tres mil talentos, cincuenta naves cubiertas y la cesión de todas las ciudades de la Grecia que me habían pertenecido anteriormente. Declaréme abiertamente enemigo suyo, antes de que M. Acilio hubiese pasado á Grecia con su ejército, y realicé de acuerdo con aquel cónsul todas las operaciones que me encargó. Cuando su sucesor L. Escipión quiso llevar sus tropas por tierra al Helesponto, no me limité á franquearle paso por mi reino: hice abrir caminos, construir puentes y preparar convoyes, no solamente á través de la Macedonia, sino en la misma Tracia, donde, entre otras cosas, era necesario también asegurar la marcha del ejército contra los ataques de los bárbaros. Por esta abnegación, y podría decir, por servicios tan importantes, ¿deberíais vosotros, ¡oh romanos!, concederme recompensas, ensanchar mi reino con vuestra generosidad, ó arrebatarme, como hoy lo hacéis lo que poseía en virtud de mis derechos y de mis beneficios? No se me devuelven las ciudades de Mace-

donia que vosotros mismos reconocéis haber formado parte de mis estados. Eumeno se presenta para despojarme, como otro Antioco, y, ¡oh dioses!, se atreve á invocar el decreto de los diez comisarios, aquel decreto que tan claramente contradice sus manifiestas calumnias y que condena sus pretensiones; porque dice de la manera más clara y explícita que se da á Eumeno el Quersoneso y la Lysimaquia. ¿Dónde encuentra los nombres de Enos, de Maronea y de las ciudades de la Tracia? Lo que no se atrevió á pedir á los diez legados, ¿lo conseguirá de vosotros como si aquéllos se lo hubiesen adjudicado? Mucho me interesa saber en qué situación vais á colocarme: si pensáis perseguirme como á enemigo y rival, continuad obrando como habéis comenzado. Si tenéis conmigo algunas consideraciones de las que se deben á un rey que es aliado y amigo vuestro, libradme, os lo ruego, de afrenta tan poco merecida.»

La oración del rey impresionó algo á los legados, que dieron contestación evasiva, dejando el asunto en suspenso. «Si los diez legados, dijeron, adjudicaron por decreto aquellas ciudades á Eumeno, no podían ellos cambiar nada; si Filipo las había conquistado durante la guerra, le dejarían aquel legítimo fruto de la victoria; fuera de estos dos casos, reservaban al Senado la decisión del asunto, y para que fuese completamente libre, exigían que retirasen las guarniciones de las ciudades en litigio.» Tales fueron las principales causas que enemistaron á Filipo con los romanos. Así, pues, Perseo, sin tener nuevos motivos para emprender la guerra, no hizo otra cosa que realizar los proyectos que le legó su padre. En Roma no se suponía aún la ruptura con la Macedonia. El procónsul L. Manlio había regresado de España y había pedido el triunfo al Senado reunido en el templo de Belona; pero si la importancia de sus hazañas le hacían digno de aquel honor, le eran contra-

rios los precedentes; no se acostumbraba conceder el triunfo á un general que regresaba sin su ejército, á menos que hubiese entregado á su sucesor su provincia entera sometida y pacificada. Adoptóse un término medio y se le otorgó la ovación. Manlio hizo llevar en la ceremonia cincuenta y dos coronas de oro, ciento treinta y dos libras de oro y diez y seis mil trescientas de plata. Comunicó además al Senado que su cuestor Q. Fabio traía diez mil libras de plata y ochenta de oro que entregaría también al Tesoro público. En este año ocurrieron graves movimientos entre los esclavos de la Apulia. El pretor L. Postumio, que tenía la provincia de Tarento, procedió con mucho rigor contra las agrupaciones de pastores, que infestaban con sus depredaciones los prados y caminos públicos; condenó á más de siete mil hombres, de los que consiguieron escapar algunos y los demás perecieron en suplicios. Los cónsules, detenidos mucho tiempo en Roma para hacer los alistamientos, partieron al fin para sus provincias.

En este mismo año, los pretores que mandaban en España, C. Calpurnio y L. Quinceio, dejaron su inverna en los primeros días de la primavera, reunieron sus fuerzas en la Beturia y avanzaron hacia la Carpetania, donde se encontraba acampado el enemigo. Su propósito era obrar reunidos y de acuerdo. Cerca de las ciudades de Hippona y Toledo trabaron combate los merodeadores de los dos ejércitos, y los refuerzos que les enviaron de una y otra parte generalizaron poco á poco la batalla. En aquel combate imprevisto, el conocimiento del terreno y la índole de la pelea dieron la ventaja al enemigo. Pero no aprovechó el desorden de los romanos, y los pretores, temiendo que les sitiases al día siguiente en sus fortificaciones, aprovecharon la obscuridad de la noche para alejarse en silencio. Al amanecer, se formaron en batalla los españoles y avan-

zaron hacia el campamento romano, que no esperaban encontrar abandonado; entraron en él, saquearon todo lo que había dejado la confusión de una marcha nocturna, y regresando á sus posiciones, permanecieron algunos días ociosos. Los romanos y los aliados perdieron, entre el combate y la fuga, cerca de cinco mil hombres. Los bárbaros se armaron con sus despojos y en seguida se dirigieron al Tajo. Entretanto los pretores emplearon el tiempo en sacar socorros de todas las ciudades españolas aliadas de los romanos y en reanimar el valor de los soldados abatido por aquel descalabro. Cuando se encontraron bastante fuertes y vieron que el mismo ejército pedía marchar contra el enemigo para borrar la humillación de su derrota, avanzaron hasta acampar á doce millas del Tajo. Á la tercera vigilia se pusieron en camino en columna cerrada, por la orilla del río. Los españoles ocupaban una altura en la otra ribera. El Tajo ofrecía dos vados, y los dos pretores se apresuraron á cruzarlo, Calpurnio al frente del ala derecha y Quincio con la izquierda. El enemigo permanecía inmóvil, sorprendido por la repentina llegada de los romanos: los jefes deliberaban en vez de aprovechar, como podían, la confusión del paso para desordenar las filas enemigas. Habían pasado los romanos hasta con todo el bagaje y le habían reunido en un solo punto, cuando vieron que el enemigo comenzaba á moverse. No teniendo tiempo para fortificarse, se formaron en batalla. La quinta legión, mandada por Calpurnio, y la octava, que mandaba Quincio, formaron el centro; aquellas tropas eran las mejores del ejército. La llanura, que se extendía hasta el campamento enemigo, era uniforme y despejada, no dando lugar á miedo de emboscadas.

Cuando vieron los españoles que los dos cuerpos del ejército romano habían pasado el río, quisieron sorpren-

derles antes de que pudieran reunirse y formarse; por lo que salieron apresuradamente del campamento, acudiendo á la carrera. Al principio el combate fué enérgico y sangriento; los españoles se encontraban animados por el recuerdo de su reciente victoria, y los romanos por el de una afrenta á que no estaban acostumbrados. Las dos valientes legiones del centro fueron las que combatieron con mayor denuedo. El enemigo, después de hacer grandes esfuerzos para desordenarlas, se formó en cuña, aumentó y apretó más sus filas y estrechó con mayor ahinco á los romanos. El pretor Calpurnio, que vió á sus soldados á punto de ceder, envió apresuradamente sus legados T. Quintilio Varo y L. Juvencio Thalna á cada legión para animarlas. Mandó decirlas y recordarlas que de ellas solas dependía la victoria y conservación de España, y que si cedían, ni un solo individuo del ejército volvería á ver la Italia, ni siquiera repasaría el Tajo. Él mismo se puso al frente de la caballería de las dos legiones, describió corto rodeo y atacó por el flanco á la columna enemiga, que estrechaba de cerca al centro. Al mismo tiempo atacó por el otro flanco Quincio con sus jinetes. Pero los soldados de Calpurnio, y especialmente sus jefes, combatieron con mayor energía; el pretor fué el primero en venir á las manos con los españoles, y tanto penetró en sus filas, que no podía decirse á qué partido pertenecía. El ejemplo del jefe enardeció á los jinetes, y la energía de éstos se comunicó á los infantes. Los primeros centuriones se avergonzaron al ver al pretor en medio de las filas enemigas, reprendieron á porfía á los signíferos, les mandaron avanzar y excitaron á los soldados para que les siguiesen. Todo el ejército lanzó entonces nuevo grito y cayó sobre los españoles como desde paraje más elevado. Como impetuoso torrente arrolló y derribó sus asustadas filas, y

no pudiendo resistir el esfuerzo de los romanos, que se renovaban sin cesar, huyeron hacia su campamento. La caballería se lanzó á perseguirlos y entró revuelta con ellos. Allí hubo que comenzar de nuevo la batalla con los que guardaban las empalizadas, y los jinetes romanos tuvieron que desmontar. En lo más recio de la pelea llegó la quinta legión, siguiéndola en seguida todo el ejército, que acudió conforme pudo hacerlo. La matanza se generalizó entonces en el campamento, no escapando de allí más de cuatro mil hombres. Tres mil de ellos, habiendo conservado las armas, marcharon á situarse en una altura inmediata, y los demás, casi desarmados, se dispersaron por los campos, quedando solamente aquellos restos de un ejército que se elevaba á más de treinta y cinco mil combatientes. Cogiéronles ciento treinta y tres enseñas. Los romanos y los aliados perdieron poco más de seiscientos hombres y cerca de ciento cincuenta soldados de tropas auxiliares de la provincia. La muerte de cinco tribunos militares y de algunos caballeros romanos hizo considerar aquella victoria como sangrienta. Los pretores, que no tuvieron tiempo para trazar un campamento, se establecieron en el de los españoles, y al día siguiente, en presencia de todo el ejército, C. Calpurnio tributó elogios á su caballería, les dió lujosos caparazones y declaró que á su valor debía atribuirse especialmente la derrota del enemigo y la toma de su campamento. Su colega Quincio dió también á sus jinetes cadenas y hebillas. También se distribuyeron recompensas militares á muchos centuriones de los dos ejércitos y principalmente á los que habían formado parte del centro.

Terminadas las levas y demás asuntos que les detuvieron en Roma, los cónsules llevaron sus ejércitos á la Liguria, que era su provincia. Sempronio partió de Pisa, avanzó contra los ligurios apuanos, taló su te-

territorio, incendió sus caseríos y fuertecillos y abrió un camino á través de un desfiladero hasta el río Macra y el puerto de Luna. Los enemigos se refugiaron en una montaña, antiguo asilo de sus padres, pero el cónsul consiguió arrojarles de ella, á pesar de la desventaja de su posición. No fué Ap. Claudio menos afortunado que su colega, y no mostró menos valentía contra los ligurios ingaunos, á los que venció en muchos combates. Tomó además por asalto seis plazas fuertes, hizo muchos miles de prisioneros y decapitó á cuarenta y tres de los principales instigadores de la revuelta. Acercábase ya la época de los comicios que debía presidir Sempronio, á quien había designado la suerte; pero Ap. Claudio regresó á Roma antes que él, porque su hermano P. Claudio aspiraba al consulado. Tenía como competidores, entre los patricios L. Emilio, Q. Fabio y Ser. Sulpicio Galba, candidatos antiguos los tres, que, presentándose después de un fracaso, parecía que por el hecho mismo tenían más derecho para triunfar. Además, como los patricios no podían obtener más que uno de los dos consulados, la lucha entre los cuatro candidatos era muy obstinada. También eran varones importantes los candidatos plebeyos L. Porcio, Q. Terencio Culeón y Cn. Bebio Tamfilo, que habían fracasado anteriormente como los otros, pero les habían dejado la esperanza de que alguna vez conseguirían aquella dignidad. Era, pues, Claudio el único candidato nuevo. La opinión general designaba de antemano á Q. Fabio Labeón y L. Porcio Licino. Pero el cónsul Fabio no cesó de recorrer el Foro sin lictores, con su hermano, á pesar de las reclamaciones de sus adversarios y las reconvencciones de la mayor parte de los senadores. En vano le amonestaban, «para que recordase su cualidad de cónsul antes que la de hermano de P. Claudio, á permanecer sentado en su tribunal, como árbitro ó silencioso

espectador de la elección»; pero no por ello abandonó sus públicos trabajos. También perturbaron muchas veces la asamblea los debates promovidos por los tribunos del pueblo que se declaraban en pro ó en contra del cónsul. Al fin triunfó Appio; eliminóse á Fabio, y su hermano fué creado cónsul. También fué inesperada la elección de P. Claudio Pulquer, tanto para él como para todos. L. Porcio Licino obtuvo su puesto, no distinguiéndose la moderada rivalidad de los candidatos plebeyos por las violencias de que siempre daba ejemplo Claudio. Celebráronse en seguida los comicios pretorianos y fueron elegidos pretores C. Decimio Flavo, P. Sempronio Longo, P. Cornelio Cethego, Q. Nevio Matho, C. Sempronio Bleso y A. Terencio Varrón. Estos fueron los acontecimientos civiles y militares del consulado de Ap. Claudio y M. Sempronio.

Al comenzar el año siguiente, cuando P. Claudio y L. Porcio hubieron tomado posesión del consulado, Q. Cecilio, M. Bebio y Ti. Sempronio, enviados para resolver las cuestiones que habían surgido entre Filipo, Eumeno y las ciudades de Tesalia, dieron cuenta de su misión y presentaron al Senado los legados de los dos reyes y de las ciudades. Unos y otros repitieron lo que habían dicho en Grecia delante de los comisarios, y los senadores decretaron en seguida el envío á Macedonia y Grecia de otra comisión, cuyo jefe fué Ap. Claudio, y que debía asegurarse de si se había devuelto á los tesalios y perrebios las ciudades que reclamaban. Encomendáronles también que hiciesen evacuar Enos y Maronea, y libertar toda la costa de la Tracia de la dominación macedónica. En seguida debían marchar al Peloponeso, que los otros legados habían dejado en situación más ambigua que si no se hubiesen presentado en él; porque ni siquiera habían podido obtener respuesta ni conseguir, á pesar de su

terminante petición, una reunión general de la liga aquea. Vivamente se había quejado Q. Cecilio, y los lacedemonios deploraban la ruina de sus murallas, la traslación de su pueblo, vendido en Acaya, y la destrucción de las leyes de Licurgo, que hasta entonces habían formado la fuerza de Esparta. Los aqueos justificaron su negativa con la lectura de una ley que prohibía reunir asamblea general, á menos que se tratase de paz ó de guerra, y que fuese necesario recibir emisarios del Senado, portadores de cartas ó instrucciones escritas. Para quitarles en lo venidero esta excusa, el Senado declaró que debían cuidar de que los enviados romanos pudieran obtener siempre audiencia en su asamblea, lo mismo que los aqueos la obtendrían del Senado, cuantas veces quisieran.

Las legaciones fueron despedidas en seguida, y enterado Filipo por los suyos de que tenía que ceder las ciudades reclamadas y retirar las guarniciones, irritado sobre manera, descargó su cólera sobre los maronitas, escribiendo á Onomasto, que mandaba en toda la costa, que condenase á muerte á todos los jefes del partido contrario. Entendióse éste con un tal Casandro, partidario del rey, establecido desde mucho tiempo en Maronea, y por su mediación introdujo de noche un cuerpo de tracios en la ciudad; y como si la hubiesen tomado por asalto, hizo pasar los habitantes á cuchillo. Los legados romanos se quejaron de aquella crueldad, tan injusta con los inocentes maronitas como ofensiva al pueblo romano, que le llevaba á degollar como enemigos hombres á quienes el Senado había decidido devolver la libertad. Filipo aseguró que ni él ni ninguno de los suyos había tomado parte en el hecho, «sino que había estallado una sedición en la ciudad, llegando á las manos los partidarios de Eumeno y los suyos; de lo que fácilmente podrían convencerse interrogando á

los mismos maronitas.» Sabía bien que aquella reciente matanza les había aterrado de tal manera, que ninguno se atrevería á hablar. Contestó Appio que el hecho era demasiado evidente para que hubiese necesidad de comprobarlo; que si el rey quería disculparse, que enviase á Roma, para que el Senado pudiese interrogarles, á Onomasto y Casandro, á quienes la voz pública atribuía el crimen. Esta declaración turbó al pronto á Filipo, haciéndole palidecer y que se alterasen sus facciones. Pero repuesto en seguida, contestó que, en el caso de que lo exigiesen, enviaría á Casandro, que se había encontrado en Maronea; que en cuanto á Onomasto, era completamente extraño al asunto, puesto que ni se encontraba en la ciudad, ni siquiera en la comarca. Filipo quería preservar á Onomasto como uno de sus principales cortesanos, y sobre todo como cómplice cuyas revelaciones temía, porque había hablado francamente con él y frecuentemente le había empleado en la realización de hechos parecidos. Créese también que para evitar toda denuncia por parte de Casandro, le hizo perseguir por todo el Epiro hasta el mar, matándole por medio del veneno.

Separáronse los legados y Filipo, sin ocultar los unos su desagrado acerca de todos los puntos, y persuadido el otro de que no tenía más recurso que empuñar las armas. Pero como no había reunido aún todas sus fuerzas, decidió, para ganar tiempo, enviar á Roma su segundo hijo Demetrio, para que justificase su conducta y calmase á la vez la indignación del Senado. Mucho esperaba de la mediación de aquel joven, porque estando entre los rehenes en Roma, había dado pruebas de la nobleza de su carácter. Entretanto, so pretexto de llevar socorros á los bizantinos, pero en realidad para amedrentar á los reyezuelos de la Tracia, se puso en marcha, destruyó su poder en una sola batalla, hizo

prisionero á su jefe Amadoco, y regresó á Macedonia después de haber enviado emisarios para excitar á los bárbaros ribereños del Istro á que invadiesen la Italia. En el Peloponeso esperaban también la llegada de los legados romanos, que tenían orden de pasar de Macedonia á la Acaya, y con objeto de ponerse de acuerdo acerca de las contestaciones que habían de dar, el pretor Lycortas convocó una reunión general, en la que propuso el asunto de los lacedemonios, diciendo que «de enemigos se habían trocado en acusadores, y podía sospecharse que fuesen más temibles después de vencidos, que lo fueron peleando. Porque durante la guerra, los aqueos tuvieron por aliados á los romanos; ahora los mismos romanos se mostraban más favorables á los lacedemonios que á los aqueos, desde que Areo y Alcibiades, aquellos dos desterrados que les debían su regreso, olvidando la gratitud, se habían encargado de una misión en Roma contra sus bienhechores, y les habían atacado con tanto encono, que parecían estaban proscritos aún y no llamados del destierro.» A estas palabras se alzó general grito de indignación, pidióse votar separadamente acerca de cada uno de ellos, y como se escuchaba al enojo y no á la razón, fueron condenados á muerte. Pocos días después llegaron los legados romanos y los recibieron en Clitora, en Arcadia.

Antes de comenzar la deliberación estaban ya los aqueos transidos de miedo, comprendiendo que el debate tomaría mal giro, porque veían con los legados á Areo y Alcibiades, á quienes acababan de condenar á muerte en su última asamblea. Ninguno se atrevía á hablar. Appio declaró que el Senado desaprobaba las violencias de que se habían quejado los lacedemonios, es decir, la matanza de los desgraciados que Filopemeno había llamado para oír su justificación; además, á continuación de aquel acto de barbarie cometido con

hombres, las crueldades realizadas contra la misma Esparta, ciudad famosa, cuyas murallas habían destruído, aboliendo también el célebre Código que le dió Licurgo. Cuando terminó Appio, Lycortas, en su calidad de pretor, y como partidario de Filopemeno, autor de cuanto se había hecho á los lacedemonios, contestó: «Ap. Claudio, nuestra situación aquí, á presencia tuya, es más apurada que lo fué en Roma delante del Senado. Teníamos entonces que contestar á las acusaciones de los lacedemonios; hoy, á ti mismo, que nos acusas y nos juzgarás. Por desventajosa que sea esta posición, la aceptamos sin embargo, con la esperanza de que nos escucharás con la imparcialidad del juez y que olvidarás el enojo que acabas de mostrarnos. Por mi parte al menos, al contestar á las quejas que los lacedemonios han alegado contra nosotros, aquí delante de tu predecesor Q. Cecilio, ó en Roma delante del Senado, y que tú mismo acabas de reproducir, me figuraré que me dirijo á ellos y no á ti. Nos reconviene por la muerte de los desgraciados que Filopemeno llamó para escuchar su justificación; y esa censura, ¡oh romanos!, ni debíais formularla, ni haber permitido que la formularan en presencia vuestra. ¿Por qué? Porque una condición del tratado ajustado con vosotros prohibía á los lacedemonios todo ataque contra las ciudades marítimas. En el momento en que tomaron las armas y se apoderaron por sorpresa, durante la noche, de las ciudades que debían respetar, si T. Quincio, si un ejército romano se hubiese encontrado en el Peloponeso, como antes, sin duda habrían invocado su protección las víctimas de aquella violencia. Pero encontrándoos lejos, ¿á quiénes podían dirigirse sino á sus aliados, á los que habían visto socorrer á Gycio, y por los mismos motivos, de acuerdo con vosotros, poner sitio á Lacedemonia? Por vosotros, pues, hemos emprendido una

guerra legítima y santa. Todos los pueblos de la Grecia nos han aprobado, y los mismos lacedemonios han hecho mal en quejarse; porque los dioses han cuidado de justificarnos, concediéndonos la victoria. ¿Cómo es posible, pues, discutir lo que autorizan las leyes de la guerra? Y además, somos completamente extraños á la mayor parte de lo que se ha hecho. Lo que nos atañe es haber hecho comparecer á presencia nuestra, para escuchar su justificación, á los que habían sublevado al pueblo, forzado las ciudades marítimas, entregándolo todo al pillaje y arruinando á los principales ciudadanos. Pero si al llegar á nuestro campamento aquellos culpables encontraron la muerte, vosotros sois la causa, Areo y Alcibiades; vosotros solos que os presentáis ahora, ¡oh dioses!, para acusarnos. Los desterrados de Lacedemonia, y vosotros estabais entre ellos, fueron los que encontrándose entonces al lado vuestro, y creyéndose amenazados porque habían elegido las ciudades marítimas, se arrojaron sobre aquellos cuyo odio les había hecho expulsar de su patria, y parecía que hasta deseaban arrebatárles el consuelo de terminar sus días en el destierro. Así, pues, los lacedemonios y no los aqueos fueron los que degollaron á los lacedemonios, y es ocioso discutir si su muerte fué legítima ó injusta.

»Pero vosotros, aqueos, destruisteis ciertamente las antiquísimas leyes de Licurgo y derribasteis las murallas de Esparta. ¿Cómo pueden dirigirnos los mismos hombres estas dos reconvencciones? Licurgo no construyó las murallas de Esparta; lo fueron hace pocos años y con objeto de destruir el código de aquel legislador. Fueron parapeto y salvaguardia que los tiranos elevaron recientemente, antes que para defensa de la ciudad, por su propio interés. Y si hoy volviese Licurgo á la vida, aplaudiría su destrucción, reconociendo á su Esparta, á su antigua patria. En vez de esperar que

lo hiciesen Filopemeno y los aqueos, vosotros mismos, lacedemonios, debisteis derribar y destruir con vuestras propias manos aquellos monumentos de la tiranía, que eran como vergonzosas cicatrices que atestiguaban vuestra antigua esclavitud. Después de haber vivido cerca de ochocientos años libres y sin murallas, después de hasta haber mandado frecuentemente en Grecia, os dejasteis encerrar en un recinto amurallado, como esclavos á quienes sujetan con cadenas, y habéis permanecido en servidumbre durante cien años. En cuanto á la pérdida de vuestras leyes, creo que vuestros tiranos os han despojado de ellas. Nosotros, lejos de quitar á Esparta leyes que no tenía ya, le hemos dado las nuestras. No hemos trabajado contra sus intereses, cuando la hemos hecho entrar en nuestra liga, cuando hemos admitido á los lacedemonios entre nosotros, para reunir en un solo cuerpo y en una sola liga todo el Peloponeso. Ahora bien: si viviésemos bajo el imperio de leyes diferentes de aquellas que les hemos impuesto, comprendería que tuviesen derecho á quejarse de nuestra injusticia y para que mostrasen su indignación. Bien sé, Appio Claudio, que hasta este momento he hablado, no como aliado que se dirige á su aliado, ni como representante de un pueblo libre, sino como esclavo que se justifica delante de su amo; pero si las voces del prigionero que publicó la libertad de los aqueos antes que la de todos los pueblos de la Grecia, no fueron una farsa, si el tratado convenido no es una burla, si la alianza y amistad que nos unen descansan sobre completa igualdad de derechos, ¿no podría preguntaros yo, ¡oh, romanos!, qué hiscisteis después de tomar á Capua? ¿cómo nos pedís cuentas de nuestra conducta con los lacedemonios, á quienes hemos vencido? Han resultado algunas víctimas: suponed que cayeron por mandato nuestro, ¿no decapitasteis vosotros á los senado-

res de Capua? Hemos derribado las murallas de Esparta; vosotros quitasteis á los campanios, además de las murallas, su ciudad y su territorio. Por pura apariencia hemos tratado de igual á igual con los aqueos, diréis. En realidad, su libertad es precaria y todo el poder pertenece á los romanos. Lo sé, Appio, y por injusto que ello sea, me resigno; pero por grande que sea la diferencia que existe entre los romanos y los aqueos, os ruego que no tratéis á vuestros enemigos y los nuestros de la misma manera que nos tratáis á nosotros, que somos vuestros aliados: diré más; no les mostréis más favor. Porque nosotros les hacemos participar de todas nuestras ventajas al darles nuestras leyes, al hacerles ingresar en la liga aquea. Pero lo que basta á los vencedores, es muy poca cosa para los vencidos; los enemigos piden más de lo que tienen los aliados. Quieren destruir compromisos sagrados, inviolables, confirmados por la fe del juramento, que hemos grabado en mármol para perpetuar su recuerdo, y que no podríamos infringir sin perjuicio. Os respetamos, ¡oh romanos!, y hasta os tememos; pero respetamos y tememos mucho más á los dioses inmortales.» La mayor parte de la asamblea oyó con aprobación el discurso, considerando que Lycortas había hablado con la dignidad correspondiente á su elevada magistratura; pudiéndose ver fácilmente que los romanos no podían ablandarse sin comprometerse. Así, pues, Appio contestó que aconsejaba con insistencia á los aqueos que presentasen como mérito su sumisión voluntaria, mientras podían hacerlo por temor de verse muy pronto obligados á ello. Estas palabras produjeron general disgusto, pero no se atrevieron á negarse á obedecer, limitándose por tanto á rogar á los romanos que dispusieran ellos mismos lo que considerasen conveniente en favor de los lacedemonios, pero que no obligasen á los aqueos á violar sus

creencias religiosas, anulando los actos cuyo mantenimiento habían jurado. Appio se limitó á anular la sentencia dada contra Areo y Alcibiades.

En Roma, al comenzar este año, cuando se trató de las provincias de los cónsules y pretores, designaron la Liguria á los dos cónsules, porque en ninguna otra parte había guerra. Entre los pretores, C. Decimio Flavo obtuvo por sorteo la jurisdicción urbana, y P. Cornelio Cethego la de los extranjeros; C. Sempronio Bleso, la Sicilia; Q. Nevio Matho, la Cerdeña, con encargo de hacer una investigación contra los envenenadores; A. Terencio Varrón, la España citerior, y P. Sempronio Longo, la España ulterior. Por este mismo tiempo llegaron de estas dos provincias los legados L. Juvencio Thalna y T. Quintilio Varo, quienes dieron cuenta al Senado de las ventajas decisivas que se habían conseguido en España, y pidieron que, por aquellos felices resultados, se ofreciesen acciones de gracias á los dioses y se permitiese á los pretores traer sus tropas á Roma. El Senado decretó dos días de acciones de gracias, pero aplazó el llamamiento de las tropas para la época en que se distribuyesen los ejércitos consulares y pretorianos. Pocos días después se asignaron á los cónsules, para la Liguria, las dos legiones que habían estado á las órdenes de Ap. Claudio y de M. Sempronio. En cuanto á los ejércitos de España se promovieron grandes debates entre los pretores nuevos y los amigos de los pretores ausentes Calpurnio y Quinceio: en cada bando había un cónsul y tribunos del pueblo. Amenazaban unos con oponerse al senatus-consulta, si se decretaba la traslación de los ejércitos; anunciaban los otros, que si se verificaba aquella oposición, no consentirían que se decidiese otra cosa. Al fin quedó vencido el partido de los ausentes y un senatus-consulta mandó que los pretores entregasen cuatro mil hombres de infantería romana y

cuatrocientos caballos, cinco mil de infantería latina y quinientos caballos para llevarlos á España; que después de incorporar estos soldados á las cuatro legiones de la provincia, licenciarían todos los hombres que excediesen en cada legión al número de cinco mil peones y trescientos jinetes, comenzando por los que designasen Calpurnio y Quinceio, como más distinguidos en los combates por su valor.

Terminada esta cuestión, surgió otra con motivo de la muerte del pretor C. Decimio. Cn. Sicinio y L. Pupio, ediles del año anterior; C. Valerio, sacerdote de Júpiter, y Q. Fulvio Flaco se presentaron candidatos para reemplazarle; éste último, que había sido designado edil curul, no vestía la toga blanca, pero era el más activo de los cuatro candidatos, y su competidor principal era el sacerdote de Júpiter. Al principio las probabilidades eran iguales, pero habiendo parecido que se inclinaban en su favor, algunos tribunos se opusieron á su candidatura, porque la ley no permitía á ningún ciudadano que aspirase á ejercer simultáneamente dos magistraturas curules. Opinaron otros que se le dispensase de la prohibición, para dejar al pueblo libertad de elegir pretor á quien quisiera. El cónsul L. Porcio estaba decidido al principio á no admitir su nombre; y queriendo en seguida apoyarse en la autoridad del Senado, convocó á los Padres y les manifestó «que un edil curul, violando las leyes, y dando ejemplo funesto para la libertad, aspiraba á la pretura; que, por su parte, estaba decidido, á menos que el Senado dispusiese otra cosa, á celebrar los comicios conforme á la ley.» El Senado invitó á L. Porcio á que se pusiese de acuerdo con Q. Fulvio para conseguir de él que no introdujese irregularidades en las elecciones que tenían por objeto dar sucesor á C. Decimio. El cónsul se conformó con el decreto del Senado, y Flaco le contestó

que no haría nada indigno de él. Esta contestación ambigua, que los senadores interpretaron según sus deseos, les hizo esperar que se sometería á su voluntad. Pero en los comicios mostró más animosidad aún; acusó al cónsul y al Senado de querer arrebatarle los favores del pueblo romano, y de suponerle la odiosa intención de acumular los dos cargos, como si no fuese evidente que, en cuanto fuese designado pretor, renunciaría á la edilidad. Viendo el cónsul la creciente obstinación del candidato y las disposiciones cada vez más pronunciadas del pueblo en favor suyo, interrumpió la asamblea y convocó al Senado. La mayor parte de los senadores opinaron que se pusieran de acuerdo con Flaco en presencia del pueblo, puesto que la autoridad del Senado no tenía influencia sobre él. El cónsul reunió otra vez los comicios y discutió con Flaco; pero este candidato, lejos de desistir de sus pretensiones, dió gracias al pueblo por el apresuramiento con que le había honrado con sus votos, siempre que había podido emitirlos, y declaró que no quería burlar la confianza de sus conciudadanos. Estas palabras, que demostraban la terquedad de su carácter, de tal manera excitaron los ánimos en favor suyo, que indudablemente habría sido nombrado pretor, si el cónsul hubiese querido admitir su nombre. Los tribunos tuvieron entre sí y con el cónsul fuerte debate con este motivo; y al fin L. Porcio convocó al Senado é hizo decretar que, «en vista de la obstinación de Q. Flaco y de la ciega parcialidad de la multitud, no permitiría proceder legalmente al reemplazo del pretor, y se contentarían con los que había; que P. Cornelio asumiese las dos jurisdicciones de Roma, y que éste hiciese representar los juegos de Apolo.»

A estos comicios, en los que la prudencia y firmeza del Senado triunfaron de la intriga, sucedieron otros

mucho más borrascosos, porque se trataba de una magistratura más elevada, y porque eran más y más poderosos los competidores. Aspiraban á la censura con grandes deseos los patricios L. Valerio Flaco, Publio y Lucio Escipión, Cn. Manlio Vulso y L. Furio Purpúreo, y los plebeyos M. Porcio Catón, M. Fulvio Nobilior y Tito y Marco Sempronio, llamados el uno Longo y el otro Tuditano. Pero M. Porcio se sobreponía á todos los candidatos patricios ó plebeyos por distinguidas que fuesen sus familias. Tan grande fué la elevación de ánimo y energía de carácter de aquel varón insigne, que, en cualquier posición que hubiese nacido, él mismo habría construído su fortuna. No carecía de ningún conocimiento privado ni de los necesarios para la gestión de los negocios públicos, y de la misma manera atendía á las cosas urbanas que á las rústicas. Unos llegan á la cumbre de los honores por sus conocimientos en el derecho, otros por su elocuencia, y otros, en fin, por el brillo de su gloria militar. Catón tenía un genio elástico, y de tal manera se distinguía en todo, que parecía nacido exclusivamente para aquello de que se ocupaba. En la guerra era el más esforzado, y se distinguió por muchas hazañas notables; cuando llegó al mando supremo fué un general eminente. En tiempo de paz mostróse hábil jurisconsulto y famoso orador, no de aquellos cuyo talento brilla con vivos fulgores durante su vida, y que no dejan en pos ningún monumento de su elocuencia. Porque la suya le ha sobrevivido, y palpita aún en escritos de toda clase. Tenemos considerable número de oraciones que pronunció, así en defensa propia como en la de otros y también contra sus adversarios; porque sabía abrumar á sus enemigos, no solamente acusándolos, sino defendiéndose. Si fué blanco de muchas rivalidades envidiosas, también persiguió con tanta energía á sus competido-

res, que sería difícil decidir si la lucha que sostuvo contra la nobleza fué más fatigosa para ella que para él. Verdad es que se le puede tachar de rudeza de carácter, de acritud en el lenguaje y de franqueza llevada hasta el exceso; pero resistió victoriosamente las pasiones, y en su rígida probidad, despreció siempre la intriga y las riquezas. Económico, infatigable, valeroso, era de hierro en alma y cuerpo. Hasta la vejez, que todo lo gasta, no pudo quebrantarle; á la edad de ochenta y seis años fué citado en justicia, y él mismo escribió y pronunció su defensa; á los noventa años demandó á Galba ante el pueblo.

La nobleza combatió ahora su candidatura, como la combatió durante toda su vida; y todos sus competidores, exceptuando L. Flaco, que había sido su colega en el consulado, se coligaron para hacerla fracasar; porque no preferían solamente obtener para ellos mismos la censura y se indignaban ver á un hombre nuevo promovido á aquella dignidad; sino que pensaban que un hombre, á quien tantas veces habían ofendido, desearía vengarse, y desplegaría en su censura severidad muy peligrosa para la reputación de muchos de ellos. En efecto, Catón pedía los votos con la amenaza en los labios, diciendo «que los que combatían su elección, temían un censor íntegro y animoso.» Al mismo tiempo apoyaba la candidatura de L. Valerio, «porque era el único colega con quien podría reprimir la moderna corrupción introducida en Roma y hacer revivir las costumbres antiguas.» Excitado el pueblo por estas palabras, elevó á M. Porcio á la censura, á pesar de la oposición de la nobleza, y hasta le dió por colega á L. Valerio Flaco. Inmediatamente después de los comicios censorios, los cónsules y pretores marcharon á sus provincias, exceptuando Q. Nevio, cuya marcha á la Cerdeña detuvo durante cuatro meses el cuidado de la

investigación contra los envenenadores. La mayor parte de los informes se practicaron fuera de la ciudad, en los municipios y conciliábulos, por haberlo considerado más conveniente así. Si ha de creerse á Valerio Ancias, fueron condenadas cerca de dos mil personas. Por su parte, el pretor L. Postumio, á quien la suerte habia designado la provincia de Tarento, disolvió numerosas agrupaciones de pastores, y persiguió con mucha actividad los restos de la conjuración de las bacanales. Muchos acusados, que no habían comparecido, ó que se habían fugado después de prestar fianza, permanecían ocultos en aquella comarca de Italia; á unos los condenó y á otros los envió á Roma cargados de cadenas para que el Senado los juzgase. P. Cornelio mandó que á todos los encarcelasen.

La España ulterior permaneció tranquila, habiendo abatido el valor de los lusitanos la desgracia de la última guerra. En la citerior, en el territorio de los suesetanos, A. Terencio puso sitio y tomó la ciudad de Corbió, vendiendo los prisioneros; desde entonces, el resto del invierno pasó tranquilamente también en esta provincia. Los antiguos pretores C. Calpurnio Pisón y L. Quinceio regresaron á Roma, donde los senadores les concedieron por unanimidad los honores del triunfo. C. Calpurnio triunfó el primero de los lusitanos y celtíberos, haciendo llevar delante de él ochenta y tres coronas de oro y doce mil libras de plata. Pocos días después L. Quinceio Crispino triunfó igualmente de los lusitanos y celtíberos ostentando en la ceremonia igual cantidad de oro y de plata. Los censores M. Porcio y L. Valerio revisaron el Senado, operación esperada con impaciencia y temida á la vez. Excluyeron siete miembros del orden, entre los que se encontraba un personaje ilustre por su alcurnia y por los honores de que había sido investido, el consular T. Quinceio Flaminio. Dicese

que por antigua costumbre establecida, los censores debían comunicar en una nota al Senado las exclusiones que dictaban; pero de Catón existen algunas oraciones muy violentas contra los que degradó del rango de senadores ó les privó de caballo. En ninguna, sin embargo, se encuentran tantas reconvenciones graves como en la que pronunció contra T. Quinccio. Si Catón hubiese hablado de aquella manera como acusador, antes de poner la nota, y no como censor para justificarla, el mismo T. Quinccio, suponiendo que hubiese sido censor en aquel momento, no habría podido mantener á su hermano Lucio en el Senado. Entre otras censuras, le dirigió la de haber seducido con magníficas promesas y llevado de Roma á su provincia de la Galia á un joven libertino, muy famoso entonces, llamado Filipo el Cartaginés. Este joven, que quería hacer de su complacencia un mérito para con su amante, le reconvenía con mucha frecuencia, en tono de broma, en la intimidad de sus relaciones, haberle sacado de Roma en la víspera de un combate de gladiadores. Un día en que los dos estaban á la mesa, encontrándose alterados por el vino, anunciaron al cónsul que un noble boyo se había presentado en el campamento como desertor con sus hijos y que quería ver á Quinccio para que le ofreciese personalmente su protección. Introducido en la tienda, dirigióse al cónsul por medio de un intérprete. Quinccio le interrumpió de pronto diciendo á su cómplice de desórdenes: «¿Quieres ver morir á estos galos para indemnizarte del espectáculo que te he hecho perder?» Y en cuanto Filipo indicó su aceptación, sin creer formal el ofrecimiento, para complacerle, el cónsul desenvainó la espada, colgada á su alcance, é hirió al galo en la cabeza mientras hablaba; viendo en seguida que huía implorando la protección del pueblo romano y de todos los presentes, le persiguió y atravesó un costado.

Valerio Ancias, que no había leído la oración de Catón y que se limitó á creer una fábula, refiere el hecho de otra manera; pero en el fondo se encuentra igual refinamiento de libertinaje y crueldad. Según este autor, encontrándose Quincio en Placencia, invitó á su mesa á una cortesana famosa, de la que estaba ciegameamente prendado. Durante la comida se alabó delante de aquella mujer de haber llevado á cabo, con extraordinario rigor, muchos asuntos de que le habían encargado y de mantener en prisión considerable número de condenados á muerte, que tenía que entregar al hacha. La cortesana, que se encontraba en aquel momento entre los brazos del cónsul, le dijo que nunca había visto cortar la cabeza y que deseaba mucho verlo. Deseando su amante mostrarle su complacencia, mandó llevar inmediatamente á su presencia á un desgraciado de aquellos y le decapitó. Cualquiera de estos dos relatos que sea el verdadero, el crimen es cierto, y no lo hay ni más atroz ni más inaudito. En medio de un festín, cuando ordinariamente se hacen libaciones en honor de los dioses y se les dirigen votos solemnes, un cónsul sacrificó una víctima humana, manchando con su sangre la mesa para complacer á una impúdica cortesana. Cuando Catón pronunció su discurso, retó á Quincio para que negase aquel hecho y los demás de que le acusaba y le propuso que diese fianza y se justificase. «Si se confesaba culpable, dijo, ¿podrían compadecerle por verle tachado, cuando sabían que aturdido entre el vino y la impureza, en medio del festín había derramado sangre humana?»

Al hacer la censura de los caballeros, privaron de su caballo á Escipión el Asiático; mostrándose igualmente severos y rigurosos con todos los órdenes en la operación del censo. Invitaron á los ciudadanos á que incluyesen en la declaración de su caudal las alhajas, ador-

nos de sus esposas y carrozas cuyo valor excediese de la cantidad de quince mil ases. Decidieron que los esclavos menores de veinte años, que habían sido vendidos desde el último lustro en diez mil ases á lo sumo, se apreciaran en diez mil ases más de lo que costaron, é impusieron á todas estas cosas un derecho de tres ases por mil. Suprimieron todas las aguas que los particulares sacaban de los acueductos para sus casas ó campos, y obligaron á todos los que tenían casas salientes sobre la vía pública, comenzadas ó terminadas, á derribarlas en el espacio de treinta días. Emplearon en seguida en trabajos públicos el dinero destinado para ellos; hicieron pavimentar los abrevaderos y limpiar las cloacas que lo necesitaban, y construyeron otras nuevas en el Aventino y en los barrios que carecían de ellas. También trabajaron separadamente. Flaco construyó, en ventaja del pueblo, una calzada que conducía á las aguas de Neptuno y abrió un camino por el monte Formiano. Catón compró para el Estado dos vestíbulos, el de Menio y el de Ticio, en las Lautumias, y cuatro tiendas, y construyó la basilica llamada Porcia. Arrendaron los impuestos en cantidad elevada y con economía los trabajos públicos. Pero el Senado, conmovido por los ruegos y lágrimas de los publicanos, habiendo ordenado que se procediese á nueva adjudicación del arriendo de los impuestos, los censores, por medio de un edicto, prohibieron la concurrencia á los que habían eludido sus primeros compromisos é hicieron nueva adjudicación con ligera rebaja de precios. Célebre fué la censura de aquellos dos magistrados, pero suscitó muchos odios contra Catón, á quien atribuían todos los actos de severidad, siendo constantemente blanco de los ataques de sus enemigos. Aquel mismo año se fundaron dos colonias, una en Potencia, en el Piceno, y otra en Pisaura, territorio de los galos. Cada colono recibió seis yu-

gadas; el repartimiento de tierras y establecimiento de los colonos en una y otra ciudad quedaron á cargo de los mismos triunviros Q. Fabio Labeón, M. Fulvio Flaco y Q. Fulvio Nobilior. Los cónsules de este año no hicieron nada notable ni en el interior ni en los ejércitos.

Fueron creados cónsules para el año siguiente M. Claudio Marcelo y Q. Fabio Labeón. En los idus de Marzo, que era el día de su entrada en funciones, los nuevos cónsules propusieron la distribución de las provincias consulares y pretorianas. Eran pretores C. Valerio, sacerdote de Júpiter, que se presentó ya candidato el año anterior; Sp. Postumio Albino, P. Cornelio Fisenna, L. Pupio, L. Julio y Cn. Sicinio. Recibieron los cónsules la provincia de Liguria con los dos ejércitos que P. Claudio y L. Porcio mandaron en ella. Las Españas no se sortearon, dejándolas á los pretores del año anterior con sus ejércitos. Los pretores recibieron orden de sortear sus provincias de manera que el sacerdote de Júpiter recibiese al menos una de las dos jurisdicciones de la ciudad; la suerte le asignó la de los extranjeros. Cornelio Sileno obtuvo la urbana, Sp. Postumio la Sicilia, L. Pupio la Apulia, L. Julio la Galia y Cn. Sicinio la Cerdeña. Mandóse á Julio que apresurase su marcha, porque, como antes se dijo, los galos transalpinos habían penetrado en Italia por desfiladeros desconocidos hasta entonces, y construían una ciudad en el territorio donde hoy se encuentra Aquilea. El pretor debía oponerse cuanto pudiera á aquella edificación sin emplear las armas; si necesitaba acudir á ellas, debería informar á los cónsules, habiéndose decidido que uno de ellos marcharía con sus legiones contra los galos. A fines del año anterior, habíanse reunido los comicios para nombrar sucesor al augur Cn. Cornelio, que había muerto y se había elegido á Sp. Postumio Albino.

A fines de este año murió el pontífice máximo P. Li-

cinio Crasso, siendo designado por sus colegas M. Sempronio Tuditano para reemplazarle en sus funciones hasta el momento en que se nombró á C. Servilio Gemino pontífice máximo. Para honrar los funerales de P. Licinio se hizo una distribución de carne al pueblo y se dió un combate de ciento veinte gladiadores, juegos fúnebres que duraron tres días y un banquete público después de los juegos. Para celebrarlo, se colocaron mesas en toda la extensión del Foro; pero, estallando de pronto violenta tempestad, tuvieron los ciudadanos que guarecerse en tiendas, que quitaron en cuanto serenó el tiempo. La multitud decía que de este modo se había realizado el vaticinio de los adivinos, que anunciaron que algún día habría necesidad de acampar en el Foro. Apenas había desaparecido aquel temor religioso, cuando lo reemplazó otro. Por dos días seguidos había llovido sangre en la plaza de Vulcano, y los decenviros dispusieron rogativas para expiar el prodigio. Antes de partir para sus provincias, los cónsules presentaron en el Senado las legaciones ultramarinas, no habiendo visto nunca Roma dentro de sus murallas tal afluencia de extranjeros. Desde que se propagó el rumor en las naciones vecinas de Macedonia de que los romanos recibían favorablemente las quejas y acusaciones formuladas contra Filipo, y que muchos habían ganado quejándose, las ciudades, los pueblos, hasta los particulares, como todos sufrían con aquel peligroso vecindario, acudieron en tropel á Roma, esperando conseguir allí satisfacción á sus quejas ó al menos el consuelo de formularlas. El rey Eumeno envió también una legación, á cuyo frente iba su hermano, para quejarse de que Filipo no había retirado aún sus guarniciones de la Tracia, y de que había enviado socorros en Bithinia á Prusias, que le hacía la guerra.

A todas estas cosas tenía que responder Demetrio

que era muy joven entonces; siéndole muy difícil recordar las inculpaciones que se hacían á su padre, ni la defensa que debía hacer. Los hechos eran muy numerosos y habían descendido hasta mínimos detalles; discusión de límites, arrebatos de hombres y ganados, sentencias injustas ó denegaciones de justicia, decisiones en que solamente habían tenido en cuenta la violencia ó el favor. Demetrio no podía dar explicaciones satisfactorias. Viendo el Senado que no conseguía luz alguna de aquel joven, mandó preguntarle si le había entregado su padre algún escrito acerca del asunto; y habiendo contestado afirmativamente, creyóse que lo mejor era enterarse de la justificación del mismo Filipo. Pidióse, pues, que inmediatamente se diese cuenta del escrito, y se autorizó al joven para que lo leyese. Reducíase á breve defensa acerca de cada motivo de acusación; pretendiendo, unas veces, haber obrado en conformidad con las instrucciones de los legados; otras, haber hecho cuanto dependía de él para conformarse con ellas, pero que se lo habían impedido aquellos mismos que le acusaban. Con esta defensa había mezclado también quejas acerca de las injustas decisiones que habían tomado los legados, sobre la parcialidad de Cecilio y los ultrajes que todos le habían prodigado, aunque nada había hecho para merecer tan indigno tratamiento. El Senado fijó la atención en estos párrafos que expresaban la indignación de Filipo; pero como el joven presentaba excusas y ofrecía todas las satisfacciones que se pidiesen, le contestaron que «Filipo, cualquiera que fuese su conducta, no podía haber tomado un partido más prudente ni más agradable al Senado que el de encargar á su hijo Demetrio su justificación; porque aceptaba como garantía los sentimientos del joven, á falta de su persona, que ya no tenía en rehenes, y sabía que su adhesión á Roma era tan gran-

de cuanto permitía su amor filial; que por consideración á él, se enviarían á Macedonia legados encargados de corregir todas las faltas que se hubiesen cometido, y esto sin exigir reparación ninguna á Filipo; en fin, que querían hacer comprender al rey que debía á su hijo Demetrio su reconciliación con el pueblo romano.»

Estas muestras de afecto al joven, que debían aumentar su influencia, sirvieron solamente para excitar envidias contra él y ocasionar muy pronto su perdición. En seguida se concedió audiencia á los lacedemonios, que también descendieron á multitud de minuciosos detalles; pero la cuestión principal era averiguar si los habitantes que los aqueos desterraron habrían de volver ó no á su patria, y si la muerte de los que degollaron era justa ó injusta. Tratábase también de decidir si Lacedemonia continuaría formando parte de la liga aquea, ó si, como antes, tendría existencia separada é independiente en el Peloponeso. Decretóse el llamamiento de los desterrados y se anularon las sentencias pronunciadas; pero Lacedemonia continuó en la liga aquea. Q. Marcio fué enviado á Macedonia, con orden de pasar también al Peloponeso para examinar allí la situación de los aliados; porque las antiguas discordias habían dejado allí residuos de movimientos. Messena acababa de separarse de la liga aquea. Si quisiera exponer la causa de esta guerra y narrar sus hechos, me separaría de mi propósito, que no es hablar de la historia de otros pueblos sino en cuanto está enlazada con la del romano.

El acontecimiento más notable de esta guerra fué el siguiente. Los aqueos habían llevado constantemente la ventaja, cuando perdieron á su pretor Filopemeno. Queriendo éste adelantarse al enemigo, que se marchaba hacia Coronea, fué sorprendido con corto número de jinetes, en una garganta estrecha y difícil. Dícese que hubiese podido escapar con la ayuda de sus auxiliares

tracios y cretenses, pero no quiso deshonorarse abandonando á sus jinetes, que eran la flor de su pueblo, y á quienes en otro tiempo llamó á su lado. Con objeto de asegurarles la retirada, se situó á la espalda y resistió todo el esfuerzo de los enemigos; pero cayendo su caballo le arrastró al suelo, estando á punto de matarle la violencia del golpe y al mismo tiempo el peso del animal, bajo el que se encontraba. Tenía entonces setenta años y hacía poco que convalecía de larga enfermedad, que había disminuído considerablemente sus fuerzas. En cuanto estuvo en el suelo, los enemigos acudieron y le rodearon; pero habiéndole reconocido, quedaron sobrecogidos por el respeto, y dominados por el recuerdo de sus antiguos servicios, se apresuraron á levantarle y á socorrerle con todas las consideraciones que hubiesen tenido con su propio general. Sacáronle del desfiladero al camino, sin atreverse á creer lo que veían, en el aturdimiento de suceso tan imprevisto; sin embargo, enviaron mensajeros á Messena para que anunciasen la terminación de la guerra y la llegada de Filopemeno, á quien llevaban prisionero. Tan increíble pareció al pronto esta noticia, que acusaron al mensajero de embaucador y hasta de loco; pero cuando el unánime testimonio de los que venían detrás confirmó el hecho, todos los habitantes, hombres libres, esclavos, mujeres, niños, sin esperar que se anunciase terminantemente la llegada de Filopemeno, salieron tumultuosamente de la ciudad para verle. La puerta estaba obstruída por los curiosos; y parecía que ninguno quería dar fe á aquel acontecimiento extraordinario, como no se convenciese por sus propios ojos. Los que traían al prisionero apenas pudieron abrirse paso en medio de la multitud y atravesar la puerta; la calle principal estaba obstruída por inmensa concurrencia de espectadores. Pero como considerable parte de ciudadanos no

había podido satisfacer su curiosidad, acudieron en tropel al teatro, que estaba cerca y pidió á gritos que llevasen allí á Filopemeno para presentarlo al pueblo. Temiendo los magistrados y varones notables de la ciudad que la presencia de hombre tan eminente, la comparación de su grandeza pasada con su posición actual y el recuerdo de sus importantes servicios despertasen en todos sentimientos de compasión que promoviesen disturbios, lo presentaron desde muy lejos y se apresuraron á ocultarlo. El pretor de los messenios, Dinocrato, dijo que los magistrados tenían que dirigirle preguntas que interesaban al éxito de la guerra. Lleváronle, pues, á la curia, y convocado el Senado, comenzó la deliberación.

Acercábase ya la noche y nada se había decidido, y ni siquiera se sabía dónde podrían tenerle seguro hasta el día siguiente. El brillo de su grandeza pasada y de su mérito impresionaba á todos, y ninguno se atrevía á encargarse de depósito tan importante, ni á confiar á otro su custodia. Al fin observaron algunos senadores que podían disponer del subterráneo, revestido de piedras de sillería, donde se guardaba el tesoro público. Allí hicieron bajar á Filopemeno y cerraron la entrada con una piedra enorme, que colocaron con una máquina. Aquel paraje les parecía más seguro que todos los guardianes, y esperaron confiadamente el día inmediato. Al amanecer, el pueblo, que era ajeno á toda maquinación, y que no había olvidado los grandes servicios que el prisionero había hecho á Messena, decidió respetar su vida y aprovechar su genio para remediar los males presentes. Pero los jefes de la sublevación, que tenían el poder en las manos, celebraron consejo secreto y decidieron por unanimidad la muerte; pero unos querían acelerarla y otros aplazarla. Triunfaron los primeros y enviaron un esclavo para que presentase

el veneno á Filopemeno. Dicese que éste, al tomar la copa, se limitó á preguntar si Lycortas (el otro jefe de los aqueos) y los caballeros habían escapado. Contestáronle que todos estaban incólumes. «Bien,» replicó, y apurando de un sorbo la copa, murió á los pocos momentos. No gozaron por mucho tiempo de su crueldad los autores de su muerte. Vencida Messena tuvo que entregar los culpables á los aqueos y que devolver los restos de Filopemeno. Toda la liga aquea contribuyó á los gastos de los funerales, agotándose en ellos todos los honores humanos, tributándole hasta los reservados á los dioses. Los historiadores griegos y latinos elogian mucho á aquel varón, y algunos llegan á colocar en el número de los acontecimientos que hicieron memorable á aquel año la muerte de tres capitanes ilustres, Filopemeno, Anníbal y P. Escipión; colocando también á Filopemeno en el mismo rango que á los dos generales más famosos de las naciones más poderosas.

T. Quincio Flaminio marchó como legado cerca de Prusias, que se había hecho sospechoso á los romanos por haber acogido á Anníbal después de la derrota de Antioco, y emprendido la guerra contra Eumeno. Sin duda el legado reconvino á Prusias, entre otras cosas, por haber dado asilo al enemigo más encarnizado del pueblo romano, al hombre que había sublevado á su patria contra Roma, y que después de haberla arruinado, había hecho que el rey Antioco empuñase las armas. O tal vez el mismo Prusias, queriendo complacer á los romanos y á su representante, decidió dar muerte á huésped tan peligroso, ó entregarlo á sus enemigos. Al menos, inmediatamente después de su primera entrevista con Flaminio, mandóse á algunos soldados que atacasen la casa de Anníbal. Siempre había pensado este general que terminaría así, cuando consideraba el implacable odio que le tenían los romanos y la poca fe

que merecían los reyes. Además, había experimentado ya la inconstancia de Prusias, y había sabido con horror la llegada de Flaminio, que sospechaba había de serle fatal. En medio de los peligros que le rodeaban, había querido tener preparado siempre un medio de fuga, y había abierto siete salidas en su casa, siendo secretas algunas para que no pudiesen colocar guardias en ellas. Pero la suspicaz autoridad de los reyes penetra todos los misterios que le importa conocer. Los soldados envolvieron y rodearon de tal manera la casa, que era imposible la evasión. A la noticia de que los soldados del rey habían invado el vestíbulo, quiso huir Anníbal por una puerta secreta, que creía haber ocultado á todas las miradas; pero encontrándola guardada también, y que toda la casa estaba rodeada de soldados, mandó le diese el veneno, que desde mucho antes tenía guardado para un caso necesario. «Libremos, dijo, al pueblo romano de sus largas inquietudes, puesto que no tiene paciencia para esperar la muerte de un anciano. No podrá Flaminio honrarse ni gloriarse por la victoria que consigue de un enemigo vendido y desarmado. Este solo día bastará para demostrar cuánto han cambiado las costumbres romanas. Sus padres, amenazados por Pirro, que tenía las armas en la mano, que se encontraba al frente de un ejército en Italia, le advirtieron que se precaviese contra el veneno; y estos han enviado un varón consular como legado á Prusias, para que asesine traídoramente á su huésped.» Después, habiendo lanzado maldiciones sobre la cabeza y reino de Prusias, invocando la venganza de los dioses por la violación de la hospitalidad, bebió el veneno. Así murió Anníbal.

Polibio y Rutilio dicen que Escipión murió también en este año. No participo de su creencia ni de la de Valerio. En contra de lo que dicen los primeros, veo que

durante la censura de M. Porcio y de L. Valerio, fué nombrado príncipe del Senado el mismo Valerio, dignidad que gozó el Africano durante los tres lustros anteriores; si hubiese vivido, no le habrían designado sucesor, á menos de haberle borrado de la lista de los senadores; ahora bien: ningún historiador habla de tal cosa. La opinión de Valerio Ancias la refuta el mismo título de una arenga que pronunció el Africano contra el tribuno del pueblo M. Nevio. Escribióse el nombre de este Nevio en el libro de los magistrados, como habiendo sido tribuno bajo el consulado de P. Claudio y de L. Porcio; pero no entró en funciones hasta el de Ap. Claudio y de M. Sempronio, el cuatro de los idus de Diciembre, es decir, tres meses antes de los de Marzo, época en que P. Claudio y L. Porcio tomaron posesión del consulado. Así, pues, el Africano vivía aún durante el tribunado de Nevio, y éste pudo demandarle en justicia; pero murió antes de la censura de L. Valerio y de M. Porcio. Sin embargo, la muerte de los tres generales más famosos de aquella época, cada cual en su patria puede relacionarse, no tanto por la coincidencia de los hechos, como porque ninguno de ellos tuvo fin correspondiente al brillo de su vida. En primer lugar murieron y fueron sepultados en tierra extranjera. Anníbal y Filopemeno perecieron por el veneno, el primero en el destierro, vendido por su huésped; Filopemeno en el fondo de un calabozo y cargado de cadenas. Escipión no fué condenado ni desterrado; pero fué citado en justicia durante su ausencia, y negándose á comparecer en el día señalado, impúsose voluntario destierro, que debía prolongarse después para sus restos.

Mientras ocurrían estas cosas en el Peloponeso (donde interrumpimos el relato) el regreso de Demetrio y los legados á Macedonia afectó los ánimos de diferente manera. La multitud, que se asustaba ante la idea de

la próxima guerra con los romanos, recibió muy favorablemente al príncipe, á quien consideraba como autor de la paz, y el deseo general le destinaba el trono después de muerto su padre. «Es más joven que Perseo, decían, pero tenía sobre él la ventaja de nacimiento legítimo; porque la madre de Perseo era una concubina. Perseo, hijo de la prostitución, no tenía semejanza alguna con su padre, mientras que Demetrio era su retrato. Además, los romanos colocarían á Demetrio en el trono paterno, y no tenían hacia Perseo ningún sentimiento benévolo.» Así hablaba la multitud, y Perseo comenzaba á temer que su derecho de primogenitura fuese por sí solo débil título contra todas las otras ventajas que Demetrio tenía sobre él. El mismo Filipo, pensando que no podría disponer de su sucesión, temía igualmente la importancia, demasiado grande ante sus ojos, de su hijo menor. Frecuentemente consideraba con envidia el afecto que los macedonios le mostraban, ofendiéndole que, viviendo él, se formase una corte rival á la suya. Por su parte, el joven había regresado de Roma con alta idea de sí mismo; estaba orgulloso de las consideraciones que le habían dispensado los senadores, concediéndole lo que habían negado á su padre, y aprovechaba á cada momento este favor. Pero si esta circunstancia aumentaba su influencia en el ánimo del pueblo, hizo crecer la envidia de Perseo y hasta de Filipo, sobre todo después de la llegada de los nuevos legados, cuando el rey se vió obligado á evacuar la Tracia, retirar las guarniciones y soportar otras condiciones rigurosas por efecto de las disposiciones de los primeros comisarios ó por las nuevas órdenes del Senado. Encontrábase tanto más irritado, cuanto que Demetrio se mostraba en cierto modo más obsequioso con los legados que con él mismo; pero al mismo tiempo que deploraba su conducta, doliéndose por su hijo, sometíase

estrictamente á las exigencias de los romanos para no proporcionarles pretexto de declararle en el acto la guerra. Deseando hasta alejar toda sospecha acerca de sus proyectos, llevó su ejército al interior de la Tracia, contra los odrisos, los denthelenos y los bessos. Apoderóse de la ciudad de Filipópolis, que los habitantes habían abandonado para refugiarse con sus familias en las montañas inmediatas, y obligó á los bárbaros de la llanura, talando sus campos, á que se sometiesen. Dejando en seguida guarnición en Filipópolis, guarnición que muy pronto expulsaron los odrisos, ocupóse en fundar una ciudad en el Ducropio, comarca de la Peonia, cerca del río Erigón, que nace en Iliria, atraviesa la Peonia y desemboca en el Axio. Construyó la ciudad nueva cerca de la antigua Stobia y la llamó Perseida, en honor de su hijo mayor.

Mientras ocurrían estas cosas en Macedonia, los cónsules partieron para sus provincias. Marcelo envió delante un mensajero para que llevase al pretor L. Porcio orden de hacer marchar sus legiones hacia la nueva ciudad de los galos, que se sometieron á la llegada del cónsul; eran doce mil, y la mayor parte estaban armados con lo que habían arrebatado en los campos. No costó poco trabajo hacerles entregar aquellas armas, así como todos los demás objetos de que se habían apoderado por medio del pillaje ó que habían llevado de su país; y hasta enviaron á Roma una legación para quejarse de aquel despojo. El pretor C. Valerio presentó los galos al Senado, y allí dijeron que el exceso de población en la Galia, la falta de tierras y la escasez les habían obligado á cruzar los Alpes, buscando donde establecerse; que habiendo encontrado un paraje desierto é inculto, se habían fijado en él sin hacer daño á nadie; que hasta habían comenzado la construcción de una ciudad, prueba clara de que no tenían intenciones hos-

tiles ni contra las ciudades, ni contra los campos inmediatos; que recientemente M. Claudio les había intimado la rendición, si querían evitar la guerra y preferían una paz, si no gloriosa, al menos cierta á las inseguras probabilidades de las batallas, y se habían puesto bajo la protección más bien que bajo el poder del pueblo romano; que pocos días después, habiéndoseles mandado abandonar su ciudad y su territorio, habíanse resignado á marchar en silencio buscando otro asilo; pero que entonces les habían arrebatado las armas y todo lo que tenían ó llevaban consigo. Suplicaban, pues, al Senado y al pueblo romano que no tratasen con más rigor que á enemigos á hombres inofensivos y sumisos. El Senado les contestó que habían hecho mal en pasar á Italia y construir una ciudad en terreno ajeno, sin autorización del magistrado romano que mandaba en aquella provincia; però que no aprobaba el despojo de que se quejaban, y que dispondría marchasen con ellos comisarios, para que invitasen al cónsul á devolverles todo lo que les pertenecía, á condición de que regresarían á su patria, y marcharían inmediatamente á la Galia transalpina para decir á los pueblos de aquella comarca que impidiesen las emigraciones, porque los Alpes se alzaban entre ellos é Italia como barrera casi infranqueable y que les costaría tan caro atravesarlos como les había costado á los primeros que se atrevieron á hacerlo. Fueron comisarios para este objeto L. Furio Purpúreo, Q. Minucio y L. Manlio Acidino. Los galos, después de obtener la restitución de todo lo que legítimamente poseían, salieron de Italia.

Los transalpinos contestaron benévolutamente á los legados romanos, llegando los ancianos hasta lamentar la excesiva blandura del pueblo romano contra aquellos que, después de haber abandonado su patria sin autorización, habían usurpado terrenos dependientes del

imperio romano y construido una ciudad en suelo ajeno. «En vez de expulsarles sin castigo, dijeron, debían haberles hecho pagar severamente su temeridad. Pero era de temer que llevando la indulgencia hasta devolverles sus objetos, les hubiesen animado para iguales empresas en lo venidero.» No se limitaron los galos á este recibimiento, sino que hicieron muchos regalos á los legados. El cónsul M. Claudio, después de la marcha de los galos, había concebido el proyecto de llevar la guerra á Istria, escribiendo al Senado para que le autorizase á entrar con sus legiones en esta provincia; autorización que se le concedió. Tratábase de establecer una colonia en la ciudad de Aquilea; pero se ignoraba aún si la formarían de latinos ó de ciudadanos romanos. Los senadores se decidieron al fin por una colonia latina. Para este efecto fueron nombrados triunviros P. Escipión Nasica, C. Flaminio y L. Manlio Acidino. En este mismo año se establecieron en Mutina y en Parma colonias de ciudadanos romanos, compuestas cada una de diez mil hombres; distribuyéronles tierras que habían pertenecido á los bóyos y antes que á ellos á los etruscos; los colonos de Parma recibieron á razón de ocho yugadas, los de Mutina á cinco. Los triunviros encargados de este establecimiento fueron M. Emilio Lépidio, T. Ebucio Caro y L. Quinceio Crispino. En fin, los triunviros Q. Fabio Labeón, C. Afranio Stelio y Ti. Sempronio Gracco establecieron otra colonia de ciudadanos romanos en Saturnia, en el territorio de Caletra, recibiendo cada colono diez yugadas.

En este mismo año el procónsul A. Terencio alcanzó muchas victorias sobre los celtíberos, cerca de las orillas del Ebro, en el territorio de los ausetanos y les arrebató algunas plazas fuertes. La España ulterior estuvo en paz: larga enfermedad obligó á la innacción al procónsul P. Sempronio, y los lusitanos, viendo que

no les atacaban, permanecieron, por fortuna, tranquilos. En Liguria, el cónsul Q. Fabio tampoco se distinguió por ninguna hazaña. M. Marcelo, llamado de la Istria, licenció su ejército y regresó á Roma para presidir los comicios. Proclamó cónsules á Cn. Bebio Tamfilo y á L. Emilio Paulo, que había sido edil curul con M. Emilio Lépido, que alcanzó el consulado cinco años antes, después de haber fracasado dos veces. En seguida se eligió pretores á Q. Fulvio Flaco, M. Valerio Levino, P. Manlio, por segunda vez, M. Ogulnio Galo, L. Cecilio Denter y C. Terencio Istra. Al terminar el año se celebraron rogativas con ocasión de algunos prodigios. Creíase que durante dos días había llovido sangre en la plaza de la Concordia, y se había sabido que cerca de Sicilia había brotado del mar una isla nueva (1). En este año coloca Valerio Ancias la muerte de Anníbal; según este escritor, los legados enviados á Prusias con este objeto, independientemente de T. Quinceio Flaminio, cuya intervención en el asunto es indudable, fueron L. Escipión el Asiático y P. Escipión Násica.

(1) Este fenómeno tenía muchos ejemplos y se ha repetido hasta en nuestros días.

ÍNDICE DEL TOMO SEXTO.

LIBRO XXXIV.

Abrogación de la ley Oppia.—Guerra y reducción de la España citerior.—Feliz expedición de T. Quinceio Flaminio contra los lacedemonios.—Paz y libertad de Argos.—Los censores Sex. Elió Peto y C. Cornelio Cethego señalan puesto distinguido al Senado en la celebración de los juegos.—Establecimiento de muchas colonias.—Triunfo de M. Porcio Catón.—Acontecimientos en España, y ventajas obtenidas por los boyos y los insubrios.—Triunfo de T. Quinceio, libertador de la Grecia.—Importancia de la ceremonia.—Preparativos de guerra de Antioco, de acuerdo con Anníbal, y tentativas de éste para sublevar á los cartagineses. **Página 5.**

LIBRO XXXV.

Escipión el Africano marcha en embajada cerca de Antioco.—Su entrevista con Anníbal.—Dase cuenta de muchos prodigios.—Preparativos de guerra contra Antioco.—Defeción de Nabis: su muerte.—Los etolios renuncian á la amistad del pueblo romano.—Antioco se apodera de muchas ciudades de Grecia.—Expedición de Liguria.—Preparativos de guerra de Antioco. **Página 81.**

LIBRO XXXVI.

El cónsul Manio Acilio Glabrión, secundado por Filipo, derrota á Antioco en las Termópilas, le arroja de Grecia y reduce á los etolios.—El cónsul Publio Escipión Nasica dedica el templo de

la madre de los dioses, que él mismo había trasladado al monte Palatino, después de declararle el Senado el ciudadano más virtuoso de la república.—Derrota á los boyos en batalla campal, recibe su sumisión y triunfa de ellos.—Diversas ventajas obtenidas por las flotas romanas sobre los generales de Antioco..... **Página 145.**

LIBRO XXXVII.

Discusiones entre L. Cornelio Escipión y C. Lelio.—L. Cornelio Escipión es el primer general romano que pasa al Asia.—Derrota de la flota de Antioco cerca de Myonesa.—Cae prisionero el hijo de Escipión el Africano, y Antioco lo devuelve á su padre.—Triunfo de Mancio Acilio Glabrión.—L. Escipión vence á Antioco: paz con Antioco.—Aumento de los estados de Eumeno.—Los rodios reciben algunas ciudades.—Colonia llevada á Boloña.—Triunfo naval de Emilio Regilo.—L. Cornelio Escipión recibe el nombre de Asiático.... **Página 201.**

LIBRO XXXVIII.

El cónsul M. Fulvio pone sitio á Ambracia, en el Epiro, y la recibe bajo capitulación.—Somete la isla de Cefalonia, termina la conquista de Etolia y concede la paz á los etolios.—Su colega Cn. Manlio derrota á los galogrecos, tolistoboyos, tectosagos, y troncmianos, que habían pasado al Asia sin reconocer la autoridad de los romanos.—Los censores cierran el lustro.—Tratado de alianza con Ariaratho, rey de Capadocia.—Cn. Manlio obtiene los honores del triunfo.—Acusación contra Escipión el Africano.—Su retirada á Literno.—Acusación contra Escipión el Asiático.—Generoso rasgo del Africano... **Página 279.**

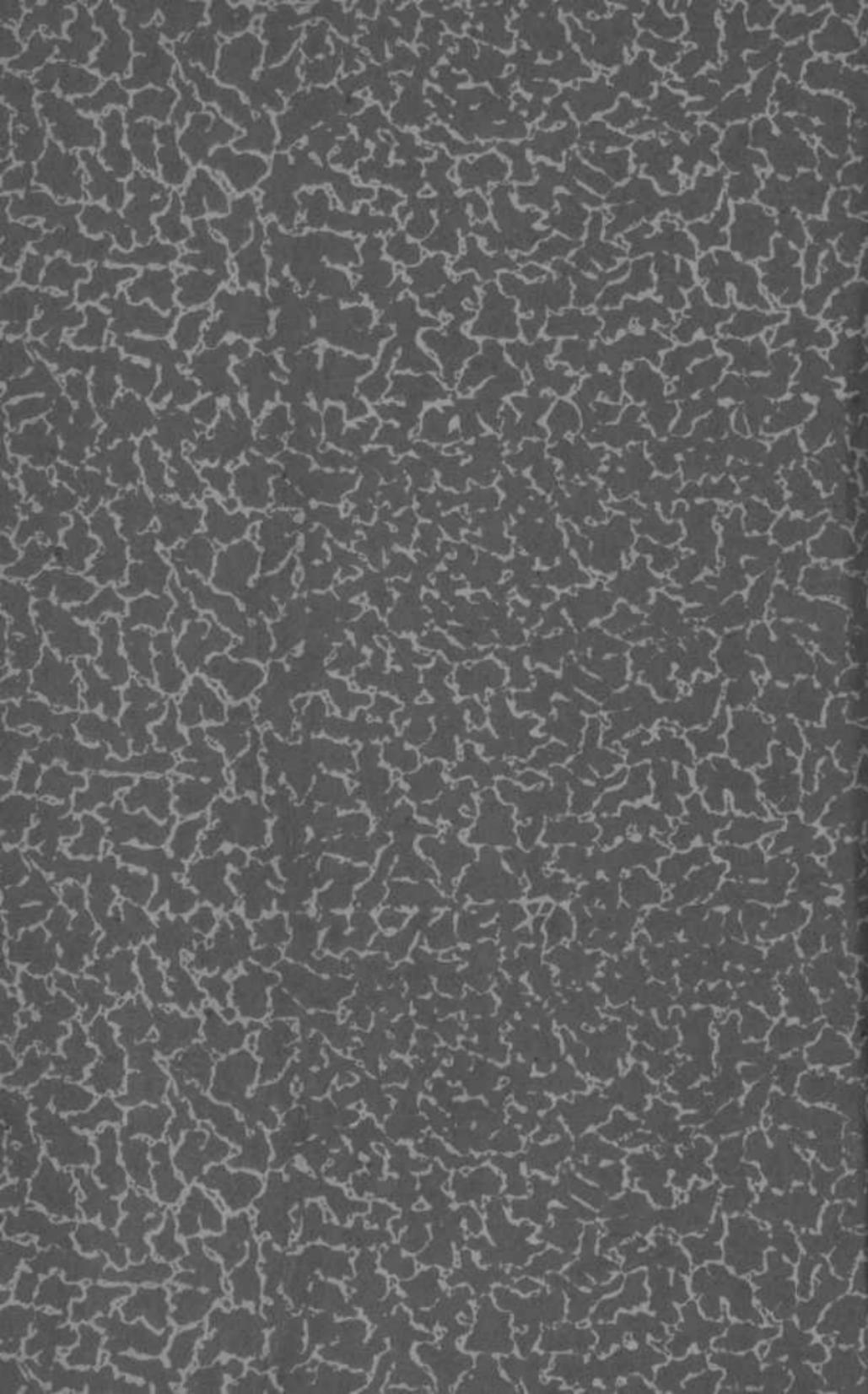
LIBRO XXXIX.

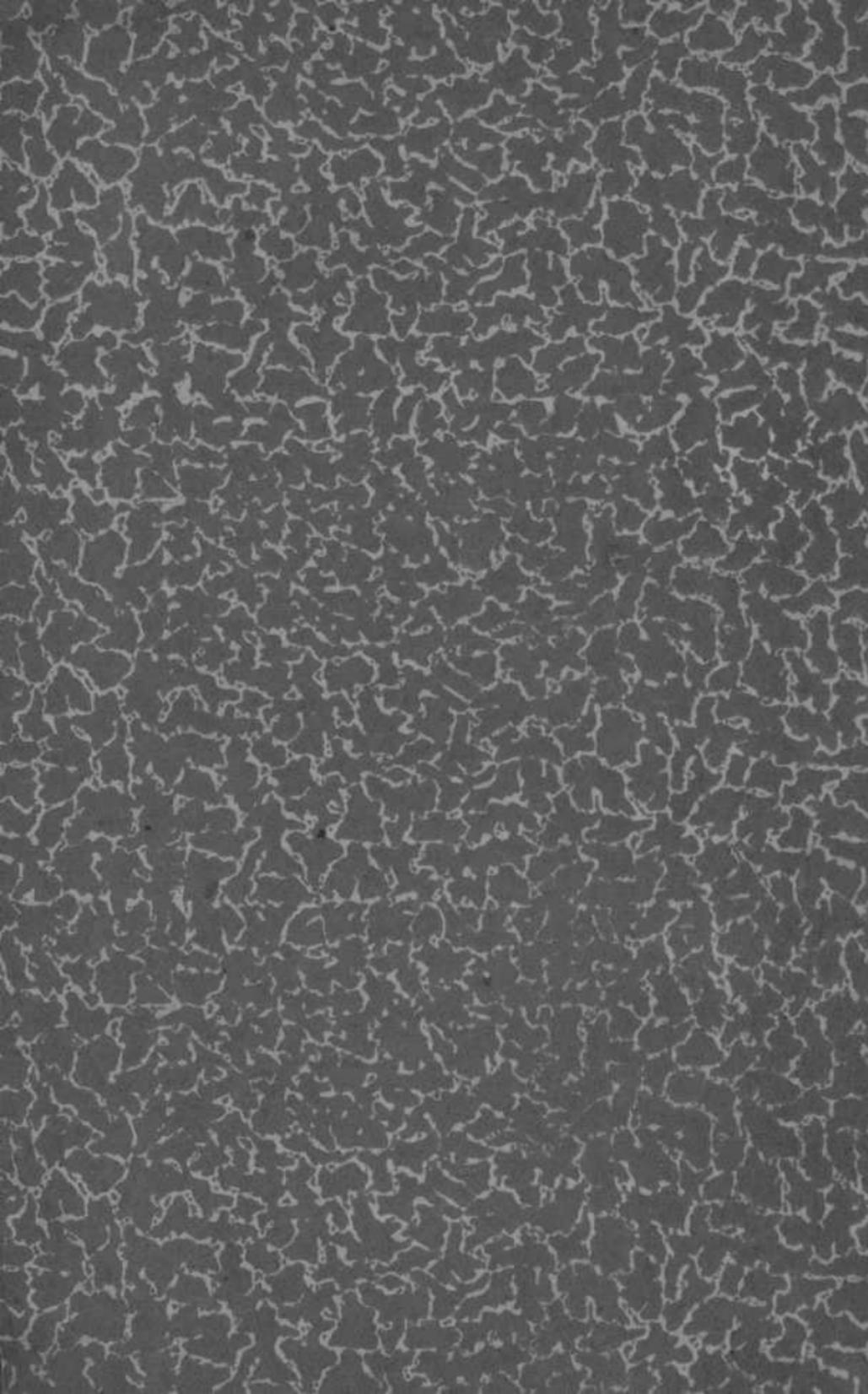
El cónsul Emilio reduce á los ligurios: sus obras.—Propágase el lujo en Roma.—Sumisión de parte de la Liguria.—Las bacanales.—Castigo de considerable número de culpables.—Los

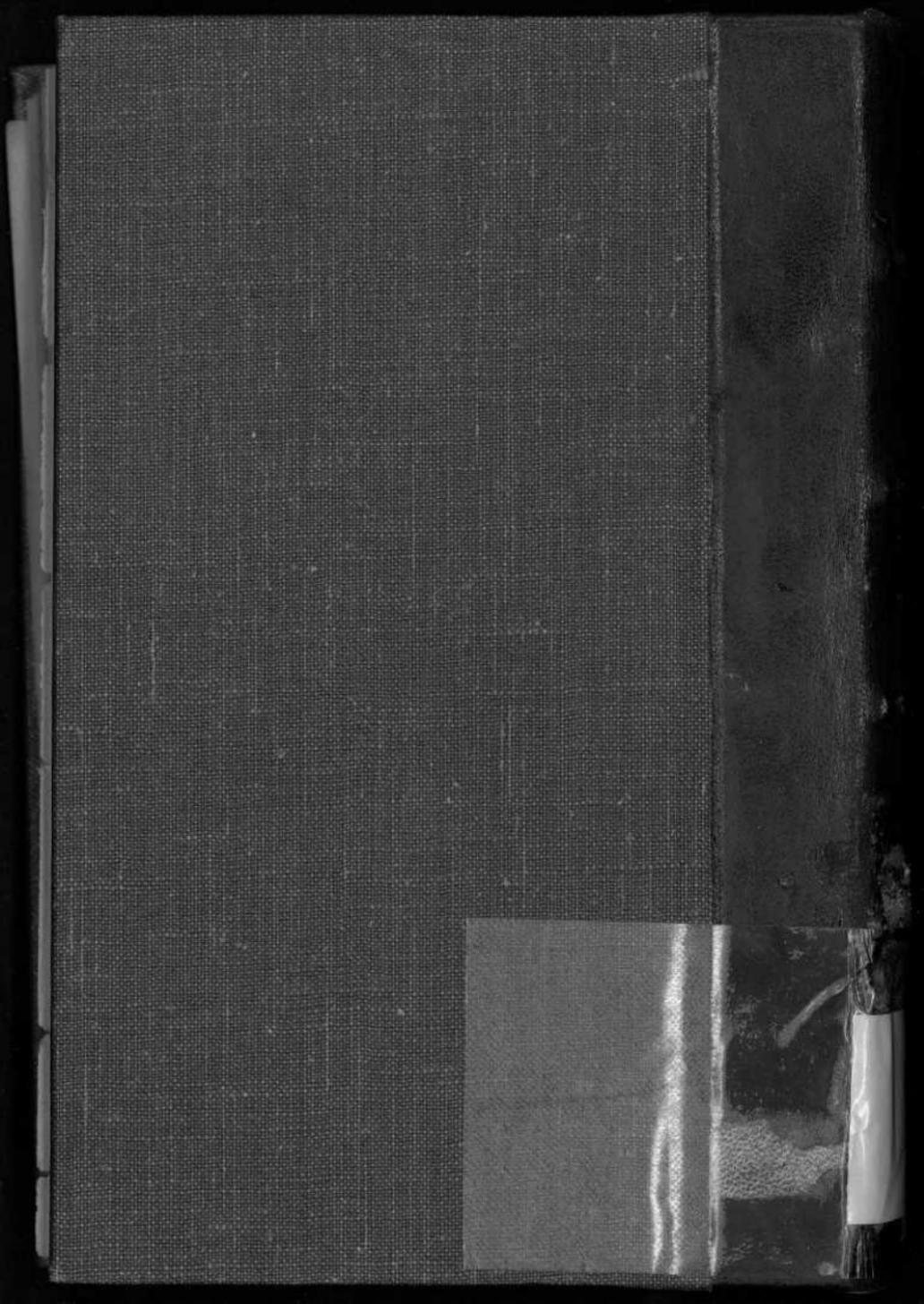


censores L. Valerio Flaco y M. Porcio Caton excluyen del Senado á L. Quincio Flaminio, hermano de T. Quincio: su delito.—Muerte de Escipión en Literno.—Envenénase Annibal.—Prisión del jefe de los aqueos.—Colonias establecidas en Potencia, Pisaura, Módena y Parma.—Feliz expedición contra los celtíberos.—Causas y principios de la guerra de Macedonia..... **Página 363.**

110

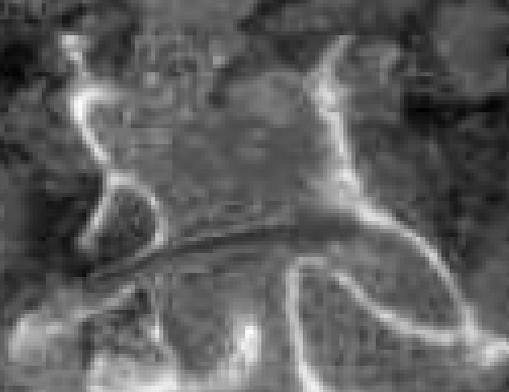






TITO LIVIO

HISTORIA
ROMANA



D-1
172